

narrativas

revista de narrativa contemporánea en castellano

Número 46
Julio-Septiembre 2017

ISSN 1886-2519
Depósito Legal: Z-729-2006

• Ensayo

Patrones narratológicos en "La cerbatana", de Pocaterra, por Alberto Quero
Apuntes sobre La virtud de la hipocresía (2017) de Luis Quintana Tejera, por Fernando Pliego Pérez

• Relato

Grupo, por Rolando Revagliatti
¡Un ruiseñor que habla!, por Natalia García Freire
20/07/69, por José Luis Díaz Marcos
Tres relatos, por Gisela Vanesa Mancuso
Ni un resquicio de porvenir, por Juan José Sánchez González
Un plagiaro serial, por Luis Quintana Tejera
Tres estaciones de una vida (La Cascaraña, Tercera Parte), por Edgardo Hernández Mejía
Los ángeles no tienen sexo, por Daniel Baudot
El jarrón de Murano, por Antonio Tejedor García
La necesidad de adorarla, por Adán Echeverría
Carmen, por Daniel Alejandro Gómez
Una caridad, por el amor de Dios, por José Vaccaro Ruiz
Fuga, por Gabriel José Vale
Carta a un señor, por Azahara Sánchez Martínez
El señor Silmón, por Ramón Araiza Quiroz
En la jaula, por Adán Díaz Cárcamo
Tríptico de ángeles, por Manuel Sauceverde
Máscaras, por Antonio Castro Balbuena
La culpa fue de González, por Ramón Zarragoitia

• Narradores

Yuri Herrera

• Aniversarios

50 años de Tres Tristes Tigres, de Guillermo Cabrera Infante, por Pedro M. Domene

• Miradas

Muerte anunciada de un periodista, por José Luis Muñoz
Apuntes sobre los silencios en la literatura, por Paula Winkler
Mibonachi para dos soñadores, por Carlos Alberto Villegas Uribe
Vidas literarias, por Jesús Greus

• Reseñas

"Un día sin Teresa" de Ricardo G. Manrique, por José Luis Muñoz
"El rastro del lobo" de José Luis Muñoz, por Carlos Manzano y José María García Sánchez
"La noche de los alfileres" de Santiago Roncagliolo, por Antonio Tejedor García
"Trama de grises" de Jerónimo García Tomás, por José María García Sánchez
"La amante del General" de Javier Fernández López, por María Dubón
"Entre dos banderas" de Marcelino Rodrigo Núñez, por Francisco Javier Aguirre
"A la sombra de los tamarindos" de M. Carmen Orcero, por Gloria Molinero Fernández
"Jesucristo y familia, una visión histórica" de José Luis Corral, por María Dubón
"El gran desierto" de James Ellroy, por José Luis Muñoz
"La ciudad de las damas" de Cristina de Pizán, por María Dubón

• Novedades editoriales

Narrativas es una revista electrónica surgida como un proyecto abierto y participativo, con vocación heterodoxa y una única pretensión: dejar constancia de la diversidad y la fecundidad de la narrativa contemporánea en castellano. Surge al amparo de las nuevas tecnologías digitales que, sin querer suplantar en ningún momento los formatos tradicionales y la numerosa obra editada en papel, abren innumerables posibilidades a la publicación de nuevas revistas y libros al abaratar considerablemente los costes y facilitar la distribución de los ejemplares. Inicialmente editada en formato PDF, dada la similitud de este formato con las tradicionales revistas hechas en papel, hemos decidido también publicarla en formato ePub, de modo que sea perfectamente legible en el conjunto de dispositivos electrónicos de lectura cada vez más presentes en nuestra vida cotidiana.

Envío de colaboraciones:

La revista Narrativas versa sobre diversos aspectos de la narrativa en español. Está estructurada en tres bloques fundamentales: ensayo, relatos y reseñas literarias. En cualquiera de estos campos, toda colaboración es bien recibida. Las colaboraciones deberán enviarse por correo electrónico como archivo adjunto en formato DOC o RTF. En su momento, los órganos de selección de la revista decidirán sobre la publicación o no de los originales recibidos. No se fija ninguna extensión máxima ni mínima para las colaboraciones, aunque se valorará la concisión y el estilo. Se acusará recibo de cada envío y se informará de la aceptación o no del mismo. Los autores son siempre los titulares de la propiedad intelectual de cada texto; únicamente ceden a la revista Narrativas el derecho a publicar los textos en el número correspondiente.

SUMARIO - núm. 46

<i>Patrones narratológicos en "La cerbatana", de Pocaterra,</i> por Alberto Quero	3	<i>Muerte anunciada de un periodista,</i> por José Luis Muñoz	97
<i>Apuntes sobre La virtud de la hipocresía (2017) de</i> <i>Luis Quintana Tejera,</i> por Fernando Pliego Pérez	13	<i>Apuntes sobre los silencios en la literatura,</i> por Paula Winkler	99
<i>Grupo,</i> por Rolando Revagliatti	21	<i>Mibonachi para dos soñadores,</i> por Carlos Alberto Villegas Uribe	101
<i>¡Un ruiseñor que habla!,</i> por Natalia García Freire	23	<i>Vidas literarias,</i> por Jesús Greus	103
<i>20/07/69,</i> por José Luis Díaz Marcos	25	<i>"Un día sin Teresa" de Ricardo G. Manrique,</i> por José Luis Muñoz	106
<i>Tres relatos,</i> por Gisela Vanesa Mancuso	27	<i>"El rastro del lobo" de José Luis Muñoz,</i> por Carlos Manzano y José María García Sánchez	107
<i>Ni un resquicio de porvenir,</i> por Juan José Sánchez González	32	<i>"La noche de los alfileres" de Santiago Roncagliolo,</i> por Antonio Tejedor García	109
<i>Un plagiaro serial,</i> por Luis Quintana Tejera	36	<i>"Trama de grises" de Jerónimo García Tomás,</i> por José María García Sánchez	110
<i>Tres estaciones de una vida (La Cascaraña, Tercera Par-</i> <i>te),</i> por Edgardo Hernández Mejía	42	<i>"La amante del General" de Javier Fernández López,</i> por María Dubón	110
<i>Los ángeles no tienen sexo,</i> por Daniel Baudot	46	<i>"Entre dos banderas" de Marcelino Rodrigo Núñez,</i> por Francisco Javier Aguirre	111
<i>El jarrón de Murano,</i> por Antonio Tejedor García ...	49	<i>"A la sombra de los tamarindos" de M. Carmen</i> <i>Orvero,</i> por Gloria Molinero Fernández	112
<i>La necesidad de adorarla,</i> por Adán Echeverría	54	<i>"Jesucristo y familia, una visión histórica" de José Luis</i> <i>Corral,</i> por María Dubón	113
<i>Carmen,</i> por Daniel Alejandro Gómez	59	<i>"El gran desierto" de James Ellroy,</i> por José Luis Muñoz	114
<i>Una caridad, por el amor de Dios,</i> por José Vaccaro	63	<i>"La ciudad de las damas" de Cristina de Pizán,</i> por María Dubón	115
<i>Fuga,</i> por Gabriel José Vale	69	Novedades editoriales	117
<i>Carta a un señor,</i> por Azahara Sánchez Martínez	72		
<i>El señor Silmón,</i> por Ramón Araiza Quiroz	74		
<i>En la jaula,</i> por Adán Díaz Cárcamo	77		
<i>Tríptico de ángeles,</i> por Manuel Sauceverde	83		
<i>Máscaras,</i> por Antonio Castro Balbuena	84		
<i>La culpa fue de González,</i> por Ramón Zarragoitia	86		
<i>Narradores: Yuri Herrera</i>	89		
<i>Aniversarios: 50 años de Tres Tristes Tigres, de Gui-</i> <i>llermo Cabrera Infante,</i> por Pedro M. Domene	94		

PATRONES NARRATOLÓGICOS EN “LA CERBATANA”, DE POCATERRA

por Alberto Quero

*«y como el deleite me tiene echados los grillos a la voluntad,
siempre he sido y seré mal»*

Cervantes. *El coloquio de los perros*

INTRODUCCIÓN: LA VENGANZA SECRETA.

Desde muy antiguo, el hombre ha utilizado ciertas características del mundo natural para aludir en forma simbólica los atributos (positivos o negativos) del ser humano. Muchos de estos relatos fueron escritos en la Antigua Grecia con la finalidad de proporcionar una enseñanza moral al auditorio. Esos relatos se conocen con el nombre de fábulas. Muchos de esos relatos, fueran verdaderamente escritos por Esopo o solo atribuidos por la tradición a él, forman parte de la tradición literaria universal. Posteriormente, durante el siglo XVIII, durante el llamado período Neoclásico, el género conoció un nuevo auge de la mano de muchos escritores europeos como La Fontaine, y Samaniego.

«La cerbatana», de José Rafael Pocaterra, es un cuento que fácilmente puede inscribirse en esa misma línea, ya que establece una comparación entre un insecto —la mantis religiosa— y el comportamiento de ciertas mujeres. La intención del autor, entonces, no parece ser otra que la de proporcionar una especie de alerta y de enseñanza moral respecto a ciertos comportamientos humanos. A continuación se estudiará el aspecto formal bajo la óptica de la narratología y posteriormente el aspecto signifiante desde la óptica de la semiótica.

1. LA PARTE FORMAL.

1.1 Narración dentro de la narración

Formalmente, «La cerbatana» actualiza una de las más clásicas formas para construir una historia. Esa forma es la narración dentro de una narración, o el relato en dos niveles. Bal (2007) dice que «cuando hay interferencia textual, el texto del narrador y el texto del actante están tan cercanamente relacionados que no es posible hacer una diferencia entre los niveles narrativos». Según ella, esto se hace con la finalidad de «exceder el nivel de máxima intensidad» (Bal 2007, 52). Además, Bal explica que una de las posibles relaciones entre la fábula primaria y la secundaria [*embedded fabula*] es que ésta determine y explique aquélla. En palabras de Bal

«la función de la fábula secundaria no es meramente explicativa. La exposición influencia la fábula primaria. Consecuentemente, la estructura de los niveles narrativos se convierte en algo más que un dispositivo para contar historias; es parte de la poética de la narración y debe ser entendida para que la narrativa sea totalmente apreciada» (Bal 2007, 54).

Ello sirve para darle al texto dinamismo y variedad; pero también para dotarlo de un sentido lúdico, porque convierte al texto en una entidad múltiple, en la que se generan o se resaltan sentidos irónicos, paródicos, teatralizados; además, funciona para hacer interpolaciones eruditas que imbrican al texto dentro de la cultura universal.

«El ‘texto dentro del texto’ es una construcción retórica específica, a través de la cual la diferencia de codificación de las variadas partes del texto se vuelve un factor evidenciado de la construcción del texto de parte del autor, y de su percepción de parte del lector (...) Al mismo tiempo resalta el

papel de los límites del texto, tanto de los externos que lo separan del no texto como de los internos que dividen sectores de diferente codificación» (Lotman 1993, 101).

También dice Lotman que el carácter lúdico se acentúa porque «se pretende subrayar y no borrar el hecho de que una de ellas pertenece a la realidad material y la otra a la realidad artística (...) [De este modo] la doble codificación de determinados sectores del texto, identificada con la convencionalidad artística, hace que el espacio del texto sea percibido como ‘real’» (Lotman 1993, 102).

Lo anterior es cierto, pero también tiene otra finalidad que Lotman parece haber soslayado: al exponer tan insistentemente el carácter «real» del texto, se añade valor a la verosimilitud del texto. Este valor, importantísimo en la narrativa, es definido por Prince como la cualidad que tiene un texto de adecuarse a un conjunto de normas «verdaderas» (Cfr. Prince, 2003: 200). Es conveniente señalar, además, que ésta es una práctica común en la narrativa del siglo XX. De hecho, de tanto recurrir a ella, se ha vuelto habitual que la literatura contemporánea rompa los límites tradicionales y los haya sustituido por una nueva convención.

1.2 Narración y punto de vista del narrador.

Examinemos ahora los procedimientos narratológicos a través de los cuales se efectúa este procedimiento. Según O’Neill, el principal procedimiento para la construcción de un relato se llama «efecto de ventrilocuismo», que es

«la característica constitutiva de todo el discurso narrativo —aunque ciertamente actualizado a un mayor o menor grado en diferentes tipos de narrativa— que esencialmente opera disfrazando el punto de origen de su voz discursiva (...) el ejemplo más obvio del efecto de ventrilocuismo es la representación en un texto narrativo, por su narrador, de lo que es dicho (o pensado) por sus personajes —donde la voz primaria del narrador presenta otra voz secundaria, la de un personaje hablando ‘a través’ de ella» (O’Neill 1996, 58).

Para hacer esto hay al menos tres posibilidades a la disposición del narrador: (i) en un extremo de la escala, el narrador simplemente recuenta los enunciados de un personaje como un evento narrativo cualquiera; (ii) en el otro extremo de la escala, el narrador recuenta las palabras textuales que el personaje dijo; y (iii) hay un punto medio en el cual el narrador combina su voz con la del personaje, y recuenta al mismo tiempo el evento y las palabras del narrador (O’Neill 1996, 59). A partir de estas tres posibilidades se va a construir el punto de vista del narrador. Jahn dice que existen algunos elementos que proyectan una voz narrativa; los tres elementos más importantes son: (i) contenido, (ii) expresiones subjetivas o marcadores de expresividad, y (iii) señales pragmáticas, que son determinadas por el ambiente en que tiene lugar la narración (Jahn 2005, 14). Esto genera un tipo de narración, que Genette (1988) llama «narración interpolada». Ésta es la más compleja porque ocurre entre diversos momentos de la narración, los cuales pueden enmarañarse de una manera incomprensible. Este tipo de narración es el más delicado, porque las posiciones temporales pueden ser indefinidas e incluso incoherentes. Por eso este tipo de narración es el más resistente al análisis (Genette 1988, 217).

La estructura del cuento está estrechamente relacionada con los cambios en el punto de vista del narrador. En efecto, entre ambos existe una relación de mutua dependencia: en el momento en el que cambia uno, cambia el otro. Más todavía, al final se producirá un momento de indeterminación narrativa. La estructura del texto es como sigue.

El cuento abre con una fábula primaria en la que se encuentran dos personajes: un joven entomólogo que conversa con un anónimo viejo. En este ensayo se utilizará a partir de ahora el apelativo de «el entomólogo», debido a la gran erudición que posee acerca de los insectos. Ambos ven en su mesa una mantis religiosa, el joven trata de apastarla y el viejo se lo impide, alegando que se trata de un individuo muy hermoso. Sin embargo, al final del cuento, es el viejo el que mata a la mantis, y no el joven, quien primero deseaba hacerlo. En primer lugar, el joven habla en primera persona.

«De repente di un manotazo, tirando sobre el mantel algo que me andaba por el cuello. Un insecto verde, desairado, extravagante. Era un bicho verdísimo, ridículo, que traté de aplastar con un servilletazo.

—¡No la mate Usted! —suplicó el viejo deteniéndome por el brazo— ¡es un hermoso ejemplar!» (Poctaerra 1965, 143).

A primera vista, da la impresión que el punto de vista del narrador es homodiegético, ya que el joven fumador es uno de los participantes del relato. Pero realmente nos inclinamos a pensar que se trata de un narrador autodiegético. Esto se debe a la jerarquía que ocupa la narración: lo que el viejo entomólogo narra es la médula del argumento, de modo que el joven fumador pasa a ser testigo de lo que el viejo entomólogo cuenta. Ahora bien, este último no es el protagonista «directo» de la fábula que él mismo está contando, sino un testigo de ella. Los obvios protagonistas son Felicia y sus amantes. De modo pues, que se propone el término **narración autodiegética de segundo grado** para definir la manera en la que se desarrolla la narración del núcleo argumental del cuento, que es la historia de Felicia

Posteriormente, se pasa a la fábula secundaria, que es el núcleo significativo del cuento. El narrador de la fábula secundaria es el viejo entomólogo, que también narra en primera persona. En esta fábula el entomólogo cuenta a su interlocutor un caso protagonizado por una pareja muy extraña. Se trata de un hombre mayor que se casa con una muchacha joven y casquivana llamada Felicia. Ella es muy exigente y solicita a su esposo lujos y regalos cada vez más costosos. Él accede y no repara mucho en la situación económica. Felicia falsifica unos cheques, deja a su esposo en bancarrota y se marcha con un nuevo amante, con el que repetirá la misma treta. El desesperado protagonista va a un casino con la intención de recuperar por azar el dinero que había perdido; al no lograrlo, se suicida. Una vez que el entomólogo ha contado esa historia, el cuento vuelve a la fábula primaria y se cierra la historia. El entomólogo aplasta a la mantis que estaba en la mesa

«la ‘cerbatana’ destruía, consumía, aniquilaba, siempre fresca, graciosa, absurda, ocultando la potencia tremenda de su destrucción en un aspecto ligero, delicioso e inofensivo...

Como este insecto, como este animalito verde que usted compadece tanto.

Y de un manotazo colérico aplastó la sabandija.

Luego se repuso:

—¡Lástima!, era un hermosos ejemplar » (Pocaterra 1965, 147).

De allí en adelante, el cuento cierra con una especie de reflexión cargada de alusiones a la mujer, caracterizando a algunas de ellas como una fuerza peligrosa en la naturaleza.

Según Prince, existen tres tipos básicos de puntos de vista del narrador; éste puede ser autodiegético, cuando es una narración en primera persona, pero el narrador es el mismo protagonista. El punto de vista se llama homodiegético cuando es un relato en primera persona, pero el narrador es solamente un testigo de la acción, no el protagonista. Finalmente, el punto de vista puede ser heterodiegético cuando el narrador está ausente de la historia y lo relata todo desde la omnisciencia (Cfr. Prince 2003, 53).

«Ella halló *otro*; un amante, un *flirt* que empezó a costa del primero, cuando sus días de princesa falsificada... Tiraron dos o trescientos mil francos juntos. La dejó. Llegó el tercero: crisis escándalo, intervención judicial. Ahora poco —¡quién sabe cuántos en el intervalo fueron pasto de aquella insaciable voracidad envuelta en seda!— he sabido que él se pegó un tiro después de poner a una base en cierto casino los últimos luises» (Pocaterra 1965, 147).

El segundo narrador (el viejo entomólogo) vacila entre el narrador heterodiegético y el homodiegético. Por momentos él está ausente de la historia y cuenta todo el relato desde una perspectiva omnisciente. Sin embargo, al introducir la fórmula «he sabido que...», él mismo pasa a ser un personaje dentro del relato. Sin embargo, dado que él no es el protagonista de esa secuencia, sino el suicida, el entomólogo se ubica en el punto de vista homodiegético, es decir, el punto de vista del testigo.

1.3 Embragues y desembragues.

Los embragues son índices que especifican y determinan más profundamente las funciones narrativas. Estas expresiones representativas encierran valores semánticos y narrativos que pueden ser incluidos en redes más amplias de significación. Greimas habla de varios tipos de embragues, específicamente de los temporales y espaciales. En efecto, el cuento abre y cierra con elementos narrativos que describen el contexto espacial y temporal en el cual sucede la fábula primaria. Así abre el texto:

«Enfrente, el rumor del mar. Un vasto hemiciclo negro que rompía, de tres en tres, grandes olas a todo lo largo de la orilla (...) Habíamos terminado de comer, y sin una palabra, desde el balcón de

‘La Alemania’, por sobre los almendrones, fumando, mirábamos la noche y el mar. En los comedores desiertos, casi nadie, los camareros habían apagado algunas luces (...)» (Pocaterra 1965, 142).

Más adelante, el texto cierra con alusiones al mismo entorno en el que anteriormente se hubo desarrollado la conversación inicial entre el entomólogo y el joven. Y posteriormente una especie de moraleja.

«La noche se aclaraba. Una gran luz de estrella sobre el agua. Alguna farola verde, roja, de los barcos que navegaban lejos, a sotavento» (Pocaterra 1965, 148).

Los desembragues son los elementos que hacen que la ficción sea ficción, no los que le dan verosimilitud, los cuales anclan el relato a la realidad, y que son particularmente importantes en la novela histórica, debido a que no hablan de eventos que podrían haber sucedido en el pasado, sino que se recrean artísticamente algunos eventos plenamente verificables. Según Greimas este proceso es la contrapartida del anterior y actúa en varios niveles porque

«simula la disjunción temporal merced a la cual la secuencia intercalar pasa por una evasión hacia el exterior del tiempo del relato. De hecho, ésta introduce en el programa discursivo único, una nueva dimensión, un ‘tiempo interior’ segundo. Mientras que en el *nivel del parecer*, constituye una proyección del presente en el pasado, en el nivel del *ser*, es una personificación del pasado» (Greimas 1983, 34).

En el cuento, estos elementos están determinados por las frecuentes interpolaciones que hace el narrador —el viejo entomólogo— para vincular la fábula secundaria a la primaria. Hay al menos dos situaciones en las que ello ocurre. La primera, ya ha sido citada: «A los dos años de matrimonio no habían tenido hijos ¡créame usted!» (Pocaterra 1965, 145). La segunda se produce un poco más adelante. Inmediatamente después de contar cómo Felicia manipulaba con llantos a su marido, el narrador comenta «—Y ya tú ves, hijo, cómo vivimos. Más modestamente que ahora... ¡me parece!» (Pocaterra 1965, 146). Y de inmediato prosigue el relato de Felicia.

2. LA PARTE SEMIÓTICA

Veamos ahora cuáles son las prácticas significantes más relevantes expresadas en el texto. Existen al menos tres grandes vertientes a través de las cuales el autor proveyó de significado a su texto. Animalidad, vampirismo y usurpación

2.1 La fábula y la moraleja

Lo primero que destaca es el género narrativo al que pertenece el texto. Se trata, evidentemente, de un cuento. Pero las características particulares de ese cuento nos hacen ubicarlo dentro de un tipo distinto, uno que no necesariamente cumple con el prototipo de un texto breve. Proponemos el término **fábula inversa**. Para denominarlo. A continuación el porqué: dice Abrams que una fábula, también llamada apología:

«es una narración corta, en prosa o en verso, que ejemplifica una tesis moral abstracta o principio de comportamiento humano; usualmente, en su conclusión, sea el narrador o sea uno de los personajes enuncia la moraleja en la forma de un epigrama. Muy común es la fábula de bestias, [beast fable], en la cual los animales hablan y actúan como los tipos humanos que representan» (Abrams 1999, 6).

Esto es lo que sucede en el cuento que nos ocupa. Si bien es cierto que no hay algún animal que hable o ejecute algo fuera de lo común, hay un comportamiento humano que se equipara con el de un animal, más concretamente un insecto. Esta comparación es ejecutada por uno de los personajes, del relato. Primero se describe el comportamiento habitual de la mantis religiosa, que en Venezuela es conocida como cerbatana. Se compara con algunas mujeres

«Pues este insecto, aquí donde usted o ve, verde e inofensivo, es, en las especies animales, uno de los más crueles engendros, un sombrío, un terrible adversario, un bicho agresivo (...) y su crueldad es comparable, en la vida reproductiva, a la de ciertas mujeres (...) He conocido una mujer que sólo podría compararla, desechando metáforas cursis de felinos y de sierpes, con este insecto ridí-

culo, flexible, de aire inofensivo, casi vegetal y de una crueldad inaudita, de una ferocidad única, de una salvaje voracidad de mantis» (Pocaterra 1965, 144).

El cuento concluye con la actualización de la moraleja presente en las fábulas. El texto culmina con la siguiente reflexión:

«¡Los *mantis*! La naturaleza está llena de estas pequeñas fuerzas imponderables, de estos triviales peligros que tiene, o largas patas verdosas y un vientre ridículo, o la maravilla ondulatoria y armónica de una conspiración de líneas puras alumbrada por dos ojos impuros, negros, fatales. Negros y fatales como la noche en el mar.» (Pocaterra 1965, 148).

Ahora bien, el carácter moralizante del fragmento anterior se halla sobremodalizado por un elemento importante: es completamente anónimo. En efecto, el cuento no proporciona la menor indicación de qué personaje actualiza este soliloquio, ya que él ocurre justo después del último desembrague temporal, que comienza diciendo «La noche se aclaraba...» (Pocaterra 1965, 148) y que ya ha sido citado. EN este punto del relato los dos personajes de la fábula primaria (el joven fumador y el viejo español) están totalmente ausentes. De manera que no existe la menor pista de quiénes le narrador en esta secuencia.

2.2 El hombre.

En el cuento existen varios hombres. Todos ellos son anónimos. En la fábula primaria se encuentran en un barco un hombre español entrado en años —al que hemos llamado el entomólogo—, y un joven del cual se ignora toda referencia, salvo que fuma puros. El entomólogo es mayor que su joven interlocutor. Eso afianza el hecho de que él representa «la voz de la experiencia». También por eso sugiere autoridad moral para aniquilar a la mantis. Tanto el joven como el entomólogo cambian de opinión muy rápidamente. El joven primero intenta aplastar a la mantis, pero después cambia de opinión. Cuando el entomólogo le prohíbe matar a la mantis, el joven dice

«tíre ese animalito, que se vaya lejos de la zoología, de los naturalistas, de los dedos implacables de la ciencia ¡Pobrecita! (...) ¡Suéltelo usted! Al fin y al cabo es útil» (Pocaterra 1965, 144)

Lo inverso le ocurre al viejo entomólogo, primero intenta salvar al insecto y después la aniquila «de un manotazo colérico» (Véanse citas precedentes). Posteriormente aparece la fábula secundaria, protagonizada por Felicia y su marido, mayor que ella. Posteriormente, Felicia lo abandona y encuentra otros amantes efímeros. Todos estos hombres también carecen de apelativo nominal

2.3 La mujer.

El nombre de la mujer es Felicia; es el único personaje en todo el relato que es designado de manera onomástica: los otros tres hombres que intervienen en el relato son anónimos. Es un nombre que evidentemente evoca la palabra felicidad, pero también irresponsabilidad y desenfreno. Y efectivamente el personaje es descrito como alguien que no planifica, que derrocha alegremente y que no para mientes en nada de lo que hace.

«La caja del banco supo con cuánta vacilación al principio y con qué resuelta desvergüenza después, se metió la mano en ella; y se raspó cifras, y se urdió artimañas y se falsificó, sí ¡se falsificó! Partidas, letras, finalmente ¡lo horrible!, firmas... una primero, dos luego y otra vez, y otra vez... Hasta que un día... Ya usted comprenderá lo que hace un hombre que comete una acción semejante y... ¡no se mata! La fuga... a Cádiz: el primer vapor para América» (Pocaterra 1965, 146).

Desde los tiempos de los griegos, a lo femenino se le atribuye cualidades negativas, que hay que «domesticar», es decir, a la mujer hay que someterla a un solo marido, porque si no, es capaz de cometer disparates. Además, a lo femenino se le han atribuido características nefastas: «pasión irracional, belleza, magia, sensibilidad, irresistible sentido placentero de la vida» (Pérez Estévez 1989, 192). De modo pues que el personaje central se inscribe dentro de una ancestral concepción del mundo, dado que el imaginario occidental ha considerado tradicionalmente a la mujer como un ser hechicero y misterioso

En el cuento de Pocaterra, el vampirismo no se produce por la extracción de sangre «verdadera», sino por la ruina económica, o sea por una especie de parasitismo material. Lo fantástico se esclarece, pero no se reduce. El narrador no tiene la facultad de conjurar el horror y de restituir el orden y la justicia.

Ello podría lograrlo si pudiera neutralizar al vampiro, es decir matar, encarcelar, o de alguna manera detener a la verdadera Felicia. Por ello se conforma con aplastar a la mantis. La esterilidad le da a la Felicia libertad sexual para ser promiscua

2.4 Erotismo y dominio: las relaciones de la pareja.

Comencemos viendo cuál es la relación que se establece entre el protagonista de la historia y su esposa. Esta relación, basada en oposiciones, va a constituir el eje de significaciones presente en el cuento: a partir de las numerosas discordancias entre la pareja, se va a generar toda una vertiente de significados

«Se casó muy joven. Una niña casi. Enamorado de ella su marido, como se enamoran algunos hombres después de los treinta años: no es la pasión violenta de la juventud; probablemente carece de impulsividad pasional, pero es más intensa, más enfermiza, más loca (...) A los dos años de matrimonio no habían tenido hijos, ¡créame usted!, no hay nada más caro que algunas mujeres estériles» (Pocaterra 1965, 145).

Existen diversas maneras en las cuales el yo se puede relacionar con otro. El amor es la relación positiva por excelencia, en la cual ambos miembros de la pareja se nutren y satisfacen mutuamente. Igualmente, existen formas negativas en las cuales esa relación ente un yo y otro se pueden producir. El vampirismo es la relación negativa por excelencia, ya que uno de los componentes de la pareja lentamente aniquila a su compañero. Más todavía, las confusiones son altamente factibles: muchas relaciones aparentan ser amorosas cuando en realidad son parasitarias y destructivas. En la relación vampírica, uno de los miembros de la pareja es presentado como un sujeto maligno, que *irrumpe* en el ámbito de la personalidad del compañero y paulatinamente lo desaloja de su mundo de seguridades personales hasta llegar a suplantarlo. Así, el vampiro se convierte en la materialización de lo maligno, la cual lentamente pervierte e impurifica. Ése es el caso que Pocaterra plantea. De entrada vemos que la otredad tiene tres rasgos constitutivos, y los tres quedan manifiestos.

2.4.1. Lo etario.

Como ya se ha venido anticipando, el primer rasgo de la otredad está en la diferencia de edades. Si bien es cierto que no se especifica cuál es esa diferencia se entiende que es grande, probablemente el doble: ella es «casi una niña» y él pasa de los treinta años.

2.4.2. El erotismo.

El segundo rasgo de la otredad consiste en la irracionalidad erótica. Hay como una llamada de alerta que fue ignorada por el personaje, una situación de sentido común: a la hora de formar una pareja, y sobre todo, si se pretende algo tan serio como el matrimonio, es vital que ambas personas tengan intereses comunes, y si las edades son dispares, ello se dificulta. El anónimo hombre del relato, en cambio, se deja llevar por una pasión enfermiza. Además, se dice que el marido estaba enamorado, pero pareciera que la mujer no lo estaba. De modo que el amor vuelve ciego al protagonista. Hay en él una propensión al exceso sentimental. Hay un yo débil, fácilmente desplazable por todos estos rasgos, el matrimonio está fundado en la otredad: al haber rasgos incompatibles, escasa correspondencia de intereses y esterilidad física, se están violando casi todas las reglas concebibles de la naturaleza y de la sociedad humana tradicional.

«¡Ah! Felicia era un vértigo (...) era esa serie de pequeños gastos, de gastos menudos, de cositas, lo que las mujeres llaman *periquitos* —¡Pero hija, por Dios!— entonces ella se echaba a llorar inconsolable. ¡Cómo remediar aquello! Ella no sabía que ‘eso’ costara tanto (...) Él lo creía y pagaba. Su oficio era pagar, pagaba primero y después... Después la adoraba hasta la locura, es decir, hasta cerrar los ojos sobre las cifras fantásticas que tenía que cubrir» (Pocaterra 1965, 145).

Así pues, vemos varios elementos de significado que se hacen presentes en las personalidades del hombre y de la mujer. Examinémoslos por separado.

En la mujer hay varios matices significación, la cual se produce por oposición. En primer lugar encontramos el contraste exterior: la apariencia sutil e inofensiva en contraste con su promiscuidad y su codicia. En ella no existe parte sentimental, verdaderamente amorosa; o en el mejor de los casos, se halla camuflada. En el hombre hay otro matiz de significación, pero en este caso se produce por una

sustitución enfermiza: el amor excesivo deriva en un comportamiento de indulgencia económica. En el hombre no parece haber rasgos de verdadero amor, sino más bien de un erotismo senil —y por lo tanto frustrado y no correspondido— que finalmente va a ser sustituido por lo material.

Después de haber generalizado acerca del comportamiento de algunas mujeres, el naturalista prosigue su relato. Luego se confirmará por qué Felicia es comparable con una mantis religiosa.

«Y un buen día, después de la angustia vergonzosa de muchos otros, un balance desfavorable, una caída más abajo (...) La caja del banco supo con cuanta vacilación al principio y con qué resuelta desvergüenza después, se metió la mano en ella; y se raspó cifras, y se urdió artimañas (...) y se falsificó, sí ¡se falsificó! Partidas, letras, finalmente ¡lo horrible!, firmas... una primero, dos luego, y otra vez, y otra vez» (Pocaterra 1965, 146).

Falsificar una firma, que es descrito como «lo horrible» es usurpar la identidad, es hacerse uno falso o convertir en falso a otra persona. Es, evidentemente, la invasión del otro, la invasión del súcubo, que irrumpe y tergiversa: «el erotismo es la expresión del cuerpo; y el cuerpo cuando no se silencia, expresa su propia textura, su propio deseo, transgrede la moral, expresa el mal» (Bravo 1993, 64).

Pocaterra presenta la relación de pareja como una de víctima y victimario. Una relación de destrucción del otro a través del erotismo. El vampirismo no se da como una irrupción violenta de la otredad en el yo, sino como una paulatina invasión de lo maligno. El mal está representado por el erotismo irresponsable de Felicia parasita la torpe ingenuidad del protagonista. Ambos extremos son malos. Probablemente por eso están simbólicamente conjurados con la imposibilidad de la fecundación es decir, la imposibilidad de a generación de vida. El bien es la búsqueda de identidad del sujeto, el Mal es la ruptura de esa identidad.

Así pues, hemos llegado al núcleo significativo del cuento: la presencia del arquetipo del vampiro, figurativizado en la mujer. El vampiro lentamente suplanta al yo a través de «una progresión incesante hacia un proceso de identificación total que culmina en la aniquilación del yo» (Bravo 1993, 75). En el cuento de Pocaterra esto está expresado a través de una progresión reducida al ámbito de lo material, debido a que no se nota algún tipo de transferencia en el plano sentimental. El proceso que se verifica entre Felicia y el protagonista consiste en una paulatina usurpación de la identidad. En primer lugar, el protagonista hace regalos económicos cada vez más jugosos a Felicia. Ella es insaciable, y poco a poco suplanta la identidad del hombre al falsificar su firma. Finalmente, se produce el total desplazamiento del yo del hombre, lo cual resulta en su aniquilación definitiva, expresada en la huida de un hombre y posteriormente en el suicidio de otro.

Después de haberse quedado sin fondos —se supone que en Francia— el hombre huye a España y de allí a América. Por su parte, la mujer encuentra un flirt y con él despilfarra dos o tres mil francos que pertenecían al esposo. El amante la abandonó. Luego ella se fue con otro amante e hizo lo mismo. El tercer amante se suicidó después de haber perdido en un casino una alta suma de dinero.

Es claro que la protagonista tiene una conducta parasitaria. La esterilidad le proporciona una gran libertad para ser promiscua y casquivana. De modo que un rasgo de otredad genera otro. El primero, que es un rasgo «natural», produce un rasgo «adquirido». Es decir, una minusvalía producida inmotivadamente genera un comportamiento inaceptable a los ojos de la sociedad.

Pero existen dos elementos de orden negativo. En primer lugar, la comparación sucede en torno a un comportamiento despreciable, no a uno ejemplarizante como cabría esperar en una fábula. En segundo lugar la intención del autor no parece ser tanto la de moralizar al lector potencial sino la de escarnecerá cierto tipo de mujeres. Podemos inferir que si la intención del autor fuera realmente la de moralizar a su auditorio, no solamente habría criticado la promiscuidad y la falta de escrúpulos de Felicia, sino que también habría criticado la torpeza, la ingenuidad, la ludopatía y la senil voluptuosidad del anónimo protagonista masculino

3. LA ESTERILIDAD.

El tercer rasgo de la otredad es la imposibilidad para procrear: el hombre es viejo y la mujer es joven pero estéril. Este rasgo, además, viene reforzado por el contraste entre la esterilidad y la juventud. Por

regla natural, se supone que debería ser lo contrario. Esta incompatibilidad de características da como resultado la imposibilidad de procrear, es decir, la imposibilidad de engendrar vida. Más todavía esta imposibilidad estaría probablemente fundada en dos paradojas.

3.1 Lo biológico.

La primera paradoja es de orden biológico. El hombre pudiera ser potente aun a pesar de su avanzada edad; esto es científicamente posible. Ahora bien, la mujer, a pesar de ser joven es completamente estéril.

3.2 Lo psicológico.

La segunda paradoja es de orden psicológico. A pesar de su vejez, el hombre es tonto e ingenuo. Por el contrario, a pesar de su juventud, la mujer es calculadora y astuta. La civilización Occidental ha atribuido a la vejez y a la juventud una serie de rasgos asociados y quizá previstos: se tiende a creer que una persona anciana ha adquirido sensatez y buen juicio a lo largo de su vida, y se tiende a asociar la juventud con impericia y con impulsividad. Sin embargo, los personajes de Pocaterra nos demuestran lo contrario.

4 LA ANIQUILACIÓN SIMBÓLICA.

El narrador le explica al naturalista por qué es conveniente matar a la mantis, en lugar de perdonarle la vida solo por su belleza, como pretendía el entomólogo.

«Se arrojaba esta hembra admirable sobre el macho de su especie, y con la gracia flexible de su espíritu y de sus caderas, con la ferocidad terrible de los *mantis*, de las 'cerbatanas', destruía, consumía, aniquilaba, siempre fresca, graciosa, absurda, ocultando la potencia tremenda de su destrucción en un aspecto ligero, delicioso e inofensivo. Como este insecto, como este animalito verde que usted compadece tanto'. Y de un manotazo colérico aplastó la sabandija» (Pocaterra 1965, 147).

De este modo, la mantis se convierte en un monstruo, que actualiza simbólicamente la presencia de lo otro en el ámbito de lo real. La mantis representa

«lo monstruoso se presenta como la violenta manifestación de lo heterogéneo y lo incongruente, como lo indefinido que se expresa en fragmento y desgarramiento (...) Es lo que acecha sin tregua, desde el afuera, al orden delimitado de la existencia» (Bravo 2007, 28).

De alguna manera, el entomólogo asocia la mantis con ciertas mujeres; de modo, que en el momento en el que una mantis verdadera aparece en el presente narrativo, de algún modo vuelve a hacer presente la presencia de Felicia y de las mujeres siniestras. El entomólogo intenta conjurar el mal, pero lo hace de un modo indirecto, simbólico. El orden no se restituye, porque la realidad no cambia: lo que hizo Felicia hecho quedó, y no hay vuelta atrás. Pero al menos hay, de parte del narrador, una catarsis, hay una liberación de la ira: ya que no puede eliminar, o al menos castigar, a la mujer maligna, elimina a un insecto cuyas características le parecen análogas a las de la mujer.

CONCLUSIÓN:

Se concluye que es un cuento que en la parte formal, «La cerbatana» integra varios recursos narrativos que propenden a darle mayor complejidad y expresividad a la historia que se narra. Así, el texto consiste en una narración dentro de otra narración, con lo cual el texto actualiza dos niveles narrativos diferentes. Por otra parte, cada una de esos niveles está relatado por dos narradores distintos, si bien ambos utilizan el mismo punto de vista, el heterodiegético.

Desde el punto de vista de los contenidos significantes, el cuento establece asociaciones semióticas entre elementos. Sin embargo, en «La cerbatana», la asociación tradicional entre humanos y animales corre en sentido inverso. En efecto, aquí no se trata de humanización sino al contrario, animalización. Esta tendencia a invertir contenidos y procedimientos habituales ha sido una tendencia frecuente en la literatura contemporánea: si es cierto que

«la modernidad permitirá interrogar los territorios de la diferencia (...) y observar las infinitas maneras cómo la diferencia, dibujando arcos de paradoja atraviesa o se aloja en los territorios reconocibles de la identidad y de la normalidad para resquebrajarla, debilitarla, anularla, degradarla» (Bravo 2006, 24).

Así pues, ya vemos que con Pocaterra se confirma lo contrario. El cuento que nos ocupa plantea la necesidad de la existencia de un orden que debe ser restituido. No por otra causa el cuento termina con la aniquilación de una mantis. Ello constituye una aniquilación simbólica de la mujer desenfrenada, y consecuentemente la restitución del límite que separa los ámbitos de lo permitido y de lo prohibido, de lo moral y de lo inmoral. Pocaterra nos recuerda que el orden debe ser restituido porque el orden «proporciona horizontes de presuposiciones y de normalidad y se cohesionan en la tendencia identitaria de sus elementos, establece correspondencias entre esas tendencias identitarias y el bien y la moral; y conquista un lugar: el punto medio aristotélico desde donde enuncia una gramática de certezas y de sentido teleológico» (Bravo 2006, 21).

Ahora bien, cabe la pregunta: ¿cuál orden debe ser restituido? El orden tradicional no es verdaderamente equitativo en cuanto a los roles que socialmente se le establecen al hombre y a la mujer. En efecto, es fácil ver que la carga sémica es desbalanceada, ya que todo el contenido negativo es destinado a Felicia. Por ejemplo, Pocaterra condena la promiscuidad de la mujer, pero soslaya completamente toda crítica a los amantes vividores y oportunistas que ella tuvo. De hecho, si bien es cierto que la mujer del relato puede ser comparada con una mantis, no es menos cierto que los hombres deberían ser comparados con algo igualmente irracional, acaso con virus o con parásitos. Esto también habría coincidido con el símil de la mantis. En efecto, información científica revela lo siguiente:

«El ejemplo más famoso de ello es la infame conducta amorosa de la hembra adulta, que en ocasiones se come a su pareja justo después del apareamiento, e incluso durante. A pesar de ello, los machos no rehúyen la oportunidad de reproducirse» (National Geographic Society, 2013).

Tampoco censura al marido, un cobarde que huye ni al último amante de Felicia, un torpe e ingenio ludópata. Esto se evidencia en un hecho clave: ni el marido ni los amantes tienen nombre. De manera que su identidad queda relegada. Lo único que importa es la conducta de la mujer.

© Alberto Quero

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- Abrams, Meyer H. (1999). *A glossary of literary terms*. Heinle & Heinle. Boston
- Bal, Mieke (2007). *Narratology*. University of Toronto Press. Toronto.
- Bravo, Víctor (1993). *Los poderes de la ironía*. Monte Ávila. Caracas.
- (2007). *El señor de los tristes y otros ensayos*. Monte Ávila. Caracas.
- Genette, Gérard (1988). *Narrative discourse revisited*. Cornell University Press. Ithaca, Nueva York. Estados Unidos
- Jahn, Manfred (2006). *Narratology: A Guide to the Theory of Narrative*. Colonia, Alemania. Universität Köln.
- Lotman, Iuri (1993). *Cultura y explosión*. Barcelona. Gedisa.
- National Geographic Society. (2013). Sitio web consultado el 3 de febrero de 2013 a las 8:00 p. m. <http://www.nationalgeographic.es/animales/insectos/mantis-religiosa>
- O'Neill, Patrick (1996). *Fictions of discourse*. University of Toronto. Toronto.

- Pérez Estévez, Antonio (1989). *El individuo y la feminidad*. La Universidad del Zulia. Maracaibo.
- Pocaterra, José Rafael (1965). *Cuentos grotescos*. Ediciones del Ministerio de Educación. Caracas
- Prince, Gerald (2003). *A dictionary of narratology*. University of Nebraska Press. Lincoln.

Alberto Quero. Nació en Maracaibo, Venezuela. Narrador y poeta. Es Licenciado en Letras, Magister en Literatura Venezolana y Doctor en Ciencias Humanas por la Universidad del Zulia. Miembro de la Sociedad Iberoamericana de Escritores, el Parlamento Internacional de Escritores de Colombia y la Asociación Venezolana de Semiótica. Ha publicado cinco cuentarios: *Dorso* (1997), *Esfera* (1999), *Fogaje* (2000), *Giroscopio* (2004) y *Aeromancia* (2006) y *Borde* (2016). También ha publicado un poemario: *Los que vinieron* (2013). Ha obtenido los siguientes premios: Mención de honor en la XII Bienal de Literatura "Eduardo Sifontes" (1997), Segundo premio en el concurso estudiantil de poesía de LUZ (1998), Primer premio en el concurso estudiantil de cuentos de La Universidad del Zulia (1999), Primer premio en el concurso de poesía de La Universidad del Zulia (2001), Premio "Andrés Mariño Palacio", otorgado por la Gobernación del Estado Zulia a escritores noveles (2002), Primer premio en el concurso de poesía "Por una Venezuela literaria", Editorial Negro Sobre Blanco (2013). Textos suyos han sido recopilados en *Los espejos plurales* (Poesía, Universidad del Zulia, 2000) y en *Cuentos de monte y culebra* (Cuento. Universidad de Los Andes, 2004). Ha sido incluido en dos diccionarios de personalidades *Diccionario General del Zulia* (1999) y en *Quiénes escriben en Venezuela* (2005).

APUNTES SOBRE *LA VIRTUD DE LA HIPOCRESÍA* (2017) DE LUIS QUINTANA TEJERA

por Fernando Pliego Pérez

INTRODUCCIÓN

La unidad temática del libro, como el título lo indica, es la hipocresía, pero cabe ahondar un poco más en el concepto para aclarar dicha unidad. Por hipocresía puede entenderse aquel discurso fingido que es completamente opuesto a las acciones que se realizan o se experimentan. Dicha mentira puede incluso extender sus tentáculos al punto de confundir a quienes mienten y hacerlos creer en sus propias falsedades. En un mundo tan degradado, moral y socialmente como el nuestro, no es raro que esto suceda y que, consecuencias como las culpas no se presenten siquiera como posibilidad. Con los cuentos se sondea hasta donde pueden llevarnos nuestras mentiras, y qué tanto nos pueden decir de nosotros mismos.

La hipocresía, aunque parezca algo raro, es propiedad común del ser humano, aunque estos personajes como sacerdotes o políticos, la lleven hasta sus extremos. En el fondo nos acercan a la eterna pugna entre lo material y lo ideal, con sus ramificaciones. Es decir, mientras que uno pueda referirse y suscitar las ideas más elevadas en el prójimo o hasta creérselas, en el fondo puede estar obrando de la manera más distante, a veces sin darse cuenta. Si alguna figura retórica puede acompañar de manera cercana a la estampa del hipócrita, es la del oxímoron (Kayser, 1965), con su incompatibilidad inverosímil, a veces paradójica u opuesta diametralmente, pero que convive en un mismo lugar o en una misma persona.

La mayoría de los relatos cuenta con una consciencia propia que parece remitir al ensayo y a la reflexión intelectual, pues el narrador suele emitir un juicio o fungir de testigo, lo que recuerda la vulnerabilidad del mentiroso que se cree a salvo sin estarlo realmente. Hay algunas excepciones como el narrador omnisciente en «La guardiana de la calle Sarandí» o cuando es homodiegético (Genette, 1989) en «Extraña hospitalidad». La síntesis literaria se multiplica pues el hipócrita también interactúa con sus mentiras, las cuales algunas veces toma con la mayor naturalidad o, en otras, sufre a causa de la culpa, o las soporta realmente padeciendo sus consecuencias.

Quizás sea que para acercarse mejor a una definición del hombre haya que recurrir a la paradoja y a la incongruencia, pues a ciencia cierta nunca habrá una completa conformidad en el amplio contexto de la humanidad. El peligro es cuando no se reconoce debidamente esta condición y la gente queda en medio, esclavizada por sus deseos e intereses personales, como le sucede al hipócrita.

SACERDOTES EN CONCIERTO

El libro de cuentos abre de manera fabulosa con el primer ejemplo de un sacerdote. El problema de Eduardo está en que su figura de Dios es una, interiorizada y asumida al gusto, que puede ser utilizada a favor o a la medida de necesidades y deseos. Esto es completamente opuesto a lo que la mayoría de las religiones nos invitarían a pensar, que sería en un Dios trascendente, mucho más grande incluso que nuestra conciencia, por lo que no podemos siquiera imaginarlo. Ahora bien, el padre Eduardo, criado en un ambiente católico, ha degradado la idea de la religión hasta el punto de instalarse en una moral de conveniencia.

Es así que, aunque repita lo que por inercia ha aprendido de la Biblia y de las enseñanzas idealistas de Jesús, se comporta de la manera que más le conviene. Lo peor de todo, o tal vez lo más triste, es que no se da cuenta de su mediocridad y de su pequeñez, embebido con el poder del sacerdote católico al cual representa. Su egocentrismo, se antepone hasta a la moral que lo beneficia, así que nunca

renunciará a los privilegios del fuero eclesiástico, aunque los traicione permitiéndose licenciosamente gozar de placeres carnales. La castidad podría ser sublimada o afrontada con mayor dignidad como el Arcipreste de Hita, pero el padre Lalo la mantiene dentro del terreno de la mediocridad. Siempre hallará el modo de justificarse a sí mismo, o a sus acciones,

Guiado por este narcisismo se propone como el único protagonista a cada momento. Alcanza su cúspide la egolatría cuando encuentra placer en volverse el centro de la liturgia y desplazar a Jesucristo a Dios o a los sagrados sacramentos. Con el exhibicionismo de un canto fetichista y erotizado en el que refiere a temas sacros, o apela al pensamiento milagroso por no llamar mítico o mágico de sus fervientes, engañándolos como si fuera un santo, se vuelve el centro de todas las acciones que emprende. En el contexto social coexisten el paganismo y el animismo, de los que se aprovecha con todo y la inocencia de la gente para sugestionar y causar admiración. Poco puede haber de racionalidad en este padre que se desenvuelve en el mundo como si todo ocurriera dentro de su propia mente obsesiva.

Al final es demasiado soportar un cosmos tan grande y darle siempre ese sentido tan personal y ególatra que cae en la enajenación y hasta en la locura. Por lo tanto, hay que entender que para el hipócrita puede ser excesivo crear un universo individual sólo para que sus mentiras o conveniencias sean captadas como verdades. Ya sabemos que las consecuencias pueden ser terribles al alejarse tanto del mundo real.

UN CEREBRO INTELIGENTE

Este cuento, que podríamos acercar hasta la ciencia ficción, trata de las condiciones de la escritura en una época que privilegia tanto la técnica y especialmente la computacional. Su protagonista, Estela logra hacer un programa en el que una máquina puede redactar una novela, sólo necesita que se introduzca un mínimo de información para que desarrolle una obra. Hay un breve recorrido por los componentes de una adecuada escritura, como son: una buena ortografía, el uso de figuras retóricas, la incorporación de conceptos, la verosimilitud, el contenido... Da la sensación de que debería haber una fórmula preestablecida para la escritura.

Los relatos producidos pueden ser geniales, pero hace falta el ingrediente intuitivo. Hay una deshumanización y despersonalización en este nuevo ejercicio pseudoartístico. La paradoja o la hipocresía radica en que muchos escritores (incluso hay nombres al final) se venden como grandes artistas, pero que a la larga a veces escriben como máquinas y caen en el mero artificio retórico o en la excelencia artística que no deja entrever más allá de su apariencia, tan interesante y perfecta, pero limitada. A pesar de ello la crítica no cesa de aplaudirlos.

EXTRAÑA HOSPITALIDAD

Su lectura evoca una gran melancolía o tristeza para quien pueda acercarse al oficio de maestro, especialmente cuando éste no consigue explotar al máximo sus capacidades y necesariamente termina siendo hipócrita. Si, por ejemplo, se trabaja en un instituto privado y no se puede reprobar a los alumnos, el objeto de estudio es de cortos alcances y diseñado por alguien que no tiene la menor idea y, aparte, la formación moral e intelectual, inclusive la inteligencia de los alumnos hasta ese punto es cuestionable, se cae en la desilusión profunda y termina brotando una mediocridad o indiferencia, una repetición o una inercia en aquel que hubiera querido enseñar de otra manera.

Sería sencillo apuntar al maestro hipócrita y acusarlo, quejarse, pero no es tan simple, finalmente es su oficio y con él se gana el pan. En algún momento creyó que podría ser placentero, pero se ha equivocado. Nuestro protagonista vuelve la mirada a aquel que lo inspiró en un principio, Dolcey Zaccarón, un preceptor idealista de filosofía que no se dejaba quebrar ni por el régimen militar uruguayo del momento. Al final, se concierta un encuentro imposible en el que el antiguo maestro, que remeda a Sócrates, le dice lo que quiere escuchar el discípulo, confesándole que hasta él terminó por decepcionarse de la docencia. Puede que ese encuentro se haya producido para saber que no es el

único al que le invade la decepción, y que hasta a aquel que fuera su héroe puede caer en penoso desencanto.

Hay dos tipos de discípulos siguiendo a Zaccarón, aquellos como Platón que se encargaran de hacer la labor de difusión, pero que pudieron no haber sido los mejores alumnos, aunque queden inmortalizados por haber dado su versión a la manera de San Pablo; y aquellos más discretos como Fedón o Euclides que podrían haber llegado a sobrepasar a su carismático compañero. Al final ninguno logró prevalecer sobre el maestro, sobre el enigmático Sócrates. El narrador tiene un conflicto interno entre ser el difusor de la buena nueva de Zaccarón, o convertirse en un seguidor determinado de sus principios aunque no los exhiba. Al final termina incorporando su propia versión del maestro uruguayo, la cual se acerca mejor a sus posibilidades.

La idea de una cita imposible me remitió indirectamente al encuentro del poema «A Leopoldo Lugones» de Jorge Luis Borges, en el que el discípulo puede mostrarle al maestro, ya desaparecido, los frutos de sus enseñanzas, pese a que ya está muerto. Es parte del proceso de la vida, gozar de aquello que nos han heredado o transmitido, pero ya no poder compartir la dicha o la emoción con el benefactor, pues es demasiado tarde.

RODOLFO PÉREZ ÁGUILA

Considero que éste es uno de los cuentos mejor logrados del libro junto con «La guardiana de la calle Sarandí» y el de «Un plagiario serial». Representa una continuación del tema del padre Lalito, ahora con Rodolfo. Este padre también comparte la lógica del Dios cómplice que permite a su hijo hacer lo que sea su voluntad en todo momento, pero en este caso, el descaro lo lleva aún más allá, atribuyendo su actuación a la providencia o a los designios de Dios. Es una manera sencilla de no responsabilizarse por uno mismo o de hacerse cargo de sus acciones y siempre estarse valiendo de los designios de Dios, hay una conformidad perfecta con lo que ocurra, pues no importa la voluntad del hombre, es la de su Dios la que lo conduce.

Rodolfo construye de esta manera un mundo de inocente estupidez y de ceguera. También vive una alienación, aunque no en su yo sino en su Dios. Nunca siente amargura ni dolor, sólo ríe de manera nerviosa en ocasiones. Persiste el protagonismo semejante al de su par, Eduardo, cuando cree haber sufrido mucho y ser merecedor de todo lo que se le antoje, por lo que cumple con sus caprichos. Para él no cuenta la experiencia sino su disposición y lo que él crea, es por ello que se comporta como un imbécil. El final es soberbio, con el dulce sueño del personaje mientras el mundo cae a pique al otro lado del muro.

EL LADRÓN DE LA INOCENCIA

Es el tercero y último, quizás el más controversial de la serie de sacerdotes en el libro; su tono es decididamente más serio dada la gravedad de las faltas de Trinidad, su hipócrita protagonista. El título resulta de por sí ya un tanto explícito y en medio de muchos escándalos no podemos más que vincularlo con la mancilla que ha acompañado mundialmente a la iglesia católica en estos últimos años que es la pedofilia. Antes de proseguir, es necesario mencionar que esta brutalidad con los niños no es endémica a los sacerdotes católicos y se extiende con una rapidez alarmante en medio de la trata de personas, que, en el año pasado, 2016, alcanzó extremos inimaginables.

En medio de las filtraciones del tan conocido *Wikileaks*, existen unos correos reveladores, pese a que su contenido fue siendo echado de lado y atenuado por los medios que los abordaban desde la perspectiva de una conspiración conjunta entre el xenófobo Trump y los rusos, hasta llevarlos a segundo plano y casi al olvido sin consecuencias para los malhechores. ¿Qué habrían podido contener dichos correos del secretario de campaña John Podesta para causar la caída de Hillary Clinton, que a su vez se retrajo de los reflectores después del descubrimiento? Resulta que hay una red de pedofilia encubierta desde hace años bajo el hospicio de los Clinton, que curiosamente encabezan la organización internacional para la búsqueda de menores desaparecidos, y la punta del iceberg fue una falsa pizzería, entre otros negocios en una plaza comercial en Washington D.C., muy cerca de la

casa blanca, en la que «son vendidos» niños para su violación o asesinato. Basta informarse un poco más en internet con el mentado Pizzagate, para descubrir la maldad presente en unos cuantos, que también cuentan con el brazo del poder, en este caso de la política. Algunas evidencias y fotografías son verdaderamente de horror y profunda desolación por la destrucción literal de vidas por unos cuantos billetes. En todo el mundo habrá situaciones paralelas y esto sucede desde hace muchos años.

Regresando al cuento, la denuncia de Quintana no va tan encaminada hacia el robo o el secuestro de niños, sino a los medios de persuasión en los que se basan los enfermos para seducir o chantajear a los inocentes y a los más vulnerables. El doctor se vale de su reputación y de su dignidad hipocrática para manosear y desnudar por completo, e incluso violar a sus pacientes femeninos so pretexto de auscultación, aunque se trate de un mero resfriado. Puesto en tela de juicio, la palabra del doctor valdrá mucho más que la de quien lo acuse. Después encontramos al farmacéutico que lucra con la adicción y consigue que los muchachos tengan la necesidad de regresar a la botica a comprar cuantas veces sea necesario para mitigar la abstinencia. Por último, el sacerdote, que valiéndose de su bienestar económico promete a los más pobres seguridad financiera o lujos que no hayan podido imaginar siquiera, para hacerlos ceder ante sus deseos más ruines. Estos tres hipócritas, ebrios en su breve dominio, tienen el descaro de acusarse entre ellos, como una manera de lavarse las manos o de sentirse menos culpables. Se escandalizan del otro para escandalizarse menos de sí mismos.

Trinidad es un sacerdote hedonista, como tantos otros, que no repara en gastos ni en daños para obtener el mayor placer de la vida; su moneda de pago, es su excusada devoción religiosa y su sacrificio por la iglesia. Se vale de este discurso para no detenerse jamás ni ante sus más viles instintos. Hay una mención a Marcial Maciel, que pasó años con la mayor tranquilidad viviendo una vida de millonario, «permitiéndose la violación» de menores con la vista gorda, hasta del Papa. La tristísima historia de Jacinto queda en el fuego cruzado, pues él cree en el padre Trini y en sus palabras, espera recibir algún beneficio por lo que renuncia a todo lo que tiene por estar con él. Al final el padre se harta y lo bota como si fuera un desechable y lo abandona en las garras de la ignominia y de la miseria, sin haberle correspondido en nada; su final es fatal.

Los miembros superiores de la iglesia lejos de enfrentar el problema y castigar a sus ovejas negras, se inclinan por medidas paliativas irrisorias como transferir a los padres a otros lugares. Éstos aún no dan con sus faltas, su soberbia no tiene límites y terminan culpando a quienes ellos violaron, llamándolos tentadores. Esta otra parte de la Iglesia es la del sacerdote que se cree merecedor y dueño de todo cayendo en el abuso. Existe un fundamento para reflexionar también en cual puede ser el proceso mental de políticos todopoderosos, yanquis como los ya mentados, para cometer las mismas ofensas capitales.

LA GUARDIANA DE LA CALLE SARANDÍ

Lucero Miranda, la mujer que desde su balcón contempla a los transeúntes de la calle Sarandí, como su nombre lo indica, representa una esperanza para este universo, que mientras podamos seguir siendo capaces de escuchar y de acercarnos al otro, habrá algún consuelo. La oportunidad del ocio, que es la madre de todas las artes, le permite asentarse en un cómodo sillón que da hacia la calle, así es como puede llegar a percibir, ante su propia conciencia, al mundo que pasa. A semejo esta actividad a la del escritor de verdad, que es capaz de hacerse uno con aquello que ve.

Comienza Lucero por las apariencias, lo exterior y lo que reflejan los caminantes en sus fisonomías, como una monja que muestra el tedio de la veneración de un Dios personal y limitado; un judío paranoico, un panadero, algún violinista o una bella dama que fuera abandonada poco tiempo atrás y ahora despierta al porvenir vistiendo medias rojas... Si bien la mirada los atraviesa por fuera, hace falta más para conocer su alma y de paso conocer la propia, pues aquel que sabe escuchar termina por escucharse también. Éste es el proceso dialéctico del que solemos huir todos los días.

Se necesita mucha valentía para acercarse sinceramente al otro, pues siempre estamos expuestos al conocimiento desgarrador, que trágicamente es aquel que forma parte de la existencia humana. Lucero atraviesa por él, conoce, a través de una joven pareja con problemas de esterilidad, hasta donde

se puede llegar cuando no hay satisfacción del deseo. Se entera también de otro observatorio que es el del confesionario donde el padre Homero y su cercana Angustias, tienen otra manera de indagar en la humanidad y sus secretos, aún con la punzada del tedio influyendo en sus decisiones.

Conoce a un sabio, Galileo Montoya Salvador, que reconoce la condena humana de ser un pordiosero que piensa, alguien que puede ver la idea, pero nunca materializarla, desear, pero no tener ni gozar, siempre en una pugna fáustica. Aquellos pocos que logran escapar del mecanismo del deseo caen en la entropía y se condenan a la soledad existencial, por lo que la miseria es doble. Se sigue sufriendo con el límite. Aunque la máquina del sabio haya logrado conocer el deseo, sigue sin haber consuelo, como aquel Buda que conoció a la nada y eliminó cualquier otra categoría.

Por último, se acerca a los instintos más bajos de aquellos seres de mala fe, con la historia del obrero Isaías que es esclavizado por un *dipunarco*. Su diégesis es tan sórdida y despiadada que hiere a quien la oye. Los más poderosos explotando a los vulnerables, embebidos en su omnipotencia falsa. Aunque sean descubiertos y denunciados, nada cambia, porque hay miles o millones al lado de ellos listos para defender sus privilegios, cuidando a su vez los de sus compañeros.

El mundo en su complejidad y en su crueldad conduce a Lucero al encierro y al silencio. ¿Acaso no ocurre esto tantas veces con escritores que, después de haberse armado de valor, conocieron los fundamentos que componen a la existencia humana y terminaron optando por la reclusión y por el silencio? Sí, y es que hay que tener bastante estómago y agallas simplemente para dar un paso, para acercarse a lo real, para ello siempre estará la sublimación del arte para ennoblecerlo, y para arrojarlos en este acantilado. Sin el artificio, el arte para algunos, la superstición para otros, o el engaño para las mayorías, el mundo se convertiría en algo demasiado abrumador y quedaríamos inmóviles para siempre como ocurre en tantas ocasiones.

EL SENO DE LA FAMILIA: LAS HISTORIAS QUE NOS CONTARON

Es interesante la intratextualidad, pues aparecen personajes de otros cuentos, Severa y su hijo Pedro Valdivia. La primera parte asemeja un ensayo, pues la Meta literatura se coloca en primer plano con la reflexión acerca de la familia, en él se aboga por el valor de aquel primer acto comunicativo que ocurre dentro del seno familiar, aludiendo también a la importancia de ser escuchados y de escuchar. Se traslada la formación de la familia a aquella idea de Dios que vamos desarrollando, pasando por el noviazgo, que si ha de ser exitoso, debe basarse en una de las formas más profundas de comunicación, que es la amistad. A la familia uno no la elige pero a los amigos sí, y es por afinidades o por muchos factores que ésta se da o no se da.

De ahí vamos a la historia de los amigos Pedro y Alfredo, con su integración y complementariedad. Uno es portero y el otro es delantero de fútbol. Ambos tienen el valor de unirse de la manera que prefieran, pase lo que pase. De alguna forma cuando se consume dicha unión se liberan y se va consigo una mansión misteriosa que los encierra y mantiene escondidos, para despertar liberados en una playa a plena luz.

LA POLÍTICA NUESTRA DE CADA DÍA

El cuento inicia por un esbozo de lo que estamos acostumbrados a conocer por política latinoamericana, con el irrisorio abuso que se ha vuelto tan común, que pasa desapercibido. El primer ejemplo es Fidel Castro, cuyo nombre no es mencionado una sola vez, pero se maneja la referencia por puras alusiones: el sueño fallido de Cuba donde nunca se materializaron los ideales y pese a ello persistieron los discursos disimulando u ocultando la verdad. La gente se alimenta de los discursos y convierte en deidades a los oradores, porque en el fondo hay un miedo terrible a ver la realidad. Sería demasiado para el pueblo mirar de frente la doble maldad de sus gobernantes, por engañarlos y también por robarles.

El político latinoamericano es un actor que trata de persuadir con la retórica y con la simulación; que sostiene, a pesar de todas las contradicciones, que existe un ideal. Detrás de la fachada tan promisoriosa, hay un burdo interés personal de cortas miras, pero que no se detiene ni con las vidas de los

otros. Un apetito tan voraz termina por cortar con la empatía o con la comunicación entre la cúpula y los de abajo. En el itinerario está mantener adormecido al pueblo en su estúpida inocencia para que no aprendan a pedir ni a desear más de lo que se les dé para, de este modo, medio pasarla. Aquel que creer merecer más es de inmediato silenciado por los de arriba, o lo más común, por sus pares, que se levantan contra el que quiera recuperar la dignidad humana perdida por generaciones.

Por medio del discurso, y de manera semejante al párroco que se cree merecedor por su investidura sagrada, el político se considera digno de todas las alabanzas y beneficios por sus sacrificios falsos en bien del pueblo. Ahora, aparte de esta mentira enorme, de esta meritocracia falsa que se la creen tantos arribistas con chalecos rojos desde los del menor rango hasta los que mueven los hilos en las mansiones de las Lomas o los Encinos, se incluye la legitimidad que otorga la escolaridad, aunque ésta no tenga que ver con las competencias reales ni con el desempeño. Empezó poco antes del cambio del milenio, y ahora si vemos al candidato cuyo abuelo da nombre a la calle en donde están las instalaciones del partido, atendemos a la propaganda falsa de «el mejor preparado» que estudió en las universidades de prestigio en el primer mundo. Falsedades con las que fantasea el pueblo en sus fijaciones por sentirse protagonistas reflejándose en los héroes políticos o en las telenovelas.

No solo ocurren estas historias en México, en toda Latinoamérica se repite nuestra carrera por acercarnos a la civilización y escapar de la barbarie a toda costa, aunque pisoteemos a los que se atraviesan en el camino. Ahí es donde comienza la ficción, viajando al Uruguay de los sesenta con su turbulencia política, el hipócrita es Félix Altolaquirre. Él también tiene su sentido común trastocado, el lema de «el que no transa no avanza» se convierte en la lógica y el modo de vida de estas personas corruptas. Es farsante, desleal y traicionero, pero esto forma parte de su único objetivo en la vida: «progresar». Aunque su educación quedó trunca, igual es como si tuviera un título nobiliario que le permitiera distinguirse de entre la barriada o la indiada de donde posiblemente provenga y voltear a verla con odio. Es quien pasó hambre y la conoce, por lo que prefiere morir o matar antes que regresar a ella. La ciudad juega con su mente y sus ideas de grandeza.

Arribista, cercano a quienes debía estar en el momento oportuno, descubierto como el «menos malo», alcanza un puesto conveniente. Roba todo lo que puede mientras dura, y pronto se termina la holganza. Llega alguien igual o peor y lo quita de inmediato de donde está. Reintegrado a la sociedad civil tratará de hacer negocios por todos los medios, hasta con un burdel; con esto quemará la imagen que antaño fuera la de un idealista comprometido y con futuro. La violencia extrema en Latinoamérica es lo cotidiano y está a la vuelta de la esquina, así que ocurre lo que tenía que pasar cuando un magnate sádico manifiesta su poder con una víctima de trata; hay consecuencias para Félix y su dinero se termina. Bien, mientras duró, aunque no lo haya beneficiado en lo absoluto y sí haya afectado en realidad al pueblo uruguayo, es decir, vendió a los suyos por un placer efímero. No hay opción: la muerte o regresar al trabajo normal, ya sabemos cuál es la que elige el político guiado por la pluma del autor.

DESDE EL VIENTRE DE MAMÁ

En su mayoría puede ser leído sin mayor problema, pero despierta interés la noticia de intratextualidad que se corresponde con otros cuentos de Quintana. Esta historia es de aquel que se ofrece como profesión, funge y cobra por aquello de lo que carece. Es fabuloso el ejemplo del profesor de español o del escritor que tienen faltas de ortografía. En este caso es el de una psiquiatra que padece un desequilibrio interior y falla en salvar a suicidas potenciales.

Entre sus conocidos están enajenados que llevaron al último nivel sus refugios personales tales como la Biblia, el diccionario o el libro del Quijote antes de tener que enfrentar sus problemas por sí mismos. La propia narradora tiene una nostalgia desmedida por su madre.

NAVEGACIONES TENACES

Aquel que encuentra relaciones con las mujeres en el monitor puede hallar la correspondencia perfecta de acuerdo con los estándares actuales; uno de ellos es Ernesto, no hay mayores obstáculos: no

se niegan, no opinan, empieza y termina rápido, sin reclamaciones ni temores, no hay peligro de añoranza o de nostalgia. Siendo así, la búsqueda no tiene que ser de una mujer, sino de la mujer como generalidad, y es que la poligamia también es un afrodisiaco, la conquista se repite muchas veces, y para el usuario siempre tiene las de ganar. La computadora es impersonal y no demanda la reciprocidad, si acaso breves mantenimientos, conexión a internet y a la luz eléctrica.

Su trayectoria tan «perfecta», aunque impersonal e individualista, se interrumpe cuando se enamora por fin de una de tantas que había conocido. Por algún momento piensa en la realidad detrás de la actividad lucrativa de la exhibición, cómo aquella mujer, Ismena, puede llevar una vida propia en España, con mayor profundidad que la de los momentáneos roces eróticos de los que disfruta. La cuestión es que al contemplar la vida de la otra, se ve obligado a remitir necesariamente a la suya y se encuentra viejo y carente de vigor para atender la empresa de por sí imposible. Cual Dorian Gray, vende su alma al diablo con la finalidad de disfrutar de Ismena, y en vez del retrato, su parte humana queda en la computadora por la que es absorbido. Huelgan hasta la saciedad y llega el hartazgo, se separan y el sigue ahí atrapado en el ordenador, condenado a vagar, escapando de sus sueños, diversificándose.

UN PLAGIARIO SERIAL

Pese a que algunos puristas se alarmen y renieguen de la actividad en su totalidad, si no hubiera plagio no habría evolución literaria. El plagio también es una forma de tributo y de apropiación, aquello que se llama originalidad pura no existe, si es que alguna vez existió. La literatura está condenada a repetirse; si acaso cambian las formas, algunos temas seguirán siendo lo mismo, y quizás en el fondo las teorías también con sus variaciones. Pablo Navidad comienza siendo consciente de ello, además de la mirada sesgada de la academia para estas cuestiones, pues se fijan constantemente en los errores y se alejan del contenido intelectual, lo cual es otro mal necesario para el desarrollo.

Luego juega con la idea, como el asesino serial, de dejar pistas para ser atrapado, empieza con erratas a propósito en conferencias. Hay algún placer en este tipo de plagio que no deja de sorprendernos por la consciencia que tiene de su actividad, y la poca culpa que puede poseer frente a la abrumadora moral intelectual y académica, es muy laxo. Pero de ello a la mediocridad hay muy poca distancia y desafortunadamente es en la que cae Pablo. Pasado el tiempo opta por el resumen y la sinopsis, prescinde de la necesidad de leer, luego se vale del préstamo, prosigue tomando los trabajos del asesorado, va dejando de escribir poco a poco, hasta que incurre en la pura traducción.

Esto no quiere decir que sea una mala persona, o al menos en el exterior pues con sus dotes histriónicas y su afabilidad, se granjea el respeto de sus colegas. Hay una consciencia trágica en el personaje pues reconoce la estulticia y la estrechez de mirada de sus compañeros literarios, de los cuales probablemente sea superior en muchas medidas; ser plagio también habla de una intuición y de un gusto, no cualquiera puede serlo, Navidad es bueno para ello. De cualquier forma los mismos colegas lo inculpan después con aires de superioridad total cuando llega la caza de brujas de los plagiarios. Cuando ésta es local, entre connacionales, no se pasa del escándalo y del escarmiento episódico, la mancha en el currículum antes de que todo vuelva a la normalidad. Cuando son extranjeros los que piden su cabeza, no hay manera de detenerlos, así que la avalancha de la burocracia lo arroja a la ignominia y al exilio intelectual.

Donde siempre habrá cobijo será con los políticos, ansiosos de asociarse con aquellos que no tengan escrúpulos y los puedan beneficiar. Pablo Navidad se convierte así en el escritor fantasma de presidentes o de candidatos presidenciales y no deja de lucrar con su trabajo, ahora tiene mayor libertad escudado en el anonimato.

CONCLUSIONES

Como se ha comentado en parte, el lector puede hacerse a la idea de que el libro no es un bosquejo moralista con fórmulas de cómo evitar la hipocresía como si fuera lo más sencillo. Sería hipócrita realizar eso. Gana en credibilidad y realidad afrontando la posición del hipócrita desde dentro, se

sitúa en sus mecanismos de operación mentales y en su actuación material para hablarnos de una condición humana incurable, cuyo paliativo para mitigar el dolor acaso sea la actividad que el mismo autor, Quintana, realiza denunciando y exhibiendo sus males de la manera más profunda posible, por medio del arte y del ejercicio de la inteligencia.

© **Fernando Pliego Pérez**

* * *

BIBLIOGRAFÍA

Genette, Gérard (1989). *Figuras III*, trad. Carlos Manzano, Barcelona, Lumen.

Kayser, Wolfgang (1965). *Interpretación y análisis de la obra literaria*, trad. de María Mouton y García Yebra, Madrid, Gredos.

Quintana Tejera, Luis (2017). *La virtud de la hipocresía*, México, Editorial Trajín.

——— (2008). *Lecciones de mitomanía*, México, Miguel Ángel Porrúa.

Wilde, Óscar (2008). *El retrato de Dorian Gray*, trad. de Consuelo Rutiaga, México, Tomo.

Fernando Pliego Pérez. Nacido en Toluca en 1994, estudia los últimos semestres de la Licenciatura en Letras Latinoamericanas en la UAEMex. Ha participado como asistente y ponente en numerosos congresos de literatura y filosofía. En 2016 realizó una estancia académica por seis meses en la Universidad de Pisa. Sus principales áreas de interés son la ciencia ficción y las vanguardias latinoamericanas.

GRUPO

por Rolando Revagliatti

Somos ocho. Estoy desde hace tres años. Y tenemos una sesión individual con alguno de los dos terapeutas. Ella es médica y él es psicólogo. Nos reunimos en el consultorio de Elsa los miércoles a las diecinueve. Tanto Elsa como Fernando son mesurados. Elsa, a veces, efectúa interpretaciones humorísticas, brillantes, pero sin perder la seriedad. Fernando interviene menos y, por lo general, hace el cierre.

Cuando empecé, mi fragilidad emocional me destrozaba. Por cualquier boludez me ponía colérico o destemplado. En mi casa no me aguantaban. Cuando mi hermana me encaró blandiendo la tarjeta de Fernando, no opuse resistencia. Mi hermana temía mi reacción. Me tomé cuatro días para darme impulso y llamé al número de Fernando y concerté una entrevista. Venía él como con mucho recorrido con adolescentes. Y con adolescentes jodidos: drogadictos, chorros... No como yo.

Rendía poco en el industrial, repetí segundo año. Nunca había agarrado a una chica del brazo, si quiera. Me mandé una...: me hice operar innecesariamente del dedo de un pie. Yo sostenía que ese dedo estaba «flojito», «debilitado», sin la consistencia de los otros. Así que los hijos de puta del sanatorio me rebanaron.

Al principio de tratarme, quería superar mi timidez. Y me masturbaba sin convicción. Ahora, en cambio, salgo con una mina que si bien no me recopa, me conforma, me... Procuero largarme más en la cama. Con la primera que cogí estuve rígido. Siempre. Todas las veces. Y con la actual, no soy un fenómeno. Para despabilarme, aporta Nico, el mayor del grupo; tiene cinco hijos. Es respetado por su franqueza y su tacto. Opina que lo que sea puede ser dicho. Es librero de volúmenes usados y de ocasión.

Clarisa es una chica triste. Bueno, no tan chica. Y sin embargo, sí. Y el pescado sin vender. Sin pareja, es un garrote, no hace valer sus atractivos. Es eficiente en lo suyo: computación científica. Mantiene al padre, postrado, atendido por una empleada. Está con que su madre murió por su culpa, en un accidente tremendo en la ruta interbalnearia. Ella estaba en la primaria cuando sucedió. Volvían de vacaciones.

La contrafigura es Amalia. Amalia Noemí. Es un tiro al aire, estuvo internada en un neuropsiquiátrico de Venezuela. Convivió con varios tipos desde que se fugó de su casa. Y se las rebuscó. Con uno, yiró por la India. Con otro, incursionó en artesanías en Bruselas. Con amigas, recorrió miles de kilómetros en jeep. Cómo me gustaría que me diera bola. Aunque si me diera bola habría que declararlo, y no podríamos seguir juntos en el mismo grupo.

Que fue lo que pasó con Marta y Adolfo. En abril estaban los dos. Pero empezaron a verse por separado, ocultándolo, hasta que cuando resolvieron comunicarlo hacía ya semanas que se encamaban. Produjo revuelo en los demás; en Clarisa, indignación. En Josecito, otro compañero, un pobre de espíritu, gracia. Yo me sentía atontado. También me calentaba Marta. Y hubiera calzado conmigo más que con Adolfo. Por edad y temperamento. Adolfo le lleva quince años y Marta me lleva dos. Quedó Adolfo con nosotros. Es uno de esos «obse» parsimoniosos que no sé qué pudo haberle visto Marta. Adolfo es traductor de alemán y da clases de gramática castellana a ejecutivos de una red de bancos.

Tenemos un homosexual proletario en el grupo: Facundo. Vende cosas. Sobre todo en los trenes del Sarmiento. A Adolfo le regaló bolígrafos, a Josecito una guía de calles, a Mariana una tijera de po-

*La contrafigura es
Amalia. Amalia Noemí.
Es un tiro al aire,
estuvo internada en
un neuropsiquiátrico
de Venezuela.
Convivió con varios
tipos desde que se
fugó de su casa.*

dar, y a mí me arregló con una perchita. Es bastante ocurrente, aunque por ahí se zarpa. ¡El sí que se esfuerza por costearse la terapia!

Mariana fue la última en incorporarse al plantel. A ella la paso cuando no se pone en estrella. Y ahora que me oigo me viene un bajón, pero un bajón, como si me licuara, como si los estuviera traicionando.

© Rolando Revagliatti

Rolando Revagliatti. Nació en Buenos Aires (ciudad en la que reside), la Argentina, en 1945. Publicó en soporte papel un volumen que reúne su dramaturgia, dos con cuentos y relatos y quince poemarios, además de otros cuatro sólo en soporte digital. Todos sus libros cuentan con ediciones electrónicas disponibles en <http://www.revagliatti.com.ar>. Ha sido incluido en unas setenta antologías: *Dramaturgia Latinoamericana: Argentina* (en República Dominicana, 2008); *Minificcionistas de 'El Cuento' Revista de Imaginación* (en México, 2014); *Poesía en el Subte* (1999), *Poesía Argentina Año 2000* (Tomo 1, selección de Marcela Croce, 1999), *MeloPoeFant Internacional* (bilingüe castellano-alemán, coedición en Perú y Alemania, 2004), *Pequeña Antología de la Poesía Argentina* (selección de Jorge Santiago Perednik, 2004), *Al Sur* (2008), *El Verso Toma la Palabra* (México, 2010), *Italiani D'Altrove* (bilingüe castellano-italiano, Italia, 2010), *El Cine y la Poesía Argentina* (selección de Héctor Freire, 2011), etc. Sus 185 producciones en video se hallan en <http://www.youtube.com/rolandorevagliatti>.

¡UN RUISEÑOR QUE HABLA!

por Natalia García Freire

Estuve esperando a la señorita Boen por horas, sentada en una banca con la falda del colegio y las medias de lana que empiezan a picar después de tantas horas de uso. Pero la esperé porque la señorita Boen siempre llega y yo necesitaba hablar con ella. La señorita Boen es maestra de inglés en un colegio de hombres y cuando me da mis clases particulares, me cuenta muchas historias de esos niños. Yo me los imagino de todos los tamaños y con cabellos muy particulares. Cabellos de niños de colegio que aún no descubren cómo peinarse y se encomiendan a una peluquera, al gusto de su madre, o al corte usual que la familia escoge para niños de su edad. Un verdadero error del que nunca se repondrán al ver sus fotografías y reconocer tras esas melenas, sus rostros.

Una de las razones por las que tomo clases con la señorita Boen es esa. A veces me ayuda a imaginar que un día conoceré a uno de esos chicos y podría ser mi primer amor, o mi amor imposible como el de Elsa y Rick, o mi amor de verano, o quizá mi mejor amigo que después de años reconoce ser el amor de mi vida. Pero eso, ni la señorita Boen ni mi tía lo saben.

Un día la señorita Boen trajo en su cartera un lápiz verde de los que se doblan un poco y parecen hechos de goma. Yo nunca tuve uno de esos porque a mi tía le gusta comprarme las cosas estrictamente necesarias. Y solo tengo lápices Stabilo número dos. La punta siempre está perfecta. Ella me arregla la mochila y cada día saca punta al lápiz y a mis doce pinturas Stabilo también. Pero el lápiz que tenía la señorita Boen se lo había regalado uno de sus alumnos. Ahora bien, sé que lo que hice no estuvo bien. También sé que no se debe robar nada, lo sé. Pero todos tenemos momentos de tentación en los que hay que caer. Eso dice Oscar Wilde. Hay que caer en la tentación. Y es verdad porque de lo contrario Dios nos ayudaría, pues tres veces al día yo le repito: No nos dejes caer en la tentación; y pues ni modo que cuando la tentación está ahí de Dios no hay ni fu ni fa. Así que creo que el señor Wilde termina ganando y así fue como caí en la tentación.

Ahora bien, sé que lo que hice no estuvo bien. También sé que no se debe robar nada, lo sé. Pero todos tenemos momentos de tentación en los que hay que caer.

Oscar Wilde escribió un cuento terriblemente cruel que se llama el ruiseñor y la rosa. Y yo lo leí. Me quedé hecha trizas por unos días. El ruiseñor cae en la trampa de hombres y mujeres que nunca, nunca van a entender a un ruiseñor dispuesto a morir por amor. Es más ni aunque el ruiseñor les hablara en su idioma, podrían entenderlo. Solo dirían ¡Un ruiseñor que habla! Y quizá lo pondrían en un circo. Logré reponerme solo porque la tía me dejó utilizar su ordenador y cuando puse Oscar Wilde me salieron varias frases suyas y sentí que me hablaba a mí cuando encontré la de la tentación. Solo que la gente tiene muy mal gusto y la pone junto a imágenes de parejas con una manzana, como si fuera la manzana de Adán y Eva y esa fuera la tentación, o de parejas semidesnudas, o del Señor Wilde muy pensativo. Seguro el señor Wilde se enfurecería de ver que lo hacen. Pero así fue como llegué a la frase y así fue como me libré de mi tristeza por el ruiseñor y después de mi culpa por robar el lápiz de la señorita Boen. Y ya que la señorita Boen no debe haber sufrido la pérdida de ese lápiz y en cambio yo soy muy feliz con él. Si se suma y se resta emociones aquí solo hay ganancia. Yo guardé el lápiz y sé que un día voy a saber quién se lo dio a la señorita Boen y es posible, aunque no tanto, que él sea mi gran amor y que el lápiz sea el nexo entre los dos y hasta Wilde que-rría escribir un cuento sobre eso.

Pero hoy estuve esperando a la señorita Boen por motivos diferentes al lápiz. Hoy debía llegar a verme en el parque porque debíamos hablar de algo más serio y ella me prometió que llegaría. Pero estuve esperándola horas y la señorita Boen no llegó. Así fue como llegué a la casa y me encerré en mi cuarto a pensar en todas las posibilidades que pudieron haber impedido que la señorita Boen

llegase. Y cuando estuve cerca de completar una hoja de veinte y dos líneas con mi lista de posibilidades, la señorita Boen me llamó.

Contesté el teléfono toda apurada. Mi tía me miró con esa cara con la que me mira siempre cuando llego a casa y no me quito el uniforme. Y yo le hice el mismo gesto que le hago siempre cuando me sorprende haciendo algo que sé que no le va a gustar. Pongo en la cara una mueca como si tuviera muchas ganas de ir al baño y hacer pipí, arrugo la frente y todo. Y hasta cruzo las piernas. Eso, cuando no quieres hacer pipí, significa: pero qué tonta soy, tiita mía, lo siento tanto, tanto. Pero si lo dices así, suena muy falso. El gesto, sin embargo, es impecable. Después de ese, casi nunca me reprende. Solo agita la cabeza y me dice: bueno, bueno Cata, pero ahora cámbiate. Cuando hago algo muy muy malo, ni ese gesto me salva. Tengo que ponerme más creativa. Un día, lo sé, voy a tener que escapar.

Cuando contesté el teléfono, la señorita Boen me dijo que no había podido llegar porque su esposo tuvo un resfriado y ella había olvidado que tenía que verme. Su esposo se parece a Rick. Sí, a mi Rick. Cuando me mira, me dice: Hola Catalina. Y a mí, nadie me dice Catalina. Pero él sabe que así debe llamarme. Lo sabe sin saberlo. Y es como si nadie más que él pudiera nombrarme. Él lo hace todo bien. A veces la señorita Boen es muy torpe, pero él siempre la besa y le sonrío.

Lo imaginé resfriado y le dije a la señorita Boen que no importaba. Que lo cuidara mucho. Pero ella me preguntó qué era eso que tenía que decirle. Le había parecido muy raro que yo la citara en el parque. Estaba preocupada. Y me dijo: Cata, si pasa algo con tu tía, si hay algo que necesites decirme. Y yo le dije que no se preocupara, que no tenía que ver con mi tía, sino con algo que había visto; pero que seguro estaba equivocada y ya no tenía importancia. Es más, le dije que no sabía por qué le había dicho que quería decirle algo.

Pero me dijo que le dijera y pues ahí fue cuando todo se complicó. Tuve que decirle que había visto lo que había visto. Que el Señor Boen había estado saliendo del cine el lunes. Que yo iba al cine los lunes, porque mi tía me dejaba ir a la función de la tarde si la semana anterior no había tenido ni un solo regaño. Y que el lunes había visto Casablanca. Que la pasaban dentro del ciclo de películas clásicas. Que mi tía dudaba si dejarme verla porque, bueno, era una película de grandes. Pero yo se lo rogué porque había escuchado decir que era una gran película de amor. Y que al salir había visto al señor Boen y quise acercarme a él para saludarlo. Pero que iba con una chica, pero que yo podía estar equivocada y que quizá vi mal. Y que solo se lo quería decir porque he visto películas donde las mujeres lloran cuando un hombre les hace eso.

Sé bien que lo que hice no estuvo bien. Sé que no se debe mentir. Pero todos tenemos momentos de tentación en los que hay que caer. Ya les hablé de Oscar Wilde y mientras yo hablaba en el teléfono, de dios: ni fu ni fa otra vez. El señor Wilde volvió a ganar.

© **Natalia García Freire**

Natalia García Freire. Licenciada en Comunicación Social y Publicidad. Actualmente curso el Máster de Escritura y Narrativa de la Escuela de Escritores de Madrid. Trabajé como escritora y parte del equipo de fotografía, multimedia e investigación de la Revista de Viajes ÑAN, en Ecuador. Como periodista FreeLancer he colaborado con distintos medios como BBC Mundo, Univisión, Diario El Tiempo, Diario El Hoy, Revista Plan V, Diario El Mercurio, CityLab Latino y BG Magazine con artículos de cultura, viajes, perfiles y crónicas de personajes y realidades de distintas ciudades del país. En abril del 2016 realicé la cobertura del terremoto en Ecuador con artículos, fotografías, perfiles y crónicas del acontecimiento para Univisión. En el área de investigación de la Comunicación participé con un estudio sobre medios Comunitarios en Ecuador en la Revista *Palabra Clave* de la Universidad de la Sabana y participé en varios congresos nacionales e internacionales con el mismo tema. En el ámbito narrativo publiqué con la Casa de la Cultura Ecuatoriana el cuento "El Oidor", historias de ciudad.

20/07/69

por José Luis Díaz Marcos

La viuda de Neil Armstrong encuentra artefactos del paseo lunar en un armario.

CNN. 10/02/2015

En su dormitorio, espacio conyugal durante décadas, Carol Armstrong temió desfallecer ante las puertas de un armario ya solo suyo. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde...? ¿Semanas, meses...? No estaba segura. A pesar del generoso y unánime apoyo recibido, todas sus certezas habían quedado difuminadas, luces en la lluvia, bajo un oscuro derrame de dolorosa soledad.

Neil Armstrong, primer hombre en pisar la Luna para el mundo y el amor de su vida para ella, había marchado de nuevo hacia las estrellas. Esta vez, para siempre. Su corazón, su enorme corazón, se había detenido incapaz de seguir el ritmo frenético e incansable de la vida. Qué desgracia. Para ambos.

Asumida su nueva condición, Carol, viuda del insigne astronauta, acarició la misma madera que su difunta mitad había tocado tantas veces y, por un instante, «¡Neil...!», creyó notar la amorosa piel de sus dedos. Ahogó un gemido.

No estaba preparada. Nunca lo estaría. Pero debía hacerlo. Asíó ambos pomos con firmeza, inspiró profundamente, «Ayúdame...», y tiró, resignada, abriendo al presente el túnel del pasado. Y, tal como sabía, allí estaba él sin estarlo, ausencia de cuerpo presente en cada traje, en cada objeto, en cada fue y ya no es. «Neil...».

Por dónde empezar y qué hacer con sus pertenencias, con aquellos recuerdos que, demasiado banales o dolorosos para ella, decidiera no conservar. Respecto a lo segundo, «Acabarán repartidas por museos de todo el estado, patriotas orgullosos de difundir la leyenda de su héroe cósmico, de mi estrella», valoró. Respecto a lo primero...

«Mejor ir poco a poco», convino. Así, paseó la vista, indecisa, hasta descender a los zapatos, a las cajas, a... Estiró el brazo y tanteó el rincón derecho del armario. Sí, allí estaba el familiar volumen. Desde hacía, «Parece mentira...», casi cuarenta y cinco años, desde que su esposo, comandante del Apolo 11, pasase a la historia en compañía de los pilotos Buzz Aldrin y Michael Collins.

Se trataba de una bolsa de tela blanca semejante a un gran neceser. Por lo que ella sabía, aquélla era conocida como bolsillo McDivitt, en honor a James McDivitt, guía del Apolo 9, y estaba destinada a contener clavijas e instrumentos utilizados durante las misiones.

Y nunca la había abierto. Nunca. La despreocupada respuesta de Neil, «Cosas de trabajo», a la conveniente pregunta bastó, en aquella otra existencia ya perdida de 1969, para desanimarla. Hasta hoy. De algún modo, era esa incógnita la que ahora, harta de esperar, parecía salir a su paso.

Separó el cierre «de monedero» revelando el contenido. A simple vista, un variopinto conjunto de objetos se amontonaba sin orden ni concierto. Dispuesta a identificarlos, los vació en el suelo, sobre la alfombra.

Una cámara de cine, dos correas, una red, una bolsita negra de plástico, piezas diversas... Así hasta un total de veintiún elementos, contó Carol antes de sacar una fotografía.

Escuchado el ya mítico relato de boca del propio Neal y vista su grabación televisiva hasta la sacie-

dad a lo largo del tiempo, la asaltó la duda sopesando la cámara de cine, el más aparente de los objetos contenidos en el bolsillo McDivitt: «¿Fue la que grabó la pisada de Neal sobre el polvo lunar?». Seguramente. Imposible saberlo con certeza.

«¿Y la bolsita?», reparó. «Pesa poco y su contenido es rígido...». La abrió también. Contenía, según pudo ver, una larga tira de película enrollada sobre sí misma. La puso al trasluz y contempló, uno a uno, los respectivos fotogramas.

... hueco rectangular en el firmamento, muy cerca de la Tierra, muestra una posterior pared de hormigón; escalera de mano y botes de pintura junto al Eagle alunizado; peones en mangas de camisa trasladan tablones entre cráteres; Armstrong, Aldrin y Collins, sin sus respectivos cascos, bromean con la supuesta ingravidez espacial,...

Desplazado por un instante el desconuelo de la pérdida, Carol quedó conmocionada por el descubrimiento. «No es posible. Quiere, quiso, gastarme una broma. Conociéndome, supuso que, antes o después, acabaría cediendo y... Sin embargo, si lo piensas...» Un montaje así no encajaba con la profesionalidad de Neil, con su compromiso público, con su entrega absoluta a la causa espacial y a su propio país. «¡Hay cosas que maldita la gracia!», había soltado en alguna ocasión, molesto con insinuaciones semejantes. «Nunca habría corrido el riesgo, estoy convencida, de que una mofa parecida llegara a los norteamericanos, al mundo. Ni siquiera conmigo».

«A menos...». Tuvo que sentarse en la cama, indisputada de repente. «A menos que creyese tener la seguridad absoluta, protegido por alguien, o por algo, de que nunca vería la luz. ¿Protegido, quizá... por un gobierno?». Si era así, en el turbador caso de que fuese así, el alunizaje del *Eagle*, módulo del Apolo 11, en el Mar de la Tranquilidad del satélite terrestre, con su marido y otros dos hombres a bordo, habría sido... una invención, un escandaloso paripé. Tan falso como el contenido del mensaje grabado en una placa conmemorativa adjunta a una de las patas del mismo *Eagle*¹.

¡El pequeño paso para el hombre, gran salto para la humanidad, dado por el pionero Neil Armstrong, *su* Neil, momento histórico seguido en directo por seiscientos millones de personas en todo el planeta, habría sido, increíble, ... una película de ciencia ficción!

¿Y por qué? ¿Para qué? «¿Para inclinar a nuestro favor la balanza de la guerra psicológica contra el archienemigo soviético? ¿Para dar una vuelta de tuerca, otra más, a la guerra fría?» ¿Por alguna otra razón que ella no alcanzaba a vislumbrar?

Por lo que fuera. Poco importaban ya los motivos. Terminada la metafórica emisión, el «The end» ya había salido. Hacía cuarenta y cinco años. «Y, por lo que a mí respecta, no seré yo quien critique a estas alturas el desarrollo de la historia ni la interpretación de los actores. Sobre todo, la del protagonista, *mi* adorado protagonista».

«¡Hace frío...!», se dijo de pronto frotándose los brazos. «Encenderé la caldera. Tengo entendido que el celuloide arde bien».

© José Luis Díaz Marcos

José Luis Díaz Marcos. www.la-estanteria.webnode.es.

¹ «Aquí, unos hombres procedentes del planeta Tierra pisaron por primera vez la Luna en julio de 1969 d.C. Vinimos en paz, en nombre de toda la humanidad. - Presidente de Estados Unidos de América - Richard Nixon».

TRES RELATOS

por Gisela Vanesa Mancuso

LA INMIGRANTE

El rengo me quería. Cuando llegué al barrio, a la casa de mi *nonno*, me quería con locura, con brillo en los ojos y con un espanto benefactor: no me esperaba por estas manzanas estáticas, conservadoras, en las que entre el canto sinfónico de los pájaros en los árboles frutales intermedian las mismas voces de antaño, los mismos insultos extranjeros. Entre italianos arrugados, que caminan con bastón, e hijos de italianos, arrugados, a los que no les han enseñado a sonreír, los pájaros y los gritos componen una canción reiterada que rueda en un círculo preciso, como el de un disco rayado. El rengo supo recibir mi canto, más parecido al de un gorrión hambriento de nísperos que al rock and roll del conventillo próximo a su casa, un lugar donde, hace más de treinta años, no se sabe bien quiénes viven y del que emerge otro idioma, un esperanto que no se resigna e insiste como puente de comunicación.

El rengo, retirado del trabajo por un accidente que le chanfleó la pierna, yo era el aire nuevo y, a la vez, el pasado, la nena que visitaba al *nonno* los domingos y zarandeaba estrellitas en Navidad. Así, me interceptaba en la entrada de mi casa, a dos puertas de la suya, apoyado en un bastón que se le adelantaba para alcanzarme antes de que entrara. No disimulaba su entusiasmo por mi juventud en un barrio de tanos viejos ni porque yo, un brote de mi abuelo, volviera a esta cuadra de veredas levantadas por raíces, yuyos y gritos en varias lenguas. Me entusiasmó a mí también: me contaba que solía sentarse por las tardes con mi *nonno*, entre el níspero y el ciruelo, en el banco de cemento que el abuelo había construido para cobijarse del sol y para parlotear con el tano de enfrente. Por el rengo, que entendía el tenaz italiano de mi abuelo, recuperé en mi autobiografía remota anécdotas de la Segunda Guerra en la que batalló mi abuelo y, por sobre todo, supe que el rengo escondía un ciruelo en su fondo que había brotado a partir de un esqueje del que está ahora en la puerta de mi casa. Ya sin banco: el níspero, la parra, el olivo y el ciruelo, todos abrazados y superpuestas sus copas, están enmarcados por un cantero cuya construcción encargué cuando llegué y los árboles se morían. El rengo, por entonces, me prometió un balde con ciruelas para la primera primavera. Acá, los inquilinos que vivieron tras la muerte del abuelo, habían abandonado a los árboles, los habían dejado morir entre vidrios, pastizales, yuyos, envases, latas de cerveza y falta de agua y de venenos para los bichos que azotan a los árboles frutales.

*Un día, el rengo
dejó de quererme.
Un lunes tocó el
timbre y le dijo a mi
esposo que quería
hablar conmigo, que
era urgente.*

Un día, el rengo dejó de quererme. Un lunes tocó el timbre y le dijo a mi esposo que quería hablar conmigo, que era urgente. Yo no estaba. El martes, lo mismo; y el miércoles, y el jueves, y el viernes: que por qué no hacía destruir el cantero de los árboles, que no había lugar para que estacionaran los vecinos, que la puerta chocaba con el borde del cantero paralelo al cordón; que por qué sembraba pasto, que cagaban todos los perros de la cuadra; que si le corría el auto; que si le corría mi auto estacionado a la altura de la puerta de mi casa: «acá estaciono siempre yo. Siempre fue mi lugar». El viernes tocaron el timbre a medianoche y llegamos tarde y asustados a la puerta. Encendí el farol. Al rato, intuí quién me había visitado: con el freno de mano bien clavado, el rengo había empujado mi auto desde la altura de mi puerta hasta la altura de su puerta y lo embistió contra una palmera joven, de modo que parte de la trompa se había incrustado contra el tronco y otro tanto de la delantera había quedado estacionada en la vereda. Todas las puertas rayadas, rengo. Todas las puertas rayadas.

Salí, subí a mi auto, circulé por la manzana y, en este barrio de viejos y pocos autos, tuve lugar para elegir; incluso, como siempre, estaba desocupado el lugar a la altura de la puerta del rengo. En mi

puerta, tras el envión a mi vehículo, en su lugar en el mundo, el reluciente gol gris, cinco puertas, MLS955, con VTV al día.

El lunes pasado, el gol del rengo estuvo estacionado todo el día a la altura de mi puerta. Fue extraño notarlo polvoriento. En general, lucía brillante, como si todos los días pasara por un lavadero.

El martes, el auto, que solamente conducía el rengo, estaba esfumado por cagadas espumosas de palomas, horneros y gorriones, que semejaban un óleo espeso y mojado. Cagadas viscosas a las que se adherían hojitas, polvo, pelusas de diente de león.

El miércoles, la caca acaparaba más espacios y el polvillo que volaba desde la obra de enfrente se había adherido. Polvo. Polvo y polvo que ni irse quería cuando ya era polvo.

El jueves ya no se veía nada del interior del auto. Me daba lástima que un auto tan lindo se abandonara así: la caca es abrasiva y levanta con rapidez la pintura. La caca es abrasiva y el polvo, el polvo adherido a la caca, que ni irse quería cuando ya era polvo sobre caca.

El viernes el señor del kiosco me preguntó por el rengo: hacía varios días que le había dejado un montículo de estudios médicos para fotocopiar y nunca los retiró: «no sé. El auto está sucio y en mi lugar, hace más de una semana», dije, «el barrendero no puede quitar la podredumbre de la zanja porque no lo dejó estacionado, como se debe, a veinte centímetros del cordón».

Ya pasó un mes. Vi a la esposa caminar por la vereda de enfrente, con buen semblante, pero sin que atinara a acercarse, como lo hacía, para reiterarme los reclamos del rengo. Estoy contenta, eso sí: mis árboles sanaron y ya no necesito de las frutas del hijo de mi ciruelo. Lo que quiero solucionar de inmediato es el temita del gol gris cinco puertas MLS955 VTV al día: sigue estacionado a la altura de mi puerta, y yo no quiero tocar timbre y ser molesta, pero tiene que quedar alguien que sepa conducir, alguien que pueda correr de una buena vez el auto: se me haría menos pesado el traslado de las bolsas de las compras desde la puerta de mi auto hasta la puerta de mi casa. Pero, en este barrio de viejos, viejos tanos, rengos y cabezas dura nadie sabe conducir. Y yo me tengo que aguantar al muerto, todo cagado, todo polvo, anclado en el lugar del mundo de mi auto azul, justo debajo de donde se escucha más nítidamente el canto de los pájaros que los gritos en italiano y en esa lengua afilada que hablan los del conventillo.

* * *

EL LUGAR DE LOS HUESOS

Azucena nunca encendió el televisor heredado de la abuela, el viejo Ranser, con tubo que ocupaba la esquina del comedor. Hacía quince años que no lo cambiaba de lugar: pesaba lo que un muerto, y Azucena se burlaba de esa condena: «la abuela siempre quiso estar conmigo. Debe estar acá adentro». Se burlaba, incluso, cuando, sentada a la mesa, mirándose en la pantalla, como si unos huesos se pusieran en su lugar o unos nudos de contracturas se desarmaran, emergían ruidos pedregosos desde adentro del viejo televisor de color. Hacía quince años que no lo encendía, pero lo miraba: su manía era pasar horas observando cada detalle en la pantalla apagada.

Durante el día, ella y sus piernas cruzadas; las manos, que escribían sin mirar el papel; un mueble atestado de libros —ni uno solo sacaba para no quebrar la armonía y además sabía de memoria los títulos, los datos de edición, la vida del autor y la historia de todos desde el comienzo hasta el final—. También una ventana y una puerta de madera con tres rectángulos de vidrio en la parte superior. Los llamadores de ángeles se movían y recordaba cuando la abuela, que sabía mucho de videncias y del más allá, le prometía a Azucena que sería siempre su angelito. Además, las hojas, los racimos verdes de la parra y una gema que se mecía con el viento e, iluminada por el sol, refractaba cilindros policromáticos en las paredes del que, del otro lado de la puerta, en la pantalla, semejaba un patio. En las paredes, las sombras de las mariposas, y la de los horneros que saciaban su hambre con las uvas impúberes. De noche, ropa tendida, blanca, siempre blanca; la gata, que miraba hacia la puerta, y ninguna sombra en la pared.

Tanto ruido, tanta cosa reflejada, tanta más que la esperanza perdida de ser alguien importante en este mundo, la persuadió de que, como insinuaba la abuela, en otro lado, había un paraíso para ella. Se convenció de que los campos de nubes y flores estaban detrás del Ranser. Un día encendió el televisor, y solo llovía, una lluvia plateada sobre un fondo negro que suplía la puerta, la ventana y el paso interesado de los pájaros.

Todas las mañanas desayunaba en el mismo lugar: había aprendido a tomar su café con leche sin mirar la taza al levantarla para observarse minuciosamente en la pantalla y para no perderse ninguna secuencia.

Un amanecer llegó más lejos: perturbada por un sueño en el que la abuela le pedía ayuda, escuchó un crujir de huesos y se acercó al televisor. Al principio pensó que eran el cansancio y la obsesión, pero el ruido había sido contundente y, enseguida, el picaporte bajaba sin abrir la puerta.

Ya no se veía la ventana: estaba clausurada con dos tirantes de madera cruzados. Ya no se veía el movimiento de la gema, el de las parras, el de los pájaros. Solo la puerta y los llamadores de ángeles que, desde los parlantes, la llamaban, con susurros. Pronto, se agregó la secuencia intuida: la abuela sentada debajo de un tilo se hamacaba en la silla de mimbre. Algunos murmullos indescifrables se colaban por entre los agujeritos de los parlantes, todavía llenos de polvo. Azucena sopló. Sopló, estornudó, y volvió a soplar: los llamadores sonaron más fuertemente, como cuando una novia entra a la iglesia.

La voz de la abuela era clara, aunque no podía traducir el idioma: «Ego autem dico vobis nescio. Quod ne in mundo».

Horas más tarde, la buscaron por toda la casa. Solo huellas en la televisión encendida en un programa de aviones desde los que se filmaba el cielo.

* * *

EL SILENCIO SEGÚN ROBERTA ANDRADE

Me llamo Roberta Andrade; mi nombre artístico, Andra. Hace unos pocos meses, después de mil cuatrocientos sesenta días —durante los que me alisté en la tarea de la desinsección—, volví a escribir. Porque soy poetiza y vivo al lado de una casa abandonada.

Apenas habité mi propia casa, el entusiasmo por el silencio que prometían los alrededores permitió una obra poética prolífica que me embargó con una paz nunca antes alcanzada. Incluso gané primeros premios que no fui a retirar. Sin embargo, ese silencio tan aliado al artista; que implicaba ausencia de gritos agudos y llantos de niños, de peleas maritales, de botellas que irrumpen en el piso y resuenan en esta pared, fue una hipocresía de silencio. El silencio no existía. No existe. No. El silencio no existe cuando se vive al lado de una casa abandonada.

Las telas de araña se regeneraban en todos los rincones; siempre tan aguzada y meticulosa, pude oír el cruce de hilos que, para formar el tejido milimétrico, forjaron las patas de las viudas negras y de las pollito, como cuando a mi abuela se le chocaban las dos agujas en un brindis continuo, en cada punto, de una potencial bufanda. Por las noches, las ratas cercaban la parra del patio. El 21 de diciembre del primer verano había mil doscientas cincuenta uvas. En lo sucesivo, cada madrugada, encerrada en la habitación, percibí la alegría de los hurones al comer, de a una noche por vez, unas doscientas cincuenta uvas, y el caminar agitado, a carcajadas, de las ratas famélicas. Las cucarachas levantaban las rejillas y andaban a la par de mis pantuflas; los mosquitos depositaban huevos en los vasos de la cocina y en los cántaros en los que enraizaban los esquejes de mis plantas. En lo hondo de la rejilla del lavadero, dos alacranes, un día, por suerte, fueron de gran ayuda: devoraron uno de los nidos de las cucarachas. Después de varias mudanzas, después de haber vivido en casas en las que se filtraban quejidos de muertos, interferencias en las radios apagadas, y la rutina estentórea de un vecino que pasaba por la puerta todos los días, mañana, tarde y noche, tocando el bombo, compré esta casa por las promesas de silencio. El silencio prometido no existió. No existió el silencio

durante mil cuatrocientos sesenta días. Hasta que puse mi esfuerzo, y llegó la paz que ansiaba para ejercer mi vocación.

En las otras casas, no conté con ayuda. Los propietarios no querían devolverme el dinero. Pero este caso era distinto. El problema nacía en la propiedad de al lado. Hilaria, la heredera de la casa abandonada, venía una vez por mes: retiraba los rollos de impuestos, arrugados e inflados por la lluvia, que los carteros encajaban en la reja, luego barría la vereda así nomás y se iba. Antes de molestarla, procuré hacerme cargo de aplacar los murmullos de los bichos y las heridas que me propinaban. No hubo caso: el epicentro de cada nido estaba en su casa abandonada.

Hice lugar en la alacena: en el primer estante ordené todos los frasquitos vacíos de mermelada en los que guardaba las especias; en el segundo estante, también en frascos transparentes, venenos en polvo, cebos y aceites de citronella pura con menta de caballo y otras mezclas: caléndulas, quesos y hierbas disecadas. Tuve que ser muy cuidadosa para no usar un frasco peligroso y colocarlo, por error, entre los frascos de los condimentos, aunque a esa altura confiaba en mi memoria: reconocía los aditamentos según los colores, los olores y las texturas. Eso sí, antes del orden, comí mermeladas de a cucharadas soperas toda las mañanas de los mil cuatrocientos sesenta días sin escritura.

Increpé a Hilaria una vez por mes durante los siguientes seis meses. Ella había contratado al fumigador y yo seguía almacenando ungüentos en frascos de mermelada.

El tiempo de silencio, con el que creía contar para escribir, se me fue en la investigación, el almacenamiento y el combate de arañas, ratas, hurones, cucarachas, hormigas coloradas, babosas, mosquitos, ciempiés, alacranes y chinches. El silencio seguía enturbiándose con el caminar nocturno y a veces diurno de todos los bichos. Por un intervalo, creí que ya habían muerto, que ya no estaban en casa. No hice más que escribir una palabra en una hoja en blanco que retornaron, más grandes, más fuertes, menos vulnerables a mis insecticidas. No quedaba opción: Hilaria era responsable del asunto.

Comencé a prestar atención, desayunando cerca de la puerta de mi casa. Una mañana —eran las cinco y cinco—, escuché con precisión la llave en la cerradura de la reja de al lado y, enseguida, el arrastre de la escoba de paja con que Hilaria barría la vereda. La reprimí sin vueltas:

—Hilaria, ya hice lo que tenía que hacer en mi casa. Los bichos vienen de la tuya a la mía. Pasan por las rendijas de las puertas, yo los vi. Y por las medianeras. No puedo más. Por favor, hacé algo vos.

—Qué raro, Roberta. No hay bichos en mi casa, pero sí, voy a llamar a un fumigador, quedate tranquila.

Hilaria cumplió. El fumigador vino, yo lo escuché: desparramó, también en mi umbral y en las medianeras de la terraza, el olor nauseabundo de los líquidos que tanto conocía. Detecté cada uno de los componentes y supe que no darían resultado. Ya había probado con todos, sueltos o fundidos, y los bichos siguieron tomando mi casa. Efectivamente, nada cambió. El silencio siguió, incólume, sin existir. Los bichos ya se habían acomodado en sus lugares profundizando sus particulares chillidos como si los hubiera aceptado, como si me hubiera resignado a su invasión y a mi muerte. No. De ninguna manera. No era así. Debía ocuparme de lo mío. Hilaria debía ocuparse de lo suyo, de lo suyo que me afectaba: yo necesitaba tiempo para volver a escribir. En silencio.

Increpé a Hilaria una vez por mes durante los siguientes seis meses. Ella había contratado al fumigador y yo seguía almacenando ungüentos en frascos de mermelada. Ya venía mal con la diabetes: las picaduras devenían en lastimaduras que no cicatrizaban: tajos y más tajos que exhibían la carne viva de mis empeines, mis brazos y mis mejillas.

Pensé que la mejor solución era que Hilaria viese, con sus propios ojos, como se dice, que sus bichos estaban en mi casa. Atenta durante el desayuno, escuché la llave en la puerta de al lado y la escoba de diez pajitas con la que Hilaria hacía que despejaba la vereda.

—Hilaria, te invito a tomar un té así vos misma lo que te digo de los bichos.

Y aceptó.

Se sentó a la mesa mientras yo calentaba el agua y buscaba las hierbas de frutos rojos en mi alacena. Le serví la infusión en una vieja taza de porcelana que heredé de mi abuela y estrené para Hilaria una cucharita de plata también heredada.

—¿Ves lo que te digo, Hilaria? Así no se puede vivir.

Hilaria hizo un fondo blanco con el té, me dijo qué rico, aunque frío, y miró el piso y todo su alrededor.

—Roberta, no hay ningún bicho acá —sentenció, degustando todavía los ripsios del té.

—¿No los ves? Está lleno. Lleno, Hilaria. Lleno.

—No. Todo huele a limpio y perfumado. No hay nada, Roberta —reafirmó.

Yo me quedé abstraída, pensando en los beneficios del silencio que había venido a buscar a esta casa; en ese silencio que vine a encontrar para escribir poemas desesperadamente y por salud; en ese silencio que implicaba la falta de gritos, insultos, llanto de niños mal criados; de ese silencio que repelía las peleas y los moretones; de ese silencio. Ese mismo. Ese mismo que hace doler cuando no hay. Ese que hace doler cuando no existe. No existe. No existe. Hace doler. No existe. Hace doler cuando uno es chico y te pegan con un cinturón de cuero con hebilla plateada y te dejan en la espalda esas marcas que se agusanan sobre la columna, fucsias, rosas, fucsias. No existe. Hilaria no quería que existiera para mí.

Y ya de regreso al convite, mirando con qué tranquilidad Hilaria plagiaba con los dedos los dibujos de las flores y la mariposa grabadas en la taza, comprendí que no podía ayudarme, que no quería ayudarme, que era una negadora, un bicho raro, el bicho más raro que había visto en los últimos mil cuatrocientos sesenta días.

—¿Otro té? —le pregunté.

Y en silencio me dijo que sí.

© **Gisela Vanesa Mancuso**

NI UN RESQUICIO DE PORVENIR

por Juan José Sánchez González

A Carlos le costaba cada vez más reconocerse en su foto de la orla de 2º de Bachillerato. El adolescente de la foto tenía la cara estrecha, muy blanca, con el pelo negro y muy corto, cayendo tímidamente sobre la frente en pequeños mechones puntiagudos. El pelo formaba una masa compacta sobre su cráneo, sin una raya, sin un relieve que le diese algo de vida o de carácter, un corte de pelo anodino, demasiado serio para un adolescente. Los ojos castaños miraban dudosos al frente. No reflejaban miedo, más bien una cierta inseguridad, como si empezasen a vislumbrar que algo, fuera de las tapias del colegio de San Javier de Villaumbria, no funcionaba como le habían dicho. La saliente nariz, estrecha y picuda, sobresalía del blanco fondo como un añadido de última hora destinado a dotar a ese rostro indiferente de un feo rasgo que permitiera recordarlo. Era, sin embargo, la boca, su marcada expresión, la que siempre atraía su mirada. Esa expresión de obstinada tenacidad que reflejaban sus finos labios apretados en una tensa sonrisa de desdén, daba a ese rostro un alma con la que ya no se identificaba.

Y, sin embargo, él había sido alguna vez ese adolescente. Recordaba que al terminar el colegio, cuando se disponía a estudiar LADE en la Universidad de Sevilla, se había dicho a sí mismo que iba a ser algo en la vida, algo importante, algo que ese adolescente con cara de pardillo ambicioso admiraba. Había acabado la carrera, es cierto, pero no era nada en la vida, nada importante, nada que ese niño estúpido hubiese admirado. Se había ganado la vida simplemente, en cualquier parte, de cualquier modo, vendimiador en Francia, camarero en Londres, administrativo de una franquicia de comida rápida en Frankfurt... Tenía ya treinta y un años y por delante un difuso porvenir del que no esperaba mucho.

Clara había sido la novia del ambicioso joven de la foto. Ahora era la mujer de un ambicioso viajante de embutidos al que apenas veía un fin de semana al mes.

Cansado de vagar de un lado a otro de Europa, harto de ser despreciado por pobre y extranjero, había intentado establecerse en España. Sin embargo, en su país, pese a los muchos años que habían pasado, pese a los flamantes anuncios de recuperación, acabó encontrando lo mismo que le había hecho emigrar al poco de acabar la carrera, o quizás algo peor, una resignación cansina y humillante que le revolvió las tripas. Haciendo acopio de valor, había decidido marcharse de nuevo. Al día siguiente partía para Turín. Un conocido le había asegurado que podría encontrar trabajo en una empresa de exportaciones.

Como siempre le sucedía en la noche antes de dejar el pueblo, se veía dominado por una agobiante sensación, mezcla de tristeza y miedo que, sabía, le impediría dormir. Para intentar distraerse había quedado con Clara en la terraza de un bar de la Avenida de la Constitución. Clara había sido la novia del ambicioso joven de la foto. Ahora era la mujer de un ambicioso viajante de embutidos al que apenas veía un fin de semana al mes. Clara pretendía ser maestra. Se había recorrido toda España participando en oposiciones y, aunque solía aprobar, no conseguía ni siquiera una plaza de interina.

Clara era una rubia menuda y delgada, lo que la hacía parecer más joven, aunque tenía la misma edad que Carlos. Su rostro afilado parecía condensar toda su personalidad en la boca, cuyos delgados labios superiores se arrugaban ligeramente sobre la escueta abertura por la que asomaba el extremo de sus anchas paletas presionando suavemente el labio inferior. El joven de la foto había encontrado encantador ese pequeño gesto inconsciente. Para el Carlos actual solo era un gesto que evocaba otros tiempos.

Las pocas ocasiones en que coincidían en el pueblo solían quedar. A Clara le gustaba hacerle preguntas sobre los lugares en los que había vivido, típicas preguntas de turista frustrado. Solo que

Carlos no era un viajero entusiasta, no lo es quien tiene que viajar para ganarse la vida. Había aprendido por propia experiencia que quien necesita dinero es un paria en donde no puede ser esclavo. Sin embargo, le gustaba burlarse de los tópicos en que Clara basaba las ideas que se hacía de otros países de Europa, ideas que creía ver confirmadas en sus breves viajes, en los que no se preocupaba de ver más allá del artificioso atrezo del turismo. Carlos negaba que los alemanes fueran tan ordenados, los holandeses tan liberales o los ingleses tan estirados. Su resentimiento de paria, su amor propio tantas veces zaherido por una mirada de desprecio o una palabra desconocida, pero inequívocamente insultante, se desahogaba afirmando que, en el fondo, todos los hombres eran iguales, la misma mierda en todas partes, expresión que acompañaba de una sonrisa tensa y una especial dureza en la mirada.

Cuando Clara hablaba de sí misma, su conversación era un abrumador despliegue de sentido común, de pequeños proyectos para el anodino mañana, de absoluta y candorosa normalidad: niños, vacaciones familiares, un coche nuevo, incluso la jubilación. Escrutaba con temerosa veneración el porvenir. A través de sus palabras, Carlos vislumbraba la clase de persona en que se habría convertido ese adolescente obstinado de la boca torcida de haber conservado alguna fe en los valores con los que había salido del colegio. Quizás incluso hubiera acabado casándose con Clara. Ella encarnaba ese tonto futuro en que pensaba cuando salió rumbo a la universidad, el futuro prometido para quienes confían en los viejos valores de los que se había empapado en el colegio: esfuerzo, constancia, sacrificio... las virtudes masoquistas que a todo pobre diablo, en todo tiempo y lugar, se le indica como el único camino legítimo para alcanzar el paraíso en la tierra o en el cielo.

*La conversación de Clara
hacia más profunda la
melancolía de Carlos.
Evocaba el mundo para el
que había sido educado,
un mundo que no había
encontrado en ninguna
parte.*

La conversación de Clara hacía más profunda la melancolía de Carlos. Evocaba el mundo para el que había sido educado, un mundo que no había encontrado en ninguna parte. Ante Clara cobraba consciencia de portar una pesada carga de valores y aspiraciones que solo servían para obstaculizar su adaptación a la precaria existencia que se veía forzado a llevar, esa existencia sin raíces en la que el tiempo carecía de peso y memoria, en la que se veía forzado a hacerse de nuevo cada poco tiempo, el tiempo que duraba un contrato de cualquier cosa.

La fea cara de Carlos reflejaba esa tristeza en los decaídos rasgos de su semblante. Clara observaba con atención la penosa evolución de su rostro, hasta el punto de preguntarle si le pasaba algo. Carlos se alzó de hombros. Sus ojos habían adquirido una vidriosa luminosidad. Sus labios se tensaron en una mueca crispada. Solo dijo «nada» pero Clara insistió. Carlos se volvió a alzar de hombros y torció la mirada hacia un lado.

—Siempre me pasa la noche antes de irme, siempre tengo miedo.

—Miedo... ¿al viaje?

Carlos hizo un esfuerzo por sonreír, pero su sonrisa seguía siendo una mueca triste.

—No... a eso te acostumbras... a lo que nunca te acostumbras es a lo solo que estás en todas partes.

Clara hizo un gesto con la boca como si se dispusiese a decir algo, pero permaneció callada, observando atentamente el crispado semblante de Carlos.

—Bah... tonterías, ya se pasará. —Carlos sacudió la cabeza, como si con ese gesto pudiera deshacerse de su pena, después su semblante parecía más animado pero sus ojos seguían emitiendo un enfermizo destello vibrante.

—Pero no estás solo... nosotros estamos aquí... sabes que yo... —Clara agachó la cabeza sin concluir su frase. De repente su rostro había enrojecido.

Carlos la miró intrigado, pero no dijo nada. Enseguida cambió de conversación. Poco emprendían el camino de regreso a casa.

Caminaban despacio y sin apenas hablar por las calles solitarias y en penumbra. Clara caminaba con la cabeza gacha. De vez en cuando alzaba un instante la mirada hacia Carlos, que vislumbraba en su

rostro una ansiedad apremiante. Era evidente que algo quería decirle, pero que no se atrevía.

Cerca ya de su casa, Clara le hizo detenerse. Ambos se miraron de frente. Bajo la metálica claridad de una lámpara LED, el rubio rostro de Clara parecía más blanco. Temblaba ligeramente.

—Carlos... escúchame... —vacilaba, torcía la mirada hacia todas partes— te vas a ir y no sé cuándo volveré a verte... y al verte así... como antes, con miedo... no sé... no tienes por qué estar solo... siempre pensé que te fuiste porque el futuro que aquí podíamos tener no era bastante, porque tú querías más... me dijiste que no habías estudiado para acabar siendo reponedor de un supermercado, que lo que querías estaba fuera... si no te ha salido bien... pues —haciendo acopio de valor alzó la mirada y la mantuvo firme frente a la cara de Carlos— podemos retomar lo que dejamos... podemos volver a ser lo que fuimos y vivir el futuro que teníamos, aunque no sea lo que queríamos cuando éramos más jóvenes... no pienses mal de mí... yo siempre te he querido, solo que, cuando llegué a creer que tu vida estaba en otra parte, tuve que rehacer mi vida, y con Miguel podía tener esa vida que quería...

Volvió a agachar la cabeza. Su cuerpo se estremecía bajo el blanco vestido veraniego que llevaba. Carlos miraba fijamente la rubia cabeza inclinada ante sus ojos. Estaba perplejo, paralizado por emociones encontradas. Estaba la sorpresa por aquella inesperada declaración... pero también el instinto o el recuerdo o el deseo de aquel jovencito ambicioso que una vez había sido, el jovencito que quería a Clara pero que al acabar su carrera en 2009 no tenía ningún porvenir en su país y emigró en busca de un futuro que no estaba en ninguna parte. Casi sin saber lo que hacía, avanzó hacia Clara y la envolvió entre sus brazos, ella se contrajo sorprendida y levantó la cabeza, tenía los ojos muy abiertos y la boca temblorosa.

—Carlos... espera —dijo ella en un ahogado susurro.

Carlos sentía sus brazos rígidos en torno a los hombros y la espalda de Clara, como si les faltasen fuerzas, ganas, convicción... Los retiró y retrocedió hasta apoyar su espalda en una pared.

—Lo siento —musitó sin atreverse a mirarle a la cara.

—No es eso, es que si tú... antes me gustaría hablar con Miguel, él no se merece... no se merece nada malo —Clara se adelantó hacia él, cogiéndole de las manos—, me siento mal si lo hago a sus espaldas.

Carlos observó que el rostro de Clara se había encendido, animado por una resolución apasionada que quizás había estado rumiando y reprimiendo todos aquellos años, mientras se esforzaba por tener esa vida llena de sentido común que era la estrella fija de su existencia, pero que ahora, inesperadamente, estallaba como un arrebato romántico dispuesto a dar al traste con años de mezquinos esfuerzos. Sus rasgos se habían afilado, sus ojos destellaban ardientes y su piel se había sonrojado. Estaba a punto de vivir la novela de su vida, el hecho, el acontecimiento que plegaría con su densidad el monótono transcurrir de sus días. Y, sin embargo, Carlos, agotado el primer arrebato, había vuelto a quedarse frío. No había ninguna emoción dentro de él. El ciego impulso que le había llevado a abrazarla se había disipado en cuanto sus brazos tocaron aquel cuerpo. Clara solo significaba algo para el tierno escolar lleno de ilusiones, solo era el sueño muerto de un adolescente.

Carlos liberó sus manos.

—Es mejor dejar las cosas como están, es mucho mejor así.

—Pero... —Clara arrugó la cara en un gesto de duda contrariada.

—Es mejor así... créeme...

—Pero, ¿por qué... si nos queremos?

—Nos dejaríamos de querer... esta vida... saldría mal... he conocido a muchas parejas que han roto por eso, parejas que se querían mucho... Lo que tú quieres yo no lo tengo ni creo ya que lo pueda conseguir.

Volvió a agachar la cabeza. Su cuerpo se estremecía bajo el blanco vestido veraniego que llevaba. Carlos miraba fijamente la rubia cabeza inclinada ante sus ojos.

—Déjame decidir a mí lo que yo quiero.

—Me has dicho antes lo que quieres, quieres lo que nos enseñaron a querer...

—¿Y qué quieres tú?

Carlos se alzó de hombros y su cara adquirió una expresión perpleja y burlona. Le parecía curiosa esa pregunta, hacía mucho tiempo que ni siquiera él mismo se la hacía. ¿Qué quería? ¿De verdad era posible querer algo o, mejor, valía para algo querer algo?

—No lo sé... la verdad es que no lo sé... es... no sé... es raro... pero no lo sé.

Su cara de burla asombrada desconcertó a Clara.

—Cómo no vas a saber lo que quieres, todo el mundo sabe lo que quiere, todo el mundo quiere algo.

—Bueno, sí —respondió Carlos, sustituyendo su expresión de asombro burlón por una de burla perpleja que hacía más vibrante el brillo de sus ojos muy abiertos—, supongo que ser feliz, supongo que es eso, que quiero ser feliz, sí, claro... pero es que no sé, no sé cómo...

Clara balbuceaba, intentando formular un pensamiento que se agitaba confuso en su mente. Pero Carlos no le dio tiempo. Con la mirada perdida, como un sonámbulo, echó a caminar. Clara le vio alejarse bajo el metálico haz de la farola, con los ojos fijos, llorosos y la boca entreabierta, sin saber si sentirse ofendida o solamente asombrada.

Pero Carlos no pensó mucho en ella. Al día siguiente empezaba su vida en otra parte, en una ciudad que no conocía, donde otra vez no era nadie, absolutamente nadie. Tenía bastante con pensar en eso, con pensar en si era posible querer algo viviendo así, sin tener nada, ni siquiera un montoncito de pasado en ninguna parte, ni un resquicio de porvenir.

© Juan José Sánchez González

Juan José Sánchez González. Villafranca de los Barros (Badajoz). Doctor en Historia del Arte. Además de diversas publicaciones relacionadas con mi profesión, tengo publicados diversos relatos en las revistas literarias *Ariadna RC*, *Almiar*, *Narrativas*, *Relatos sin Contrato (RSC)* y *Pluma y Tintero*, además de en antologías como *El Vuelo de la Palabra*, *el cuento en Extremadura en 2015 y 2016*, en la *1ª y 2ª Antología de relato corto* publicada por Serial Ediciones y *Palabras Contadas* de La Fragua del Trovador.

UN PLAGIARIO SERIAL

por Luis Quintana Tejera

Si Shakespeare tomó como fundamento de sus tragedias algunas de las leyendas narradas por Rafael Holinshed en sus Crónicas históricas, si Molière no vaciló en seguir la ruta de Plauto para recrear varios de sus argumentos, si Dante, más que alumno procedió como un excelente copista de Virgilio, ¿por qué tendría que detener mi pluma —mi teclado mejor— al vivenciar leyendas y al redactar mis análisis literarios que, luego publico en revistas internacionales de reputado prestigio?

Soy un intelectual de renombre que ha viajado por el mundo llevando y trayendo el mensaje más sublime que la literatura me ha enseñado: que he de amar al prójimo, aunque éste sea petulante, engreído y estúpido; lo he de amar, porque el principal deber que la literatura me ha impuesto —así rezaba el absurdo juramento que hice alguna vez— consiste en desnudar la naturaleza humana y descubrir en ella toda la ruindad que está allí. Me llamo, creo que el nombre es otro de los absurdos con los que el hombre debe lidiar a cada paso, me llamo Pablo Navidad Pastor. Me decían en el Bachillerato español, «El pequeño», por aquello de la etimología de mi nombre y, en México, me apodaron «El chiquito» y lo hicieron con premeditada intención, que cualquier lector con cierta picardía puede llegar a comprender, sin necesidad de pasar por la vergüenza de tener que explicarlo.

Ustedes pueden llamarme Pablo, a secas.

Amé a la literatura en varias instancias de mi vida: primero, como pasatiempo: me ha gustado siempre leer; en segundo término, como un modo de aparentar ante la sociedad que uno es inteligente y perspicaz, aunque no pase de ser un presumido inconstante y absurdo; y, en tercer lugar, como modo de vida.

*He creído siempre
que la clave de todo
está en los libros;
por eso he sido muy
constante en mis
lecturas.*

He creído siempre que la clave de todo está en los libros; por eso he sido muy constante en mis lecturas. Me propuse una vez, hace muchos años —tenía yo escasos catorce primaveras— leer *La Comedia Humana* de Balzac y no frecuentar resúmenes de todas sus novelas, sino leer las ochenta y tantas narraciones que la integran. Ha sido y es una tarea ciclópea, pero he logrado conocer el mundo, que este gigante de las letras, dibujó para nosotros, los pobres seres humanos.

También hice, unos años después de los catorce, un plan de lecturas obligatorias, lecturas que todo buen literato debe incorporar a su propio universo, si se jacta de ser un verdadero hombre de letras.

Fue así que paseé mi «ocio noble», no sólo por Homero, Virgilio y Dante, sino también y acaso mucho más por Flaubert, Stendhal, Lope de Vega y Cervantes. Mi capacidad de lectura competía con mis ganas de hacerlo. Logré incorporar a mi formación mucho más que lo que el título de doctor en Letras me llegó a dar; por ello cuando me impidieron ejercer el dichoso título, por delitos cometidos contra la sabiduría inmortal de las Letras —léase por plagio— me importó un comino; me «valió madres» como me enseñaron a decirlo en México.

En lo que tiene que ver con la mirada del otro, es decir con el chisme cotidiano que prevalece en nuestra sociedad, me gusta burlarme de aquellos que se creen inteligentes y que llegan a ser más «papistas que el Papa» en sus graciosas reservas para hablar de moral y buenas costumbres. Por ello, cuando me presento en público, tengo en cuenta que muchos oídos están más atentos a mis posibles errores que a mis contenidos intelectuales. Por ello me divierto mucho al atribuir a Shakespeare una obra que nunca escribió o cuando digo que Borges leyó con curiosa atención *Los jefes* de Vargas Llosa que fuera publicado en 1957 por primera vez y, en este tiempo, Borges no sólo había perdido la vista hacía ya varios años, sino que, además y hasta donde yo sé, nunca manifestó un interés muy marcado por la obra incipiente del peruano.

Está de más decir que pocos, muy pocos de los oyentes detectaban la errata, porque la capacidad y el alcance de toda mentira, debe estar por encima de la comprensión de los pocos inteligentes que aún quedan en este mundo.

Una niña me dio un ejemplo sublime, en donde se transparentaba no sólo la inocencia, sino también la capacidad innata para detectar la estupidez y la mitomanía. Interrumpió mi discurso para preguntarme directamente:

—Si Borges había dejado de ver en 1953, ¿cómo pudo haber leído la obra de Vargas Llosa que usted cita? ¿Podría entender su ejemplo, como un aporte fantástico de esos a los que, por lo poco que he leído, Borges nos tenía acostumbrados?

No contesté realmente a su pregunta, aunque en lo más íntimo me acompaña, desde esa ocasión, la ingenua idea de que la humanidad no está tan perdida como parece.

En otro orden de cosas y en cuanto a que la literatura pueda llegar a ser un modo de existencia, es decir, que con ella se pueda comer todos los días y alimentar a la familia, tengo todavía mis dudas al respecto. Mi carrera vive de los mendrugos de pan que nos arrojan los poderosos; hoy más que antes sigue vigente la vieja idea de los Mecenas. Actualmente no pertenecen, estos Mecenas, a ninguna corona, ni visten el ropaje colorido de ciertas iglesias; pero se encuentran en el quehacer de los políticos que, como repiten que una de las funciones del gobierno consiste en propiciar la cultura, entonces se ven obligados a dar becas y a otorgar sueldos decorosos para los intelectuales. Pero todo ello no representa un modo de vida seguro, prolongable en años. Por eso me vi obligado a sacarles, a esos políticos, mucho más de lo que ellos me querían dar.

Como soy un buen lector, me siento con la capacidad suficiente para apreciar los discursos de excelencia que muchos autores desarrollan.

Como soy un buen lector, me siento con la capacidad suficiente para apreciar los discursos de excelencia que muchos autores desarrollan. Por ello, he concluido que de la admiración al plagio hay tan sólo un paso. Además, el factor tiempo influye de un modo destacado y, es así, que si uno puede arrancar de su rudo pecho diez cuartillas originales —aunque la originalidad no existe, es sólo una apariencia—, si nos apoyamos en lo que otros han dicho, el número de páginas puede llegar a triplicarse.

Corría el año 1978 —tenía yo veintiocho años— cuando entendí que debía publicar una amplia reseña crítica de *La Comedia Humana* de Balzac. Hacía catorce años que venía leyendo con paciencia y algo de disciplina la obra de Balzac. Nobleza obliga a reconocer que mi avance no iba mucho más allá de una novela promedio por año y, como consecuencia, catorce narraciones no constituían un logro significativo.

Comencé con *Papá Goriot*; me esforcé y conseguí plasmar un texto crítico de quince cuartillas, que una revista española me publicó sin reservas. Pero faltaban ochenta y seis novelas todavía.

Fue entonces que el destino me jugó una mala pasada, porque vinieron a parar a mis manos los veinte volúmenes, gallardamente encuadernados, que llevaban por título: *Las grandes novelas de la literatura universal* publicadas por la Editorial Jackson, en las cuales se incluía *La prima Bette* de Balzac. Así me enteré que esta editorial había editado también la obra completa del escritor francés, en quince tomos. Cada una de estas narraciones aparecía precedida por un breve prólogo explicativo. Me encontraba así con el alfa y el omega de la obra balzaciana. Leí cada uno de estas sinopsis y, en un mes, tenía ya la idea de la totalidad, que mis lecturas parciales me habían impedido alcanzar anteriormente. Y en ese momento decidí copiar, con leves modificaciones, los textos allí documentados.

Me tomó un año de mi vida terminar un extenso volumen que llamé *La Comedia Humana es una novela. Balzac*.

Como se trataba de un libro muy extenso —quinientas veintiséis páginas— me resultó imposible ser aceptado por una editorial comercial. En estos meses llegó a mi vida uno de los tantos premios que he alcanzado con mi peculiar esfuerzo y, decidí auto publicarme con financiamiento a mi propia bolsa. Hasta la fecha, nadie ha descubierto lo que hay realmente detrás de este voluminoso ladrillo

de papel. Pero, siguiendo el ejemplo de André Gide, quien sostenía que en literatura «ya todo está dicho, pero hay que repetirlo porque nadie escucha», cumplí una tarea impostergable, escudado tras las bambalinas de la improvisación y la reiteración de lo ya expresado, no sólo por Balzac, sino también por el compilador de Jackson Editores.

El tiempo continúa con su arduo transcurrir. Me hallo ahora instalado en México y trabajo en una Universidad Estatal. Hasta aquí me habían traído mis búsquedas y frustradas aspiraciones, cuando me di a la tarea de plantear una suerte de Epistemología integral, en donde las diferentes Ciencias Sociales interactuaran.

Copí y pegué sin vergüenza alguna. Uno de los textos escogidos para este nuevo plagio, correspondía a un compañero de la Facultad. El tema era «Fausto». Aunque no se trataba de un estudio muy difundido, pasó lo que no había sucedido antes: el autor descubrió mi indebida apropiación y me denunció ante las autoridades universitarias.

Lo encaré, mentí, tergiversé la realidad, inventé pretextos; pero, finalmente, la verdad triunfó. Cuando uno enfrenta situaciones conflictivas como la que aquí he relatado, se debe estar preparado para todo y, en este caso, salí bien librado, porque el creador del escrito aludido, sólo pidió que se reconociera el plagio, al mismo tiempo que me obligaba a pedir excusas a través del mismo medio en que lo había agraviado.

Decía Maquiavelo que la ambición no tiene límites y, creo que tenía mucha razón. Con anterioridad a la denuncia arriba expresada, yo había terminado de cursar mi doctorado, en la Universidad Iberoamericana. Enmarco este acontecimiento, porque en relación con él, estuve a un paso de ser mostrado a la luz pública como un patético plagiario. Mi tesis era sobre Epistemología. Y uno de los capítulos estaba constituido por el libro sobre Fausto ya mencionado.

Tengo mis dudas acerca de lo que pasó con este hecho; he oído que el susodicho compañero de la Facultad se enteró también de lo de mi tesis, pero nunca hubo denuncia alguna.

Tengo mis dudas acerca de lo que pasó con este hecho; he oído que el susodicho compañero de la Facultad se enteró también de lo de mi tesis, pero nunca hubo denuncia alguna. Quiero pensar que un rasgo de equilibrio y nobleza prevaleció en él; lo cierto es que ostenté mi grado con un inmerecido orgullo, como lo pensarían mis enemigos de siempre.

En este preciso instante, estoy sentado en un portal del Centro Histórico de Puebla. Tengo ante mí una taza de café bien cargado y un trozo de pastel de los que aumentan rápidamente el colesterol.

Uno de los placeres que están por encima de cualquier otro, es el que me proporciona el hallarme solo y haciendo algo que me satisface; el café es la pasión de mi vida y, junto al cigarro, conforman un modo de ser que me define.

Parece que mi condición nómada prevalece sobre la sedentaria; estoy en Puebla con motivo de un Coloquio de Literatura, de esos en que los ignorantes se sienten menos ignorantes, por el simple hecho de hablar con sus iguales y de intercambiar puntos de vista en torno al tema literario. Aquí conocí a un investigador de Xalapa, con quien, en dos días de plática, intimé de tal manera que cayó preso de mi fatal carisma. Me cuestionó el por qué, un tipo tan inteligente como yo (él lo dijo, no yo), estaba desperdiciando mi talento en un rincón tan apartado de la cultura, como esta ciudad en la que vivía.

Un mes después, terminé en Xalapa haciéndome cargo de un tiempo completo y de un puesto relativamente importante en la Unidad de Artes de la Facultad de Teatro de la Universidad de Veracruz. Todavía me pregunto qué estaba haciendo yo en una facultad de Artes; pero el sueldo que pagaban era demasiado jugoso como para rechazarlo. Además, mis dotes histriónicos me habían puesto en contacto, desde hacía algún tiempo, con una maestra de la Universidad de Aguascalientes, quien estaba tramitando para mí una plaza en el Centro de Ciencias Sociales y Humanidades de dicha Universidad. Gracias a la intervención de la citada maestra, los directivos de la Institución me prometieron un tiempo completo que debería ser ocupado por mí un año después. Nunca me había sentido tan halagado. De un día para otro, tenía dos tiempos completos: uno en ejercicio y el otro pro-

metido. No renuncié a Xalapa y, con intención y alevosía, ejercí la plaza hasta que salió lo de Aguascalientes.

El abandono de la Facultad de Xalapa, constituyó un verdadero escándalo, porque —entre otros pendientes— yo había ejercido un presupuesto para Investigación que jamás devolví.

En fin, todo estaba muy bien hasta ese momento. Era doctor en Letras y gozaba de un prestigio que, con ciertos altibajos, formaba parte de mi insolente personalidad.

No perdía de vista que los apoyos económicos del gobierno debían aprovecharse al cien. Por ello, cuando vi en Internet la convocatoria para el Premio Nacional de Literatura, me inscribí sin tardanza; como no tenía en ese momento nada previsto, me apoyé en la tesis de una alumna destacada y, con algunas modificaciones, la presenté como propia. Con inmensa alegría festejé mi triunfo, puesto que la Institución convocante me otorgó la distinción. Debido al escándalo promovido por la susodicha estudiante, quien decía que yo sólo había sido su asesor y que no tenía derecho alguno de apoderarme de su creación, se desató una ola de persecución contra mí, promovida desde varios periódicos de renombre en donde se hablaba de este suceso alarmante para México y para las letras mundiales (así lo expresaban).

No voy a ocultarles que me sentí hinchado de satisfacción, pero algo temeroso. Se aludía a mí en casi todos los medios nacionales y la prensa aprovechaba esta circunstancia para embarrarme y para ensuciar también el prestigio de mi familia.

Al fin y al cabo, lo importante es que hablen de uno, aunque sea mal; la apatía del mundo ante los seres que pasan, los viste de una indiferencia de la que no deseo participar.

Sinceramente llegué
a creer que, por fin,
en el universo
literario se hacía
justicia conmigo.

Muy pronto se aquietaron las aguas y, lo mío no dejó de ser un tema que algunos ociosos intelectuales retomaban de vez en cuando, en sus aburridas charlas de café.

Seguí trabajando en Aguascalientes y, ahora gozaba de un prestigio más: había sido nombrado Miembro del Sistema Nacional de Creadores del Conacyt. Esto sucedió porque en mis ratos libres me gustaba escribir cuentos y poemas; tenía publicados ya dos libros de cuentos y uno de poemas, los que me abrieron la puerta para tan importante distinción.

Sinceramente llegué a creer que, por fin, en el universo literario se hacía justicia conmigo. En el presente en que vivo, pienso que confié excesivamente en mis capacidades y descuidé mi retaguardia. Hasta este momento mis andanzas por el mundo de las letras habían sido descubiertas en parte y no quedaba consecuencia alguna de ello. Por lo tanto, me sentí con mucha confianza para seguir haciendo aquello para lo que había nacido: apropiarme de la obra de otros para obtener resultados que me beneficiaran. Curiosamente al proceder de este modo mi personalidad se rodeaba de un prestigio equívoco, que no por ser ambiguo, dejaba de llamar la atención y difundía mi perfil: llegué a tener casi un millón de citas en el buscador de Google, cuando algunos de mis destacados colegas no alcanzaban, ni siquiera, a las cien mil.

Por estas fechas empecé a leer al escritor francés Emmanuel Carrère y me gustó su estilo y el modo tan *sui generis* de encarar la literatura. En relación con este autor y con su trabajo creador, descubrí a un seguidor de su obra, François Bouvet, que había publicado artículos nada menos que en *Le Nouvel Observateur*, semanario francés de actualidad, y que sobresalía por sus búsquedas profanas en los bares de París y en los más escandalosos *Table Dance* de la ciudad. Era un hombre peculiar y de temperamento irascible. Desconocía las reglas al igual que lo hacía yo y, en cierta ocasión, se atrevió a efectuar el recorrido en una avioneta desde París hasta Moscú. Su hazaña fue promovida en los principales periódicos de Europa y pocos medios rusos —quizás RBC Daily fue el único— aludieron con asombro a la portentosa hazaña.

Pues bien, François había llevado a cabo una investigación sobre uno de los poetas del grupo de Breton; este trabajo lo publicó en *La Nouvelle Revue Française*, revista que había sido creada por un grupo de escritores francos, entre los que destacaba André Gide. Pablo Navidad era un ferviente partidario de esta publicación, debido a que su admiración por André Gide lo había llevado a ella.

Precisamente, *La Nouvelle Revue Française* presentaba, entre sus postulados artísticos, «el rechazo de la moral y la política en el arte, la desconfianza hacia el éxito, la primacía del estilo sobre las ideas y la ausencia de *a priori*». Navidad Pastor se reconocía en estos principios libertarios y comulgaba con ellos. Por esta razón, leía con particular atención los artículos de la revista y nunca perdía de vista que el primer rechazo a la obra de Proust provino, precisamente, de este medio difusor de la cultura. Fundamentado en ello, se permitía hablar de los grandes errores de la tradición sin llegar a insinuar, aunque así lo pensaba, que con él y con su obra, sus contemporáneos estaban procediendo de igual forma.

Pablo leyó el invaluable artículo sobre Jacques Prevert que había creado François; lo tradujo con una exactitud prodigiosa y sin cambiar ni una letra, ni un punto, ni una coma, lo publicó en la revista *Ínsula* de Madrid. Para su propia perdición, la traducción de esta obra de Bouvet era muy buena y cualquiera que confrontara el original con este elegante refrito en español podía darse cuenta de ello.

Françoise Bouvet si bien era un dandy, amigo de la parranda y de las juergas, los ratos que estaba sobrio, acostumbraba dedicarse a la revisión de sus publicaciones y a la elaboración de nuevos proyectos. Un día cualquiera, se hallaba en Madrid en compañía de algunos amigos y, por esas «malditas casualidades del destino» —así lo expresaría meses después Pablo Navidad—, cayó en sus manos el ejemplar de *Ínsula* en donde aparecía el artículo sobre Jacques Prevert; con mucha curiosidad se decidió a leerlo para confrontarlo con el que él mismo había escrito meses atrás. ¡Cuál no habría de ser su asombro al constatar que no sólo era parecido al suyo, sino que era el suyo! El descaro del imitador había llegado a tal extremo que en donde Bouvet escribiera expresiones tales como «el joven poeta, el renovado intelectual, el discípulo rebelde de Breton, el anacoreta de la lírica», etc., Pablo lo había reproducido idéntico; parecía que no deseaba alterar el original para llevarse junto con el escritor que lo redactara, la gloria de su recreación. Pero recrear sin dar la fuente, es copiar. Así lo entendió el francés de las parrandas y procedió a demandarlo ante el mundo entero. Esta vez no hubo piedad alguna como la de aquel lejano profesor de literatura que le regalara a Navidad Pastor, el doctorado de la Ibero. Ahora todo fue contundente y demostrado de modo irrefutable. Un periódico francés se atrevió a llevar la chanza hasta el extremo de publicar un titular que rezaba a la letra:

*Otros diarios
destacaban la
deshonestidad del
plagio y la forma en
que la moral literaria
se iba poco a poco al
carajo, en la medida en
que existieran hombres
como éste.*

Madame Bovary por Pablo Navidad Pastor. Comentando a renglón seguido las múltiples estrategias de este insólito español.

Otros diarios destacaban la deshonestidad del plagio y la forma en que la moral literaria se iba poco a poco al carajo, en la medida en que existieran hombres como éste.

Inocentemente, Pablo esperó que las cosas no pasaran a mayores. Pero el sistema literario mexicano se vio involucrado y no tuvo más opción que actuar para curarse en salud: expulsaron a Navidad Pastor de la Universidad de Aguascalientes, le dieron de baja en el Sistema Nacional de Creadores y, prácticamente, pusieron sobre él una lápida sumiéndolo en la desesperanza más cruel.

Lo contado es real; pero, el organigrama de poder de la cultura mexicana, consiguió que todas las presencias vergonzosas de este insólito imitador, se borrarán y no quedó constancia alguna que delate o dé fundamento a lo hasta aquí narrado. Hasta hace apenas unos años el *Maestro Google* —así lo llamaba Pablo— seguía comentando el plagio; pero por intervención de un hábil hacker, contratado por Navidad Pastor, toda la información desapareció de golpe.

En fin, en el actual exilio intelectual en que la burocracia académica me ha recluido, me he dedicado a trabajos viles, como yo los llamo. Sé que es muy difícil superar el trance en me hallo, pero saldré de él como en el pasado salí adelante a pesar de tantos obstáculos como pusieron en mi camino.

Precisamente hoy, descubrí una nueva veta que me ha dar, si no prestigio, al menos mucho dinero. Desde el anonimato, escribo biografías de candidatos a la presidencia de algunas regiones del mundo. Biografías que ellos firman con su nombre y en las cuales mi estilo prevalece. Empecé con

un aspirante de Centro América y ya fui contratado para redactar la del Candidato a la presidencia de México.

En mi nuevo quehacer no pienso plagiar biografías de otros adaptándolas al personaje concreto de quien debo escribir; pero no dejaré de hacerlo, si es estrictamente necesario. Espero que en esta ocasión no aparezca un François Bouvet que me derribe en pleno vuelo.

© Luis Quintana Tejera

Luis Quintana Tejera. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel 1, CONACYT, México. Miembro Numerario de la Red Cervantina Internacional. Página web: www.luisquintanatejera.com.mx.

TRES ESTACIONES DE UNA VIDA (*La Cascaraña, Tercera Parte*)

por Edgardo Hernández Mejía

Mateo logró retener mentalmente, sin el auxilio de la lectura de documento alguno, las vivencias que habían acumulado durante casi medio siglo, César, Simón, Gustavo y Clodomiro, las cuales comentaron en público durante una larga noche de septiembre.

Recordó Mateo que él estuvo presente cuando César, con un inusual grado de entusiasmo, estando en la ribera del Río Yaque del Sur la tarde del 10 de septiembre de 2012, convocó un encuentro de viejos amigos.

Según pudo recordar Mateo, fue al finalizar una tenida blanca (abierta al público) organizada por la Logia Masónica de San Juan, cuando en medio de una alegre actividad social, César invitó a los presentes a reunirse en la famosa Taberna «*La Cascaraña*» luego de terminar la jornada laboral de la semana siguiente.

De acuerdo a la memorización de Mateo, al llegar las seis de la tarde de aquel inolvidable 19 de septiembre, estando él presente, César lució nostálgico. Inició sus palabras en el referido encuentro de viejos amigos evocando los años en que junto a sus entrañables compañeros Simón, Gustavo y Clodomiro iban a la Sabana de Santomé en compañía de aquellos condiscípulos del quinto grado de la escuela primaria que pertenecían a los Boy Scouts, a realizar campamentos de verano en casas de campañas.

Mateo pensó que quizás fue de manera no deliberada que los hijos de los cuatro mencionados compañeros de aventuras infantiles se sentaron aquella noche uno al lado del otro en la mesa rectangular, sin mantel, ubicada justo en el centro del espacioso salón de la famosa taberna.

Antes de César ampliar sus comentarios y expresiones de añoranzas sobre su infancia, recordó Mateo, Clodomiro se puso de pie a fines de dar lectura a un hermoso fragmento de una vieja composición escolar de su autoría, donde describía con detalles sus vivencias en uno de aquellos campamentos. Documento que aún conservaba con extremado celo.

*De acuerdo a la
memorización de Mateo,
al llegar las seis de la
tarde de aquel inolvidable
19 de septiembre,
estando él presente,
César lució nostálgico.*

Deiro, el siempre atento y agradable mesero de «*La Cascaraña*», dejó de servir los diversos pedidos de los clientes, al parecer como una manera de contribuir al ambiente de total silencio y atención que ameritaba el momento.

Clodomiro, según el recuerdo de Mateo, inició con notoria emoción la lectura de su escrito de infancia, lleno de cándidas figuras que resaltaban los vivos colores de las numerosas mariposas provenientes del valle y el encantador sonido producido por la tibia brisa de la tarde al momento de acariciar los maizales; así como el entusiasmo sin límites de los muchachos al correr durante la noche tras los puntos verdes en vuelo, producidos por las luciérnagas que siempre abundan en la Sabana de Santomé al ocultarse los últimos rayos del sol.

Evocó Mateo que no hubo una sola expresión de las externadas por el viejo Clodo que no aludiera los encantos de la lozanía de la naturaleza y del perenne recuerdo del fresco olor de la hierba y de las flores silvestres. Finalizando su intervención con palabras muy conmovedoras en torno a la algarabía derivada de los juegos practicados entonces, y de la satisfacción producida por la ingesta de la cena, la que resultaba siempre apetitosa, a pesar de ser día tras día un simple moro de arroz y habi-

chuelas rojas con salchichón frito o huevos solidificados en las cenizas calientes de las leñas de la hoguera que era encendida al llegar la noche con el objetivo de iluminar el área del campamento.

Ciertamente fueron tiempos sin malicia, sin ambiciones ni proyectos que no fueran los relativos a la sencilla organización de los juegos «del escondido», «del topao» o de «mano caliente».

Aún tenía Mateo en su memoria que cuando Clodomiro tomó asiento observó los gestos melancólicos reflejados en la cara de la mayoría de sus contertulios. Momento en que el mesero Deiro se dispuso a servir con dinamismo la cerveza rubia, el ron añejo o el vino tinto que había ordenado cada uno de los presentes.

Según la interpretación de Mateo, César entendió en ese momento que debía ceder la palabra a Simón y a Gustavo para que se dirigieran al público antes que él, pero sucedió que el primero de ellos se había conmovido tan profundamente con las expresiones de Clodomiro, que prefirió sólo levantar su copa de vino tinto y exclamar escuetamente que se solidarizaba con la totalidad de lo expuesto por su amigo.

También recordó Mateo que Gustavo, en cambio, dijo de inmediato que deseaba agregar algo de interés a lo antes manifestado, pero condicionó agotar un turno a que Deiro, el atento mesero, repitiera el servicio de las respectivas bebidas a cada presente.

Entonces, según la reproducción mental de Mateo, Gustavo mencionó otras vivencias relacionadas con los referidos compañeros del quinto grado de la enseñanza básica. Habló con especial añoranza sobre la gran celebración del décimo cumpleaños de Joaquín, el cual resultó verdaderamente inolvidable para todos los niños por la presencia de un pintoresco payaso que animó con suma alegría aquella lejana tarde, y luego repartió pitos y vejigas de colores a los niños presentes.

Era la etapa histórica en que todo joven soñaba y creía en la viabilidad de una mágica revolución social, a veces no muy bien definida.

Luego, recordó Mateo que el contertulio de referencia, con voz entrecortada, exclamó entre sollozos que aquellos habían sido los mejores y más felices años de toda su vida.

En aquel momento, de manera espontánea, se fueron realizando en la famosa taberna «*La Cascaraña*» numerosos brindis de vino tinto, ron añejo y de efervescente cerveza rubia.

Ya el reloj marcaba las ocho de la noche, de conformidad con la memoria de Mateo, cuando César retomó la palabra; esta vez con voz estridente y menos pausada, y comentó a sus amigos de siempre, Simón, Gustavo y Clodomiro, diversos hechos ocurridos durante los vigorosos años de su ya lejana juventud. Tiempos de rebeldía, de intrepidez y de estudios universitarios. Ocasión en que evocó las veces que un grupo de su promoción de la Facultad de Derecho, junto a estudiantes amigos de otras carreras, se trasladaron a la Sabana de Santomé con la finalidad de practicar deportes, de correr y de ejercitarse entre las verdes y altas hierbas, aprovechando los sanos aires del monte, como seguramente lo vivieron meses atrás los intrépidos guerrilleros que en el año 1959 llegaron a nuestro país por Constanza, Maimón y Estero Hondo con el propósito de combatir la ominosa tiranía que en aquellos tiempos nos oprimía.

Rememoró Mateo haber escuchado que otras tantas veces, bajo un radiante sol de primavera, César, Simón, Gustavo y Clodomiro, junto a sus amigos universitarios se trasladaron a la Sabana de Santomé con el objetivo de realizar un picnic o acampar en tiendas de campaña durante un fin de semana, en medio de la lozana maleza y los frondosos árboles; donde departían, cocinaban, bailaban y entonaban colectivamente hermosas canciones de Agustín Lara, Roberto Cantoral o Luis Alberti, y en otros momentos declamaban poemas de Bécquer, Neruda y Amado Nervo.

Era la etapa histórica en que todo joven soñaba y creía en la viabilidad de una mágica revolución social, a veces no muy bien definida.

Después del tercer brindis de ron añejo, según memorizó Mateo, tomó la palabra Clodomiro, quien habló con un tono muy bajo de voz, obviando sentir un similar grado de emoción que su amigo César, pero haciendo alusión a experiencias de otra naturaleza. Recuerdos sobre un lejano amor, sepultado por el transcurso del tiempo. Reveló que hubo mañanas en las que él y su compañera de entonces, en la extensa Sabana de Santomé, se perdieron de la vista del grupo de camaradas, gracias

a los crecidos maizales y a la distancia. Oportunidades que hacían propicias para el amor más vibrante, no obstante la agresión del calor de los rayos del sol mañanero. Días de pasión viril, aunque a veces fugaz, pero en todo caso, conforme al recuerdo de Mateo, inspirada en el inmenso valor y en el dulce contenido de la sincera expresión: «te quiero»; la cual generalmente quedaba grabada junto a las iniciales de la pareja en la corteza del tronco de un viejo árbol, dentro del dibujo de un simple corazón, como testimonio mudo de un momento que quizás sería irrepetible.

En ese instante, rememoró Mateo, los hijos de los cuatro compañeros de aventuras juveniles, quienes tal vez de manera no deliberada habían tomado asiento uno al lado del otro en la mesa rectangular, sin mantel, ubicada justo en el centro del espacioso salón de «La Cascaraña», participaron en la conversación de sus ascendientes, y sin cuestionar en lo más mínimo las trayectorias de sus vidas, preguntaron si no les parecía lógico que en el siglo veintiuno ya no existan en América las ominosas tiranías y dictaduras personales, sino que en cambio tenga vigencia la corriente política del nuevo socialismo en libertad, al estilo de Rafael Correa, en Ecuador; de Evo Morales, en Bolivia; de Pepe Mujica, en Uruguay; o de los primeros tiempos de Hugo Chávez, en Venezuela.

Mateo recordó que no surgió entonces manifestación alguna de reacción o respuesta de los viejos amigos al planteamiento de sus respectivos hijos, sentados uno al lado del otro en la larga mesa sin mantel. Prolongado silencio que aprovechó Deiro para atender el pedido realizado por César de servir a los presentes una nueva ronda de vino tinto, ron añejo y cerveza rubia.

En la relación de los hechos llevada en la mente de Mateo, el reloj marcaba ya las doce de la medianoche cuando César volvió a ponerse de pie, esta vez para interrumpir a Gustavo, quien se expresaba sin rigor, con voz aguardientosa y melancólica, sobre las luces y las sombras de la polémica figura del Che Guevara, así como sobre sus más preciados anhelos de juventud.

Mateo recordó que César entonces empleó todas sus palabras para referirse exclusivamente al tiempo presente y al viaje en familia, a la Sabana de Santomé, que se había programado ejecutar el fin de semana siguiente a aquel 19 de septiembre, y pidió con vehemencia a los jóvenes que entendieran los valores e intereses de quienes ahora son abuelos. Los valores e intereses de quienes hoy dolorosamente y con resignación se han visto obligados a ir dejando uno por uno sus hábitos o costumbres de juventud... en cuanto a los alimentos, a las bebidas, a las diversiones, a las relaciones sexuales, a las actividades deportivas, al trabajo, a los esfuerzos físicos, a las tareas de memorización, a las jornadas de lectura e investigación, a la capacidad para accionar...

En aquel preciso instante, memorizó Mateo, Simón intervino, aparentemente para justificar la pasividad de ellos; lo cual hizo mediante palabras pronunciadas de manera muy espaciadas una de la otra. Opinó que los jóvenes presentes aquella noche en la Taberna, todavía no podían ni siquiera imaginar, por lo poco que habían vivido, lo que significa estar débil y entristecido por padecer simultáneamente presión arterial alta, dolores en las coyunturas, problemas intestinales, disminución de la audición e irritación constante de los ojos por resequedad ocular.

Después Mateo evocó que Simón sostuvo con firmeza aquella noche que en la vida absolutamente nada está por encima de la felicidad y de la paz espiritual de las personas, y añadió de manera entusiasta que por esa razón resultaría inaceptable cualquier tipo de motivo para posponer el programado encuentro familiar de la semana entrante en la Sabana de Santomé. Ocasión en la que ellos podrían recordar sus mejores tiempos y podrían tener oportunidad de jugar con los nietos, o cargar a los bisnietos, para ofrecerles entre sus ya débiles brazos un calor similar al que alguna vez le dieron a sus hijos, y entonces empezar a contarles sus sueños de antaño.

También recordó Mateo el insistente pedido de Simón a los presentes, en el sentido de levantarse muy temprano el día fijado para la gira, a fines de poder iniciar el encuentro familiar a primeras horas de la mañana, y así tener todos los participantes la posibilidad de intercambiar y conversar con amplitud antes de la llegada de las sombras de la noche, las cuales por lo general traen peligro.

Mateo recordó que no surgió entonces manifestación alguna de reacción o respuesta de los viejos amigos al planteamiento de sus respectivos hijos, sentados uno al lado del otro en la larga mesa sin mantel.

Ya al final de la reconstrucción mental lograda por Mateo, éste razonó que con el paso de los años no sólo han cambiado sus puntos de vistas estos amigos, en relación a sus viajes a la Sabana y a las actividades realizadas allí, sino que lo mismo le sucede a la totalidad de los humanos. Y Concluyó su reflexión estimando que es evolución y cambio de intereses lo experimentado por el niño de ayer que se hizo adulto y luego anciano... Entonces expresó en voz alta: «de una manera obra el acero cuando es martillo, y de otro modo muy diferente cuando es clavo».

© **Edgardo Hernández Mejía**

Edgardo Hernández Mejía nació en Santo Domingo, República Dominicana. Es abogado, escritor e investigador de temas históricos. En la actualidad es juez de la Corte Suprema de Justicia de la República Dominicana, Profesor de la Pontificia Universidad Madre y Maestra, miembro colaborador de la Academia Dominicana de la Historia y del Instituto Duarte. Dentro de sus obras más importantes se encuentran: "A Partir de Nuestros Designios"; "El Contenido de la Patria"; "El Arte Durante la Guerra de Abril"; "La Vida en Marcha"; "Choque de Luces"; "Liborio entre Flores y Fuego", "El Día que Quitaron la Frontera", etc. Dentro del campo jurídico ha publicado seis libros sobre temas de Criminología, Derecho Inmobiliario y Jurisprudencia. Correo electrónico: edgarhernandezm@hotmail.com.

LOS ÁNGELES NO TIENEN SEXO

por Daniel Baudot

Mis padres me llamaron Gabriel, como el ángel, solo que los ángeles no tienen sexo. No he sufrido traumas de pequeño, la relación con mis padres siempre ha sido sana con «altibajos», como todas las que conozco. Yo era un chico normal cuando comenzó a pasar lo que me ha traído aquí. Tiene que entender, doctor, que para mí fue un proceso de lo más natural aunque al principio es cierto que estaba confundido. Creo recordar que la primera vez que lo sentí tenía seis años, pero no era consciente de lo que me ocurría entonces.

Iba a un colegio mayor que llevaba años abierto en el barrio, y en el que no se admitían mujeres. De hecho, las únicas mujeres que había eran las monjas que nos obligaban a aprender todo tipo de lecciones amenazándonos con sujetar biblias si no sabíamos recitar de memoria, por ejemplo, algunos salmos del rey David. El colegio estaba regentado por curas que siempre nos decían que todo era por nuestro bien, que el señor lo disponía todo y los niños eran la mayor prioridad de la virgen. Por ello, yo rezaba todas las noches por mis padres, esperando que un golpe fortuito de buena suerte les permitiera sacarme de allí. Después, contaba ángeles hasta que me quedaba dormido. La mayoría de niños se comportaban correctamente, se sentaban con las manos una encima de la otra sobre los pupitres de madera vieja y se colocaban erguidos en sus sillas, mirando hacia delante.

La gran mayoría no daba problemas más allá de retrasarse en la entrada a clase después del recreo o de cuchiños inocentes durante las lecciones de las monjas. Algunos hacían dibujos de ellas. Pero entre todos ellos, había uno solo, uno que me llamó especialmente la atención: se llamaba Lucien. Sus padres habían llegado del otro lado del océano y se habían instalado en nuestra pequeña comunidad religiosa como una bandada de pájaros que migraban en invierno. Más tarde supe que no tenían dinero para permitirse otra educación y que tenían familia aquí que les ayudaba hasta que pudieran recuperarse.

Lucien era un niño rubio, con el pelo largo, los ojos verdosos como un lago contaminado y la piel de un oso polar. Recuerdo que cuando le conocí le faltaba uno de los incisivos, dejando en su boca un pequeño hoyo por el que se escuchaba un leve silbido cuando respiraba.

Lucien era un niño rubio, con el pelo largo, los ojos verdosos como un lago contaminado y la piel de un oso polar. Recuerdo que cuando le conocí le faltaba uno de los incisivos, dejando en su boca un pequeño hoyo por el que se escuchaba un leve silbido cuando respiraba. Siempre andaba corriendo de un lado para otro y robándonos los lápices con los que subrayábamos los versículos de las cartas de San Pablo. Cuando las monjas le cogían de la pechera para llevarse al despacho del director, él se echaba al suelo y comenzaba a dar vueltas mientras gritaba. En el patio jugábamos a la pelota y siempre nos tocaba en equipos contrarios, pero eso no impedía que Lucien empujase a todos los jugadores por igual.

Una vez coincidimos en el baño del colegio y me besó en la mejilla mientras yo orinaba. Fue un beso lleno de ternura, inocente como lo que hacíamos en su casa al terminar las clases. Era solo un juego de niños, una forma de evadirnos de las monjas, de los versículos de San Pablo y de los partidos. Después de unos meses, la familia de Lucien se mudó a otra parte y no yo, ni las monjas ni San Pablo volvimos a saber nada de él. Tal vez volviera a jugar a la pelota con otros niños.

En la adolescencia tuve una novia, se llamaba Eva. Fue una etapa feliz, ella me tenía cariño y yo le correspondía. Pero a pesar de eso, no podía dejar de mirar a las otras chicas, era como si me sintiese atraído solo por el hecho de que ellas fueran mujeres. Mis padres creían comprenderlo y me llamaban pervertido entre risas, me decían que eso era normal en los chicos de mi edad, que teníamos las hormonas en punto de ebullición, que estábamos, que si la primavera y esas mierdas.

Entonces yo dejé de darle importancia aunque me avergonzaba un poco: observaba sus faldas y los vestidos largos con estampados, queriendo sentir su tacto en mis dedos; olía los perfumes que fumiaban el aire al pasar a mi lado y al de Eva; escudriñaba las rayas de sus ojos y los labios maquillados con los que no dejaban de besar a los chicos; clasificaba mentalmente los esmaltes de uñas que tenía cada una de mis compañeras de clase del instituto, pero no se lo comentaba a nadie. Sabía que era algo normal y que también era legítimo guardárselo cada uno para sí y que nadie hablara de ello en público. Veía a todos mirar a las mujeres como si fueran objetos divinos y sentía envidia, envidia de que a mí nadie me mirara de esa forma.

Las cosas con Eva fueron bien durante un tiempo. Todos los miércoles quedábamos y veíamos películas de terror en su casa. Su madre trabajaba y no sabía nada de su padre desde hacía unos años, así que nos tumbábamos en el sofá cogidos de la mano y nos ofrecíamos puñados de palomitas el uno al otro. Un día de lluvia recuerdo que nos acostamos, pero me sentí extraño. No fue nada que ella hiciera, todo lo contrario, yo no sabía si aquello estaba bien, pero lo hicimos. Fue una experiencia inolvidable, y durante las siguientes noches me acordé mucho de aquel niño de piel blanca.

Con el tiempo nos fuimos apagando, seguimos acostándonos pero ya no estaba tan interesado en ella como al principio y suponía que a todas las parejas les pasaba tarde o temprano. Ya ninguno de los dos quería calentar las palomitas. Ella conoció a otro chico y yo me alegré, me sentí como si hubiera dejado de cargar con un lastre de cemento que me ralentizaba. La noche que me dijo que había otra persona la abracé, fui al baño y le robé un pintalabios de color azul marino. Nos despedimos como si nunca hubiéramos llegado a conocernos más allá de nuestras travesuras de adolescentes, como dos desconocidos que hablan durante horas en un bar y construyen una complicidad tal que es imposible que vuelvan a verse sobrios fuera. Tampoco volví a ver a Eva, doctor.

Con el tiempo nos fuimos apagando, seguimos acostándonos pero ya no estaba tan interesado en ella como al principio y suponía que a todas las parejas les pasaba tarde o temprano. Ya ninguno de los dos quería calentar las palomitas.

Como ya le he dicho, todo fue parte de un proceso y durante los años de universidad me sentí bastante incómodo, solo que no sabía por qué. Tenía una vida social normal y corriente, salía con amigos, bebía alcohol, de vez en cuando estudiaba y hacía algo de deporte. Pero había algo extraño, algo que no alcanzaba a entender y a ratos me provocaba cierta ansiedad. Sabía que no estaba loco, que aquello debía tener una razón de ser que estuviera a mi alcance.

Cada vez miraba menos a las chicas, me daba la impresión de conocerlas demasiado bien. No le comenté nada de esto a nadie, lo que creo que fue una de las razones que me llevó a aquello. Si,

a intentar suicidarme. Me sentía como si el espacio de mi cuerpo me hubiera sido robado de alguna forma. Desde luego, tras el lavado de estómago empecé a replantearme las cosas. Entonces tomé conciencia de lo que estaba ocurriendo, yo no era la persona que todo el mundo veía, era...algo distinto. Tampoco sé como explicarlo de una forma simple. Cuando se lo conté a mis padres no entendieron ni una palabra, mi padre se levantó en silencio y se encerró en su habitación durante un par de días. Pero después empezaron a cooperar. Empecé a tomar las pastillas y aunque cada vez que las ingería me recordaban mi intento de suicidio, sin duda comencé a sentirme bien por primera vez.

Empecé a recobrar la calma después de unas semanas, a estar más cómoda en el mundo, a no sentirme una extraña en medio de la sociedad sin haberlo pedido. Estuve un tiempo sola, la gente que me conocía se comportaba de forma intrigante. Muchos lo rechazaban pero al mismo tiempo intentaban entenderlo. Después de un año noté los cambios más fuertes, y empecé a sentirme más fuerte. Dejé de hacer caso a lo que pensaba nadie, conseguí un trabajo y empecé a ahorrar como una hormiga para venir aquí. Solo espero, doctor, que cuando despierte sea otra persona no solo por dentro, sino también por fuera.

Siento la charla, es que... estoy muy emocionada y no podía guardármelo. Además, mi madre me dijo que usted pasó por lo mismo, así que me comprenderá perfectamente. Buff, qué nervios... estos casi tres años esperando... me tiembla todo el cuerpo aunque supongo que debo disfrutarlo mientras pueda. Pensar que al abrir los ojos seré Gabriela en cuerpo y alma...madre mía...de acuerdo, tranquila. Tengo que relajarme. Ya sé lo que puedo hacer: contaré ángeles hasta que me duerma, pero

esta vez... esta vez serán ángeles que tendrán sexo, o mejor; ángeles que hayan tenido la posibilidad de elegirlo sin que les corten las alas por ello.

© Daniel Baudot

Daniel Baudot (Madrid, 1992) es graduado en Filosofía por la Universidad Autónoma de Madrid, con un máster en Escritura Creativa por Hotel Kafka. Ha publicado relatos, microrrelatos y poesía, tanto online como en medios físicos (antologías de concursos literarios, fanzines y revistas). Colabora elaborando reseñas literarias en *Ámbito Cultural*, de El Corte Inglés. Desde 2014 escribe en el blog <https://10r3m1p5um.blogspot.com.es/> y actualmente se dedica a la redacción publicitaria.

EL JARRÓN DE MURANO

por Antonio Tejedor García

Mañana perezosa de domingo. Desayuno tranquilo, lento como el paso y repaso de la mantequilla sobre la tostada. Le añado una cucharada de miel de brezo o un poco de mermelada y dejo vagar la vista. Me asalta el pellizco en el estómago que hace retorcer el gesto ácido para aguantar el dolor. Miro durante un minuto la manecilla que marca los segundos en el reloj de la cocina. ¡Qué largo es un minuto! Eso quiero, saborear cada uno de ellos, sentir que la vida sigue, comprobar que el aljibe no está aún completamente lleno. En la tele los leones se desperezan con la misma parsimonia que yo, estiran las patas, contagian los bostezos. Hoy no tienen prisa para ir de caza, es domingo.

Tras el desayuno acostumbramos a tomar una taza de café solo, bien cargado. Voy hasta la sala de estar y lo bebo en pequeños sorbos entre rápidas ojeadas a los titulares del periódico. Lo ha traído él, mi marido, recostado ahora en el sofá. Nos separa una mesa sobre la que reposa un juego de posavasos de madera de la antigua Yugoslavia, una pequeña figura de atleta en bronce y un jarro de cristal de Murano. Él lee un libro de relatos. Por la expresión de su cara, parece más interesante que mi periódico. Ignoro la razón por la que lo trae, o por la que yo lo abro: me aburre, tengo la impresión de que han convertido las noticias en propaganda, publican lo que les importa y, por si fuera poco, les dan un sesgo retorcido a conveniencia. Voces, altavoces de sus amos. Sufro como un perro al leer la prensa. Igual que Gabo; él lo escribió antes, eso sí.

—Se va a enfriar el café —le digo.

Gruñe levemente sin levantar la vista del libro. Hablo por hablar, ya sé que le gusta tomarlo con tiempo, sin importarle la temperatura. Termina un capítulo o quizá uno de los relatos, porque cierra el libro y lo deja sobre la mesa, al lado del jarrón recompuesto de Murano y las tres flores secas que disimulan las heridas. Moja los labios.

—Me encanta el punto de chocolate que deja en el regusto —dice.

*Tras el desayuno
acostumbramos a tomar
una taza de café solo,
bien cargado. Voy hasta
la sala de estar y lo bebo
en pequeños sorbos entre
rápidas ojeadas a los
titulares del periódico.*

Puro formulismo, una manera de dar a entender que me ha escuchado. Tiene ese detalle. Es de agradecer, después de tantos años de convivencia. No siempre fue así, por supuesto. En otro tiempo, ni se hubiera inmutado. Y de recriminárselo, se hubiera ofendido. Utilizaba la lectura a modo de isla, se rodeaba de palabras y de papel como defensa, un muro tras el que se parapetaba para hacer oídos sordos a mis quejas, la cama sin hacer, los zapatos sucios, la ventana abierta... En ventas de maquinaria sería el número uno, pero en lo tocante a las tareas domésticas nunca salió del pelotón de los torpes. Los reproches repetidos le ponían del hígado, los odiaba. Quizás por eso se los repetía a menudo. Pero se los tragaba todos, sin otra respuesta que una cara seria, como si se la hubieran entablillado. Tenían, eso sí, una digestión lenta, de reptil. Quizá fuera esa la razón de sus kilos de más, de la papada que asomaba bajo el mentón y la barriguita cervecera. Le añadía un callar adusto que me enfurecía. Ni un gesto, ni un portazo, ni una muestra de ira. Yo deseaba discutir y él no aceptaba el reto, se negaba a concederme una oportunidad. Aguantar esa falta de lucha, la aparente apatía y el dominio que ejercía sobre sí mismo se hace duro. Curte, obliga a dar valor a la paciencia. Es esta, precisamente, la que descubriría la parte de teatro que había tras aquella fachada de tristeza. Pasados un par de días, como en aquel estrambote de Cervantes, «caló el sombrero, requirió la espada, fuese y no hubo nada», del enfado no quedaba recuerdo ni huella. Siempre le faltó esa punta de rencor que tanto escuece cuando se presenta por sorpresa.

Los únicos que permanecían eran sus miedos. Temía que una disputa degenerara en intransigencia, la crispación nos llevara al arrebato y las palabras salieran sueltas, a borbotones de rabia. Con ham-

bre de espada, de guadaña que segara la hierba bajo nuestros pies. Miedos viejos, fotografía de la inseguridad. Se lo dije en vísperas de la boda, cuando sus temores amenazaban con el contagio. ¿Y si no salía bien? ¿Sabríamos aguantarnos, aceptar los ronquidos del otro? Escuchas, caricias. Alguna bronca, también. Después se relajaba. Había y hay que llevarlo con suavidad. Eso lo agradece. Y a mí me hace sentir un poco madre, la mano protectora. De hecho, si pasa demasiado tiempo sin que aparezca el desbarajuste de miedos los echo en falta. Él se deja querer, sabe que necesita esa tutela, un poco de viento a favor como fármaco contra la tentación depresiva. ¡Depresión! La nombro y ya me tiembla el cuerpo. De ningún modo voy a permitir que la falta de entusiasmo nos arrugue el ánimo, que al chirrido de la primera alarma nos espantemos y huyamos en estampida.

El reloj de pared da las once. Él no se inmuta, tan concentrado está. Podría explotar una bomba y arquear una ceja por respuesta. Me levanto y retiro las cortinas. El sol entra por la ventana con la tibieza de la primavera, sin prisa por calentar la sala. Ahí fuera, vista desde un sexto piso, la ciudad pierde mucho, no pasa de ser un mar de tejados insípidos y la torre de una iglesia a lo lejos. Todo inmóvil, como el minuto eterno. Sigo los pasos de los zapatos sin saber donde me llevan ni para qué. Sí, me llevan de vuelta a la cocina, a dejar la taza del café en el fregadero. Pero resbala y cae al suelo. La cerámica se hace trizas. Barro, friego y vuelvo a la sala de estar en busca de las hojas del periódico que absorban la humedad. Él no se ha enterado de nada. Apenas acabo la tarea y oigo su voz.

—No te pierdas este relato. ¡Qué sentido del humor tienen algunos!

—¿De qué hablas? —le digo desde la puerta.

—De la muerte. Uno que se va a morir, sabe que no puede evitarlo y, en vez de desesperarse, se lo toma con una socarronería de lo más macabro.

El reloj de pared da las once. Él no se inmuta, tan concentrado está. Podría explotar una bomba y arquear una ceja por respuesta.

¿Habla del relato o es una alusión a mí? O quizá, yendo como vamos para mayores, sea una forma de aflorar estos temas. Sacarlos de tapadillo, con disimulo. En unos años me tendría que jubilar, recorrer junto a él la última etapa de la vida sin apremios, un viaje, un paseo, un rato con los nietos. Veo entre nieblas ese futuro.

Como llegué a ver nuestra convivencia durante algún tiempo. La vida era aburrida en aquellos días. Nuestros dos hijos comenzaban a crecer y tal hecho no tiene otro nombre sino el de independencia, huir lejos de las faldas y dejar de respirar por mis pulmones. Ni comprarles la ropa podía. Ninguneado por unos y escasamente apoyada por él, me faltaba el aire, el piso se me caía encima. Le renegaba por todo, por la camisa que no va con los pantalones, por el olvido de una compra o el despiste de las llaves, que ha obligado a llamar al cerrajero. Apenas protestaba. No había sido solo su culpa, pero callaba y lo asumía como uno de los peajes a pagar por la vida en pareja. Se negaba a discutir, a valorar el porcentaje de error de cada uno, y de ese silencio, aunque fuera más elocuente que un discurso de Demóstenes, me costó tiempo entender su significado: no entro al trapo, no vale la pena. Busca otro modo de sacudirte el hastío.

Por entonces él pasaba más tiempo fuera que en casa. Si era a causa de mis enfados o estos venían a cuenta de más soledad de la asumida nunca llegó a resolverse. Los viajes (es comercial y de vez en cuando resulta inevitable una reunión en tal ciudad o en la otra) duraban lo previsto más unas horas. O unos días. Al menos, eso me parecía. Mis protestas eran celos, decía. Me sacaba de quicio tamaña estupidez. Los celos siempre fueron un asunto ajeno a mi carácter y a mi cabeza. Hay muchas situaciones en las que nunca pensamos por una razón u otra y, sin embargo, suceden, están a la orden del día en otras personas. Pero en ti no caben. Como los celos. Un suplicio, los estúpidos celos: trepar y trepar a un árbol, asirte a cualquier rama por débil que sea, seguir subiendo sin descanso, pero con la certeza de que nunca alcanzarás la cima. Rayos de oscuridad en la claridad de la mañana. Eres ajena a ellos, pero los utilizas como disfraz en las discusiones. Un disfraz cambiante, al estilo de los camaleones: se adaptan a cualquier territorio, a cualquier tema. Da igual que hables de peces o que la paloma se haya posado en la barandilla del balcón.

La palabra y la piedra suelta no tienen vuelta. Eso sucedió aquella tarde. Lo curioso es que nunca he recordado el origen, qué asunto en concreto dio pie a que un simple enfado pasara por encima de su callada de siempre y respondiera con gritos a mis gritos. Y yo a los suyos, claro. Llegamos al vértice donde se encuentran los enemigos, donde no importan las razones porque solo interesa derribar al otro, ver su cuello bajo la propia bota. Cualquier estrategia resulta válida, incluido el insulto y el menosprecio. A una mota de perdernos el respeto (¿o lo perdimos?) y enzarzarnos en una disputa de callejón sin salida. Nada me arredró, ni siquiera el calor que se agolpaba en sus mejillas y los ojos, vidriosos, que echaban fuego. O las manos, que volaban como aspas de molino en un braceo descompuesto.

Entonces se levantó. Un movimiento brusco, violento. La puntera del zapato golpeó la lámpara de pie y esta cayó sobre la mesa, en el lugar exacto donde se asentaba el jarrón que con tanto mimo guardábamos desde nuestro viaje de novios a Venecia. A Murano, para ser precisos. Siempre lo tuvimos como una especie de amuleto, un geniecillo benevolente dispuesto a protegernos de cualquier calamidad. Lo habíamos visto fabricar allí mismo, delante de nuestros ojos, en el *fornace* de uno de los talleres que adaptan para que los turistas se extasíen ante la rapidez y la destreza de los artesanos. Vidrio y fuego. Las pinzas y los buriles arañan la superficie y la retuercen hasta convertir los materiales en figuras geométricas, en hojas de árboles, en animales en movimiento.

El jarrón rodó por la mesa y cayó al suelo sin que ninguno de los dos fuera capaz de reaccionar. El golpe y el ruido nos inmovilizó como a estatuas. Lo miré, eso sí lo recuerdo, y no vi más que espanto en su cara, el temor a que el accidente fuera capaz de desencadenar algún drama de consecuencias impredecibles. Porque el jarrón roto era algo más que un búcaro de vidrio comprado en un día especial. Algo me alumbró, entonces, y ya no vi más que el objeto; hermoso e importante por lo que significaba, pero solo un objeto. ¿No resultaba absurdo dar tanta transcendencia a un símbolo?

Esa pequeña chispa de luz en la mente, hasta ahí llegó mi respuesta. No hice nada más, he de reconocerlo. Dejé que las imágenes de aquel viaje al paraíso de Murano se agolparan en mis recuerdos y me anegaran de nostalgias. La película de la elaboración del jarrón pasaba a cámara lenta delante de mis ojos, pasaba mi brazo en su cintura, las carantoñas, las risas, algún beso. Todo tan romántico... Tan ñoño, diría ahora, pero así sentía aquellos días de caramelo. El artista nos preguntó los nombres y los grabó en dos cenefas desiguales. Lo envolvieron en varios periódicos, que por nada del mundo pudiera romperse. Él lo llevaba en una bolsa cuyas paredes forramos con ropa en prevención de un golpe fortuito. Llegó sano y salvo y lo colocamos sobre la mesa baja del comedor como un santo en su peana. Yo creo que hasta lo adorábamos, aunque la idea religiosa nunca pasara por nuestra cabeza de agnósticos. Durante todos estos años, ha sido verlo y revivir Murano al instante, un rayo que daba color al día. En ocasiones, lo he tomado entre las manos para oler la sal y el pescado podrido de la laguna, sentir en la nuca el calor húmedo y pegajoso de aquel verano, las camisetas cercadas por el sudor, el refresco en un puesto callejero mientras sonaban las campanas de cualquier iglesia.

El jarrón rodó por la mesa y cayó al suelo sin que ninguno de los dos fuera capaz de reaccionar. El golpe y el ruido nos inmovilizó como a estatuas.

Después de este primer segundo cruzamos las miradas. Fue entonces cuando sonrió. Sin tristeza, sin amargura, sin culpas. Una sonrisa limpia. Él estaba allí, de pie, entero. Él no se había hecho añicos.

Dio la vuelta alrededor de la mesa, se acercó a donde yo estaba —todavía con la parálisis en el cuerpo— y tomó mi mano.

—Vamos a recoger los trozos —dijo.

Fui incapaz de una respuesta, pero le seguí. Nos agachamos y cogimos con todo cuidado los siete u ocho fragmentos que lloraban en el suelo. Tuvo suerte al caer sobre la alfombra y rebotar en una de mis zapatillas. Alguna esquirla debió perderse entre los hilos a pesar de buscarla con lupa y no pasar el aspirador hasta varios días después. Apenas se nota, sin embargo. Él bajó a comprar una resina acrílica ultravioleta y entre los dos nos dedicamos a la tarea de recomponer las lágrimas con una paciencia que para sí hubiera querido el santo Job. Cuando terminamos el reagrupamiento de cristales lo dejamos al sol para que se secase. Versión optimista: no quedó mal, para lo que podía haber sido.

No hubo reproches, ni malas caras, ni discusiones. Aquella sonrisa ofició como una especie de sortilegio contra todos los augurios que en otro momento hubieran ennegrecido el horizonte. Poderosa como para barrer símbolos y señales. ¿No dicen que cuando un objeto se rompe, algo más profundo se rompe? Aquella sonrisa... Más que un toque de atención, una llamarada, una aparición milagrera, Saulo derribado del caballo. Se me abrieron los ojos. Se le abrieron los ojos.

Es posible que el incidente oficiara de maestro que enseña a relativizar y dar a las nimiedades el valor de nimiedades. En otras ocasiones basta con respetar nuestros códigos, nuestras manías, aprender a callar y evitar que un enfado estúpido nos arruine la tarde. Está claro que si no hay apoyos en ambas orillas, el puente se viene abajo. Y sería una estupidez dejarlo caer cuando no se desea. Aquellas discusiones, que parecían una forma de vida, un estar diario, quedaron atrapadas entre las heridas del jarrón roto.

—¿Saldremos a dar un paseo antes de comer?

—Sí, claro.

Lo hacemos a menudo, si el sol lo permite. Bajamos hasta el parque o recorremos la Gran Vía, charlamos un rato con algún conocido que inevitablemente encontramos en un lugar u otro y acabamos tomando una cerveza con la correspondiente tapa, una de esas que llaman de diseño y que nunca logro reproducir en la cocina. Disfrutamos el paseo y, sin embargo, cuando regresamos y abro la puerta no puedo reprimir un suspiro de satisfacción, un qué a gusto se está en casa. Los años y este cansancio.

El tiempo imparte lecciones de medida. Aquella sonrisa... Tras ella no recuerdo una discusión seria, voces destempladas con el consiguiente enfado y su digestión de boa constrictor.

El tiempo imparte lecciones de medida. Aquella sonrisa... Tras ella no recuerdo una discusión seria, voces destempladas con el consiguiente enfado y su digestión de boa constrictor. Cuando digo «dame cinco minutos», no significan cinco minutos, quiere decir «espera», sin más, nada de cuantificar el tramo que recorren las agujas del reloj. Lo sabe y entretiene con un cigarrillo mi marcaje de la raya en el ojo, la lluvia de colonia en el cuello, la búsqueda de no sé qué en el bolso. ¿Para qué tocar botones por tocar y saltar la lectura del libro de instrucciones? Manejar el mando a distancia no es tan difícil. O sí. Depende. Me siguen pudiendo sus

miedos. A él, también. Ahora, con la crisis, añade la posibilidad de pérdida del trabajo. Casi treinta años vendiendo máquinas, nadie compra y no sabe hacer otra cosa

Mañana volverá de la oficina con la tabarra repetida. Se me acaban las razones en busca de esperanza. A veces cambio el registro y bromeo.

—Es verde, la esperanza —le digo—. Como los brotes de los políticos.

Lanza una mirada de furia. No va dirigida a mí, lo sé. Intento barnizar de humor las palabras y me hago cruces de dónde saco fuerzas. Tendría que consolarme él a mí, pero callo. Me refugiare en los nietos, a quienes veo menos de lo que quiero, y de algún modo, en otra gente, en esa que acude cada día a la oficina en demanda de un puesto de trabajo, gentes vestidas de resignación, sin fuerzas para una protesta. A sus heridas solo puedo oponer palabras, pero me resisto a resultar yo también herida, quiero pasear con mi marido, ir de vacaciones, comprarme ropa, apurar los segundos. No puedo sentirme culpable al hacerlo. Tampoco cuando su miseria sirve de reflejo inverso y me descubre la suerte de una vida holgada y la fortuna de vivirla junto a él. Es un refugio traidor, el que tengo. Él, sin embargo, busca asilo en los libros, en las vidas de otros. Historias reales o inventadas, qué más da, al fin y al cabo no difieren tanto. Sales a la calle, ves la realidad y no la crees, te parece imposible. Vivimos de verdades y de mentiras, solapadas unas a otras, enredadas cuando no diluidas hasta perder cualquier rasgo que las diferencie. ¿A quién no le gustaría despertar y seguir soñando?

Abrirá la puerta y antes de darme un beso resoplará con aire de resignación; un aire que le permite seguir aguantando sin explotar, asido al hilo de una posibilidad remota. Le quema, ese aire. Se lo saca de encima como quien se quita un pecado, una descarga que no puede llevar solo y necesita una espalda amiga sobre la que apoyar al menos una parte.

—No he vendido una escoba —será su saludo.

A veces mis cuidados resultan ineficaces, no tienen suficiente peso para tapar el desasosiego y él se muestra huraño, rudo; incluso desconsiderado. Contesta de mala gana, calla cuando más necesito una palabra suya, da un portazo como si ese golpe tuviera el poder de despertar las compras que no llegan. Tengo que hacer equilibrios porque la balsa de aceite descubre sus poros y amenaza con ensuciarlo todo.

Unas semanas de vacaciones en verano, con Juan, el hijo mayor, que vive en un pueblo de mar, nos irían bien. La playa, buen tiempo, tranquilidad absoluta. Templaríamos los ánimos con las risas de los nietos y volveríamos relajados y con el ánimo fuerte para aguantar los siguientes embates, que se nos agotan las pilas. Esto le dije hace unos días.

—¿Y qué solucionaríamos? —preguntó.

—Disfrutaríamos del momento, ¿te parece poco?

—Un paréntesis, nada más.

Gastos en el viaje, la gasolina, los restaurantes. Le puede la tentación del ahorro que nunca ha sentido y eso me sobresalta. Porque siempre ha preferido disfrutar el día a día sin preocuparse por lo que pueda suceder en el futuro y este cambio trae una carga de significados inciertos. Le asusta la posibilidad de que nos quedemos sin dinero si pierde el trabajo, dice, como si yo no trabajara también. El intento de sacarle de la cabeza estas ideas con el pretexto de su machismo mal disimulado, parece mentira, después de tantos años, ¿el dinero que yo gano no vale?, termina con un gesto de desaire y luego un rosario de disculpas, hoy no es mi día, lo siento...

Los hijos han fundado su familia, viven a su aire y, sin embargo, tengo la sensación de que no me he desprendido de ellos, que siguen conmigo trasmutados en su padre. Otro niño a cuidar. El cuidador, cuidado, podría decir. Pero no puedo permitirme el lujo de desfallecer, tampoco sé cuánto me queda, aunque lo presiento, el cuerpo habla sin necesidad de palabras. Por paradójico que parezca, ese desánimo suyo es la pértiga en que me apoyo para subir, para seguir subiendo con él. A poco que ceda lo va a notar y no quiero; aunque ya no sé si le engaño. De un tiempo a esta parte he notado alguna mirada inquisidora, de esas de entrecejo arrugado, las que delatan las sospechas. Algún día tendrá que ser, es inevitable, las huellas se marcarán con dureza en mis ojos, en la palidez del rostro, en la desgana, en el abatimiento. Que sea en el último minuto. Porque me temo que solo entonces conocerá la verdadera cara del miedo. Aunque ya veremos. Según los médicos, las pruebas no son concluyentes, pudiera ser que todo quedara en nada, en un susto, en un mal sueño.

© Antonio Tejedor García

Antonio Tejedor García. (Fuentespreadas, Zamora, 1951). Ha trabajado en la escuela pública como maestro en Sabadell (Barcelona) y Pedrola (Zaragoza), tanto en Primaria como en Secundaria. En el ámbito literario, ha publicado dos novelas: la primera, *Hijos de Descartes*, Aiguafreda, Barcelona, Editorial Biblioteca CyH, apareció en julio del 2008. La segunda, *Los lagartos de la quebrada*, la publicó Mira Editores, Zaragoza, en 2010. De su época como educador quedan dos cuentos infantiles, *El Mercancías* y *Sentados en el borde de una nube*, que han visto la luz en nuestra editorial, La Fragua del Trovador, en 2010 y 2012. En esta misma editorial acaba de publicar un libro de relatos, *No me cuentes mi vida*, entre los cuales se incluye «La pensión del abuelo». Ha colaborado en distintas revistas literarias y en la actualidad mantiene un blog, www.lagartosquebrada.blogspot.com, donde escribe sobre temas de tipo literario y social, viajes, relatos...

LA NECESIDAD DE ADORARLA

por Adán Echeverría

Todas las noches letra y letra sobre el blanco y ella no aparece. Tantas publicaciones, tanta publicidad para recibirlo en las ciudades; en cada conferencia revisando cuartos de hoteles y ella no se encuentra en ningún sitio. La persecución llegará a su fin, o la noche acabará por tragárselos a todos.

Ellas o las otras rompiendo las espadas de su propia desesperación, trazándose la senda, hasta llegar a resolver el caos en que se han vertido separadas. Todo porque él no ha logrado encontrarla, y sus letras han dividido los ideales, destruyendo las creencias e implantando la semilla de la violencia en los corazones. Letra y letra sobre el blanco, todas las noches continúa buscándola. Era una continua imagen. Un pedazo de rostro que no podía iluminarse.

La había mirado, escasos segundos al bajarse del metro, entre tanta gente. Su abrigo quedó atorado en el paraguas de un viejo sin rostro ni conciencia, sin un pasado que tuviera importancia, como tantos que deambulan este mundo con el destino mirando el horizonte y las calumnias atacando los recuerdos; y fue cuando al fin, gracias a esas piernas que se descubrieron, a los tenis sucios, y sobre las calcetas corridas hacia los tobillos, que pudo contemplarla intacta. La mujer tiró con violencia del abrigo, el paraguas del anciano cayó al suelo, y justo en ese momento, de cejas levantadas, quijada apretada, labios negros sugerentes, el enojo en creciente que le afirmaba los músculos inflamándola, y sin tanto maquillaje; justo ahí, como un relámpago, se soltaron las quimeras, y el flujo mental comenzó a desbordarle: todas las palabras existentes vinieron a refugiarse en su cerebro, a descolgarse de los ojos, a atravesársele en la punta de la lengua, una sobre otra, letra y letra, de la mente hacia la hoja en blanco, de la mente hacia la mano, de la mano hacia los dedos y los lápices, rayando caracteres, ideogramas que fueron silabando sin control, en una desesperación agitada que lo hacía atragantarse de palabras.

Ella caminó en el andén, las puertas del vagón se cerraron dejándole al hombre, la mente en agonía, ¿quién era esa mujer?, ¿quién o qué cosa tan inmensa era toda mujer? Y comenzó la indagatoria mental de las historias. Aquel viejo pudo haber tenido alguna amante en la juventud que fuera similar a aquella, y ahora le espera en casa para aventarle al rostro su infidelidad. Ese chico de más allá, a tres asientos de distancia, que intentaba dormir re- cargado en la ventana del vagón puede estar cayendo en las redes de la niña de trenzas con quien hace apenas una estación se estaba

Ella caminó en el andén, las puertas del vagón se cerraron dejándole al hombre, la mente en agonía, ¿quién era esa mujer?, ¿quién o qué cosa tan inmensa era toda mujer?

besando, ese pobre chico puede acabar encarcelado por intentar robar solo para conseguir ser dueño de esas miradas lúnicas que tienen las amantes apenas pasadito el orgasmo. Mientras la niña de trenzas cruza la frontera del país con el dinero en los bolsillos; y el hombre los miró a unos y otras, brazos, piernas, estómagos crecidos, los tatuajes en la espalda baja, las cabelleras, los sudores...; las historias crecían, las letras caían sobre el blanco, se iban dibujando personajes, inicios, finales, entretiempos, términos, laberintos, claroscuros irreales y fantásticos; aquellas iniciaciones crecían saturándole el cosmos y el cuaderno en un ir y venir de facciones descompuestas, carcajadas; y se dio cuenta que necesitaba más papel, que el lápiz ya no le alcanzaba para ese instante de luz que había cuajado desde la piel de aquella dama, y entonces el vagón del metro comenzó a moverse una vez más.

Tenía que bajarse, mientras las voces en su interior crecían, apretándole los músculos; todas las personas a su alrededor le clavaban los ojos en la nuca, no se hallaba, necesitaba respirar; las manos le dolían y en el sopor quería acuchillarlos a todos, hacerlos pedacitos y guardárselos en los bolsillos para correr a casa, servirse un vaso de agua y poderles componer la vida, reescribiendo sus historias.

Las fallas continuas de la luz en el interior de los andenes, los parpadeos de las sombras al atravesar los túneles lo sofocaban, y todos los rostros iban diciéndole, cuéntame, cuéntame a mí, yo quiero salir y existir de una buena vez, todos juntos se precipitaron sobre él, así, sin ojos encendidos; y él se hizo un ovillo en las bancas del vagón, aterrado. Le gritaban sin decoro, angustiadas, voces y voces que se confundían, y supo así, en tan pocos instantes, la vida de todos los que lo rodeaban, como un maniático vidente, como el más grande oráculo que había visto la humanidad. En eso se había convertido.

Bajó del metro, y a cada paso una persona y su historia completa subía hacia su mente, y él almacenaba los recuerdos de todos; sus pasiones, sus sinsabores y desencuentros, ya no cabía más en su cabeza y cuando llegó a su cuarto, aquella buhardilla en la azotea, tuvo que escribirlas, y las palabras le dolían, le aterraban, le mordían mientras iban escapando del teclado. Salían solas y le dolían los dedos, se le espantaba el hambre y no dejaba de escribir. Se hizo de nuevo la mañana, y se percató que había estado trabajando quince horas seguidas; pidió un descanso a sí mismo, salió para comprar jugo de naranja, y de nuevo cada efigie le gritaba ser contado; historia completas que había que reducir a una frase, había que dar giros al lenguaje; pequeños parpadeos de humor; tensar el arco, un rayo de luz cubriéndole la espalda y de ahí al centro de la imaginación para activarse y brindarle la certeza de la frase exacta, el párrafo conciso, lo real imaginario, la imaginación realista que tanto hubo que despedazar.

Ojos que se precipitaban hacia la nariz, aleteando cual murciélagos fueron llegando las historias a depositarse como larvas en el cerebelo, y el estallido editorial. Luego fue el reconocimiento de los premios, la cimentación de su esfuerzo, y las ojeras poblándole la cara, creciendo y oscureciendo su ceño, quince horas diarias de escritura, y el encierro continuo de cigarros y hojas saliendo de las impresoras. Se recuerda atado a las mesas de los talleres literarios, donde había pasado cinco años de emborronar sus notas con pobres resultados para que, en un abrir y cerrar de los ojos del destino, se encontrara persiguiendo a esa mujer del metro, y al querer atraparla, ella le estuviera abriendo la conciencia.

Ojos que se precipitaban hacia la nariz, aleteando cual murciélagos fueron llegando las historias a depositarse como larvas en el cerebelo, y el estallido editorial.

Lo negro se hizo pardo, lo rosa se hizo oscuridad, y afirmó la muerte y la violencia detrás de la poderosa voz de sus personajes femeninos, que solían orinarse en las esquinas, mientras conquistaban la guerra del poder de los hombres que sólo cazan para ellas; ahí estaba él, con esta literatura del grito, ese reconocerse en el vértigo; ella no aparecía completa (cuéntame a mí, a mí o a mí que ya no cargo la dinamita de nombre en el olvido), sólo la mano, el abrigo, la pierna, las cejas, la boca, la quijada, y tantos nombres, el escozor en los tímpanos, eran sombras que iban creciendo en los cuadernos; aquella mujer se aparecía por pedazos, era sólo un pretexto para derramar su vastedad; no detenía el impulso de su parpadeo, como un clic continuo que le impulsaba a coger el cuaderno y saturar las ideas que le dolían; edificios oscuros, días soleados, nada de lluvia, los subterráneos, esas mujeres que se reconocían entre sí y se apretaban las piernas, esos hombres (minúsculos y seudos casi siempre) que no tenían más rostro que unos orificios oscuros y triangulares, sin personalidad, para qué, si él mismo no tenía rostro, igual se desdibujaba a diario, recreaba sus vicios, sus impulsos de catástrofe; las ojeras iban escondiéndole las facciones, su cerebelo y todo el raciocinio rebotaban por los párpados, era imposible sobreponerse a ese creciente río de signos que lo avasallaban, caminaba y tenía que evitar mirar a cualquier persona: esa mujer que tuvo tres amantes y estaba destinada a ser baleada, esa niña que se convertiría en pederasta desde la preparatoria, el hombre de los helados que atrae a los críos del colegio hacia su cueva de regalos y semen, la niña que le abre la bragueta a sus primitos que le toca cuidar por las tardes, esas monjas que torturan a las novicias rompiendo siempre el relicario, amas de casa que siempre disponen las mañanas para trazar su fortuna, su despiadada voluntad de recibir a sus amantes, toda la furia del varón domado rebotándole la ruina, la maldita escritura que le hablaba a gritos y le hacía escribir hasta doler los dedos; el novel escritor tenía ese poder ahora.

No podía leer mas libros, era demasiado, en cada fragmento de lectura él imaginaba de tres hasta cinco historias; todo lo que en los años de taller le habían permitido la creación de tres cuentos me-

dianamente malos, ahora le hacían producir sin descanso obras de las que surgían reseñas, tesis, críticas, cátedras, movimientos artísticos alrededor de su nombre, recibiendo solicitudes de jóvenes tesistas que querían aprender del novel maestro; su nombre poblaba las librerías, la firma de autógrafos, disturbios para poder ver al escritor que les daba la oportunidad de ver reflejada su propia vida al descubierto, todo por aquella mujer de tenis, piernas agrias y labios negros que vio bajar del metro, sacudiéndose a aquel anciano.

Tenía que encontrarla, saber de ella, volverla a ver, la lucha contra la imagen blanca del ordenador que siempre le consumía la respiración, y las memorias USB que todo lo contenían; fueron creciendo los proyectos, llegaron las becas, el premio nacional, los aplausos y los homenajes en vida, las medallas con su nombre, lo había ganado todo; el sexo desenfrenado con esas mocositas que se juntan a sus pies, porque siempre han querido ser escritoras y no hay quien les dé el empujoncito; tanto necesitarte, tanto necesitarte y nada que nada, que no vienes a mí, ¿quién carajos era?

Todas las mujeres se le regalaban para que él pudiera hojear sus textos, no podía decirles de su imposibilidad de leer, no podía conocer historias que no fueran las que el mundo le escupía dentro de la cabeza; cuántas veces hizo matar a sus amantitas en sus cuentos y novelas, todas se reconocían y lo adoraban, venían a su cama, a treparse sobre sus párpados, habitándole las paredes del tórax, saturando las dedicatorias, y ellas festejando ser tomadas en cuenta; siempre lamiendo sus agudos gritos, sosteniéndoles el arco de la espalda en esa covacha rebosante de papeles; tenía que ser él quien se muriera al fin, como lo hacían todos los varones de sus textos, los hombres no valen para mayor carajo en este mundo matriarcal en que nos hemos empecinado; nada de machismos, sino hay más que el poder vaginal que todo lo disputa y lo controla, qué valen los golpes en el rostro si puede uno ser apretado del pene para darlo todo, si podemos ser apedreados en las avenidas.

No ha podido encontrarla y conforme pasa el tiempo, letra por letra, letra sobre el blanco y nada, ella no aparece, no hace acto de presencia en su vida, tiempos de aquelarres y rituales que todo lo componen, la voz y el grito, el aullido del alma que se va descomponiendo como se extiende el agua sobre el aceite, así llegaban una a otra: teresa, lilia, rosario, mónica, mari, patricia, maricruz, lucrecia, rocío, mireya, nancy, jahaira, diana, todas las hembras vaginosas y agridulces que pronto se apuntaron a llenarle el tiempo, y le daban la oportunidad de conocerse adentro de sus mentes, en sus memorias, en esas mentiras con que se narran las historias, las alas, el caldoso, ahí está la guillotina, la mujer que escarba, la hembra dulce que se agita en los elevadores, escarbar y escarbar para encontrarla.

*Soy la que buscas,
decían las más
atrevidas, soy mejor
que aquella, decían
las más poderosas, de
piernas amenazantes,
que le rodeaban la
cadera mientras lo
cabalgaban.*

Soy la que buscas, decían las más atrevidas, soy mejor que aquella, decían las más poderosas, de piernas amenazantes, que le rodeaban la cadera mientras lo cabalgaban; era necesario acabar con todas, escribirlas a todas, dedicarse a todas; ellas renunciaron a encontrar en su vida más que el simple y necesario hecho de formar una historia escrita, que sería aplaudida por el público. Querían más, lo harían héroe, lo harían homicida, lo convertirían en mito o en un ser supremo que les desnude la malicia, la macerante flama que las delinearía, él las reconoce enteras para el ahorcamiento; todas ahí en el reflejo del agua, cayendo como gotas de sulfuro sobre su guardarropa, y van subiendo las voces, y van despreciando las marcas, y las golondrinas, previsoras, planean sobre su techo, como quimeras que nunca le sueltan el balcón de la noche, ahí están todas, detenidas en el techo cual langostas que consumen la tierra.

Algunos comenzaron a odiarlo por su androginismo, por su visión de la derrota del macho y la creciente fortaleza de las asesinas que todo podían conquistarlo, y en esas ciudades llenas de humomotor, hacinamiento-robos y descomposición-ruido fue tejiéndose la realidad que él suponía. Fueron más las demandas de divorcio, más las infidelidades y las castraciones; las mujeres fueron odiando al victimario antiguo y obsoleto, pisando la cabeza de la serpiente, esos hombres que siempre se arrastraban; mujeres apresadas, mujeres decapitando sacerdotes, monjas desgarrándose los hábitos, persiguiendo la libertad de las costras, la lasitud del orgasmo. Hombres asesinados a la

máxima potencia, mujeres uniéndose entre sí para conquistarse el corazón y los delirios; y los hombres se volvieron material desechable.

Se quemaron los templos, se reformaron los partidos políticos y las leyes, y las asesinas crecieron, desapareciendo las muertas de Juárez y sólo se hablaba de los muertos de cuanta ciudad quisiera reconocerse liberada, y todos lo culpaban a él, de esta avalancha de féminas, y ellas mismas lo protegían, escalando puestos de gobierno, ocupando las magistraturas, el congreso; ellas lo protegían por indagar en las historias de los que las habían conocido. Vinieron los actos terroristas para asesinarlo, y cambiaron las condenas hacia la silla eléctrica, se recrudecieron las leyes para detener a los perseguidores, y él queda callado, mirando desde el último piso de la torre más alta en la ciudad más importante, a sus hembras que siguen plenas en su adoración, como si fuera, él mismo, un antiguo becerro de oro reencarnado, ellas que lo protegen y le exigen que siga escribiendo.

Y de ahí a nuevos textos, nuevas imaginarias que lo llevaban a ser admirado más que en esos instantes de sexo bien recompensado, ahora como un visionario, como el padre de una nueva época. Pero él emborronaba todo, sabiendo que hacía falta el apretón en la mandíbula, no quería perpetuarse, conocía la ruina a que había asistido, que había disparado en las conciencias; por eso no hubo certificados que unieran apellidos, quizá algunas crías y valor para mantenerlas, mientras las mujeres poblaban las cantinas, corrían desnudas en las calles; los varoncitos debían ser ahorcados al nacer, sólo las niñas eran necesarias; y las mujeres de ciencia fueron recuperando el semen de todos los machos que eran llevados al laboratorio, arrebatárles los epidídimos por si alguna hembra aún tenía la intención de perpetuar su purificada sangre, por si alguna hembra creía refugiarse en alguna linda criatura vaginosa y fuerte que viniera a representarle la maternidad haciendo uso de la inseminación artificial, reproduciéndose en probetas, y con esto los machos ni para el sexo serían útiles.

Y fue quedándose tan solo él, que lo empezó todo, con su insoportable necesidad de escribir sobre mujeres fuertes, como aquella que derribó al anciano del metro.

Y fue quedándose tan solo él, que lo empezó todo, con su insoportable necesidad de escribir sobre mujeres fuertes, como aquella que derribó al anciano del metro; pero no más cadenas que las de la imaginación globalizada, esa mujer de rostro difuso que apenas unos segundos él pudo mirar en el metro; a ella le debía todo, el dinero, la fama, los besos, los aplausos, las editoriales, los aduladores que se quedan con el diez por ciento, todo, y el insomnio desquiciante-hermano que le circunda, y ella se arrastra y toma fuerza en otras piernas, en otros senos de siempre.

Sus amigos pintores también la han imaginado, buscando la oportunidad de ver su obra en una portada del maestro, y los seminarios, y las conferencias y está entre nosotros el escritor... venga un aplauso, e inaugurar la feria del libro, y en los encuentros de provincia era vitoreado, y la cátedra sobre su obra, programas de televisión, espectáculos, escuelas con su nombre, avenidas, edificios, se envejece en soledad, y a las conferencias sólo asiste el verdadero sexo fuerte, ellas que son el impulso vital de su trabajo, ellas que quieren repetirle las fórmulas, ellas que son las dueñas de los capiteles de la sociedad; los machos cada vez son menos, y todo por culpa de esa mujer, que quizá ha muerto luego de cuarenta años, que quizá se llenó de hijos, o fue golpeada por el marido hasta la muerte, que quizá no tiene idea que ha dado nombre a un joven que jugaba a ser escritor, una tarde en el metro; un tipo que en sus textos ha creado una nueva era de hembras poderosas sin presentirlo, cuando su abrigo se atoró con el paraguas de un anciano, tiró de él rompiéndolo, y la mujer no pudo presentarse en esas fachas a la entrevista de trabajo, y que jamás alguien supo quién era, pero todas han querido ser, esa fuente de inspiración que le ha desbordado el arte en un sólo parpadeo.

Y el nuevo mundo femenino se ha vuelto imperio, sólo quedan algunas mujeres rebeldes que se niegan a deshacerse de sus machos porque, oh, diosa mía, madre pulposa, lo siguen creyendo, piensan que los aman, y están en la oscuridad buscando la forma de vengarse de esas voluntariosas que han tomado el poder. Laten su desprecio por destruir a aquel maldito escritor que lo comenzó todo, porque las cosas se han definido de manera diferente por puro error, por puro malentendido, o por malintencionadas. Ese escritorzuelo paranoico, de voces en las orejas, que se ha despedazado por dedicarse a adorar más de la cuenta a una mujer-sombra que se pasea adentro de su mente, como un maldito imán para traer hacia la hoja en blanco todas las historias de mujeres que llevaron el viejo

mundo al caos, y que renació en la voluntad de todas las mujeres que se sintieron liberadas, y conocieron sus capacidades para el poder.

Dos tipos de mujeres independientes lo persiguen, unas por ser quien comenzó todo y le rinden tributo, otras porque no quieren seguir leyendo sobre hembras poderosas. Unas quieren su lugar en el mundo, seguir siendo las dueñas de su destino y sólo quieren que se escriba sobre la debilidad de los machos que están dispuestas a desaparecer de la faz de la tierra. Las otras son rebeldes belicosas que se niegan a entregarlos, refugiadas en los subterráneos, cuidando a sus hombres y robando a los varoncitos antes que los ahorquen, esperando dar muerte a ese escritorzuelo, hasta el día que despunte el sol del raciocinio y el amor entregue de nuevo su aletazo, o que las plumas de nuevo puedan reescribir la historia almidonada de un *vivieron felices para siempre*.

© Adán Echeverría

Adán Echeverría. Mérida, Yucatán, (1975). Investigador Posdoctoral en el Instituto de Investigaciones Oceanológicas de la UABC. Doctor en Ciencias Marinas. Premio Estatal de Literatura Infantil Elvia Rodríguez Cirerol (2011), Nacional de Literatura y Artes Plásticas El Búho 2008 en poesía, Nacional de Poesía Tintanueva (2008), Nacional de Poesía Rosario Castellanos, (2007). Becario del FONCA, Jóvenes Creadores, en Novela (2005-2006). Ha publicado en poesía *El ropero del suicida* (2002), *Delirios de hombre ave* (2004), *Xenankó* (2005), *La sonrisa del insecto* (2008), *Tremévolo* (2009), *La confusión creciente de la alcantarilla* (2011) *En espera de la noche* (2015); los libros de cuentos *Fuga de memorias* (2006) y *Compañeros todos* (2015) y las novelas *Arena* (2009) y *Seremos tumba* (2011). En literatura infantil ha publicado *Las sombras de Fabián* (2014).

CARMEN

por Daniel Alejandro Gómez

—¿No vas a contestar?

—No —dijo él—, no tengo ganas.

Era tal vez la última carta del primo Alberto, que vivía en América, y la señora Marcos lo sabía. De casualidad, pensaba, el primo Alberto se había acordado de su marido y de ella; pero parecía que su esposo no tenía ánimo de contestar. No obstante, no añadió nada más, y otra vez, y cuántas, comieron esa noche en silencio, sin decir otra cosa sobre la carta. Luego se durmieron omitiendo desearse las buenas noches.

Así pasaban día tras día, en silencio y con la monotonía propia de la soledad. Aunque, sin embargo, a veces parecía que se percibía algo nuevo en la atmósfera, una sensación ininteligible, la presencia de alguien que se delineaba en el clima del apartamento y en el ánimo del matrimonio.

Al día siguiente, cuentan, se levantaron de malhumor los dos.

—Hoy viene Carmen —dijo de repente la señora Marcos, tras un largo silencio.

—¿Quién? —preguntó el señor Marcos.

La mujer no contestó y se dedicó a arreglar un poco el apartamento, mientras su marido tomaba la enésima pastilla, y luego, lentamente, él se fue a dormir su larga siesta de costumbre. Hacía dos semanas que la señora la conoció a la tal Carmen —en un curso de yoga, me contaron—, y ya eran amigas o, más bien, ya Carmen se había hecho amiga de la señora Marcos...

Carmen era alegre, pintarrajeada, bien vestida o demasiado bien vestida, y, no obstante, no tenía demasiado dinero.

A las dos horas, con un timbrazo que por alguna razón sonó estridente, Carmen se hallaba en el apartamento del señor y de la señora Marcos.

Carmen era alegre, pintarrajeada, bien vestida o demasiado bien vestida, y, no obstante, no tenía demasiado dinero. Contaba algo más de sesenta años pero trataba de mostrarse juvenil y abierta. Se había venido a vivir a la ciudad hacía no mucho tiempo y era siempre alegre y conversadora. La señora Marcos la atendía y juntas charlaban las dos. Me contaron que Carmen se sentó cómodamente en un sillón, como si fuera su propia casa, entre que la señora Marcos, en cambio, la miraba un poco más hierática y enhiesta, aunque, no hay por qué ocultarlo, también algo aliviada. Sí, aunque el señor Marcos casi no habló, sorprendido por la visita, el tiempo transcurrió alegre para Carmen, con mejoría para la señora Marcos, y desde luego que de manera francamente desagradable para el señor Rufino Aroldo Marcos.

Ya eran, pues, algo más de las siete de la tarde, y Carmen tardó un poco más de tiempo en despedirse.

—Nos vemos —dijo la invitada, desde el umbral.

La señora Marcos cerró la puerta, sin añadir nada más.

Después de ese día y por alguna razón, las visitas de Carmen se hicieron más y más frecuentes. Muchas veces llegaban casi las horas del anochecer, y la señora Marcos —ante la visión umbrosa de su marido— señalaba de manera teatral y distraída lo tarde que era, pero Carmen seguía conversando con fruición... Aceptaba la invitada, por demás, alguna vez tomarse una taza de café, e incluso no se negaba a tomar algo para comer, algún croissant o magdalena que ella, en efecto, degustaba con despreocupación. Llegaba casi la hora de la cena, de tal modo, y las dos señoras persistían en su diálogo. Rufino, el marido, se mantenía callado, muchas veces leyendo algún libro en un cuarto anexo y solitario, pero Carmen siempre continuaba despreocupadamente con su visita, departiendo

con la señora Marcos. Y, en verdad, a Carmen le era más fácil llegar al apartamento que irse.

Después, ya estando los dos solos, y ante el vacío que se sentía en su escueto hogar, con alivio el señor Marcos volvía a decir a su mujer que eran felices, y su mujer, como distraída, le decía que sí: un diálogo que ellos repetían muchas veces, mientras que la carta del primo, y alguna vieja carta de algún conocido de Madrid, languidecían olvidadas.

—Es rara, la tal Carmen —comentaba sin embargo Rufino Aroldo Marcos, alterando por una vez el silencio.

—Sí —decía tímidamente su mujer, revelando por un momento su propia incomodidad.

Luego el matrimonio se quedaba un rato más sin decir nada, pensando.

El matrimonio Marcos no tenía hijos, y casi que parecía haber incluso un clima de áspera complicidad entre los dos también en este hecho. Rufino Marcos, claro, hacía mucho tiempo que no se veía con sus hermanos ni con sus primos (amigos siempre tuvo o pocos o ninguno): era un hombre callado, un poco enfermo, ya setentón, y que tomaba muchas pastillas. Su mujer resultaba más abierta y siempre leal a su marido, aunque a veces hasta el fanatismo, manteniéndose toda callada y obediente. En la pequeña ciudad, llegaron al convencimiento de que eran felices y, como digo, se repetían eso una y otra vez:

—Sí, somos felices —corroboraba, ardientemente, la señora Clara Marcos.

—Así es —repetía Rufino Aroldo Marcos.

Casi nunca recibían llamados telefónicos y además, en las raras ocasiones en que sonaba el teléfono, el aparato repetía la voz de Carmen, toda contenta, que charlaba con la señora Marcos muchas veces para anunciar su próxima visita...

Un clima raro, y silencioso, se instaló entonces entre las dos mujeres. La señora Marcos parecía más hierática que nunca.

En efecto, los Marcos en algunas tardes se hallaban en su acostumbrado silencio, en la cocina, incluso en algún día de lluvia, cuando, luego de escuchar el timbre, la señora Marcos abría la puerta del apartamento: y quién sería sino Carmen, toda mojada, con su amplia sonrisa y su voz musical, que comenzaba ya desde el umbral hablando hasta por los codos.

Una vez se quedó hasta que rondaba la hora de la cena, y así el señor Rufino Marcos dijo que se sentía mal, y luego se fue a acostar. Se fue caminando, lento y tambaleante, ceniciento y canoso, hasta su cuarto, aguardando a que Carmen culminara con su visita para cenar junto a su mujer.

Esa noche, como digo, a eso de las ocho, Carmen mencionó por fin, como por casualidad, que su hijo estaba a punto de irse a las Baleares.

—¿Es hijo único? —preguntó la señora Marcos, aparentemente imperturbable.

—Sí —dijo la invitada.

Un clima raro, y silencioso, se instaló entonces entre las dos mujeres. La señora Marcos parecía más hierática que nunca. Se quedaría sola en la pequeña ciudad, añadió Carmen, y mientras, el marido de la señora Marcos persistía en su habitación, sin dormir y ensimismado y enfurruñado. La dueña consorte del apartamento reía todavía más en medio de la charla recomenzada, aludiendo a la habitación contigua y diciendo, a modo de disculpa:

—Se siente un poco mal.

Con aspecto quizá un poco ignorante, entonces Carmen charlaba todavía con más vigor, hasta que casi parecía que se le iban a derretir los cosméticos colores faciales. Aquel día, en fin, comentó además que su hijo había tenido algún que otro percance con el municipio, por un tema de impuestos o algo así, dijo, sin aparentar mucho interés, y mientras, la señora Marcos hacía silencio, al hablar Carmen de su díscolo y único hijo. Y así Carmen, siempre riendo, continuó diciendo que a veces ella también tenía problemas con sus vecinos por algún tema legal: dicen que yo hice esto o lo

otro, decía ella, pero concluyó filosóficamente que había que tomarse la vida de modo amable.

—Y ahora puede que me quede un poco sola —continuó al fin, riendo.

La señora Marcos no se sintió aludida y tosió, un poco distraída pero reconfortada. Sí, pensó entonces: verdaderamente resultaban un poco aliviantes las visitas de Carmen, para charlar con alguien que no fuera su marido. A veces, lo más recóndito de su ser se revelaba ante la vista de Carmen, toda colorida y alegre, y en contra del señor Marcos.

Ese día, sin embargo, ella miraba hacia la habitación en donde estaba su marido. Y después de pensarlo un poco, pues, le dijo a Carmen:

—Ya sabes, esta es tu casa. Puedes venir cuando quieras.

Luego Carmen se fue a duras penas, poco antes de la cena.

Finalmente llegó la noticia de que, en efecto, el hijo de la invitada había partido para las Baleares: cosa que Carmen, obviamente, y llena de colores en toda la cara, anunció a la señora Marcos en el propio apartamento del matrimonio, un atardecer oscuro del otoño.

A Carmen en esa ocasión, incluso, se le notaba un deje de tristeza, de contricción, de rara opacidad en los rasgos y en la voz. Hacía no mucho que ella vivía en la pequeña ciudad, y de este modo consignó que, justo, un par de días atrás ya había conseguido un lindo apartamentito en el centro —porque hacía semanas que Carmen buscaba un apartamento para instalarse definitivamente en la ciudad, entretanto alquilaba—, y que, ya jubilada, se quedaba a vivir allí, en un lugar en el que había clima turístico y mar en el verano, viviendo de su pensión, y además —dijo con tristeza—, con la compañía en el teléfono de su hijo. La señora Marcos no supo por un momento qué decir, aunque concluyó en insistir, y sonriendo mucho, que esa era como su casa y que podía Carmen venir cuanto quisiera a visitarla, ahora que vivía definitivamente en la ciudad. Luego continuaron conversando, mientras el tiempo transcurría (la señora Marcos, tal vez, me dijeron, sintió entonces más que nunca la presencia del ausente, del hijo que nunca había tenido), y así ya el otoño pintó una oscuridad un poco fría y ominosa por toda la pequeña ciudad, y del té y de las galletas no quedaban ni rastros, y la charla, sobre todo de parte de Carmen, continuaba encendida y chispeante.

A Carmen en esa ocasión, incluso, se le notaba un deje de tristeza, de contricción, de rara opacidad en los rasgos y en la voz.

Se acercaba, claro, nuevamente la hora de la cena. Siempre el matrimonio comía a las nueve en punto. Eran las ocho y media, y Carmen parecía más contenta y cómoda que nunca —quizá demasiado—, y con aire de tener mucho tiempo por delante. Así que, irrumpiendo con brusquedad en la charla de Carmen y de la señora Marcos, Rufino Aroldo Marcos, casi con paso retumbante, entró en la habitación en donde estaban las dos mujeres, y de tal forma, cruenta y abruptamente, les espetó, sin ningún tipo de introito:

—Ya son las ocho y media, ¿falta mucho para la comida, Clara?

La señora Marcos, me contaron, le dijo que todavía faltaba un poco, mientras que la señora Carmen no por ello perdió su exótica imperturbabilidad, y, con la mejor de las simpatías, continuó charla que te charla y charlando un poco más, sin hacer caso del mal clima. Hasta que con aire sosegado dijo, a los quince minutos, que justo ya tenía que irse. Se saludaron, pues, efusivamente las dos mujeres, y cuando la señora Marcos cerró la puerta, tuvo muchas ganas de decirle algo violento a su marido, aunque finalmente no dijo nada. Luego el matrimonio se quedó solo.

Comieron los dos en silencio, y ella sin saber si, luego de esa escena tan abrupta y borrascosa, Carmen habría de volver al pequeño apartamento de la pequeña ciudad. Y estaba, claro, todo en orden: la casa, la comida, el horario de las pastillas, pero el aspecto desordenado y colorido de Carmen se había esfumado. Muchas veces, pensó Clara Marcos con culpabilidad, ella, Carmen, comentaba sobre una amiga de acá y otra de allá y otra de acullá, en Madrid. Sí, pensaba todo eso con tristeza, en medio de la eterna recriminación silenciosa entre su marido y ella...

Así que, como digo, cenaron los dos en silencio, igual que siempre. Y la señora Marcos, desde ese

día, estuvo mucho más tiempo atenta al sonido del timbre, y al recuerdo de Carmen, estridente y pintarrajeada. Pero fue todo en vano: Carmen jamás volvió. El marido continuó, pues, tomando las pastillas, a la hora de la cena, y casi nunca ellos se deseaban las buenas noches.

Y la antigua invitada, entretanto, estaría en algún lado, con su aire colorido y, mejor para ella, también sin parar de hablar.

© Daniel Alejandro Gómez

Daniel Alejandro Gómez (1974), escritor español nacido en Buenos Aires. Publicó cuentos, poemas y ensayos en medios electrónicos y periódicos y revistas impresas en varios países: como Revista Lilith, Revista Fábula, Revista Narrativas, Revista Voces, Revista de pensamiento Cuenta y Razón, etc. También practicó el dibujo figurativo.

UNA CARIDAD, POR EL AMOR DE DIOS

por José Vaccaro Ruiz

Faltaba media hora para las doce de la mañana de aquel caluroso domingo de agosto cuando Manolo cruzó el paso de peatones de la Gran Vía. Por supuesto, ¡faltaría plus!, lo hizo mientras el semáforo estaba en rojo, interrumpiendo la circulación de la caravana de utilitarios que a aquella hora se dirigían a Castelldefels o a Gavá a la caza y captura de una jornada de sol, playa y tortilla de patatas. Los frenazos que los padres de familia tuvieron que hacer para evitar cargarse a aquel tipo desastrado que de pronto apareció ante ellos con un cartón bajo el brazo, y en la mano una bolsa de El Corte Inglés, fue acompañado de sus bocinazos e insultos. Pero a Manolo eso le daba igual, ya se cuidarían muy mucho de rozarle siquiera. Es más, el que algún Fernando Alonso lo embistiera podía significarle tener un sueldo de por vida, ¡ojalá!, no caerá esa breva. Su amigo y colega Fermín había conseguido una pensión de 1120 euros al mes porque un motorista le atropelló en un paso de peatones y lo dejó cojo. Bueno, en realidad, cojo, cojo, no estaba, ¡Coño, si cada año se apuntaba a la Jean Bouin!, pero daba el pego. En una ocasión le acompañó a la revisión médica que anualmente debía pasar en el Hospital de Bellvitge. ¡Daba gusto ver cómo gimoteaba y arrastraba la pierna! Si lo vieran en Hollywood le daban el Oscar al mejor actor. Además, y para evitar que a ningún médico se le ocurriera meterle mano, Fermín, un mes antes de la revisión se ponía en cuarentena de agua, jabón y ducha, de manera que en cuanto tomaba asiento en la sala de espera del hospital se hacía el vacío a su alrededor, ¡olía que alimentaba!

Manolo, y luego de atravesar los seis carriles de la autovía sin dejar de hacer la peineta a los conductores que le increpaban, enfiló en dirección a la iglesia de la calle de la Constitució, donde instalaría su mesa petitoria. Aquel barrio de La Bordeta lo habitaba gente obrera, y él se encontraba allí a sus anchas. Aunque no te dieran conversación, al menos si se cruzaban contigo te saludaban, ¡hasta alguno te daba los buenos días! Otros colegas suyos que se ganaban la vida lo mismo que él, que eran...—¿cómo se les llama ahora? ¡Ah, sí!: «individuos fuera del sistema»—, alargando la mano pidiendo «una ayuda»

Aquel barrio de La Bordeta lo habitaba gente obrera, y él se encontraba allí a sus anchas. Aunque no te dieran conversación, al menos si se cruzaban contigo te saludaban, ¡hasta alguno te daba los buenos días!

mientras ponían cara de estar muriéndose de hambre, preferían lugares de más ringorrango como la iglesia de Pompeya de la Diagonal, Santa María del Mar o la Catedral, pero Manolo no. Los ricos son menos generosos a la hora de soltar la mosca, y además, mientras te largan una mísera moneda de diez céntimos te miran por encima del hombro como si te perdonaran la vida ¡quién cojones se han creído que son! Otra cosa positiva que tenía el barrio de La Bordeta es que había mucha gente mayor, muchas viejas, por decirlo claro, la mayoría de las que acudían a oír misa eran jubiladas o viudas, muy sensibles a la expresión de perro apaleado de Manolo, y al texto del cartón que colocaba a sus pies, donde se leía: «*Estoi en el paro i tenjo ke alimentar mi mama invalida i mi papa con Alzheimer. Por favor, dame algo*». ¿Cómo no enternecerse ante semejante panorama, abrir el bolso y depositar un euro en la cajita de cartón? Una precisión hay que hacer, y es que Manolo, sin ser un Pío Baroja ni mucho menos, era capaz de escribir sin faltas de ortografía; las que adornaban el tabloide respondían a una ley no escrita según la cual quien pide algo, y si quiere conseguir su objetivo, debe ponerse a un nivel inferior, por debajo del que le ha de dar. *Capisci?*

Tenía una docena de incondicionales que se paraban para interesarse por doña Consuelo, su su-puesta madre, y por don Jacinto, igual de supuesto padre —la primera muerte hacía diez años de un coma etílico, y el segundo sabe Dios por dónde andaría—. A los preguntones, y echando mano de la imaginación, les contaba mil y una historias: los pañales de adulto que cada ocho horas debía cambiar a don Jacinto, ¡si viera cómo se pone de perdido!, las sopas que preparaba para ella a la que,

¡pobre mujer!, le faltan la mayoría de los dientes, o los paseos que arriba y abajo le daba por el pasillo del piso del Barrio Chino donde según él los dos estaban de okupas a fin de que, y atendiendo a la recomendación del médico del ambulatorio, el riego de la sangre siguiera fluyendo por las varices de sus anquilosadas piernas:

—¡Un cuadro, señora, un cuadro! Pero yo lo hago con gusto, son mis padres. ¡Me han dado la vida!

Estas historias recibían por respuesta: «*Es usted un buen hijo*», «*un buen hombre*» o «*un buen cristiano*», dependiendo del colegio donde sus oyentes hubieran hecho la primera enseñanza. Pero siempre con la bondad por delante.

Más de una de aquellas caritativas damas le traía un *taper* con un puré de verduras o un caldo de pollo:

—El martes vino a comer mi hijo y sobró. Bueno... —con una sonrisa cómplice—: En realidad hice un poco más pensando en su señora madre.

Manolo se lo agradecía encarecidamente para a continuación, y en cuanto desaparecía de su vista, ir a tirarlo en la primera cloaca que encontraba. Al domingo siguiente, eso sí, le devolvía el *taper* convenientemente lavado en la fuente, acompañado de un:

—¡No sabe usted con qué gusto se lo ha tomado!, ¡le ha sabido a gloria! Gracias, que Dios la bendiga y le dé muchos nietos —lo de los nietos: un valor seguro.

A cambio obtenía entre uno y dos euros de recompensa.

Para él no había comida mejor que el cocido de la Señá Engracia, una puta retirada de la calle de Las Tapias dueña de la pensión del Arc del Teatre donde Manolo tenía su residencia.

Para él no había comida mejor que el cocido de la Señá Engracia, una puta retirada de la calle de Las Tapias dueña de la pensión del Arc del Teatre donde Manolo tenía su residencia. La suya era la única habitación que la buena mujer no alquilaba al puterío de las Ramblas a razón de diez euros la hora. La razón era que, situada bajo el tramo de subida a la azotea con una bóveda en cuarto menguante que no llegaba al metro y medio, uno debía ir con cuidado para no descalabrarse y claro, los huéspedes por horas de la Señá Engracia, y una vez metidos en faena, permanecían atentos a

todo menos a mirar el techo; o para que se entienda: su punto de atención estaba más abajo, en otro lugar y merecía su exclusiva dedicación. Aparte, y otro motivo para que la Engracia le permitiera ocupar aquella buhardilla, era que su madre y ella compartieron, años ha, la misma esquina de la calle San Ramón ofertando a todo el que se ponía a tiro una mamada por ocho duros (el euro aún no se había inventado). Manolo era para la Señá Engracia el hijo que no pudo tener, porque la gitana que le provocó el tercer aborto con una aguja de hacer media —corrían los años 60 del pasado siglo—, le dejó la matriz hecha un colador. Y encima la muy cabrona quería cobrarle el doble. Para justificar el sobreprecio no se le ocurrió otra cosa que decirle:

—¡Joder Engracia, es que llevabas gemelos!

Dejando aparte los mediodías en que la Señá Engracia hacía cocido, para los demás días Manolo acudía a los alberges de Cáritas o de las Hermanitas de los Pobres. Sabía que los lunes en el Paseo de Sant Joan daban lentejas, los martes en la calle Sant Salvador judías, y en la Meridiana los viernes potaje de garbanzos. Lo más parecido a comer a la carta.

Apretó el paso, lo bueno era llegar a la puerta de la iglesia y montar su tenderete de indigente—¡Ay no, perdón!, de «*individuo fuera del sistema*»—, diez minutos antes de las doce y así pillar a toda la feligresía que asistía al santo oficio, sin después nada que hacer más que esperar su salida del templo. Dependiendo del sermón que el cura hubiera soltado, la gente se mostraba más generosa o menos. Si la cosa había ido de crisis y solidaridad, bien. Pero si al mosén, a don Venancio, un viejo de ochenta años, reliquia de cuando la Iglesia era dueña y señora del país, se le ocurría hablar de la Santísima Trinidad o de la Virgen María, malo.

Aunque don Venancio toleraba su presencia, en el fondo no le hacía mucha gracia: todas aquellas

monedas que sus feligreses le daban, si no fuera por él irían a parar al cepillo de la iglesia. Lo veía como una competencia desleal, aunque también le daba pedigrí. Manolo respondía a lo que se conoce como «*el pobre de la parroquia*», una tradición que, según le dijo el párroco un día que debía estar de buenas y se paró a hablar con él, arrancaba de la Edad Media:

—Has de saber que en aquellos tiempos los pobres se colocaban a la entrada de las catedrales para que los ricos les dieran una limosna.

Manolo asintió, pero pensó que no era de extrañar el que se pusieran en la puerta de las iglesias... ¡Si esperaban que los de dentro, los curas, les socorrieran, iban dados! El propio don Venancio a lo que más llegaba era a ofrecerle un Ducados.

Al margen de lo conseguido en la misa de los domingos, estaban los entierros y los funerales. Los deudos del difunto, al llegar para asistir al responso y verle plantado con su cartel explicando el supuesto estado comatoso de su padre y su madre, se acercaban y le soltaban un billete de diez euros para que se largara, cosa que él hacía comprometiéndose a rezar una oración por el finado. ¡Y no digamos nada de las bodas, bautizos y comuniones! Entonces era el padre de la novia o el padrino quien tenía interés en que se quitara de en medio para no estropear las fotos o el video del fiestorro, impensable colgarlos en facebook con aquel individuo lleno de lamparones y greñas en primer plano. Dependiendo de la categoría del casorio, la tarifa por desaparecer podía alcanzar los 30 euros. También, y en la búsqueda del *papeo nuestro de cada día dánosle hoy*, Manolo estaba atento a la inauguración de las exposiciones que tenían lugar en las salas de arte de la calle Petrixol, normalmente los sábados por la mañana, para ponerse ciego de pastas secas, canapés y vino rancio. También allí era frecuente que se negociara ponerle de patitas en la calle, pero esta vez a cambio de un billete de cinco euros. Y si él pedía más, obtenía por respuesta:

—El arte está en crisis. Lo tomas o lo dejas.

Y lo tomaba, claro. Sobre todo porque la oferta le llegaba vía un segurata, y también porque para entonces ya había dejado vacía más de una bandeja.

Al doblar la esquina miró su reloj. Faltaban diez minutos para el mediodía. El grueso de los parroquianos —bueno, no hay que exagerar: como mucho 25 o 30 personas—, estaría por llegar, iba bien de tiempo.

Pero... ¿Qué es lo que veían sus ojos? En la escalinata de la iglesia, en el lugar que él habitualmente ocupaba, había un individuo arrodillado que tenía delante una caja de zapatos y un cartón muy parecido al que Manolo llevaba bajo el brazo. Apretó el paso y se encaró con él:

—¿Quién coño eres tú y que leches haces aquí? —al tiempo que leía la leyenda del cartón: «*No tengo curro, mi muger esta enferma i tengo dos igos pequenos*». El tipo, de unos 50 años de edad y al que faltaba un brazo, llevaba la camisa arremangada y enseñaba el muñón a la altura del codo. A Manolo le sorprendió lo tirante y brillante de la piel: ¿se lustraría aquel saliente para inspirar más lástima?

El tullido le respondió:

—Pedir por sobrevivir, yo, mi mujer, madre suya y dos hijos —por su vocabulario y su aspecto era todo menos español. Tal vez rumano, o vaya usted a saber.

—Pues te vas a sobrevivir a otra parte, este es mi sitio. Venga, ¡puerta!

—Yo pedido al cura y él decir que poder poner.

¿El cabrón de don Venancio le había dado permiso? Pero Manolo no quería entrar en eso:

—El cura manda en el interior de la iglesia, de puertas adentro. Pero esto es la calle, y aquí mando yo. ¡Así que ya te estás largando!

En la escalinata de la iglesia, en el lugar que él habitualmente ocupaba, había un individuo arrodillado que tenía delante una caja de zapatos y un cartón muy parecido al que Manolo llevaba bajo el brazo.

—Tú hablarlo con cura.

—Al cura que le den por el culo, ¿es a ti a quien se lo digo!

En aquel momento hizo su aparición un matrimonio de ancianos que ante la discusión apretaron el paso para meterse en la iglesia. A Manolo le pareció oír por boca de la mujer: «*¡Ya no hay respeto por nada, ni por la casa de Dios!*», mientras el hombre le respondía mencionando a Franco, a la Brigada Social y a la ley de vagos y maleantes.

—¿Ves, ves?, me estás espantando a la clientela. ¡Desaparece!

—No pienso ir.

Apareció en escena doña Carmen, una de las fans de Manolo, llevando en la mano una bolsa del Caprabo; dentro, y envuelta en un papel de periódico, el resto de una lata de sardinas que la noche anterior le había sobrado de la cena y que tenía pensado darle, pero ante aquel rifirrafe optó por dejar la bolsa en el suelo, junto a la puerta, y sin decir ni mu entró en la iglesia. ¡Ya os las apañareís!, debió pensar.

—¿Qué ser eso? —el manco, señalando la bolsa.

Este cabrón debe pensar que se trata de algo valioso, se dijo Manolo, viendo la oportunidad de quitárselo de encima.

—Es para mí. Pero si te vas, te lo doy —convencido de que sería uno más de aquellos mejunjes incomibles—: ¡Anda, cógelo y lárgate de una puta vez!

La proximidad de las doce coincidió con la llegada del resto de asistentes a misa. Ante eso Manolo optó por retirarse a un lado, no quería armar follón, porque eso al final redundaría en su perjuicio.

—No.

Manolo se giró, se agachó, tomó la bolsa y se la acercó para que la cogiera. Mientras lo hacía llegó doña Encarnación, otra de las asiduas, abrió el bolso y sacó una moneda que dejó en la caja de zapatos del manco. ¡Hostia, era un euro!, pudo atisbar Manolo. ¡Y a él el día que le daba más era 20 céntimos!

El manco, visto lo revuelto que estaba el patio alargó la única mano de que estaba dotado, cogió el euro y se lo guardó en el bolsillo.

Manolo se le iba a tirar al cuello cuando entre los dos se interpuso Federico, el hijo de doña Francisca que como todos los domingos la acompañaba a misa, quien se detuvo a leer el cartel del rumano. Echó mano a su portamonedas y pasando de Manolo dejó en la caja de zapatos del manco... ¡dos euros!, ¡me cago en la leche!, ¿pero qué hostias tiene este que no tenga yo?

La proximidad de las doce coincidió con la llegada del resto de asistentes a misa. Ante eso Manolo optó por retirarse a un lado, no quería armar follón, porque eso al final redundaría en su perjuicio. Pudo así observar que lo recaudado por aquel coño de manco multiplicaba por dos o por tres lo que él conseguía. Hizo la suma y le salieron 24 euros con 55 céntimos, ¡una fortuna!

Una parte, por no decir todo aquel dinero, era suyo.

Esperó que del interior del templo le llegara el sonido de la campanilla del monaguillo indicando que la misa ya había empezado para situarse delante del manco, de pie y en actitud amenazadora. La caja de zapatos estaba vacía, moneda que caía, moneda que el otro apartaba de la circulación. Tal vez, pensó, era una técnica mejor que la suya, consistente en dejar siempre unos céntimos en la cajita que le servía de limosnero.

—¡Ya te estás largando con viento fresco! Cuando salgan los de dentro no quiero que sigas aquí —mientras la cansina voz de don Venancio llegaba a la calle por los altavoces, pidiendo perdón por los pecados de los presentes cometidos de pensamiento, palabra obra y omisión.

—¡Ni tú soñar!

Manolo miró a su alrededor, estaban solos. Metió la mano en el bolsillo y sacó su navaja, que abrió. Su filo reflejó la luz del sol:

—¡A las buenas o a las malas!

Torpemente el otro se puso en pie. Aunque más corpulento, era de la misma estatura de Manolo. Este, creyendo que sus argumentos le habían convencido, gesticuló con la albaceteña señalando el bolsillo donde el manco se había guardado el dinero recibido:

—Y eso, lo que tienes ahí, me lo das. ¡Es mío!

La cabeza del manco se inclinó hacia adelante, pero no en señal de sumisión como Manolo interpretó, sino transformada en un ariete que salió disparado contra su pecho, lo que le hizo dar un traspié en los peldaños situados a su espalda y caer redondo en la acera. Su atacante se colocó a horcadas sobre él, con su única mano le agarró de los pelos con la intención de estrellar su cabeza contra el pavimento. Mientras con el lustroso muñón le aprisionaba el pecho para inmovilizarlo.

La mano derecha de Manolo, que aún conservaba la navaja sujeta, describió un arco y la hoja se hundió en el costado de su atacante, que soltó una maldición ininteligible al recibir la cuchillada. Eso no le privó de culminar su intención haciendo que la cabeza de Manolo rebotara contra el bordillo. Se oyó el chasquido de algo que se rompe y un hilillo de sangre empezó a manar de su cráneo. Pero aún y así, y de forma refleja, Manolo clavó por segunda vez la navaja, esta vez en el corazón de su oponente.

Don Venancio, luego de que los asistentes a la misa cumplirían con el ritual de la comunión y se desearan fraternalmente la paz besuqueándose y dándose la mano, impartió la bendición. La señal de que el oficio se había terminado —*ite misa, est*—, y de que tocaba abandonar la iglesia. El sermón, quizá inspirado en la persona del tullido instalado aquella mañana a la puerta de la parroquia —la beata que pasaba la bandeja petitoria le informó de su presencia—, había versado sobre las penalidades que pasan los emigrantes que huyen de sus países en guerra: Irak, Siria, Libia... Quizá por eso más de uno y de una tenía un par de euros preparados para dejarlos en la caja de zapatos del nuevo pobre. ¡A saber lo que aquel desgraciado sin brazo habría sufrido!

Su atacante se colocó a horcadas sobre él, con su única mano le agarró de los pelos con la intención de estrellar su cabeza contra el pavimento. Mientras con el lustroso muñón le aprisionaba el pecho para inmovilizarlo.

La primera que pisó la calle, doña Ernestina —ese mediodía tenía invitados y el tiempo justo para preparar la comida, de ahí ir con prisa—, soltó un grito y a punto estuvo de desmayarse al casi tropezar con aquellos dos cuerpos espatarrados encima de la acera, inertes y en medio de un charco de sangre, que tenían a su lado las dos cajitas petitorias vacías junto a los dos cartones moviendo a la caridad y las bolsas de El Corte Inglés y el Caprabo.

Fue don Enrique, un médico ya jubilado, quien se arrodilló a su lado y, luego de intentar inútilmente encontrarles el pulso, sentenció de forma inapelable:

—¡Están muertos!

Las dos ambulancias que al poco llegaron con su sirena ululando, y el coche de los mossos que también se apuntó a la fiesta no pudieron hacer otra cosa que fotografiar la escena y dibujar con tiza sobre la acera la colocación de ambos cadáveres antes de retirarlos. Un contorno blanco que aquella tarde y los siguientes días fue objeto de postureo por parte de los adolescentes del barrio echados uno encima del otro simulando la posición de los dos cuerpos, para después inmortalizarse con sus Galaxy de última generación y, acompañado de un comentario supuestamente divertido, enviar aquella imagen por Washapp al resto de la tropa: ¡Qué fuerte, tío!, ¡una pasada!

Los periódicos del lunes se hicieron eco del suceso, aunque el único que contenía alguna reflexión distinta de la descripción pura y simple de las dos muertes fue el gratuito *20 minutos*:

El parque temático en que se ha convertido Barcelona —Gaudí con la Sagrada Familia y el

Parc Güell, los supercruceros de diez pisos de altura y una noche de estancia en el puerto, el Barça de Messi, el pan con tomate...—, se ha cobrado dos nuevas víctimas que nunca han figurado ni figurarán en el catálogo de cosas de la ciudad a conocer y visitar. La autopsia describirá en detalle las heridas que se infligieron uno al otro y que les causaron la muerte. Pero solo eso y nada más.

© José Vaccaro Ruiz

José Vaccaro Ruiz. Arquitecto y abogado. Es autor de las novelas *Ángeles negros* (Atlantis, 2009), *La vía láctea* (Neverland, 2010), *La granja* (Ediciones Atlantis, 2011), *Catalonia Paradis* (Neverland, 2011), *Tablas* (Neverland, 2012), *El Invitado de Nunca Jamás* (Neverland, 2014) y *La conjura Gaudí* (Ediciones Carena). Próximamente publicará *Relatos de 4 filos* (Serial Ediciones).

FUGA

por Gabriel José Vale

Después de dar vuelta a la esquina y no detenerse hasta la otra esquina, supo que ya le había dejado muy atrás. Al menos eso quiso figurarse, porque había caminado tanto y el cansancio ya era tanto que de seguir así le iban a coger no muy lejos de donde estaba. Sucedió también que a lo largo de la calle sólo se veía una que otra figura, con las manos enfundadas en sus impermeables y casi siempre con rostros cabizbajos. Esperó, inmóvil, y ya no se veía las solapas cuadradas ni el sombrero marrón, así que era muy posible que sólo se le persiguiera para probar su aplomo, y que unas horas después se le emboscara definitivamente. Debía salir de allí, pero el mismo horizonte despoblado le franqueaba.

Desde que le echaran de ver, no consiguió un tumulto donde preservarse, ni ningún recodo lo bastante generoso como para disimular sus propias bisagras. Era caminar y caminar, incluso a tientas, mientras hubiera el modo de que la ventaja al fin fuera provechosa. Así anduvo veintiséis cuadras entre los mandobles de sus dudas. Se diría que cada avance era sólo una posibilidad mucho más viscosa que la anterior. Tal vez sin seguir una dirección definida ya se hallaba libre, finalmente de pie, pero en un punto tan escaso como sus propios pies.

No le habían visto en meses, y de pronto sucedía que un sábado cualquiera, en una esquina cualquiera, alguien le notaba entre millares de individuos, y entonces otra vez la persecución. Pero, ¿acaso no lo pudo explicar todo? Todo al parecer estaba claro. En cuatro semanas las cosas iban recobrando sus pausas e impulsos regulares, y de pronto, sin que siquiera le amedrentara a través de una llamada telefónica, tenía que darse prisa, y de veras tenía que hacerlo, porque devolverse en explicaciones era por lo demás inconveniente. No parecía que le fueran a escuchar otra vez, tampoco otras palabras rendirían más de lo que nunca les satisfizo a nadie. Era verdad que no podía presentir quiénes se empeñaban con mayor encono ni quienes atenuaban sus propias opiniones, pero de cualquier manera ya había alguien que de seguro iba noticiar la fuga.

Anocheceía. Sin saber adónde ir, aún no daba un paso; ni siquiera descansaba una pierna en recargo de la otra. Así estuvo unos minutos como si quisiese prolongar una eternidad que le conservara allí.

Anocheceía. Sin saber adónde ir, aún no daba un paso; ni siquiera descansaba una pierna en recargo de la otra. Así estuvo unos minutos como si quisiese prolongar una eternidad que le conservara allí. Mientras no tuviera una razón por la cual moverse podía sentirse invulnerable, o, dicho con más exactitud, sólo una existencia inanimada le permitiría moverse dentro de ese mismo círculo. Sin embargo, había mucho sobre lo cual pensar desde que el mundo se le volviera tan hostil. Era posible que un policía le interrumpiera, por ejemplo.

Si bien se veía menos gente, la soledad no iba ser un atributo del que pudiera confiarse. Ya contaba con la posible emboscada que en cualquier momento sobrevendría, luego estaban las patrullas con sus luces cegadoras y también, eso desde luego, quienes suelen poblar la noche. En este punto, recordó el hotel que quedaba al cruzar la calle. Era como una quimera, como si por fin apelara a la memoria, cuyos recuerdos infunden sensibilidades que sólo pueden darse en el presente. Seguir cualquier rumbo marginal dejaría un rastro que después de todo iban a interrumpir en seco. Así que milagrosamente el hotel era un refugio en medio de ninguna delación. Dormir en una cifra; amanecer una vez más. Salir tan temprano como lo permitiera el secreto, tendría que abrir sobre esa misma nada otro mundo ya provisto de todas las demás puertas.

Sabía de ese hotel. Sus materiales constitutivos eran evidentes para cualquier transeúnte, pero ya esas formas concentraban un rigor tan ilusorio. Con un nombre inventado rentó una habitación. Ya

lo irreal empezaba a ofrecerle otras esquinas. Subió, giró la llave y entró en la habitación. No se detuvo a precisar detalles que de cualquier modo iban a parecerle innecesarios, porque si los vínculos interiores le conferían una invisibilidad se debía a ella en cuanto se servía de ella. Sin descalzarse se echó sobre la cama y al punto se durmió. Después de tanto agobio, acaso el sueño al fin encontraba también su cauce.

A mitad de la noche, un estropicio le despertó bruscamente. Se incorporó sin saber nada de lo que ya había sabido todo, y al poco rato, en cuclillas sobre la cama, empezó a ver que la oscuridad ya no carecía de remiendos evidentes. Aquella habitación, y aun el edificio entero, eran inexpugnables para sus perseguidores. Lo supo, justo sobre esa cama.

Ciertamente no podía adivinarlos orígenes de ningún escándalo, tampoco cuál fue aquella prédica que en definitiva consiguió medios tan propicios. La incertidumbre atropelló todas las conjeturas que eran capaces de formarse allí. Lo más seguro era que los carros siguieran intactos afuera, que las fachadas de los edificios se deterioraran al mismo ritmo de siempre, porque después de despertar no se escuchaba ninguna emergencia sobrevenida, ni alarma alguna congregaba o disgregaba a los noctámbulos. Los ruidos del hotel eran secretos y tan naturales después de todo. Estaba a salvo, sí, pero aún faltaba para amanecer.

Se contentó con saber que cuando se despierta así ya los nervios han liberado todas las fuerzas contenidas. Se volvió a acostar. No le costó dormirse. Al igual que la primera vez le bastó esa superficie para llegar a lo insondable. Así que durmió a sabiendas de que iba despertar en algún momento, de que volvería al mundo para burlarlo más adelante, cuando tuviera que salir por donde entró. Tras dormir lo suficiente, despertó sin que se esforzara para ello y sin que al parecer ninguna matadura abreviara lo que le hubiera alargado la noche. Sin abrir los ojos aún, desperezándose en la oscuridad, sintió que su cuerpo se había regenerado. Era como si no hubiera tenido que huir de nadie.

Primero con estupor, después con la sospecha de que algo bastante raro estaba sucediendo, fue al borde de la cama, porque era preferible apearse de ella y abrir la puerta o al menos asomarse por la ventana.

Abrió los ojos y aún era de noche. No tenía un reloj a la mano, tampoco lo había tenido en meses. No importaba ver al través de la ventana, pues la luna seguía inmovible y la firmeza del cielo no parecía haber variado mucho. Pero, cómo era posible, si el sueño había sido tan reparador, además había soñado tantas cosas que abarrotarían vigiliadas inauditas de inauditos soñadores. Quiso numerar un sinfín de sueños, pero de pronto no se le venían más que jirones incoherentes. De pronto sólo un sueño. Soñó que la cama era blanda y que los almohadones los abultaba plumas de ganso. Descubrió, allí mismo, que la cama era poco más que un catre y que la única almohada no era tan sustanciosa.

Primero con estupor, después con la sospecha de que algo bastante raro estaba sucediendo, fue al borde de la cama, porque era preferible apearse de ella y abrir la puerta o al menos asomarse por la ventana. Ocurrió, sin embargo, que por más que se acercaba al borde no había modo de hacer pasar el cuerpo hasta el vacío. No era que la cama se hiciera más grande; apenas con extender sus extremidades cubría una diagonal según en cada ocasión sostuviera ese propósito, pero indeclinablemente esos bordes coincidían, punto por punto, con sus propios bordes. Tuvo miedo. Más miedo que el que tuvo cuando le perseguían. Desde allí alcanzaba a ver dónde podían estar las llaves, en el rincón opuesto de la habitación. Veía también los otros muebles como islas imposibles; ya los ojos se habían habituado a las repeticiones de esa misma oscuridad. Se le figuró con horror que esta costumbre pudiera ser más que premonitoria.

De ese modo no había como salir de la cama, ni porque fuera dura ni porque se le hubiera soñado con plumas de ganso, era como si se pretendiese adentrar al mundo hasta conseguirse todo lo que quedara afuera. Lo cual no era imposible si la concentración de todos los vigores y todas las sustancias redujeran los plazos a un ombligo incognoscible. Por fortuna, se acordó de aquel estropicio. Otra vez la memoria. Aquello que no conociera nunca le hubiera sacado de la cama y seguramente le hará saltar de la cama, al día siguiente, para salir de ahí, aun cuando tenga que refugiarse dentro de esas paredes otra vez. Si no podía dormir, porque no tenía sueño, entonces esperaría a que amaneciera. Así que abrió los ojos, reguló la respiración, pero no se escuchaba nada; ni siquiera sus

propios ruidos. Se le figuró que la sordera era peor que la costumbre de sus ojos. No quiso desesperarse. Se contuvo y esperó a que al fin amaneciera.

© **Gabriel José Vale**

Gabriel José Vale Valera (Caracas, Venezuela, 1979) es autor de un libro de poesía que, con el título de Apócrifos, recoge sus poemas escritos entre 1999 y 2001. En 2004 ve la luz su primera novela, 9 Ejemplos (Editorial Cómala), que se desarrolla en nueve capítulos independientes, al final de los cuales los personajes, en el piso 22 que los congrega, repiten sus atributos en una parábola forzada y tenaz. En 2005 escribe una segunda novela, basada en los Evangelios, a la que siguen, en 2006, tres tragedias de cinco actos. Entre 2006 y 2007 compone una terna de comedias, también de cinco actos. En 2007 escribe otra novela, De reajo. Dos novelas más le suceden. En 2009 completa otro poemario compuesto de cien sonetos. Es autor también de cuatro series de relatos, varios ensayos de temática variada, poemas sueltos, traducciones, etcétera. <http://leitmotivale.blogspot.com>.

CARTA A UN SEÑOR

por Azahara Sánchez Martínez

Que sea o no sea real es irrelevante. No importa. Sí, creo que me quedaré con esa respuesta. Debo de confesarle que nunca me había sentado en una cómoda silla y había adoptado la típica posición del ser pensante, absorto en un punto cualquiera y con el canal auditivo fuera de servicio por algunos minutos, o incluso horas, no estoy muy segura. Nunca había permanecido tanto tiempo desconectada de la vida exterior. Al principio fue difícil encontrarle la punta al hilo. Encontrar esa primera reflexión de la que comienzas a tirar para que la maraña de pensamientos yuxtapuestos siga un orden. Pero una vez que di con el extremo adecuado, la araña comenzó a tejer a pesar de mi presencia.

Y así, tal y como mis ideas y argumentos fueron tomando forma, es como se lo voy a contar. Partiré de lo que me inició en tales reflexiones. Su pregunta. Una pregunta que tan solo le llevó dos segundos transformar en los sonidos convenientes para que saltara de su boca a mi cabeza. Dos segundos de los once que tardó el ascensor en dejarnos en nuestra planta. Usted en su casa y yo en la mía. Dos segundos insignificantes para usted e inexorablemente significativos para mí. Con los ojos puestos en el cordel blanco y los dos pequeños palos de madera, en forma de cruz, que colgaban del cuello de mi hija preguntó: ¿Tú crees que será real?

Recordará que yo no contesté. Ella sí lo hizo. Yo ni siquiera apoyé lo que ella dijo porque, en realidad, tanto si lo hacía como si no, me estaría mintiendo a mí misma. ¿Será real? Probablemente no y pudiera ser que sí. Todo cabe y yo no soy tan sabia. Aquella misma tarde, después de comer, me senté en la silla cómoda y, cuando la araña culminó su trabajo, hablé con mi hija. Luego comencé a escribir lo que usted lee. ¿Real? No importa si es real o no. Ni siquiera esa evidencia nos sirve para precisar su cometido en nuestro mundo. Aunque fuese el ser más irreal pensado por el hombre, por el simple hecho de ser pensado ya existe. Yo conocí a un caballero loco que corrió mil aventuras por tierras españolas y que no fue real. Pero creo que usted también lo conoce.

Recordará que yo no contesté. Ella sí lo hizo. Yo ni siquiera apoyé lo que ella dijo porque, en realidad, tanto si lo hacía como si no, me estaría mintiendo a mí misma.

Dígale usted a un niño que no existen los ratones mágicos y tristemente tirará los dientes a la basura. Yo se que no son reales pero en mi casa vive uno que, diente tras diente, cumple su cometido: hacer feliz a una niña. Y no soy una ignorante, no soy una estúpida más. Algún día esa niña sabrá que su ratón no es real y, sin embargo, le hará un hueco en su casa y, de esta forma, seguirá existiendo. Dígale usted al hombre que ha visto morir a su mujer y a sus hijos por solo respirar el aire que por derecho les pertenece que no existe ser que escuche sus plegarias, que no habrá justicia divina, que solo le quedarán, por hoy y por siempre, unos cuerpos sin vida descomponiéndose bajo tierra en un lugar cualquiera y tristemente dejará también de respirar. Dígale a la mujer desfigurada por los golpes que solo existe lo real, lo palpable, lo que ve cuando se mira en el espejo y tristemente no querrá volver a abrir los ojos.

Hay seres reales e irreales. Por lo que a mí respecta, ese binomio no sirve para nada. Existes o no existes. Has sido pensado o no lo has sido. Y si lo has sido debes procurar cumplir con tu cometido en esta vida. Yo me serví de tres cerditos irreales para transmitir el valor del esfuerzo y el trabajo bien hecho y, sin embargo, solo existen en un cuento. Pero como yo, seguramente usted también visitó alguna vez su mundo, aunque fuera de niño. Mundos posibles hay tantos... Mundos poblados de seres irreales y, sin embargo, pensados por tantos y, por tanto, existentes. Innegables.

Su pregunta de dos segundos les dio vida al hilo del que tiré, a la araña que tejió hasta dar un sentido... los hizo existir aunque usted y yo sabemos que no son reales. Pero como verá, también cum-

plieron su cometido. Tal vez el que nos escucha sin juzgarnos y nos consuela y da sin pedirnos tan solo sirva para eso pero, si lo piensa bien, eso ya es bastante. Dejo esta carta en su buzón con la esperanza de que conteste a su pregunta y con la ilusión de que su existencia cumpla su cometido al ser leída como lo cumplió al ser escrita. Y la certeza irrefutable de la realidad o irrealidad de un ser por el que usted preguntó en tan solo dos segundos, esa certeza, la dejaremos para los sabios.

© **Azahara Sánchez Martínez**

Azahara Sánchez Martínez. Estudiante de Filología Hispánica en la Universidad de Almería. Esta es su primera publicación.

EL SEÑOR SILMÓN

por Ramón Araiza Quiroz

Desde que el señor Silmón llegó a esa casa las cosas cambiaron. Los días se hicieron lluviosos y las noches más oscuras. Desayunaba temprano acompañado de un perro que se acostaba a sus pies y después de lavar la loza tomaba un lento paseo, ya habitual, con numerosos pensamientos que acompañaban sus pisadas. El señor Silmón, de tez oscura y cabello lacio, construyó una reputación entre los jóvenes de su época que le siguió durante toda la vida: callado y solitario siempre, él señor era movido por inquietudes que solamente él conocía. En uno de esos paseos se encontró con un viejo amigo que le llamó por su nombre varias veces hasta que éste volteó. Ambos acordaron verse por la tarde-noche; alguna hora callada y apacible de la zona donde vivía el señor Silmón. Así fue, esa tarde-noche silenciosa y austera en la que sólo un par de autos transitaban por el lugar y donde las personas esperaban que la noche se acercara más para terminar sus labores, entraron a una finca antigua donde vendían bocadillos, café y té verde. La finca estaba acondicionada para estos encuentros: charlas de viejos amigos alrededor de una taza ardiente de café o té que buscan un sitio adecuado para recordar su pasado. Finca acondicionada con sillones cómodos para prolongadas estancias. Un café carísimo que lo valía. Su dueña quería que pasaran horas consumiendo café y consumiendo el tiempo para dar valor a la cuenta final. No le interesaban los jóvenes con escasas monedas y pláticas entre cortadas. Fueron recibidos con atención por la encargada del lugar y se sentaron junto a un ventanal que les permitía ver hacia la calle. Unos minutos después el anuncio de la lluvia llegó y las gotas gruesas se dejaron ver. Fue una lluvia intensa que refrescó la ciudad. El agua amenizó por largo tiempo la plática entre aquellos dos viejos amigos. La conversación atravesó los caminos de la infancia y se movió por los senderos de la adolescencia hasta llegar a los asfaltos de las épocas académicas, especialmente hablaron de los tiempos en los talleres a los que ambos asistieron. Finalmente aquella plática saltó al presente en donde los dos reflexionaron sobre sus vidas y la cercanía de la vejez. El ventanal fue, en ciertos momentos, una fuente de inspiración que sirvió para recordarles a ambos los años en que vivieron por el mismo rumbo de la ciudad en donde, por cierto, abundaban ese tipo de ventanales que ahora ya no se ven tan fácilmente. A través del ventanal vieron, ese día de bastante lluvia, la vida de los demás. Ambos observaron en silencio cómo la gente corría bajo la intensa lluvia; todo tipo de personas lo hacía: caballeros que ayudaban a las damas a cruzar la calle inundada, jóvenes estudiantes y pequeños que gozaban con cortos saltos divertidos el acontecimiento natural mientras las voces de sus madres les pedían que no lo hicieran. Entre las personas apareció el rostro de otro amigo. Una figura esbelta, alta y de nariz respingada volteó y sus ojos coincidieron con los de sus amigos dentro de la finca. Con un gesto de la mano lo invitaron a entrar. Cruzó la calle y se metió a la finca. Se saludaron y lo invitaron a sentarse a la mesa. La plática siguió mientras el ventanal continuaba inspirándoles diversas pláticas que regresaban a la infancia y volvían a pasar por la adolescencia hasta internarse en aquellos años en los que los tres compartían sueños académicos. El lugar, la finca de los bocadillos, estaba ahora llena. Era una finca grande, de patios amplios en forma de círculos, algo poco convencional, y árboles pequeños, tal vez la zona no daba para más. Una niña caminaba en uno de los patios y hablaba sola mientras sus padres la veían en silencio. En otro patio un gato blanco perseguía a otro gato blanco y los comensales platicaban con entusiasmo sin prestar atención a eso. En el último patio no sucedía absolutamente nada. Había mesas, todas ocupadas, había mucha gente. Todos platicaban de lo que tenían que platicar, pero realmente nada sucedía: no había ni gatos jugando ni niñas hablando solas. Todo era, digamos, un patio normal. Regresando a la parte de enfrente de la finca, donde el ventanal inspiraba a nuestros personajes, ahí la plática siguió hasta que llegó el momento en el que tuvieron que despedirse. El bostezo de uno de ellos pedía descanso. La lluvia continuaba y dos de ellos hacían la observación de que tenía mucho tiempo sin llover así. El señor Silmón se mantuvo en silencio ante el comentario. Vio su reloj y se alistó para emprender la retirada. Acordaron verse la próxima semana en

A través del ventanal vieron, ese día de bastante lluvia, la vida de los demás.

el mismo lugar para continuar recordando el ayer, un viejo ayer con olor a naftalina. La lluvia no cesó. Hicieron el pago de la cuenta y el señor Silmón se encaminó a casa con un paso lento. Sus amigos se fueron por una calle distinta. Llegó empapado a su destino. La noche era oscura, inusualmente oscura. Su perro no ladró cuando llegó, a decir verdad nunca lo hacía. Lo acarició por unos momentos y se fue a su habitación. El perro le acompañó con la cabeza gacha y el sigilo de respeto. La luz de las lámparas, ahora encendidas completamente, no parecían ser suficientes en la ciudad, ya todas se encontraban a tope con la luz pero las esquinas oscurecidas de la ciudad empezaban a atemorizar a los habitantes. No eran estos tiempos muy remotos, pero nadie recuerda cuándo sucedió esto con exactitud porque no hay registros de lo acontecido y la memoria es muy veleidosa. Sin embargo, con el paso de los años, las generaciones han conocido la historia. Algunos dicen que ya han pasado siglos de esto. Otros dicen que apenas fue hace unos años. Otros dicen que jamás ocurrió y hay personas que sostienen que esto ocurrió la semana pasada. No hay claridad. No hay certeza. No hay una versión única y definitiva.

A lo lejos la oscuridad se hacía más intensa, esta oscuridad bajaba desde algún sitio, descendía sin piedad sobre praderas muy lejanas y se internaba poco a poco en las carreteras que conducían a la ciudad, después entraba a la ciudad y se metía en los callejones donde era aún más fuerte. La oscuridad invadía poco a poco los lugares, la lluvia se conjugaba con la oscuridad: ambas ganaban cada centímetro de asfalto, terreno, piedras, calles, baldíos, avenidas, camellones: avanzaban lentamente precisamente al lugar en donde el señor Silmón se encontraba. Lluvia y oscuridad parecían tener un pacto inquebrantable. Tomaban formas extrañas y por días habían permanecido unidas. La lluvia enloquecía, pegaba en los ventanales, sobre las azoteas, en las cornisas, las torres y en los enormes edificios. Tocaba las puertas recio, muy recio, como queriendo entrar. La oscuridad se movía. Desde las alturas se podía mirar cómo la oscuridad iba avanzando, devorando la ciudad ahora ya no a centímetros sino a metros, ganando terreno constantemente. En las calles el sobresalto era común. La expectación crecía.

Las banquetas se cubrían con la oscuridad que manchaba de negro las paredes. La oscuridad consumía la poca luz que había en las casas.

El tráfico comenzaba a ser caótico. Muy poca luz, muy poca la visibilidad. Las banquetas se cubrían con la oscuridad que manchaba de negro las paredes. La oscuridad consumía la poca luz que había en las casas. Las conversaciones en todos los lugares iban por el mismo rumbo: la inquietante oscuridad, la lluvia tan poderosa que azotaba implacablemente la ciudad, tantos días de lluvia y oscuridad no era normal. Muchos empezaban a recoger sus cosas, planeaban la huida al menos cerca de sus seres queridos, alguna casa en común. La verdad no era muy tarde. Aún había miles de oficinas con las luces encendidas. En otras zonas de la ciudad la gran oscuridad todavía no llegaba, pero ya muchos

habían recibido llamadas advirtiéndoles sobre el inusual acontecimiento. Muchos se asomaban por las ventanas de sus casas. Otros desde los enormes edificios distinguían la oscuridad normal en contraste con la oscuridad mayor, la que venía haciéndose dueña de la ciudad. Notaban su avance, todos se inquietaban. Más tarde llegó la lluvia también a esa zona de la ciudad. El distrito financiero. Cubrió los edificios con un ruido intenso; gotas que pegaban por todos lados. Ahora la visibilidad era nula. La oscuridad seguía avanzando. La lluvia hacía lo mismo. Los sistemas de comunicación empezaron a fallar. Los intentos por comunicarse unos con otros fueron inútiles. Las nubes se arremolinaron aún más, era imposible que un poco de luz penetrara a través de ellas, parecía como si una gran puerta de nubes se hubiera cerrado. El tráfico se detuvo. Una hilera interminable de autos quedó atascada sobre cada una de las avenidas; calles de la ciudad se veían completamente abarrotadas de automóviles. Ensayo sobre la ceguera, pensaron algunos. Los transeúntes aceleraban el paso, trataban de llegar caminando a sus casas: el lugar de resguardo. La policía tenía mucho trabajo. Miles, en sus casas, usaron lámparas para tratar de ver un poco. No había televisión ni radio. La luz entonces finalmente se fue en gran parte de la ciudad. Las luminarias se apagaron. Las luces de los vehículos inexplicablemente dejaron de funcionar, las lámparas de mano y las plantas eléctricas también dejaron de funcionar. Los celulares, todo, todo, dejó de dar luz. El sonido de la lluvia era alto, casi, podríamos decir, insopportable. La oscuridad seguía avanzando por la ciudad. Cada vez había menos kilómetros donde la intensa oscuridad no dominaba. Las luciérnagas en los campos no emitían luz. La gente, muy inquieta, boquiabierta, observaba un fenómeno jamás experimentado. Por un momento hubo calma; la tregua que levanta la más inquietante de las incertidumbres. Algo muy raro empezó a suceder: el sonido de la lluvia no se escuchaba pero se veía cayendo. La gente no descendía de sus autos pero sus rostros vol-

teaban a ver a otros rostros para asegurarse de que tampoco ellos escuchaban nada y aún veían el agua cayendo. En las calles no había nadie caminando. Era muy perturbadora esta escena. La lluvia golpeaba los vehículos y la oscuridad seguía avanzando sin ceder un solo centímetro, un paso firme y constante hasta la casa donde se encontraba el señor Silmón.

Misteriosamente la casa del señor Silmón se encontraba iluminada. Todas las habitaciones tenían las luces encendidas. En la fachada, un farol en la pared luce esplendoroso, no palidece, se jacta de tener luz e luminar la banqueta por donde nadie quiere caminar. Los pocos vecinos ven este fenómeno como el anuncio de algo aún más extraño que sucederá. Ven la figura del señor Silmón caminando de un lado a otro con la calma que lo caracteriza. No cabía la menor duda de que él provocaba este fenómeno. Así pasaron días. Las noches más oscuras que nunca y la lluvia sin dar tregua comenzaban a consumir mentalmente uno a uno a los habitantes de la ciudad. Su paciencia se agotaba. No hay necesidad de describir la ciudad. La imaginación abunda cuando hay miseria de palabras. Ahora, la oscuridad, que se había detenido por unas horas sin dar explicaciones, avanzó hasta llegar a la casa del señor Silmón. Un delgadísimo tornado con insólita fuerza se metió debajo del zaguán como guiando a la oscuridad hasta la habitación principal. Hizo estragos desde luego. No quedó objeto alguno sin quebrarse ni pared sin dañarse. Cortinas desechas por el viento y agua, mucha agua, por los pasillos y rincones sólo se veía destrucción. Ruidos jamás escuchados por los vecinos empezaron a llamar más su atención. La casa iluminada empezaba a perder su esplendor. Se empezaba a oscurecer. El farol temblaba, caía hacia el lado izquierdo para quedar imposibilitado sobre la negra acera. La oscuridad recorrió cada sitio de la casa hasta llegar a él, al señor Silmón. Penetró en su cuerpo que yacía inerte, por sus poros se fue filtrando y un último ruido se escuchó rompiendo el silencio de la lluvia que caía. Un sonido que hizo que la ciudad recobrara su luz fue eso lo último que se escuchó. Un sonido que hasta nuestros días no se sabe que significado tuvo. No se supo nunca quién lo emitió: la oscuridad, la lluvia o el señor Silmón. Con la luz del día sacaron su cuerpo. Jamás se presentó alguien a reclamar el cadáver. A partir de esos días las noches se hicieron más oscuras y largas. La ciudad fue abandonada poco a poco. Dicen que la casa aún existe. Sólo se escuchan los ladridos del perro que quizá aún vive ahí. Nadie sabe si es el mismo perro que acompañó al señor Silmón hasta devorar la primera de las interminables oscuridades que han azotado constantemente la región. Lo árboles se secaron. Las casas lucen en completo abandono y los edificios maltratados han empezado a mostrar una escena apocalíptica. No hay vida en este lugar, bueno, en verdad sólo queda la vida del perro aunque muchos dicen que ya solamente se escucha el eco de sus ladridos que es imposible que sea el mismo animal. Sólo es el eco, dicen los que alguna vez han transitado a unos kilómetros de ahí. El eco llega desde lejos, les platican a sus nietos. El eco es frío y jamás se va. Algunos dicen que ya solamente hay desperdicios de todo, que nada queda, que nada tiene imagen de edificio o de banqueta. Otros dicen que solamente es un desierto, arena fina que sube y baja. Arena muy fina. Otros comentan que ya no hay oscuridad. La oscuridad se fue con el señor Silmón. Todas son meras especulaciones. Nadie tiene la certeza de qué sucedió con la ciudad que alguna vez tuvo vida, una vida que se convirtió en tinieblas.

*Ecos de una ciudad
Lamentos o ladridos de animal
Nadie podrá saberlo
Todos podrán leerlo
Conjeturas harán
Y al final
Sólo nuevas especulaciones habrá
El señor Silmón un día volverá.*

© Ramón Araiza Quiroz

Ramón Araiza Quiroz. Escritor mexicano. Autor de la psiconovela "38 de junio" *Rebeca no sabe qué sucederá en esta extraña fecha* publicada bajo el sello Selector y de venta en Amazon y librerías de México. Sus relatos se encuentran publicados en *Narrativas* y otros en las Revistas *Archè* y *En Sentido Figurado*. Su página es www.ramonaraiza.com y su Facebook <https://www.facebook.com/ramonaraizaquiroz>.

EN LA JAULA

por Adán Díaz Cárcamo

Nao Carreño estaba bebiendo cerveza negra en la cantina del pueblo. Cruz Alatorre entró cabizbajo, le miró, y sin decir una palabra, se sentó junto a él. Nao tenía la nariz chata y la barba desarreglada; portaba un cinturón piteado con la forma de un águila en la hebilla. Cruz pidió un tequila, y Nao lo invitó a jugar conquián.

—¿Sigues de jornalero, Cruz? —le preguntó Nao Carreño mientras barajaba el juego.

—Sí, pero ya me cansé de la mujer de mi tío, dice que ya no me van a pagar la semana por llegar tarde —contestó dándole un sorbo al tequila.

—Ya te he dicho que nada más es que quieras y yo te consigo otro trabajo, pero ¡cómo te encanta ser el perro fiel de tu tío...! —agregó Nao, en un tono burlón, al repartir las cartas—. Es más, ahorita que acabemos te llevo con «La Leona», que anda buscando vigilante.

Cruz se quedó pensativo viendo cómo Nao barajaba el juego y repartía las cartas.

—¿Y quién es esa mujer? —preguntó mientras acomodaba el juego en su tibia mano de jornalero.

Nao Carreño volvió a tomar de su cerveza y contestó:

—Es una señora que acaba de heredar el rancho «La bendición». A su marido le decían «El León», no me digas que no te acuerdas de él.

Cruz se pasó el resto del tequila de un trago y espetó:

—Pero «El León» era gente mala, ¿no? Una vez mi tío me contó que ese señor se había echado a cinco cabrones en la cantina de Paola Esquivel. Hasta la policía le tenía miedo.

—Sí, pero ya el señor no está en este mundo; su esposa se ha quedado a cargo. Yo trabajo para ella, y déjame decirte que paga mejor que el tacaño de tu tío. Me comentó que quiere que le vigilen sus cañas y su hacienda; creo que tú podrías ayudarla.

—¿Quiere que le vigilen la hacienda?, ¿acaso no vive ella ahí? —preguntó Cruz abriendo sus pequeños ojos.

—Vive con su hija en la carretera que desvía al puerto, ahí en el cruce entre Ojo Chico y Plan del Agua —respondió Nao poniendo una tercia de cartas en la mesa.

Cruz se quedó meditando... Apretaba su delgada boca y fruncía el ceño. Entre sus delgadas cejas se arrugaba la morena piel por donde se le escurría una gota de sudor. Estaba harto de que su tío lo explotara, de ser tratado como un peón más cuando era parte de la familia. Le dijo a Nao que sí iría.

Salieron de la cantina un poco ebrios, se metieron en el coche viejo de Nao y se fueron hacia el rancho «La bendición». Ahí se bajaron aún más borrachos, pues en todo el camino no habían parado de beber. Tocaron tres veces la pesada puerta de encino de la hacienda hasta que salió un joven enclenque de gestos asustados.

—Vengo a ver a la patrona —dijo Nao Carreño mientras el joven les llevaba al recibidor.

Al cabo de poco tiempo apareció una mujer, no mayor de sesenta años, con ojos de gato y nariz puntiaguda; parecía una estrella de cine de los años cincuenta. Su voz era grave; pero sus ademanes, demasiado femeninos. Se le quedó mirando a Cruz por un instante, y luego los invitó a pasar a la sala.

Estaba harto de que su tío lo explotara, de ser tratado como un peón más cuando era parte de la familia. Le dijo a Nao que sí iría.

Se sentaron en una sala rústica hecha de caoba y terciopelo, adentro olía a humedad y a libros viejos; el piso era de barro y estaba tan pulido que se alcanzaban a reflejar borrosamente las formas que decoraban aquella vieja hacienda. La señora se sentó en un sillón individual y les preguntó qué los traía por ahí.

—Ya te tengo un vigilante, doña Mercedes; se llama Cruz Alatorre y sabe todo del campo. Ha trabajado muchos años con su tío, pero dice que lo explota y que está cansado. Quiere saber si lo aceptas.

«La Leona» miró a Cruz, quien en ese instante se sentía paralizado y no sabía nada de lo que estaba ocurriendo.

—¿Tienes experiencia en contabilidad y en pagos a los cortadores de caña? —le preguntó a Cruz arqueando una ceja en señal de seguridad.

Cruz se volvió a quedar callado, Nao lo miró con un gesto desalentador. Finalmente Cruz dijo que sí.

—Entonces no se diga más, comienzas en dos días.

Nao se quedó pensativo, no entendía por qué le preguntaba eso si ella misma le había pedido conseguir a un ayudante para la vigilancia de los terrenos y la hacienda. Nao se encargaba de pagar a los cortadores de caña, ¿lo iba a meter de su asistente?

—Disculpe, doña Mercedes, pero yo había entendido que quería un vigilante, no un capataz. Me imagino que Cruz me va ayudar a...

Nao salió por la puerta principal y al cabo de unos minutos se escuchó el motor de su coche alejándose de la hacienda. Cruz no sabía qué hacer.

—Te equivocas, Nao —interrumpió «La Leona»—, te pedí eso porque acabo de heredar y no conozco a nadie en la zona que pueda ayudarme. Necesitaba que, de entre tus contactos, me trajeras a alguien que te remplazara.

Nao se quedó estupefacto con la aseveración de su patrona.

—¿Crees que no me he dado cuenta de que me estás robando dinero? —continuó la señora al tiempo que se puso de pie—. Vete ahora mismo y no levantaré cargos, pero si te vuelvo a ver por aquí te mando directo a la prisión.

Nao y Cruz estaban anonadados. ¿Debían correr o debían irse lentamente? ¿Debía Nao decir algo en su defensa, o simplemente aceptar que lo habían descubierto y retirarse con dignidad? ¿Qué tenían que hacer? Nao empezó a balbucear intentando decir algo en su defensa, pero su nerviosismo lo delató. «La Leona» le volvió a pedir que se retirara, así que Cruz y Nao se levantaron del sillón.

—Tú te quedas —irrumpió Mercedes dirigiéndose a Cruz.

Nao salió por la puerta principal y al cabo de unos minutos se escuchó el motor de su coche alejándose de la hacienda. Cruz no sabía qué hacer. «La Leona» lo llamó a su despacho y ahí le pidió que le explicara cómo les pagaba a los trabajadores su jornada. Obviamente Cruz volvió a quedarse callado, miró al piso y no pudo decir absolutamente gran cosa al respecto.

—Justo como lo sospeché, no tienes idea —dijo la dueña de la hacienda.

Cruz seguía mirando al piso y tenía ganas de salir huyendo. Mercedes se puso de pie y sacó de un cajón un enorme legajo; le empezó a explicar cómo hacer las cuentas. Cruz seguía sin entender.

—Poco a poco irás comprendiendo, muchacho —expresó la terrateniente—, este día solo era para conocerte, en el transcurso de la semana te iré explicando más a detalle hasta que aprendas —concluyó esbozando una sonrisa.

Cruz salió a pie de la hacienda, pensaba en cómo le iba a decir a la señora, la próxima vez que se vieran, que él no servía para las cuentas. De momento, vislumbró en la orilla de la carretera el coche de Nao. Cruz se acercó y lo encontró a fumándose un cigarro y mirando hacia el horizonte de la carretera.

—Le vamos a dar en su madre a esta pinche vieja, Cruz. Vamos a mi casa por la pistola y metámosle un susto a la pendeja.

Cruz pateó una vieja lata de refresco e ingresó en el coche. Llegaron al pueblo y se bajaron en la casa de Nao. Dentro de un cuarto, revolotearon el cajón de la exesposa de Carreño y sacaron un par de medias que Cruz separó para ponerse como máscaras. Acto seguido, Nao sacó la pistola que guardaba en una caja de cartón, arriba de unos anaqueles que tenían botellas de aguardiente. Salieron de la casa con dirección a la cantina; ahí pidieron cerveza de raíz hasta que oscureció. A las siete y media Nao dijo a Cruz: «Es hora».

En el camino a la hacienda lo planearon todo, Cruz iba a amagar a «La Leona» y Nao robaría la caja donde tenía el dinero de la paga de los trabajadores. «De mí nadie se va a burlar», expresaba Nao en el camino mientras sacaba el humo de un cigarrillo que había encendido con anterioridad. Cuando llegaron a la hacienda, todo estaba oscuro. Entonces se pusieron las medias en la cara y se internaron sigilosamente.

«La Leona» se encontraba leyendo el periódico local, su ayudante ya se había retirado. De momento la señora sintió cómo alguien la tomaba por detrás, intentó gritar pero solo emitió un sonido ahogado. Era Cruz que la había tomado por el cuello con un pedazo de tela: la estaba ahorcando, aunque esa no fuera la instrucción. En ese momento «la Leona» vio otra figura que se desplazó hacia el despacho, e inmediatamente se escuchó un fuerte ajeteo. «La Leona» seguía intentando luchar por sobrevivir, mientras Cruz la tenía fuertemente asida del cuello. En ese instante se escuchó un estruendo y un grito de auxilio:

—¡Cruz, ayúdame, cabrón!

«La Leona» reconoció la voz y el nombre, así que se relajó y dejó de moverse para que Cruz creyera que ya estaba muerta. En cuanto Cruz vio que la Leona estaba inerte, soltó la tela y fue al despacho. Encontró a Nao aplastado por un enorme librero, había buscado el dinero en la caja donde siempre lo ponía, pero no lo había encontrado. Luego, en su gran estupidez, en su lucha por encontrar esa caja de dinero, se encaramó en el librero que se había venido abajo.

En el camino a la hacienda lo planearon todo, Cruz iba a amagar a «La Leona» y Nao robaría la caja donde tenía el dinero de la paga de los trabajadores.

Cruz arrastró a Nao con mucha dificultad, y cuando estuvieron los dos recompuestos Nao le preguntó a Cruz si había amarrado a la señora. Cruz se quedó mirando hacia dentro y le dijo «Creo que la maté». Nao le dijo, «¿cómo que la mataste?». Cruz respondió, «Ya no se mueve». Nao se quitó la máscara y le gritó:

—¡Eres un idiota!

Cruz también se quitó la máscara y le dijo:

—Hay que buscar el dinero.

Se escuchó un disparo.

Nao se tiró al el piso bramando como animal cazado. La bala le había rozado en el hombro, venía de la pistola de doña Mercedes, quien ahora había aparecido en el despacho con la mirada furibunda y dispuesta a vengarse de una forma tan cruel que, incluso, su marido matón no hubiera podido imaginar.

Cruz se tiró al piso también. Los libros, que estaban dispersos por todo el despacho, se estaban manchando de sangre. Cruz vio que Nao se había incorporado y ahora pedía clemencia a «La Leona»: «No me mate, señora Mercedes, le pago todo con trabajo, pero no me mate, se lo suplico». La señora estaba impávida y ecuánime, miraba a Nao con desprecio, no decía una sola palabra; solo apuntaba su pistola hacia la cabeza de Nao, quien en ese momento solo pensaba que la vida ya se le había acabado.

Entre un tomo de *Memorias del subsuelo* y *Los cuatro jinetes del apocalipsis* se encontraba la pistola que Nao había ido a traer a su casa. Cruz la vio, poco a poco deslizó su mano para alcanzarla y

en cuestión de instantes, sin saber disparar, apretó el gatillo. La bala se impactó justamente en la rodilla de la mujer, quien dio un grito descomunal y cayó al piso herida. El despacho comenzaba a llenarse de más sangre. Así, la Enciclopedia Británica, los cuentos de los tártaros para los pequeños germanos y los Atlas del Mundo Asiático se fueron tiñendo de rojo.

«La Leona» se intentó poner en pie, pero Nao le lanzó en la cara un tomo de *El viaje a ninguna parte* de pasta dura. La señora quedó aturdida y malherida, en ese momento Nao y Cruz salieron del despacho, atravesaron la sala, abrieron la puerta de la entrada y se dirigieron al auto que Nao arrancó de un tirón. Nao estaba preocupado porque los había reconocido, lo único que se le ocurría era escapar de la región.

—¡Ya nos cargó la chingada cruz! —dijo Nao mirando fijamente a la carretera—; hay que buscar la manera de irnos bien lejos porque esa mujer nos va buscar hasta el fin del mundo.

Cruz cerró sus ojos y pensaba que, después de todo, quizá no era tan malo trabajar a lomo pelado en el campo, a lo mejor debía regresar con su tío a pedirle trabajo, pero ya no podía, pues se había metido en un gran problema. Nao llegó al pueblo todo asustado, se bajó en su casa y después de unos minutos salió con una maleta.

—Ve por tus cosas, Cruz, ¿dónde las tienes? ¡Reacciona, cabrón!, qué no ves que tenemos que largarnos del pueblo —exclamó Nao totalmente crispado.

Cruz obedeció y el coche de Nao se fue dejando tras de sí una gran polvareda. Acto seguido Cruz se encaminó a la casa de don Juan y tocó la puerta.

Cruz observó a Nao, no pudo decir nada. Nao resolvió que si Cruz se quedaba, la policía lo iba a pillar, y luego iba a confesarlo todo. Entonces debía hacerlo perdidizo, dejarlo con su compadre Juan, a la salida de Palmerinda, un pueblo lejano en donde nadie lo encontraría. Arrancó y manejó por cinco horas seguidas haciendo algunas paradas para cargar gasolina. Cuando llegó a casa de su compadre se detuvo y dijo a Cruz:

—Bájate y dile a Juan que vienes de mi parte.

Cruz obedeció y el coche de Nao se fue dejando tras de sí una gran polvareda. Acto seguido Cruz se encaminó a la casa de don Juan y tocó la puerta. Una señora de frente ancha y mirada fría le abrió. Adentro estaba don Juan soplándose con una vieja revista de farándula. Cruz le dijo: «Vengo de parte de don Nao Carreño», y don Juan le clavó los ojos de arriba a abajo para después preguntar:

—¿Y ahora qué hizo el pendejo de mi compadre?

Cruz se quedó a vivir con ellos, a los pocos días de estar ahí le confesó todo a don Juan. «Pero entonces, ¿quien tuvo la culpa, tú o mi compadre?», preguntaba don Juan al darle un sorbo a su licor de caña. Así pasaron los días... Cruz ayudaba a don Juan a componer los desperfectos de la casa y a traer las cosas que se necesitaban para la comida.

—Mira, chamaco, quiero te pongas al tiro —expresó don Juan casi un mes después que Cruz viviera con él—. No tarda en venir mi compadre Eulogio, él es mucho más astuto que Nao y tiene planes de asaltar un autobús de lujo en la desviación de Plan del Agua. Necesita gente que lo ayude, así que tú dirás.

Cruz no sabía qué responder, la última vez que había intentado hacer algo ilegal, todo les había salido mal.

—Ora que si quieres irte de jornalero, yo te llevo al campo con mi amigo Apolonio, nada más que ahí te tienes que chingar diez horas y ganar mucho menos, tú dices.

—No, pues yo creo que sí me voy, don Juan —respondió Cruz con cierto miedo. Prefería el riesgo a trabajar, definitivamente.

Dos días antes del asalto llegó Eulogio con su hijo y su sobrino. Los tres parecían cortados con la misma tijera. Tenían la cara curtida, el cabello azabache y la nariz de gancho. Se notaba que eran familia. Se bajaron de una vieja camioneta blanca, traían una metralleta, una pistola y un mapa de la

región. La esposa de don Juan les abrió y platicaron en la sala hasta entrada la madrugada.

—El autobús viene con gente de la capital, así que imaginen que tan repleto ha de estar de cosas valiosas; esa gente se pone oro y viaja con billetes —expresó Eulogio con su bigote canoso bien perfilado.

Su hijo y su sobrino se reían de todo lo que decía el señor Eulogio aunque nada tuviera chiste.

En el camino a la desviación fueron planeando el atraco. Eulogio iba a parar el autobús con la camioneta, mientras que su hijo y su sobrino se iban a bajar con la metralleta y la pistola. Amedrentarían al conductor para que les abriera, y ahí Cruz, junto con el sobrino de Eulogio, iba a recoger todas las cosas de valor.

Llegaron a la desviación y tuvieron que esperar mucho tiempo hasta lograr ver, en la lejanía, un camión azul marino. Eulogio se apresuró a poner la camioneta en medio del camino; entonces se bajaron los chicos con las armas, Cruz venía detrás de ellos.

El autobús se acercó... Disminuyó su velocidad para no impactarse con el vehículo. Justamente cuando los maleantes iban a atacar, antes de que el conductor del autobús les abriera la puerta, se escuchó un estruendo y el hijo de Eulogio cayó en el pavimento con el abdomen cubierto de sangre. Era el conductor que les estaba disparando desde adentro del pulman para impedir que entraran a asaltar.

Eulogio se bajó de la camioneta gritando desfavoridamente. El sobrino, por su parte, comenzó a disparar a diestra y siniestra con la ametralladora mientras que el autobús aceleró y se estrelló con la camioneta. En ese momento se vio cómo el vehículo de Eulogio se desintegraba y quedaba reducido a una chatarra que ahora caía dentro de una cuneta. Cruz presencié todo el espectáculo, y de momento, cuando bajó la mirada, se vio cubierto de sangre. Una bala perdida le había tocado.

El sobrino, por su parte, comenzó a disparar a diestra y siniestra con la ametralladora mientras que el autobús aceleró y se estrelló con la camioneta.

—¡Ya nos cargó la chingada! —gritó Eulogio—. ¡Son todos unos pendejos! —exclamaba con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Miren nada más lo que le hicieron a mi hijo! —gritaba desesperado.

El autobús se había detenido a unos cuantos metros, en cuanto Cruz se percató que las puertas de éste se abrían, decidió lanzarse a la cuneta en donde quedó abrigado por los largos pastizales. Por otro lado, salían del autobús tres hombres uniformados, bien armados y dispuestos a llenar a los malhechores de plomo. En ese instante, Cruz, metido en los pastizales, se dio cuenta de lo que había pasado: aquél no era un autobús de pasajeros, sino de la Policía Federal, era evidente que el color azul marino no pertenecía a la compañía de Autobuses de Lujo del Oriente. De un momento a otro, ya no eran tres policías, sino todo un regimiento totalmente enfurecido. Cruz escuchó un grito ensordecedor y una ráfaga de disparos que parecía no acabar nunca.

Metido entre matorrales, esperó todo el día a que se limpiara el área. Escuchó cuando vinieron los peritos, cuando retiraron la camioneta, cuando se fue el autobús, cuando llegó la ambulancia y cuando declararon muertos a todos. El sol comenzó a ocultarse y ya no quedaba nada en la carretera más que el rastro de sangre seca que había dejado la matanza. Lo único que Cruz pensaba, y que no dejaba de agradecerle al cielo, es haber tenido tiempo de escabullirse antes de que se dieran cuenta de su presencia.

Llegó la noche, Cruz estaba malherido. Caminó por toda la desviación hasta llegar al pueblo. Ahí vio un cruce y un letrero que a un lado señalaba «Ojo chico» y a otro, «Plan del agua»; se apoyó en la señal de la carretera y comenzó a toser. Ahí se hizo consciente de que su cuerpo vibraba intensamente y que el dolor se había extendido hasta la cabeza. «Ya hasta aquí llegué, Diosito», se dijo. Volvió a toser y en ese momento se percató de que escupía sangre. Se desplomó para esperar la muerte... En ese momento una voz femenina se hizo presente.

—¿Pero qué le pasó pobre hombre? —preguntó aquella señorita de piel tersa, ojos de almendra y olor a dulce guayaba.

Cruz no sabía qué responderle, finalmente agregó con un hilo de voz:

—Tu... tuuu... tuuuveeee un accidente.

—¡Madre mía! —empezó a gritar la señorita—. Tengo que llevarte a casa y llamar al doctor del Olmo. ¿Se puede levantar? —inquirió la bella dama al tiempo que Cruz, con todos sus esfuerzos, se puso de pie. La desconocida lo tomó por los hombros y lo llevó renqueando a su casa que estaba a escasos metros del entronque vial.

—Camine despacio —le decía la mujer—, no ve que está usted muy herido.

Llegaron a la casa, la muchacha abrió la puerta con el pie y gritó:

—¡Madre, hay un hombre herido!

Cruz miró alrededor de la grande casa, había algo en ese sitio que le hacía pensar que ya había estado antes ahí: este estampado de las alfombras, ese tipo de muebles, ese color en las paredes, ese olor a libros viejos...

—¡Madre, apresúrate, que este hombre dice haber tenido un accidente, pero está tan mal que no se acuerda de la balacera, ha de ser policía o un pobre cristiano que nada debía! —continuó ululando la joven.

Desde las escaleras, Cruz alcanzó a ver un vestido que bajaba, y un bastón; luego la voz, aquella voz ronca, aquella voz que respondía: «Ya voy», y después, aquella figura fue bajando poco a poco las escaleras, primero ponía el bastón, luego su botín de cuero de jabalí. Entonces Cruz se volvió a encontrar con aquella mirada... Se reconocieron enseguida.

—¡Vete por el doctor del Olmo, hijita! —ordenó la madre de la joven con una sonrisa maligna—, yo ahorita me encargo de darle los primeros auxilios a este pobre hombre herido.

© Adán Díaz Cárcamo

Adán Díaz Cárcamo. Nació en Córdoba, Veracruz, el 23 de agosto de 1984. Es Licenciado en Antropología Lingüística, Licenciado en Lengua Inglesa y Maestro en Comunicación. Ha colaborado en la revista literaria Margen Cero, Resonancias y en Espacio Ulises de España. También ha publicado artículos para la Universidad de Colima y para la Revista de Psicoanálisis y Cultura "Topia". Actualmente trabaja como docente del área de humanidades y colabora con la UNAM en un proyecto sobre Cultura de Paz.

TRÍPTICO DE ÁNGELES

por Manuel Sauceverde

I

Edmundo no estaba dispuesto a matar a un hombre por la espalda, así que hizo un disparo al aire como última advertencia. El ladrón no se detuvo, pero un ángel cayó muerto.

II

Fue de madrugada cuando escuché una voz muy severa que me despertó. *No enciendas la luz*, dijo. Pero no hice caso. Como castigo, el ángel me arrancó los ojos.

III

Un ángel le ordenó a Hyrum que predicara el Evangelio en templos, plazas y mercados, pero a los sacerdotes de Baal no les gustó la competencia. Hyrum fue perseguido, encarcelado, enjuiciado y crucificado. Sufrió durante horas y murió. Nosotros lo bajamos del madero de tormento y le dimos sepultura. Sin embargo, el ángel lo resucitó al tercer día y le exigió que llevara a cabo su mandato: le prometió que nunca moriría. Hyrum no titubeó. Tampoco los sacerdotes cuando volvieron a crucificarlo.

Varios años han pasado desde entonces. Los gritos de Hyrum todavía resuenan en la cima del Gólgota. Al pie de su cruz, un ángel llora.

© Manuel Sauceverde

Manuel Sauceverde. Es Doctor en Economía por la UNAM. Por un lado, ha publicado diversos artículos científicos en revistas especializadas nacionales e internacionales (becario CONACyT 2007-2012 y 2015-2017). Su tema favorito de investigación: el Análisis de Sistemas Complejos y la Economía del Arte. En 2016, el Banco Central de Bolivia (BCB) y Asociación de Pensamiento Económico Latinoamericano (APEL) le otorgaron el Primer lugar en el *Premio Internacional de Documentos de Investigación* "La relación centro-perifería y el rol de los organismos internacionales". Por otro lado, gracias a su constancia y buena suerte ha obtenido algunos premios nacionales de narrativa, poesía y música, entre los que destaca el primer lugar en el *Premio de Cuento de Ciencia Ficción* "Año Internacional de la Física", UNAM (2005). Su obra literaria aparece en las siguientes antologías: *Nuevas Narrativas Mexicanas* (Cuadernos de Foro Universitario, 2009), *Zombies, Resucitados y Otros Seres Extraños* (Goliardos, 2007), *Decapitar de Nuevo a las Estrellas* (Goliardos, 2007), *Una Parca Matemática y Otros Cuentos de Ficción Especulativa* (Goliardos, 2006), *Fantasia Oscura* (Goliardos, 2005), *Diles que no me maten* (UNAM, 2005), *Te llamamos Muerte* (UNAM, 2004), *La graciosa estampa de la Muerte* (UNAM, 2003), *900 años de Universidad 1553-2003-2453* (UNAM, 2003), *Susurro de Muerte* (UNAM, 2002) y *El espacio vive entre los muertos* (UNAM, 2001). En la actualidad estudia Música Tradicional Iraní con Mehdi Moshtagh y es miembro de los ensambles *Didar* y *Setaristas Moshtagh*, los cuales interpretan música persa antigua y contemporánea.

MÁSCARAS

por Antonio Castro Balbuena

Tus pasos resuenan sobre los adoquines húmedos por el agua estancada.

No eres la única. A tu alrededor hay otros, sombras como tú que, en mitad de la noche, ignoran la luz que ilumina sus pies y el fuerte hedor que procede de los canales. Nada más salir del callejón respiras el denso aire de la plaza, cargado de olor a pescado, a carne en salazón, a regaliz, a humedad, a cardamomo, a cedro, a manzanilla, a orines, a sexo y a sudor.

La ciudad es grande y en ella viven otros como tú.

Al torcer la esquina contemplas a la mujer de pechos grandes, muslos fuertes y cabellera de fuego que baila y agita su vestido de volantes ante una muchedumbre de varones, que chillan y gritan enfebrecidos. Te detienes un momento y observas cada uno de los movimientos de la dama: calibras la velocidad exacta a la que levanta la pierna, el cuidado con que mueve las muñecas y la picardía con que balancea los párpados (para dicha y desdicha de cuantos contemplan aquel espectáculo). Ella te sonrío, pero no es una sonrisa cualquiera: es el inconfundible gesto de quien sabe más de lo que debería saber. En su cara, delicadamente maquillada para la ocasión, destacan dos puntos de peltre que vibran y brillan tras la sombra oscura del antifaz. Apartas la mirada y vuelves a andar.

Más adelante encuentras al hombre de la honda, apoyado junto al gran puente. Pese a su mirada sagaz, su barba perfecta y su altura envidiable, le ignoras. No le miras; no hay nada en él que desees. El tipo trata de asustarte, de hacerte reír o de quitarte la vida (¡quién sabe!) pero tú, prevenida —siempre lo estás—, emites una risita decorosa y pasas de largo. No caes en su red.

Al otro lado del canal te topas con la mujer sin labios, que te examina de arriba abajo. Ante la envidia que rezuman sus ojos decides erguirte, orgullosa de cuanto ella ve en ti: tu figura esbelta, tu cabello recién aceitado y cepillado, tu vestido sedoso —pero no más que tu propia piel—, tu aroma a lavanda. Sonríes. Te sabes bella.

Tus pasos te llevan a un lugar extraño, uno que nunca has visitado. En esta zona de la ciudad las sombras son más largas y los charcos, más profundos. Aquí no llegan los ecos de la juerga ni el rumor de las canciones; aquí el único perfume que distingues es el de los excrementos. Hay bultos en el suelo; personas como tú, tal vez. No te detienes, no miras sus rostros, no indagás acerca del motivo por el que están allí. Pero hay otros, seres agazapados que miran y respiran como tú, cubiertos por negros y pesados abrigos mientras atienden a quienes no quieres ver.

Te recoges el bajo del oneroso vestido, aceleras el paso. Tu sonrisa se descompone cuando el agua hedionda penetra en tus zapatos de tacón; tu cuerpo se envara al notar la mirada de aquellos individuos sobre tu cuerpo. Sus ojos escudriñan a tu alrededor, ansían encontrarte desde aquellos rostros de larga nariz aguileña, anteojos y manchas oscuras. Uno de ellos hace amago de levantarse y tú echas a correr. El tacón de uno de tus zapatos se rompe. Tropiezas. Caes. El esmalte carmesí de tus uñas se agrieta y se oscurece con la mugre de los adoquines. Pero no pides auxilio; no sería propio de ti. Así que te levantas y echas a andar, descalza. Pronto aquellos seres quedan atrás. Ya no los ves. No te persiguen. Respiras tranquila.

La prisa y la urgencia te han llevado a una calle sin salida. Las paredes te oprimen; aquí, por vez primera, estás sola. Pero sabes que no es así; sabes que al final de la calle hay alguien más. Una imagen, un reflejo. ¿Has estado aquí antes? Tres tímidos pasos te llevan ante el espejo. Te miras. Ves tus ojos pequeños, tus pómulos redondeados y pálidos, esculpidos por el mejor de los artesanos. Unos labios finos, cerrados y tintados de rosa forman una mueca inmóvil, graciosa y coqueta.

Tus pasos te llevan a un lugar extraño, uno que nunca has visitado. En esta zona de la ciudad las sombras son más largas y los charcos, más profundos.

Sonríes, aunque el gesto de tu rostro no cambia en absoluto.

Una fisura recorre el espejo y, al observarla, tu mirada se topa con el borde de tu propio rostro, bajo tus ojos. Frunces el ceño, aunque el reflejo permanece inmutable. Alzas una mano, te rozas una mejilla sin sentir nada. Suspiras, porque ¿cuánto hace que no tocas tu propia cara? Sí, esa que, en tu interior, sabes que aún posees. Recuerda: ese rostro imperfecto y maculado, de nariz pequeña y puntiaguda, de labios caprichosos que ocultan unos dientes irregulares. Todavía está en tu memoria. ¿Cómo vas a olvidarlo, si es tu rostro, tu rostro de verdad? «No es bello», te dices. Esas cicatrices, esas marcas que la vida ha dejado en él, te recuerdan cuanto has deseado olvidar.

Por eso no quieres verlo. Por eso no quieres recordar.

Uno de tus pies trata de amotinarse, de dar media vuelta; pugna por volver a la ciudad, a los bailes, a las risas, al carnaval. Pero el otro pie permanece, testarudo, sensato. Más arriba tus ojos se clavan en aquella grieta que afea el espejo. Allí donde la fisura acaba hay unos símbolos que llaman tu atención. Alargas un brazo tembloroso, rozas las letras, lees con temor.

No hay alivio más grande que comenzar a ser lo que se es¹.

¿Te atreverás a quitarte la máscara?

© Antonio Castro Balbuena

Antonio Castro Balbuena (1992) es graduado en Filología Hispánica y corrector ortotipográfico y de estilo en la revista *Relatos Increíbles*. Ha publicado distintos ensayos sobre el hipertexto o la literatura fantástica («El videojuego como nuevo producto narrativo», *Tonos Digital*, 2015). También es autor de relatos de fantasía («La princesa cautiva», *Relatos Increíbles*, 2016) y de ciencia ficción («La cruzada de Gabriel», *Narrativas*, 2016).

¹ Alejandro Jodorowsky.

LA CULPA FUE DE GONZÁLEZ

por Ramón Zarragoitia

Charlie regresa a casa vencido por su propia existencia, con la lengua fuera, jodido, con ganas de revancha y un sobre lleno de billetes en la mano.

Esta mañana fue al trabajo temprano. Se afeitó a conciencia. Se dio una ducha corta, abrasadora, tonificante. Después un café de la tarde anterior, un biscote escaleras abajo y el número once: *ronda universitaria y avenida Libertadores*, como siempre, por los pelos. Pero así era la vida hasta esta mañana y Charlie, inmerso en ella como un reo a perpetuidad, se sentía feliz.

Charlie deposita el sobre en el bolsillo de la gabardina. Respira hondo mientras ensaya por última vez lo que dirá: que él no ha tenido la culpa, que la culpa es de la puta crisis que todo se lleva por delante, que él ha servido (porque esa será la palabra que tiene pensado utilizar: «SERVIR»; la lleva impresa en el ADN) a la empresa con abnegación durante estos veinte años... «*Tú bien lo sabes, amor, ¿cuántas tardes te dije que no para quedarme repasando una memoria?, ¿o para cuadrarle los balances de relumbrón al Jefe de Departamento González? El hijo de puta de González: por fin me quitó de en medio...*»

Entonces principia el teatro de la vida. La casa está oscura y silenciosa. El corredor aparece limpio: un tubo de marcos marrones con hojas cerradas. Al fondo a la izquierda una puerta a medio cerrar. Al fondo a la izquierda una puerta a medio abrir. Charlize debería estar en el mercado. Como cada mañana, se la imagina comprando productos frescos con los que guisará su cena. Sin embargo, puede verse una rendija de luz amarillenta. Charlie presiente a su esposa en la habitación. Calla avergonzado. Su mano, instintivamente, vuelve al bolsillo de la gabardina y extrae el único tributo de consolación, de súplica clemente, que podrá ofrecer. Charlie M. Strogoff y su salvoconducto de estraza tamaño monarca.

Charlize debería estar en el mercado. Como cada mañana, se la imagina comprando productos frescos con los que guisará su cena.

Lorem ipsum dolor sit amet... Sí y aun con ello, al llegar al dormitorio, Charlie será hoy despedido por segunda vez: Charlize degusta el inmenso falo de un tipo morocho. Lo hace desaparecer por turnos en el interior de la boca, saboreando fluidos, violando sus propios dientes y unas comisuras que parecen no dar de sí ante el tamaño y el brutal empuje del aparato del tipo. Lo peor no es la sumisión de ella ni la forma en que él, retorciéndole el cabello cobrizo, la obliga a tragar y tragar, sino que el sobre se le ha caído al suelo.

Pobre little-Charlie, ya ni siquiera el odio te asiste. No sientes deseos de venganza. No te atormentan las ganas de abrir la puerta mediante un patada de *Kung Fu*, de penetrar en el cuarto como una tromba cuchillo en mano, clamando justicia y amenazando con el más trágico final, mientras el semen gotea por la boca entreabierta de ella y el morocho trata de cubrirse con alguna almohada. Pero el cornudo sentirá un infinito placer. *No kidding*. Para cuando se dé cuenta, llevará un buen rato espionando y acariciándose por encima del tergal de laburo y su tan discreto miembro habrá tomado el control del personaje. *¡Oh, Goodness!* Charlie el generoso, el redentor, Voyeur de diario, adorador de ídolos superdotados a quienes todo ofrendar.

Así es como entra en escena: discretamente. Charlie alivia el nudo de su corbata mientras se libera de la gabardina y los zapatos sin cordones. Ante el gesto incrédulo del morocho, cuyos ojos de rana declaran vencedor al placer por encima de la alarma, se arrodilla junto a su amada esposa y comienza a lamerla por detrás... *¡Bravísimo!*... El escenario se ha convertido en un gran ballet. La coreografía parece mil veces ensayada. Todos llegan a tiempo a sus posiciones y el ritmo, la cadencia, el puro equilibrio preside esta representación. Ahora el trenecito. Después algo más osado:

Double-Trouble, figuritas en balance, ¿qué tal un intercambio de papeles, ah?

El Cholo se está duchando. Utilizará el jabón de Charlie y se secará con la toalla que lleva grabadas sus iniciales. A continuación tomará café negro en su propia taza, se despedirá de Charlize con un beso en la boca y de él con un «Celebro conocerle», seguido por un vigoroso apretón de manos.

Charlie y Charlize se observan en la cocina. Están sentados alrededor de la mesa de fin de semana, la que apenas utilizan en días de labor —pues sus horarios no se lo permiten—. Ambos se miran con una mezcla de: pudor, alivio, deseo y remordimiento. Él ha traído un sobre repleto de dinero. Ella un triángulo a sus vidas. Él ha puesto un punto y final. Ella ha añadido un nuevo párrafo al guion del drama.

Habla Charlie. Demanda cierta información. Pregunta por el tipo: cómo se llama, de dónde es, cómo se conocieron, si hace mucho tiempo que...

Charlize fuma un tanto ausente. Piensa, «¡Hey, fíjense qué lustre de labios! A lo mejor deberían inventar una nueva crema para pieles reseacas. Quizás a base de esperma... de morocho». También se ha duchado, se cepilló los dientes y aparece renovada y vigorosa, aunque sin muchas ganas de conversar. Concluye que todo se ha solucionado de la mejor manera posible. No obstante, también se pregunta cómo continuará aquel guion ahora que son tres y la línea ya no discurre equidistante sino que podría tender a formar ángulos obtusos.

Él ha traído un sobre repleto de dinero. Ella un triángulo a sus vidas. Él ha puesto un punto y final. Ella ha añadido un nuevo párrafo al guion del drama.

«¿Habré gritado?», Charlie despierta de golpe. Descubre que Charlize sigue a su lado, durmiendo plácidamente mientras el digital de color verde señala las 3:07. No puede evitar contemplarla durante unos instantes. Ella, con su cuerpo de diosa, con su sexo lúbrico y generoso, con sus pechos de *Surgery*. En más de una ocasión la había poseído así: entre sueños; tanteando primero por debajo de las sábanas; acariciando su vientre plano y descendiendo después por el camisón de seda. Buscaba un cambio en su respiración, una pregunta soñolienta, un «ahora no, querido, estoy cansada». Pero ella siempre se dejó hacer, incluso toleró de buen grado el que él la cambiara de postura y lentamente la hiciera suya sin llegar a despertar. «Anoche me vine en sueños», dice hoy durante el desayuno. Él pregunta interesado, «¿Y con quién fue esta vez, con el comercial de TV por cable, con el muchacho rubio del *Supermarket*?... No me lo digas: con el morocho».

Charlie escucha por enésima vez la historia del morocho y su polla de hierro. El morocho brutal e incandescente que se te clava como un electrodo en las entrañas y te arranca el puro placer. Charlie es ahora un onírico potentado.

Diez treinta. El *Building*. Charlie se excusa con un recado. El prelude implica tomar un grueso portafolios, introducir en él varias cuartillas sin firmar y abandonar el laburo para llevar a cabo un par de gestiones que (todos desconocen) se efectuaron la víspera a última hora.

Diez treinta y tres. La avenida es un hervidero de trajes y autos. El sol broncea las fachadas, los metales, las pieles. Charlie ha abandonado corriendo la oficina. Ni siquiera tomó el ascensor. Siente el tacto rugoso del cuero entre sus manos.

Diez cincuenta y cinco. Charlie llega jadeando a la puerta del motel. Se detiene ante un escaparate contiguo, una óptica, y a través de la luna reluciente contempla de reversa a los viandantes. Un segundo más tarde, con un gesto natural mil veces acometido antes, consulta los mensajes en su celular. Tan solo le interesa uno, el de cada martes a la misma hora. Hoy dice: 405.

Diez cincuenta y ocho. Charlie acaba de atravesar el hall con la cabeza bien alta. El ascensor lo espera premonitorio, con las puertas abiertas y el teclado iluminado en azul. Pulsa el botón que enmarca el número cuatro y aguarda el zumbido. Suele marearse en el elevador.

Diez cincuenta y nueve. Cuarta planta. Pasillo desierto. Al llegar a la tercera puerta de la mano

izquierda, Charlie descubre una rendija. Su reloj señala las once con un pitido y es entonces, con precisión de opereta germánica, cuando por fin vuelve a salir a escena.

Acto final. *No Way Out*. Charlie empuja suavemente la hoja de madera y aluminio. «Click»; el mecanismo da fe de que están solos. El *Máster-de-los-Mandados* se despoja de su otra vida a lo largo de los escasos tres metros de corredor que lo separan del pie de cama. Inspira hondo y manipula varias veces el cuero de su propio portafolios, cerciorándose a cada embestida de que se retrae apropiadamente.

Es entonces cuando *Big Mouth (Like a rolling stone)* dobla la breve escuadra que forma la pared del baño. Sobre una gran cama sin revolver descubre a su morocho: un guiño de ojo marrón a modo de bienvenida; un contundente falo enhiesto, con su glande violáceo y gotitas de fluido pringoso resbalando hacia los costados; y la sonrisa de Charlie que se dilata de rodillas para recibir la puritita medicina...

Todo ello detrás de una nueva puerta y les aseguro que esta vez no se tratará de ningún sueño.

© Ramón Zarragoitia

Ramón Zarragoitia (Gorliz, Vizcaya, 1970). Urbanista de formación, reparte su tiempo entre la Literatura y la Filología. Ha publicado la novela breve *Me miro al espejo... y me gusta lo que veo* (Groenlandia, 2013) y el libro de cuentos *Epistolario de un soñador* (Letras Cascabeleras, 2014). Su obra ha recibido algunos reconocimientos, como el Fundación Imprimátur o El Encierro de San Sebastián de los Reyes de relato. Entre otras, ha colaborado con las revistas literarias: *Periplo*, *Excodra*, *Agitadoras.com* o *La Bolsa de Pipas*. Mantiene el Blog **SCRIPTUM, Despacho de letras**.

Yuri Herrera

Actopan (México), 1970

https://twitter.com/yuri_herrera?lang=es

* * *

Estudió Ciencias Políticas en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y la maestría en Creación Literaria en la Universidad de Texas, en El Paso (UTEP). Es Doctor en Lengua y Literatura Hispánicas en la Universidad de California, en Berkeley, y editor de la revista literaria *El perro*. Su primera novela, *Trabajos del reino*, obtuvo en 2003 el Premio Binacional de Novela Border of Words y convirtió a Herrera en uno de los escritores latinoamericanos más prometedores. La novela, editada también en España (Periférica, 2008), recibió el Premio 'Otras Voces, Otros Ámbitos', a la mejor obra de ficción publicada en España, por un jurado de 100 personas, entre ellos, editores, periodistas y críticos culturales. Su segunda novela, *Señales que precederán al fin del mundo* (Periférica, 2009) fue considerada como la confirmación de uno de los jóvenes escritores mexicanos más relevantes en lengua española, comenzando a traducirse sus libros a numerosas lenguas. En 2013 publicó su tercera novela, *La transmigración de los cuerpos* (Periférica). Herrera también se ha desempeñado como profesor de Narrativa y de Teoría literaria en el departamento de Letras de la Universidad Iberoamericana, Ciudad de México, y del departamento de Lenguas y Estudios Culturales de la Universidad de Carolina del Norte, en Charlotte. Ha publicado cuentos, artículos y ensayos en *El Financiero*, *Etcétera* (México), *La Voz* (Argentina), *Border Senses*, *Rio Grande Review* (El Paso, Texas) y *Lucero* (Berkeley, California), entre otros medios. En 2007 publicó el libro para niños *¡Éste es mi nahual!*

* * *

Entrevista

NARRATIVAS: *¿Cómo resumirías tus comienzos literarios y el camino recorrido hasta ahora?*

YURI HERRERA: Escribo desde hace mucho, pero publico poco. Tres novelas, dos relatos para niños, cuentos en libros y revistas, ensayos, artículos. Me sorprende y me siento muy agradecido cada vez que conozco a alguien que ha leído alguno de mis textos. Éste es un oficio solitario y con frutos a largo plazo, y eso está bien.

N.: *Tus novelas se desarrollan en contextos que podríamos denominar de alto contenido político (el narcotráfico, las hostilidades fronterizas, los conflictos sociales). ¿Es importante para ti abordar tus historias en espacios reconocibles, que tengan relación con el México actual?*

YH.: Yo diría sobre todo que es inevitable. En el México actual, independientemente de cuál sea el tema que organiza tu escritura, los conflictos sociales están condicionándola. Quien piense que su escritura está a salvo de lo social simplemente está asumiendo una posición conservadora sobre la realidad.

N.: *Otro aspecto característico de tus trabajos es el lenguaje, abundante en giros y expresiones populares, no solo en lo que a los diálogos se refiere, sino también a la propia descripción literaria. ¿Hay alguna intención más allá de la construcción de la atmósfera narrativa en esa aproximación a las formas más cotidianas del habla?*

YH.: Para ser preciso hay que echar mano de todas las herramientas que tengamos a mano, sin preocuparnos demasiado por la cualidad «popular» o culterana del lenguaje al que tenemos acceso. A fin de cuentas, estas expresiones se convertirán en otra cosa en el texto literario.

N.: *Se han señalado algunas similitudes de tu novela Señales que precederán al fin del mundo con la obra de Juan Rulfo Pedro Páramo. Cuando la escribías, ¿eras consciente de la existencia de esos puntos en común o preferías centrarte sin más en la construcción de la historia, ajeno a cualquier otra cuestión adyacente?*

YH.: No, no estaba pensando en ningún libro en particular, ciertamente no en *Pedro Páramo*; si lo hubiera hecho nunca hubiera podido escribir la novela.

N. *En tus tres novelas publicadas hasta la fecha, el tema de la violencia aparece casi como una constante que condiciona permanentemente a los personajes. ¿Qué aspectos del ser humano te interesa abordar en tus libros?*

YH.: No tengo una agenda preestablecida, más bien en cada libro voy descubriendo algunos temas, o voy descubriendo que de manera inconsciente he estado volviendo sobre un mismo conjunto de temas. Entre ellos está el de la dificultad para entender al otro y la posibilidad de construir un puente para lograrlo.

N.: *¿Qué te gustaría que el lector encontrase en tus libros?*

YH.: Cada lector hace lo que puede con cada libro, es ingenuo creer que podemos controlar todos los sentidos posibles de una obra. Eso es lo que hacen algunos redactores de *papers* que se improvisan como novelistas o como poetas, y por eso sus libros son de una banalidad soporífera. Lo que sí es posible es abrir la discusión sobre ciertos temas, sobre ciertas imágenes y ciertas zonas del lenguaje. La literatura no es responsable de crear ciudadanos buenos o malos, pero sí ofrece herramientas para pensar críticamente el mundo. Lo que cada cual haga con esa herramienta ya es otra cosa.

N.: *¿Qué importancia le das al estilo a la hora de escribir?*

YH.: El estilo es lo que define la escritura literaria, no es un detalle complementario, sino lo que define estética y políticamente una obra. Eso que llamamos estilo es una suma de decisiones que suponen cierta manera de mirar el mundo, de afirmar quiénes son sus protagonistas, de enfatizar qué partes de él nos definen.

N.: *¿Qué hay en la cabeza de Yuri Herrera antes de ponerse frente a una hoja en blanco? ¿Cómo concibes tus historias?*

YH.: Voy tomando notas todo el tiempo, sobre temas que me interesan, palabra que me gustan o que pueden ser utilizadas de manera diferente, sobre anécdotas que escucho. Eventualmente, todas estas notas van acomodándose en proyectos coherentes.

N.: *Como lector, ¿cuáles serían tus preferencias en el terreno de la narrativa en español y tus autores favoritos?*

YH.: Bueno, ésta es una lista que cambia todo el tiempo. Cada tanto vuelvo a la *Celestina* y a *La plaza del diamante*, de Mercé Rodoreda, por ejemplo, y a la poesía del grupo de los Contemporáneos. De lo que se hace actualmente me gusta mucho Claudia Hernández, Pilar Quintana, Carlos Yshimito, Elvira Navarro, Iris García Cuevas, Wilmer Urrelo, Liliana Colanzi, entre muchas más.

N.: *Por último, ¿en qué proyectos literarios está ahora trabajando Yuri Herrera?*

YH.: Estoy en un libro de cuentos que de manera muy laxa se relaciona con el género de la ciencia ficción, y avanzando en la planeación de la siguiente novela.

* * *

EL ORIGEN DE LAS ESPECIES *

por Yuri Herrera

—No voy a estar encerrado.

—No.

—Y no voy a estar a tiro.

—Así es.

—Y voy a tener una nueva identidad.

—Sí.

Se volvió hacia el metro y medio de tubos, colchón y buró en el que se pudría desde el arresto. Más que el catre o el bulbo con manchas hepáticas colgando del techo, lo que más lo deprimía era la elaborada carpetita de plástico sobre el buró. Por el rabillo del ojo pudo ver de nuevo la sonrisa torva que ponía el agente Félix cuando no lo miraban de frente: como si desapareciera todo él y sólo quedaran sus colmillos afilados y brillantes resplandeciendo ante el sufrimiento del mundo. Aún así, pensó, qué tanto más podían humillarlo.

—Vamos pues —decidió—. Que sea lo que tenga que ser.

El agente Félix le ordenó arrejuntar sus cosas, pasaría por él en la mañana para llevarlo a su nuevo alojamiento y de ahí a su nuevo trabajo. Tardó un minuto en meter en una bolsa los tres pares de calcetines y las dos camisetas que le había traído aquél tras detenerlo. No es que antes tuviera mucho; tenía información, pero cuando les dio eso se había quedado sin nada.

Apagó el foco pero tardó mucho en quedarse dormido: pensaba y pensaba en qué nombre le darían, a qué ciudad lo mudarían; y en sentir el sol en la cara después de tanto encierro.

Por la mañana vino el agente Félix a recogerlo.

Sólo ahora descubrió que el cuarto donde semanas atrás lo habían llevado con la cabeza cubierta estaba en un hotelucho de nombre «El recelo». Consideró un buen augurio que ya no le cubrieran los ojos. Pero lo desmintió la visión de su nuevo domicilio: un edificio tan decrepito como el otro, sólo que sin cartel que prestigiara su fachada. Era tan de poca monta para ellos ahora que ni siquiera lo habían mudado de ciudad.

Apagó el foco pero tardó mucho en quedarse dormido: pensaba y pensaba en qué nombre le darían, a qué ciudad lo mudarían; y en sentir el sol en la cara después de tanto encierro.

El agente Félix lo escoltó a su habitación en el tercer —y último— piso. Era una habitación apenas un poco más grande y un poco menos oscura que la última. Sobre la cama reposaba el cuerpo exánime de un animal enorme. Dio dos pasos hacia él pero antes de que pudiera preguntar nada el agente Félix dijo:

—Vístete. No vas a llegar tarde en tu primer día —y cerró la puerta.

Se acercó. Era un disfraz de oso, con garras creíbles pero cabeza de caricatura, redonda, esponjosa, labios rosados y estúpidamente alegres. Partes del peluche estaban mengambreadas de sepa qué dulce o qué baba pretérita. Sintió una inyección de adrenalina rogando *Escápate de cualquier manera*, pero desapareció con el manotazo del agente Félix en la puerta: «¡Es para hoy!»

Se puso el disfraz. Olía a polvo y a sudor, pero no ese sudor de cuando el cuerpo se agota con otro,

* Este cuento fue escrito para acompañar la exposición "Desastre natural", de Alberto Baraya y Jonathan Hernández, y apareció en un libro del mismo título. Asimismo, forma parte de la recopilación *Talud*, publicada por Literal Publishing en 2017.

sino un sudor que era como la secreción de algo que chirriara. Metió su cabeza en la cabeza de peluche y sintió que el aire se espesaba. En vez de resistirse, aspiró profundamente y salió. Lo más notable al empezar a caminar dentro de la botarga no fue que se sintiera ridículo, sino que se sintió en verdad seguro, de una manera que lo entristecía mucho.

Afuera esperaba una van. Y dentro de la van, cinco animales sentados. Un panda, una ardilla, un tigre, un elefante y un pato. En silencio. Subió. Nadie dijo nada durante el trayecto. El Panda, en el asiento del pasajero, se volvió a mirarlo un par de ocasiones. Su cabezota también tenía labios rojos y también se veía contento. O contenta. El Tigre, a sus espaldas, se sorbía los mocos cada tanto. Una vez que llegaron, el agente Félix abrió la puerta y dijo:

—Un día más en el paraíso, criaturitas del señor.

Dejó salir a los otros pero antes de que él bajara le dijo:

—No te quitas el traje en todo el día. Si quieres comer, ahí tienes un cierre arriba, si quieres mear, ahí tienes un cierre abajo. Y no hay ninguna pinche razón para que les dirijas la palabra a los demás. ¿Entendido? —salió de la van sin esperar respuesta y luego, con un gesto dramático y esa sonrisa de puros colmillos, dijo—: Corre, muchacho, eres libre.

Afuera del baño de las mascotas encontró a una señora muy maquillada y muy formal empinándose una botellita de coñac. La señora lo observó un momento, pero fue casi un accidente: apenas se la daba, dejó de prestarle atención y siguió bebiendo.

Era un jardín de fiestas enorme, con albercas para los adultos y chapoteaderos para los niños, juegos mecánicos para unos y barra libre para los otros, canchitas de tartán, pantallotas de plasma, prados absurdamente podados al ras y lonas para refugiarse del sol.

Su labor principal, de él y los otros, era pasear entre las carpas, ayudar a los escuincles a subirse a los juegos y cuidar que no se rompieran la cara. Pero también debían celebrar a los clientitos cuando hacían alguna gracia. Y aguantar patadas y jaloneos sin queja.

En algún momento de la mañana levantó la vista y observó a sus colegas dando esos pasos torpes como de bestia a punto de caer; lo excitó la idea de abrir un cierre para romper la prohibición de comunicarse. Imaginó una orgía interespecies como una forma de desquite al terminar la jornada: el Panda montando al Tigre, o la Panda a la Tigresa, quién sabe, el Elefante y la Ardilla en un sesenta y nueve largamente obstaculizado por la evolución; nada más los sexos al aire libre y sólo rugidos y chillidos y barritar. Se descubrió tocándose la verga por encima del traje hasta que dos niños apuntándole con un dedo le reventaron el ensimismamiento.

Lo salvó el grito de una niña que se cayó de las barras simétricas. Se acercó el «coordinador de mascotas» y les dijo que pusieran mucha atención, no quería ver más clientes lastimados. Anduvo con las orejas alzadas y la nariz alerta por un rato, luego fue a mear.

Afuera del baño de las mascotas encontró a una señora muy maquillada y muy formal empinándose una botellita de coñac. La señora lo observó un momento, pero fue casi un accidente: apenas se la daba, dejó de prestarle atención y siguió bebiendo. El Oso entró al baño, se abrió el cierre, comenzó a orinar. De pronto descubrió que en uno de los compartimientos al fondo había un par de pies en posición vertical. Se hizo un poco hacia atrás y descubrió a un padre de familia hincado frente a otro. El que estaba de pie reparó en él, pero tampoco por más de una fracción de segundo, entreabrió los ojos y los entrecerró sin importarle el animal.

Salió del baño. La mujer del coñac se había ido. Un poco más allá estaba el Pato, o la Pata, fumando un cigarro por el cuello, como si se hubiera provocado enfisema en un estanque. Jalaba humo y luego echaba los dos cuellos hacia atrás y lo expulsaba. Decía Aah, con cada exhalación. Oso se quedó ahí unos minutos, con los enormes brazos caídos, observándola. Luego se fue a atender a los niños.

Al terminar el día, el «coordinador de mascotas» los llevó a un cuarto con bancas de madera y les dijo Aquí se esperan. Eso hicieron todos, sentarse, resollar, callar. Al Oso ni le pasó por la cabeza lo que había fantaseado más temprano. Estos eran animales rendidos.

Llegó el agente Félix. Abrió la puerta del cuarto y se quedó mirándolos desde el quicio.

—¿Qué? ¿Contentos? Cómo no van a estarlo.

En la camioneta, el Oso empezó a revolverse dentro del traje, las piernas le brincaban, la piel le ardía. Se alzaba y se encogía de hombros, estiraba los brazos. El Panda, la Panda, se volvió hacia él. Los grandes ojos inexpresivos enmarcados en negro miraban en su dirección.

—Si hoy no te lo quitas para dormir, al segundo día cuesta menos trabajo acostumbrarse —dijo.

Luego se volvió a mirar al frente.

El agente Félix no se había inmutado por el intercambio de palabras. El Oso quería se volviera, que lo mirara, que los reprendiera por haber hablado. Odiaba imaginar la sonrisa torva al otro lado de la nuca.

© Yuri Herrera

50 AÑOS DE *TRES TRISTES TIGRES*, DE GUILLERMO CABRERA INFANTE

por Pedro M. Domene

Guillermo Cabrera Infante era un joven diplomático cubano destinado como agregado cultural en Bruselas cuando en 1964 ganaba el Biblioteca Breve de Novela por *Vista del amanecer en el Trópico*. De vuelta a Cuba para asistir al funeral de su madre, la Seguridad del Estado le espera, aunque el narrador ignora por qué motivo se ha convertido en un contrarrevolucionario. Retenido en la isla, la única forma de salir del país era atender a una petición de su editor español, Carlos Barral, que reclamaba su presencia en la ciudad condal para corregir las pruebas del libro. A su llegada a Barcelona, el escritor encuentra que la censura española ha prohibido su novela, y Barral le confiesa que el único recurso posible es reescribir el libro, cambiarle el título y presentarlo otra vez al censor. Cabrera Infante trabaja intensamente, e intenta que *Vista de amanecer en el Trópico* acabe siendo un libro diferente que, en una nueva versión, se titulará *Tres tristes tigres*, aunque el cubano en un fervoroso y apasionado trabajo se viera obligado a reescribir 300 de sus más de 450 páginas¹.

TRES TRISTES TIGRES

La crítica especializada ha reconocido en *Tres tristes tigres* (1967)² una obra cuyo lenguaje desempeña un papel importante, sobre todo el hablado porque, desde sus comienzos, Cabrera Infante definió uno de sus propósitos primordiales, «convertir el lenguaje oral en un lenguaje literario válido», trasladarlo desde un plano artístico, a uno eminentemente literario. Este, sin duda, es el mayor logro de esta primera novela cubana, y tendrá una importancia innegable para el futuro de la narrativa hispanoamericana cuando junto a otras propuestas se cumpla ese proceso de autoliberación de algunas de las trabas del viejo realismo, y un hecho que ampliaba las fronteras de la realidad, o ponía en tela de juicio la existencia de la autenticidad misma. Los autores necesitaban encontrar nuevas técnicas, otras formas de narrar que alejaran al autor de un narrador omnisciente, confiado en su visión de un mundo comprensible desde un punto de vista racional.

Tres tristes tigres ofrece un compendio de varios registros de la lengua hablada en La Habana, en un determinado momento de los años 50, que explota la lengua coloquial y recurre a los recursos del humor que para Cabrera Infante consiste en no tomar nada en serio, y que él mismo emplea con bastante profusión en su texto. La deuda del narrador cubano con algunas novelas precedentes es innegable: *El juguete rabioso*, de Arlt y *Rayuela*, de Cortázar, y se repite en obras como *Cien años de soledad*, de García Márquez, *Pantaleón y las visitadoras*, de Vargas Llosa, o *Palinuro de México*, de del Paso. «*Su prosa —declaraba Mario Vargas Llosa— es una de las creaciones más personales e insólitas de nuestra lengua, una prosa exhibicionista, lujosa, musical e intrusa, que no puede contar nada sin contarse a la vez a sí misma, interponiendo sus disfuerzos y cabriolas, sus desconcertantes ocurrencias, a cada paso, entre lo contado y el lector, de modo que éste, a menudo, mareado, escindido, absorbido por el frenesí del espectáculo verbal, olvida el resto, como si la riqueza de la pura forma volviera pretexto, accidente prescindible el contenido.*»³

La novela ensaya una serie de conversaciones entre gentes de La Habana que pertenecen al mundo marginal de la vida nocturna: personalidades de la televisión, cantantes, músicos de jazz, hijos e

¹ Barcelona Seix-Barral, 1967; Col. Biblioteca Breve, 252; 451 pp. + índice.

² Barcelona, Seix-Barral, 2017; Ed., Conmemorativa 50º Aniversario; 517 págs. + ilustr.

³ Mario Vargas Llosa – Cabrera Infante, *HACER* (The Hispanic American Center for Economic Research).

hijas de ricos, fotógrafos, personajes de la vida nocturna. Hablan la jerga jazzística, el afrocubano, el *petit bourgeois*, y alguna una visión característica de otras muchas hablas. En su centro hay un grupo de intelectuales, y todo ello no pasaría de ser un juego si no nos diera una imagen de lo que efectivamente era la cultura cubana en 1959, la cultura bastarda de una isla dependiente de los norteamericanos, donde el «Spanglish» ya era otro de sus idiomas, y esa constante comercialización norteamericana que aportaba una cultura del consumidor que se sobreponía a todas las demás aspiraciones. Cabrera Infante incluso se permite parodiar a algunos de los «literatos» —Carpentier, Lezama Lima y Guillén— cuyo estilo culto y exquisito parece absurdamente fuera de lugar si se compara con la degradada realidad vivida en la ciudad, o en el resto de la isla. Uno de los personajes principales, Arsenio Cué, es muy aficionado a hacer retruécanos y a jugar con las palabras; de su actitud, la cultura europea percibe la mascarada de un cubano degradado.

Cabrera Infante intenta que su novela ilustre el subdesarrollo literario, la visión de una isla consumista que honra de boquilla a grandes nombres de la historia y de la cultura universal, pero se resume en simples nombres, y nunca forma parte sustancial de las vidas de las gentes, aun cuando se trate de intelectuales. Una cultura que parece, o viene impuesta por la hegemonía económica de los Estados Unidos, porque la otra resulta un débil intento de resistir a esa supremacía. La lengua cubana no existe, y por lo tanto no existe tampoco una tradición, se perciben exclusivamente las influencias extranjeras y las abundantes jergas. La brillante novela de Cabrera Infante ilustra una actitud que los novelistas contemporáneos han heredado de los modernistas, la sensación de que existe un abismo cultural entre ellos y su público; y en la misma proporción sugiere que no hay cultura cubana si se exceptúa un reflejo grotesco de la civilización europea y norteamericana, actitud que solo conducirá a la desesperación. Lo curioso: el humorismo de Cabrera Infante que rara vez echa mano de situaciones cómicas, ni le interesa la sátira; se trata de humorismo casi exclusivamente verbal puesto que lo esencial para el narrador cubano es «la alteración de la realidad hablada» que alcanza su punto máximo en el personaje de Bustrófedon, capaz de forjar geniales trabalenguas y retruécanos lingüísticos, es un coleccionista de graffitis y partidario de la conversación como la única forma literaria.

Sus personajes no son esos hombres y mujeres, ni siquiera muestra las desventuras de aquellos que el escritor escogió para contar una historia, o convertirlos en un mito. Sus héroes son la nostalgia, la literatura, la ciudad, la música y la noche y, a veces, esa forma de arte muy importante durante toda su vida y que, de alguna forma, parece reunir las en una sola visión, sobre la que siempre escribió el cubano: el cine. La noche habanera, tanto la insular como la urbana protagonizan esta novela y parece que todas las noches quieren fundirse o se funden en la sola, esa larga noche del libro, que al final comienza a vislumbrarse como esa vista del amanecer, lenta y reveladora. Cabrera Infante desgana en estas páginas varios de sus amores, de sus obsesiones, de sus temas: Cuba, el inglés, la literatura, la jerga de la ciudad, las habaneras, el cine de día, la música total, y también la nostalgia y el calor de la noche.

LA EDICIÓN DEFINITIVA

Esta edición, que conmemora el 50.º aniversario de la publicación de *Tres tristes tigres*, incluye un texto del autor inédito en España que explica el proceso administrativo que sufrió la obra, postergando su publicación desde que recibiera el Premio Biblioteca Breve en 1964 hasta febrero de 1967, acompañado del expediente de la censura. Cabrera Infante escribió «Lo que este libro debe al censor» como prólogo a la primera edición íntegra, sin censura, de *Tres tristes tigres*, que se publicó en Venezuela en 1990 por la editorial Ayacucho, y posteriormente fue restituida en la edición de la editorial Seix-Barral que aparecería definitivamente en 1994. La edición incluye documentos oficiales en los que la censura informa sobre *Vista del amanecer en el trópico* en 1964, y sobre *Tres tristes tigres* en 1967.

El libro es una extensa y amarga elegía sobre la juventud perdida o sobre la pérdida de la ilusión del amor. Y, tal vez, por eso la nostálgica evocación de ese mundo pop de La Habana de los años 40

forma parte del «divino tesoro» de toda una generación dentro y fuera de Cuba, y en esta novela de Cabrera Infante llega a tener una resonancia mucho más amplia.

© Pedro M. Domene

Pedro M. Domene. Nació en Huércal Overa (Almería) en 1954. Profesor de Lengua y Literatura. Colabora asiduamente en publicaciones literarias especializadas de España, México y Estados Unidos. Crítico literario en el suplemento Cuadernos del Sur del diario Córdoba y en las revistas Mercurio, Turia y Literal, Latin American Voices (Houston). Autor de varias antologías y publicaciones sobre narrativa contemporánea, *Narradores españoles de hoy* (1997), *Lo que cuentan los cuentos* (2001), *Microrrelato en Andalucía* (2008) y *Disidencias (en la literatura española del siglo XX)* (2010). Ha reunido sus ensayos en el volumen *Imposturas* (2000) y publicado obras de ficción para jóvenes como *Después de Praga nada fue igual*, II Premio de Narrativas Juvenil *Los Pedroches*, *Conexión Helsinki* (2009) y *Las ratas del Titanic* (2014). Acaba de publicar la novela *El secreto de las Beguinas* (Editorial Trifaldi, 2016).

MUERTE ANUNCIADA DE UN PERIODISTA *

por José Luis Muñoz

Querido Javier, bato. Te asesinaron los cobardes, los que siempre quisieron silenciarte en ese bello y querido México que conozco un poco y al que ya no me atrevo a volver y menos ahora que tú ya no estás en él. Ese México excesivo de Juan Rulfo, el que huele a mezcal bajo el volcán de Malcom Lowry, que lleva siglos rindiendo culto a la muerte y en ello sigue. La noticia de tu muerte me llegó a media tarde por Meli Suárez y Jose Cabolugo, nuestros buenos amigos de Gijón que son como nuestros hermanos. No te vi muerto en ese momento sino vivo, sonriente, afable y cercano, compartiendo sidras con nuestros amigos de Gijón, hace algunos años. Bebías sidra como los buenos asturianos, cogiste bien el rito de ir pasando el vaso y apurar de un solo trago su contenido. Alababas la tortilla de patata, esos pinchos excelentes que nos iban dando, para que ese vino de manzanas no nos jodiera el estómago. Hablamos de literatura, de comida mexicana, de la maldición de Moctezuma, del México que yo vi y el que tú vivías, ese país que lleva sangrando desde hace tantos años y no hay manera que deje de hacerlo y taponar sus heridas. Eras un héroe, Javier, aunque, como los de verdad, no alardearas de ello. Te sentías obligado a denunciar porque no debías callar lo que veías pasar a tu alrededor, pero en Gijón, en esa Semana Negra, estabas tranquilo, no tenías que girarte en la silla, ni sentarte de cara a la puerta de entrada, no estabas en la peligrosa Sinaloa en la que has vivido y muerto.

México, Javier, se está convirtiendo en una fosa común para periodistas y tú eres el último arrojado a ella, y temo por los que quedan allá y siguen tu senda, denunciando la violencia, la corrupción, la policía inepta y cómplice con el delito, los políticos delincuentes en connivencia con los carteles. México, después de Siria, es el país que más vidas de periodistas se cobra. Ejercer de periodista en México es como ir al campo de batalla desarmado.

Seguro, aunque nunca lo dijiste, que tú ya habías imaginado que este, el que has encontrado hoy, podía ser tu fin, que unos sicarios pondrían fin a tu vida para silenciarte, que un día u otro te ibas a encontrar con ellos, tú, que eras su látigo, tú que no te mordías la lengua, que escribías artículos y relatos sobre ese carcinoma que corroe México hasta las entrañas y se cobra la vida de los valientes. Putos delincuentes y putos policías tan malos como los delincuentes que torturan y asesinan con total impunidad en un México que lleva una eternidad siendo un estado fallido que no garantiza la vida de sus ciudadanos. No sabemos quién fue el miserable que pagó a esos pistoleros, bato, quién encargó esas balas que te callaron y te dejaron tendido en el asfalto, en ese final desolador de novela negra de perdedores.

Nos vimos poco, por el océano que separaba, pero manteníamos una cariñosa correspondencia durante años y estábamos, en la distancia, pendientes el uno del otro. Te quise para la antología de Relatos de La Orilla Negra, porque tu voz era imprescindible para ese volumen entre los autores mexicanos, al lado de Fritz Glockner y Augusto Cruz, y me hiciste llegar *Todos muertos* que culmina ese volumen de autores de uno y otro lado del Atlántico. «Maravilloso, bato. Qué chingón que hayamos logrado este parto colectivo y gracias, sobre todo, a ti. Te abrazo con mucha fuerza. Gracias de nuevo por todo, bato querido». Hace poco, y te lo dije y te alegró la nueva, compré en librería Malpaso de Barcelona tu libro *Mala yerba*, yo que también tengo un *Mala hierba* recientemente publicado, y aquí lo tengo, a mano, aunque ahora no me atreva a leerlo, tendrás que disculparme, darme tiempo, bato. Le dijiste a Sanjuana Martínez, otra valiente del periodismo, una batalladora como tú que no se muerde la lengua, que sentías la mira del arma sobre tu cabeza, y no te equivocaste, bato, porque vivías permanentemente con la muerte al lado, sabías que era cuestión de tiempo

* Javier Valdez Cárdenas, periodista mexicano, fue asesinado en Culiacán, Sinaloa, el 16/05/2017.

que se cumpliera la sentencia que habían dictado por ser valiente y las calles de Culiacán eran tu corredor de la muerte.

Miro tu Facebook. Estabas activo hace cuatro horas. Terrible borrar tu mail, tu teléfono, tus señas, todo. En 2013, cuando publiqué una novela, me dijiste: «Pinche amigo y cómplice. Cuánta nostalgia más que tiempo, bato. Muchas gracias por tus letras y las bengalas. Y claro, voy a leer tu libro y a disfrutarlo. Las cosas acá van muy mal, debes saberlo; impunidad, violencia, falta de espacios y presupuesto para la cultura, represión, desapariciones, gobiernos corruptos. Y ya no le sigo. Es la vida imposible y en esas condiciones hay que hacer periodismo y pelear con las teclas. Gracias por todo, pinche José Luis. Te mando un abrazo grande. J».

Yo sabía de ti por Meli y Jose, que están tan desolados este día como lo estoy yo, sin creerlo todavía, mirando una y otra vez esa foto tuya en la que estás tendido sobre el asfalto, con el sombrero de ala ancha puesto, con ese sombrero que ni la muerte ha podido arrebatarte de tu cabeza, querido bato, y que te acompañará allá adonde vayas.

«El *noir* real es tan poco divertido...», me ha dicho un amigo de Granada al saber de tu asesinato.

© José Luis Muñoz

José Luis Muñoz (Salamanca, 1951) es escritor. Durante muchos años ha colaborado en los diarios El Sol, El Observador, El Independiente y El Periódico con artículos de opinión, así como en las revistas Playboy, Penthouse, Interviú, GQ, Traveler, Viajes National Geographic, etc. Tiene en su haber algunos de los premios literarios de novela más prestigiosos del panorama literario español como son el Tigre Juan, Azorín, La Sonrisa Vertical, Café Gijón y Camilo José Cela y ha publicado 37 libros entre novelas y relatos. *Barcelona negra*, *Pubis de vello rojo*, *La pérdida del Paraíso*, *El mal absoluto*, *La caraqueña del Maní*, *Llueve sobre La Habana*, *Marea de sangre*, *La Frontera Sur* o *Patpong Road* son sus novelas más destacadas; las últimas son *La invasión de los fotofóbicos* (Atanor Ediciones, 2012), *La doble vida* (Suburbano Miami, 2013), *El secreto del naufrago* (Ediciones del Serbal, 2013), *Ciudad en llamas* (Neverland, 2013), *Te arrastrarás sobre tu vientre* (El Humo del Escritor, 2014), *Marero* (Ediciones Contrabando, 2015), *Ascenso y caída de Humberto da Silva* (Ediciones Carena, 2016), *El hijo del diablo* (Ediciones del Serbal, 2016), *Cazadores en la nieve* (Editorial Versátil, 2016), *El sabor de su piel* (Nova Casa Editorial, 2016) y *Mala hierba* (Ediciones del Serbal, 2016). Es director literario de la colección de novela negra La Orilla Negra y comisario del festival de género negro Black Mountain Bossòst.

APUNTES SOBRE LOS SILENCIOS EN LA LITERATURA

por Paula Winkler

Cuando Derrida refiere al pensamiento y alude a Heidegger, expresa: «El pensamiento del ser no podría producirse como violencia ética. Por el contrario, es sin ese pensamiento como se estaría imposibilitado para dejar ser al ente, y como se encerraría la trascendencia en la identificación y la economía empírica». Y, refiriéndose después a Hegel, «que siempre tiene razón desde el momento en que abre la boca para articular el sentido», agrega: «correr ese riesgo en el lenguaje, para salvar eso que no quiere ser salvado —la posibilidad del juego y del riesgo absolutos— hay que redoblar el lenguaje, recurrir a las astucias, a las estratagemas, a los simulacros». Es que para el padre del deconstructivismo, lo que no es servil aparece como casi inconfesable y secretea en la literatura, hasta puede ser motivo de risa —diría Freud— que algo se deje escribir a través de los silencios.

Si para Derrida, en el habla y en la escritura, siempre se organiza una estrategia, «se encuentran palabras que reintroducen el soberano silencio interrumpido por el lenguaje articulado»¹, según Lacan, la letra es más bien el desfallecimiento de lo simbólico frente a lo real, lo que gotea del inconsciente —el inconsciente colectivo, el inconsciente singular del narrador y hasta de los personajes, también sujetos para el psicoanálisis².

El «silencio» ha dejado de ser un oxímoron de la «literatura» y habida cuenta de las transformaciones operadas durante los años setenta del siglo pasado, nadie pensaría ahora que buscar los silencios en un texto literario, dar cuenta de estos al escribir (o hacerlo acerca de ellos) constituye una paradoja. El positivismo y el neopositivismo no han podido invalidar la hermenéutica, que aborda en la teoría crítica los silencios literarios. El propio Wittgenstein trató de sacudirse su filosofía analítica cuando, con sabiduría, reveló en una conferencia: «Mi único propósito —y creo que el de todos aquellos que han tratado alguna vez de escribir o hablar de ética o religión— es arremeter contra los límites del lenguaje. Este arremeter contra las paredes de nuestra jaula es perfecta y absolutamente desesperanzado. La ética, en la medida en que surge del deseo de decir algo sobre el sentido último de la vida, sobre lo absolutamente bueno, lo absolutamente valioso, no puede ser una ciencia. Lo que dice la ética no añade nada, en ningún sentido, a nuestro conocimiento. Pero es un testimonio de una tendencia del espíritu humano que yo personalmente no puedo sino respetar profundamente y que por nada del mundo ridiculizaría»³.

Como conducta individual o colectiva, como metáfora o en lo tácitamente dado a comprender por contigüidad contextual, el silencio tiene restituído hoy el privilegio de compartir el derecho a ser valorado. Incluso para la ley se han previsto las consecuencias procesales del silencio o la ambigüedad (especialmente, esto acaeció en el orden administrativo y tributario, en el cual el contribuyente, responsable o administrado encuentra efectos positivos concretos para accionar). En el texto literario, el subtexto, en el cotexto; como contrapunto del discurso central, al erigirse frente a los excesos en el habla de un personaje o en la expresión del narrador que prefiere valerse de un discurso descriptivo al detalle, delegando así el juicio acaso moral de su obra en el lector, el silencio es estrategia. Y si el silencio en la comunicación nunca abandona al signo, pues la no respuesta del interlocutor se vuelve acto de poder invisibilizándolo, negándole la palabra, en la literatura este, polisémico, mete de bruces al lector en lo más carnal que provoca resistencia o alivio, alegría o tristeza infinita.

Después de Derrida, con la Escuela de Yale, reverberan los signos literarios incluso en los márgenes que bordean al texto: la política de citas, los excursos, todo ese material sombrea al poema, a la narra-

¹ Derrida, Jacques. *La Escritura y la diferencia*. Barcelona: Anthropos, 1989, 1.ª edición traducida al castellano.

² Lacan, Jacques. *Escritos I*. México: Siglo XXI, 1985.

³ En Muguerza, Javier. *Las voces éticas del silencio*. En "El silencio. Compilación de Carlos Castilla del Pino". Madrid: Alianza Universidad, 1992.

ción. Y, en algunos casos, hasta el silencio periférico enmascara un tema. Lucía Berlin, la autora norteamericana por fin ubicada en la posición de digna sucesora de Chéjov, con una versión casi taquigráfica del habla y del pensamiento del servicio doméstico, realiza una pintura conmovedora de este en el cuento «Manual para mujeres de la limpieza» (que presta su título a la colección de relatos publicado por Alfagura), valiéndose de todo lo que puede imaginar y sentir una mujer encargada de la limpieza, pero dejando atrapado al lector en los entresijos de lo no escrito, de lo que puede inferirse: la experiencia de trabajar a diario en un mundo incierto, que le es hostil y la destrata. Se lee: «Ojalá hubiera un autobús al vertedero. Íbamos allí cuando añorábamos Nuevo México. Es un lugar inhóspito y ventoso, y las gaviotas planean como los chotacabras del desierto al anochecer. Allá donde mires, se ve el cielo. Los camiones de basura retumban por las carreteras entre vaharadas de polvo. Dinosaurios grises». O, ya como remate: «Una Harley pasa muy despacio por delante de la parada del autobús y varios críos saludan al motorista greñudo desde la caja de una ranchera, una Dodge de los años cincuenta. Lloro, al fin». Los ruidos de la naturaleza y del transporte se interrumpen por un segundo de silencio, en el cual la protagonista llora: he ahí el desenlace contundente, implacable.

Desde lo factual, siempre se escribe en silencio aunque en el narrador, el poeta o en el dramaturgo se mezclan siempre las voces de sus personajes, la expresión de sus estados anímicos y los ruidos de la vida. Los silencios literarios, como el blanco en la pintura o los espacios vacíos en la arquitectura, se escriben a modo de escorzo: entre palabras sonoras se enmascara por vía del silencio un grito abyecto, un horror anómico, un dolor ominoso que solo el lector y el intérprete, cómplices imprescindibles del autor, hacen suyos en el recorrido cognitivo del texto.

Para el psicoanálisis una lectura es siempre comprensiva del inconsciente. La letra que se desborda de este no aparece solo del recorrido literal de la narración o del poema, ni de la interpretación de lo narrado o escrito o del perfil psicológico del autor; el goteo se encuentra en los silencios que se funden con las palabras vertidas en un diálogo. Un personaje memorioso, que habla por demás y no es escuchado —apenas oído— porque ya se sabe lo que dice, pone en escena, como contrapunto, un interrogante: por qué el personaje habla tanto si nadie lo escucha. ¿Qué esconde aquel tras su palabrerío? ¿Qué personaje ostenta, en cambio, el poder de prestarse a la escucha? El contexto y el subtexto significan y hablan también del estilo del autor: en «Fuera de estación», por ejemplo, un relato de 1925 de Ernest Hemingway, este omite que el viejo termina colgándose. Y en «Zona de clivaje», Liliana Heker condensa en la frase de Irene: —Fui feliz—, al contestarle al forastero que la acompaña circunstancialmente, toda la rabia y el dolor de haber extraviado el gran amor; lo cual no está explícito en este último diálogo del libro, pero sobreentendido.

Qué decir, asimismo, de uno de los silencios más ilustres de la tragedia griega: en «Edipo», Sófocles tensa la obra no por el asesinato presentado desde la primera escena, sino porque Edipo mantiene un silencio íntimo, vinculado a decir (su) verdad y el espectador aguarda, con desespero, el momento en que este se haga responsable, suceso que se produce recién hacia los finales cuando Edipo se arranca los ojos.

El silencio permite la comprensión y reaviva la metáfora. Si en una discusión alguien calla o el propio autor deja de escribir a partir de determinado texto, la interpretación le atribuirá enseguida, a esa conducta, un signo. Pues los seres humanos estamos interpretando todo el tiempo, aunque con el límite ontológico que ponen la moral interna del texto y la información del contexto. He ahí que una adecuada hermenéutica, aun en las lecturas retroactivas que propone el psicoanálisis y los desplazamientos semánticos y pragmáticos que le son propios a la primera, nunca nos hace caer en relativismos, pues la interpretación se autolimita⁴. Esa es su ética.

© Paula Winkler

Paula Winkler. Doctora en Derecho y Ciencias Sociales y Magíster en Ciencias de la Comunicación, por la Universidad de Buenos Aires y la del Centro de Altos Estudios en Ciencias Exactas en Buenos Aires, respectivamente. Realizó estudios sobre filosofía, cine y semiótica y tiene varios libros publicados sobre su especialidad. Ensayista, cuentista y novelista, su última novela *El marido americano* sobre se publicó en la editorial Simurg. Su página literaria en la Internet: <http://www.aldealiteraria.com.ar>.

⁴ Beuchot, Mauricio y Arenas-Dolz, Francisco. *Hermenéutica de la encrucijada*. Barcelona: Anthropos, 2008.

MIBONACHI PARA DOS SOÑADORES

por Carlos Alberto Villegas Uribe

CONQUISTAS DE DOS QUIJOTES BRAVÍOS

Falencia. Oscuridad Total. Talentos literarios ignorados. Una Colombia por descubrir. Deseo de comunicar sus relatos. Un cúmulo de situaciones los retaron. De esta manera surgió su proyecto editorial. «Las primeras palabras» fue el título inaugural en 1972. Allí, los hermanos Pardo consignaron sus primeros relatos. Rompieron el celofán de su sueño: abrir nuevos horizontes literarios. Como quijotes de provincia se lanzaron a conquistar el mundo editorial. Pijao Editores fue la enseña que escogieron para honrar a sus ancestros. El valiente pueblo indígena que luchó con ardencia contra los feroces usurpadores españoles. Ese nombre bravío reivindicaba también el sentido de su proyecto por la cultura nacional. La lucha contra aquel centralismo avasallador que ahogaba las voces y talentos de las regiones. La ingente cantidad de molinos de viento derribados hacen parte de su historia, su trayectoria vital. Pero también hacen parte de la historia literaria de una Colombia que se fortalece con sus triunfos. Trayectoria vital que lucha contra una de las falencias del pueblo colombiano: la posibilidad de acceder al libro. Este año presentan en la feria internacional del libro de Bogotá, su más reciente quijotada: la *Colección Cuento Colombiano Contemporáneo*. Cincuenta libros que acogen voces consagradas y voces nuevas que cultivan este género en las diversas regiones de Colombia.

MEMORIA DE UNA TRAYECTORIA VITAL

Propuesta. Voz alternativa. Conjugación de miradas. Posibilidad de trabajo conjunto. Así lo soñaron los dos. Y llevan cuarenta y cinco años. Un trabajo de siameses, hombro a hombro. Arduo trabajo personal y tenaz trabajo colectivo. Cada cual forjó su camino personal, su propia historia literaria. Carlos Orlando es periodista, ensayista, editor, historiador, compositor, gestor cultural. Además de antologista, crítico y novelista con abundantes premios y distinciones. Por su parte, Jorge Eliecer es poeta, cuentista, novelista y promotor cultural. También su obra ha sido incluida en diversas antologías, como *Cuentos hispanoamericanos: Colombia*. Su libro de poemas, *Entre calles y aromas*, fue Premio Nacional de Poesía, 1985. Ambos son el alma y nervio de la aventura cultural reconocida nacionalmente como Pijao Editores. Ellos presentan en la Filbo 2017 una propuesta alternativa para enriquecer el patrimonio literario de Colombia. Cincuenta libros de cuento sumados a sendos libros de novela y poesía ya presentados en Filbos anteriores, Además, Pijao Editores fortaleció su presencia en una alianza internacional con el *Grupo Editorial Sial Pigmalión* de España. Mediante ella ambos sellos presentarán en la Feria Internacional del Libro de Bogotá 2017 siete títulos de autores españoles. «Le apostamos a quienes eran nuevos y desconocidos autores y hoy son íconos de la literatura nacional», afirmó Carlos Orlando.

LA CONSOLIDACIÓN DE LOS SUEÑOS

Logro. Éxito Parcial. Posibilidades de triunfo. Trayectoria que no concluye. Solo potencia para nuevos logros. Pero brinda alegres y positivos balances. 45 años de presencia cultural en Colombia. Más de 800 títulos publicados así lo atestiguan y un millón de ejemplares en circulación lo refrendan. Y se aprecia en las sonrisas satisfechas de los hermanos. Carlos Orlando y Jorge Eliecer disfrutaban esos guarismos de sus logros. Registran su capacidad para superar las dificultades y continuar en la brega. Reafirman su condición de quijotes y el acierto por una opción que construye. Un proyecto que rescata, promueve y potencia los nuevos valores literarios de nuestro país. Bajo su égida surgieron nombres como Germán Vargas, Gustavo Álvarez Gardeazabal y Manuel Zapata Olivella, Además de Fernando Soto Aparicio, Germán Santamaría, Héctor Sánchez y David Sánchez Juliao, entre otros muchos. En

estos 45 años pasaron de publicar pequeños libros en papel periódico a obras de gran formato. Otro de sus logros fue el proyecto *Tolima Total*, enciclopedia multimedia sobre la historia de sus 47 municipios. Hoy celebro, con otros cincuenta escritores, el logro de integrar la *Colección Cuento Colombiano Contemporáneo* auspiciada por Pijao Editores. La colección está disponible desde el pasado 25 de abril en las más importantes plataformas internacionales: Amazon, IBooks, Google Books.

© Carlos Alberto Villegas Uribe

Carlos Alberto Villegas Uribe. Escritor, artista, gestor y periodista cultural colombiano. Docente de pregrado y postgrado en las universidades del Quindío, Javeriana y Antonio Nariño. Miembro fundador de la Asociación Colombiana de Caricaturistas: El Cartel del Humor y Gerente de Cultura del Departamento del Quindío. Creó la cátedra Psicogénesis de la risa en la Facultad de Psicología de la Universidad Javeriana. Director de las revistas *Termita Caribe* y del *Boletín de la Red de Estudios Interdisciplinarios sobre la Risa —REIR—*, T.A. en la *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea en Texas University at El Paso —UTEP—*, U.S.A. Como artista plástico ha recibido premios y menciones en los salones regionales del Quindío. Entre sus obras escritas figuran: *Sinfonía Escritural: Hoffman, Hoffman, Hoffman* (novela inédita), *El libro de las palabras innombrables* (novela juvenil inédita), *Gracias por la alas* (Novela inédita); *Bitácora de Ulises* (poemario); *Cartas a Pandora* (Poemario); *Desde Ítaca* (poemario); *Cantos y cuentos de Kantú Konto* (poemario infantil); *La caricatografía en Colombia: Propuesta Teórica y Taxonómica* (investigación semiótica), *Caricatografía y Periodismo* (investigación semiótica); *Cuento Contigo*, (colección de relatos); *Videopoesía y otras hierbas* (inédita); *No Me jodan*. *Literadura Breve*, libro en (P)reparación; *Manifiesto del Mibonachi*, libro en (P)reparación. Ha publicado en revistas nacionales e internacionales. Fue becario de la Unión Europea en el programa: *Becas de Alto Nivel para profesionales de América Latina —ALBAN—* y desarrolló la tesis laureada *Sobresaliente Cum Laude Psicogénesis de la risa, la risa como construcción de cultura para la obtención del doctorado La lengua, La literatura y su relación con los medios de comunicación de la Facultad de Ciencias de la Información en la Universidad Complutense de Madrid, UCM*. Estudios de maestría en *Creative Writing* en la Universidad de Texas en El Paso, UTEP. Ha sido distinguido con la Orden al Mérito Literario, Ciudad de Calarcá 128 años y con el Escudo del Departamento del Quindío por su aporte a la cultura regional.

VIDAS LITERARIAS

por Jesús Greus

La literatura es una arrebatadora ficción que nos ayuda a sobrevivirnos a nosotros mismos día a día, a olvidar sinsabores cotidianos, a arrinconar tontas rencillas y menudencias conyugales o familiares. Nos redime del hastío y nos transporta más allá de nuestra torturada condición de pobres criaturas pensantes y desdichadas.

¿Qué sería de nosotros sin todas esas vidas ajenas que hemos respirado por medio de la literatura? Por ejemplo, cuando sudamos la gota gorda en una barquita perdida en alta mar frente a las costas cubanas, mientras Santiago, mísero pescador de Cojímar, lucha durante tres días seguidos con un pez espada en una batalla solitaria y desesperada, una lucha por la vida y la muerte, por saciar el hambre y salvar la dignidad.

Gracias a la literatura he pasado noches enteras bogando los mares junto al capitán Chimista, y siguiendo su estrella por puertos de la China y de Filipinas. Perseguí las andanzas de Zalacaín el aventurero por tierras vascas, sus amoríos y picardías en medio de una sangrienta e infructuosa Guerra Carlista. Y, con *La feria de los discretos*, gocé de noches de farra flamenca siguiendo al perdulario y calavera Quintín por bodegas y rincones populares de una Córdoba colorista transitada por un fárrago de bandoleros, gitanos, bailarinas y bandidos.

Otros días, en la misma Andalucía y aunque nada aficionado a la tauromaquia, asistí a tardes de toros con el alma en vilo, gracias a *La gran temporada*, del inmortal gaditano Fernando Quiñones. De su misma pluma viví con el alma encogida, y deslumbrado por su lenguaje y su prosa, las ajetreadas hazañas del pirata bisoño Juan Cantueso, o las mil noches de frenesí de posguerra de Hortensia Romero. ¡Ay! ¿Y Lola Espejo Oscuro, tan pícaro ella, tan sabrosa, tan tunanta? Y miren por dónde, ¿quién recuerda hoy a Darío Fernández Flórez?

A menudo, la literatura nos anticipa lugares y ambientes. Muchísimo antes de padecer la bochornosa humedad otoñal o invernal de La Habana, y de embriagarme con el acento caribeño de sus gentes mulatas, ya los había experimentado mientras presenciaba, atónito, los agitados albores de la revolución cubana a lo largo de las barrocas páginas de *La consagración de la primavera*. ¡Siempre Carpentier! También había deambulado ya, atormentado por la crudeza de Pedro Juan Gutiérrez, por las sucias callejas y azoteas de Habana Vieja, tan plenas de vilezas y latrocinios inenabizables.

Con Conrad remonté un río africano en busca de una sombra, padecí locura en la jungla de Borneo, seguí los pasos del enamorado Axel Heyst en una isla de Indonesia, donde la muerte y el suicidio acababan con todo sueño de porvenir y de amores. Destierros orientales. Destinos sin retorno.

Digno de un ambiente acaso heredado de las novelas de Conrad, *Epitalamio del prieto Trinidad*, de Ramón J. Sender, me sumió, a su vez, en una asfixiante atmósfera ardiente: «¡Échenle bala, mis hijos!» Tremenda balacera aquella ante el mismísimo cadáver de Trinidad sentado en su silla, que me dejó sin resuello y sin sueño durante largas noches de insomnio. O aquel pendenciero *Verdugo afable*, hijo ilegítimo, sospechoso de asesinato, que logró evadir a la justicia disfrazado de mujer en un convento de monjas. Convertido luego en anarquista, padeció arresto y tortura, sobrevivió nuestro hombre a nuevos y temerarios lances hasta terminar empleado como verdugo, ironías de la vida, en el Penal de Ocaña, donde quedará condenado a ejercer su truculento oficio. Sender me trasladó también al Asia Menor siguiendo las peculiares andanzas, en aquel mítico Bizancio, de su paisano aragonés Roger de Flor, caballero templario. Y ahí contemplé ante mis propios ojos cómo el intrépido, ambicioso y mercenario cruzado aragonés termina siendo objeto de alevoso asesinato durante un banquete en compañía de más de un centenar de sus bizarros jefes almogávares.

Se me saltaron las lágrimas junto al niño Senderines, protagonista de aquel triste relato de Delibes titulado *La mortaja*. «Los bracitos de Senderines eran entecos y pálidos.» Era un niño flaco. El padre solía decirle: «Siempre vas buscando las veredas como los conejos.» Senderines nunca conoció su

verdadero nombre. Su padre, antes de morir desnudo sobre el catre, le dijo un día al respecto de su nombre: «Mejor que no lo sepas nunca. Detrás está el pecado.» Senderines, huérfano repentino, se echó resuelto a los caminos en la noche procelosa, en busca de ayuda y compañía para vestir al padre muerto y desnudo.

Y cuántas veces no habré reído ante las excentricidades del pobre don Alonso Quijano mientras cabalga por tierras ahornagadas de Castilla. En las Novelas Ejemplares me asomo una y otra vez a las miserias de una España de picaresca y enredos amorosos, de fregonas ilustres, de perros que hablan, de un licenciado de vidrio, de una gitanilla errante. ¡Gracias, ilustre manco, por tomaros el trabajo de retratarnos aquella España oscura y terrible!

Más acá, en el agitado siglo XIX, nefasto para nuestro Ruedo Ibérico, me paseé entre *espadones* por la Corte valleinclanesca de los milagros. Fue aquella una España esperpéntica, la de Isabel II, una sucesión de desatinos políticos. ¡Pluma magistral! Entretanto, al otro lado de la mar oceánica, hacía de las suyas el tirano Banderas. Después vendrían las luces de Bohemia en un Madrid mísero y turbulento.

Aunque ya lo mencioné en otra ocasión, no puedo sustraerme a recordar aquí cómo seguí con ánimo hechizado, durante meses de deleite y espanto, aquellos convulsos episodios nacionales sucedidos durante el siglo XIX, centuria crispada, esperanzada y abatida una y otra vez, plena de pasiones populares desatadas, de ínfulas de libertad y de represiones autoritarias. ¡Pobre España maltratada! Y es que todo Galdós nos pasma y nos deslumbra, desde la deforme e ilusa Marianela en su naturaleza virgen, hasta el doctor Centeno en su Madrid decimonónico y pobretón. Jamás me cansaré de deambular por ese Madrid de otros tiempos, desventurado, humilde, tristón y pordiosero.

El sublime argentino que fue Borges nos dejó imágenes escalofriantes como la del místico ensimismado comido por los cuervos. O aquella otra del relato de los latrocinios del redentor Lazarus Morell, falso predicador y ladrón de caballos, que liberaba esclavos con intención de revenderlos. O aquel otro retrato de una pirata china, almirante por herencia de toda una flota dedicada al pillaje de los mares, conocida en la Historia como la viuda Ching. Aventura vertiginosa aquella hacia otros mares y otros pueblos.

Ah, pero ¿qué exaltaciones y sudores tropicales no habré sufrido en las páginas del inefable bahiano, Jorge Amado? En Ilheus, a orillas del mar del Brasil, fui testigo de las proezas sexuales de Gabriela entre el aroma del clavo y la canela. Perdido entre las empinadas callejas del Pelourinho, reí con las ocurrencias del artista aposentado en su Tienda de los Milagros, centro de reunión de prostitutas, santeros, acróbatas de capoeira y tantos otros personajes pintorescos de un barrio entonces aún no mancillado por las soserías del turismo de masas.

En medio de las asperezas del Sertao brasileño sufrí con horror las atroces peripecias y violaciones de Tereza Batista, cansada de su cruda guerra contra la vida: esclava sexual, asesina de su esclavizador, rea de la justicia, cabecilla de una suerte de insurrección de prostitutas, amante mimada de un coronel, artista de cabaret, sobreviviente a todo, rebelde a ultranza y siempre animada por la esperanza de recuperar su único amor verdadero y perdido: «El amor no se compra, no se vende, no se impone abriendo el corazón con una daga ni se puede evitar. El amor sucede.»

Con Colette fui vagabunda y querida, padecí mal de amores, fui una gata celosa que se precipitó desde un balcón empujada por una mano invisible.

Con Maurice Druon saboreé la trasnochada voluptuosidad del ser, tuve un encuentro en los infiernos y asistí, espantado, a falacias e inquinas durante el vergonzoso ascenso al poder de los Reyes Capetos, reyes malditos que treparon a la más alta dignidad mediante asesinatos alevosos, canalladas, traiciones y mortíferos venenos.

De la mano de Dumas viví duelos y seguí las mudanzas y trabajos de los Cuarenta y cinco a galope tendido por los polvorientos caminos aledaños a París. Asistí a las citas secretas de la dama de Monsoireau, que, tras tanto desamor, logrará al final el triunfo de la ternura. Me estremecí ante los sutiles y temibles venenos de Catalina de Médicis, intrigante sin escrúpulos entre las escaleras y pasadizos secretos del Louvre, temida aunque burlada por su propia hija, la Reina Margot. ¡Cómo olvidar aquella larga y estremecedora noche de la matanza de los hugonotes, que tiñó de sangre las calles de París!

Siglos después sentenció el conde de Montecristo en su eterna sed de venganza: «Todo mal tiene dos remedios: el tiempo y el silencio.»

Con Mauriac besé a un leproso, padecí la soledad indecible de Thérèse por los caminos de las landas bordelesas, ligada a un marido nunca amado. Él me introdujo de puntillas en las vetustas casonas dieciochescas de aquella hermosa y soporífera Burdeos. En sus páginas degusté estremecido el hastío burgués de aquella pacata sociedad de provincias cuyas gentes se amaban, se detestaban, se criticaban y se espiaban de reojo en salones encerados y sombríos.

Con Mohamed Chukri comí pan duro en los andurriales y cementerios de la decadente Tánger, esos mismos vericuetos por los que me perdí tras las huellas de un nómada llamado Paul Bowels. Fui loco y profeta con Jalil Yibrán. Junto a Naguib Mahfuz me senté en los cafés del Cairo, y husmeé los cotidianos milagros de un pequeño callejón. Lloré de amores perdidos y secretos con Kavafis en los cafés de Alejandría.

Con Yourcenar aceché los esfuerzos alquímicos de un sabio y místico a quien sus afanes por concluir su Obra en Negro terminarían por costarle la vida frente a la ignorancia de su época. «No se es libre -- nos advierte Zenón-- mientras se desea, se quiere, se teme. Tal vez no sea uno libre mientras vive.» Gracias a aquella mujer que vivió con los ojos bien abiertos, fui, asimismo, un emperador preclaro y sensible que amó a un efebo: «Mínima alma mía, tierna y flotante.» Presencí el inútil e íntimo combate de Alexis, y observé las vicisitudes de un denario a través de manos y de siglos.

He sido marinero tras la estela de Moby Dick, cazador de tesoros en una isla antillana, traficante de naufragios, explorador en África, pastor en montes y dehesas, coronel jubilado a la espera de una carta que nunca llega. Con Rudyard Kipling fui Gunga Din, fui Kim, residí en la colonia de Mandalay y fui un hombre que pudo reinar en Afganistán. Con Tolkien hui despavorido por las tétricas sendas de la Tierra Media en busca del Señor de los Anillos, por cierto inspirada en la antigua leyenda griega del anillo de Giges. Con Jack London fui el perro Buck, cuyo destino mudó para siempre el día que fue robado en California para terminar obligado a arrastrar un trineo por los álgidos bosques de Alaska. Con Faulkner presencié la pavorosa decadencia de los últimos linajes del Gran Sur. También en Luisiana, Tennessee Williams me conmovió con la demencia de Blanche DuBois en el alegre y bullicioso barrio francés de Nueva Orleans, y con la soledad de una rosa tatuada, y con los descalabrados personajes que sobreviven a una noche mexicana de iguanas y de luna húmeda.

Con Lovecraft deliré en las montañas de la locura, y con Poe me encarné en Arthur Gordon Pym, en las heladas costas antárticas: «Antes de que despegara los labios, yo tenía el pálpito de lo que iba a decirme. En una palabra, insinuó que uno de nosotros debía morir con el fin de salvar a los demás.»

Debo detenerme aquí, aun dejando en el tintero nombres o apodos inolvidables, y un sinnúmero de correrías vividas entre folios y cuartillas. Personajes de tinta y de papel. Nunca me cansaré de sumergirme en esos argumentos y sucesos ajenos que me sumergen en otros mundos o en otros tiempos. Presencio maravillado tantas vidas literarias, a menudo injustas, acongojadas, feroces, brutales, innobles, codiciosas, o bien sensibles, arrebatadas, delirantes, todas ellas inspiradas, a la postre, por el hombre. Porque toda literatura es, en definitiva, un ensayo sobre el alma humana.

Me acerco a un estante, abro un libro al azar, algo polvoriento por un olvido de años, y leo entre sus páginas: «El barco se movía de manera tan suave, que su avance resultaba imperceptible a los sentidos de los hombres...» Y luego leo un nombre, Lord Jim, y me da un vuelco el corazón ante la promesa de un extenso relato de inimaginables consecuencias. Y ya no puedo abandonarlo. Quedo de inmediato atrapado en su promesa de horas y de días de azares y de maravillas.

© Jesús Greus

Jesús Greus. Nació en Madrid. Licenciado por el Institute of Linguists de Londres. Fue colaborador de los periódicos ABC, Diario 16 de Baleares, El Día del Mundo, Libération du Maroc y, actualmente, de diversas revistas literarias digitales. Trabajó, además, como traductor para editoriales de Madrid. Es conferenciante, músico, gestor cultural y guionista. Como escritor, ha publicado: *Ziryab*, 1988. *Junto al mar amargo*, 1992. *Así vivían en al-Andalus*, 1988. *Claro de luna*, poesía. *De soledades y desiertos*, 2001, teatro. *Laberinto de aljarafes*, 2008, relatos. *La palabra perdida*, ensayo. *The Tower of Babel*, 2012, ensayo. *Las 1001 Noches, ese fantasma literario*, 2013, ensayo y *Aquella noche en el mar de las Indias*, 2015, novela



UN DÍA SIN TERESA, de Ricardo G. Manrique

Editorial Piel de Zapa
352 páginas
Fecha de publicación: 2016
ISBN 9788416288762

* * *

Nueva York no es una ciudad, es un estado de ánimo, del mismo modo que la ciudad de los rascacielos no es Estados Unidos, es el mundo. La vitalidad de ese monstruo vertical seduce a toda clase de artistas que recalcan en ese exceso urbanístico que jamás descansa y que de forma tan magistral retrataran Martín Scorsese en *Taxi driver* o Woody Allen en *Manhattan*, por ejemplo, con visiones contrapuestas. La ciudad mítica por donde su mueve Dom de Lillo, Tom Wolfe, Paul Auster o el fantasma de Hubert Selby. Así es que *Un día sin Teresa* tiene ya mucho ganado al estar ambientada en esa ciudad, o mucho perdido si se tratara de una impostura de aprovechar simplemente del aura que desprende.

Nos bajamos en el Battery Park, en la parte sur de Manhattan, y fuimos hasta el World Trade Center para subir a las torres y mirar el panorama. Sí, yo también me acuerdo de dónde estaba y qué hacía el día en que derribaron las torres gemelas.

Primera incursión en la novelística de un profesor de filosofía y lo hace de manos de una de esas editoriales literarias, Piel de Zapa, que eligen con mucho tino lo que se publica en ellas. Así es que el libro de Ricardo G. Manrique (Soria, 1965) es literatura por cuanto en él hay indagación, experimentación y emoción entre líneas: vida.

Hay varias formas de captar al lector y el soriano lo hace por la vía más compleja, por no ponerle fácil el texto sino todo lo contrario, retorcerlo de modo que entrar en sus líneas suponga un esfuerzo que luego tendrá su recompensa si la impaciencia no le hace desistir. Si cada libro tiene su música, este puede parecer dodecafónico sin serlo.

Retenías la información y el alivio con esa inocente cara tuya y los datos fluían con cuenta-gotas, pues a la playa, con una amiga holandesa, se lo había prometido, no la voy a dejar tirada, ah bueno, una disculpa prometedora, así que volverás, pues claro tonto; y el viernes me desperté dándole a la rueda del zipo y las sábanas oliendo a gasolina, la casa caliente, la mañana inútil, la corteza sentimental ya sublevada y tú con no sé quién en la playa, de quien nunca más se supo.

Nueva York como desencadenante de una regresión amorosa. La ciudad de ciudades rezuma cine y literatura en cada una de sus esquinas. La mítica megalópolis de los rascacielos como escenario de una novela de amor sobre la ausencia de un personaje, Teresa (¿Marsé?), alrededor de la que pivota una narración sentimental.

Una reflexión política pertinente, ideológica, sobre los males de la izquierda para situar al protagonista narrador: *...más lo de Stalin, y no sólo Stalin, era el mal al servicio supuesto del bien o de la justicia, o de la Causa, con lo que el daño que ese mal causó fue por ello mucho más duradero y contaminante, porque fueron los propios ideales, esta vez sí los nuestros, los que quedaron maltrechos, el traidor no era Solzenitzyn sino ellos, los que organizaron el Gulag y convirtieron la vida de tantos millones en una pesadilla.*

No lo pone fácil el narrador protagonista que imagina uno como trasunto del propio Ricardo G. Manrique. Salta del presente al pasado de forma constante; obvia, con buen tino, la cronología de los acontecimientos para no darnos un texto masticado; bascula entre Nueva York, París, Madrid y Barcelona; utiliza una fraseado a veces árido en el que cuesta entrar. Recuerdos, paseos, combates amorosos, digresiones sociales, apuntes culturales, estampas de una ciudad mítica se suceden en 350 páginas, en las que el diálogo se ausenta o éste se integra en la narración, que el lector no

puede leer a la ligera. El autor se centra en la construcción interior de sus personajes, lo que de verdad importa, en una novela intimista más reflexiva que narrativa.

Liturgia del amor. Del acto amoroso. Sexo y vino. Erotismo exquisito dentro de un ceremonial preciso. *Me pasó la botella con una sonrisa, a mí que seguía de pie fumando en el mismo silencio en el que ella se desnudaba y se perfumaba y que rompió para pedirme que dejara de fumar y que bebiese con ella y luego de ella, y bebí y me acerqué con la botella en la mano, besé sus labios, se la pasé, bebió, derramó otro poco más entre los dos, ahora ya pegados, y bebí el vino de sus pezones y de su vientre y de sus muslos firmes con más devoción con la que ningún cura bebió nunca la sangre de Cristo y sobre su cuerpo recé y me consagré a él para siempre.*

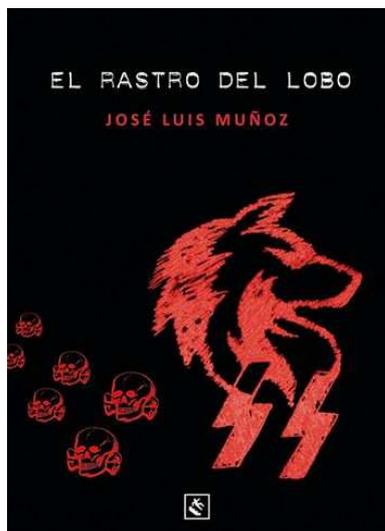
Del encadenamiento constante de las frases, de las que apenas las comas imponen un respiro, un terreno textual tan sorpresivo y valiente como sugerente, brota este *Un día sin Teresa*, rara avis literaria muy a tener en cuenta en el secano cultural de nuestro país en el que es cada vez más difícil encontrar trigo entre tantísima paja.

...ya podíamos mirarnos y decirnos eso, por fin solos, y por primera vez en la jornada rozar nuestros dedos y con ese gesto tan humilde y tan deseado declararnos mutua propiedad, y los dedos acariciaban y los labios y las lenguas besaban y los ojos brillaban en la oscuridad junto con los cigarrillos que ardían, y entonces era que estábamos sentados en el coche con las ventanillas abiertas, sobre el acantilado, y nos quedábamos quietos y callados y oíamos el mar invisible y la brisa nos mecía. Lirismo.

Un día sin Teresa es radiografía del amor huyendo de la cursilería y de la modernidad, un experimento literario entre Juan Marsé y Marguerite Duras con gotas de Enrique Vila-Matas y la ciudad que nunca duerme de fondo.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com.es>



EL RASTRO DEL LOBO, de José Luis Muñoz

Ediciones Traspies
Colección: Criminal
Fecha de publicación: 2017
384 páginas
ISBN 9788494604485

* * *

DOBLE MIRADA

El relato de la Historia, así en mayúsculas, por muy fundamentado que esté, no deja de ser un proceso en continua construcción. Por otra parte, lo que se esconde bajo los fastos de los grandes acontecimientos y las efemérides nacionales pocas veces suele quedar registrado en los tratados al uso. Los motivos personales (que sin duda los ha habido y los sigue habiendo, a veces mezquinos y extravagantes) que llevaron a tal o cual gobernante a tomar una decisión determinada acaban quedando ocultos bajo la pantalla de los grandes intereses nacionales y estratégicos. Ese es, por tanto, un buen material de partida para que el escritor pueda bucear y reconstruir una memoria que nos ayude a indagar sobre las eternas cuestiones del ser humano. Ahí tenemos, sin ir más lejos, la extraordinaria *Memorias de Adriano*, de Marguerite Yourcenar. Tampoco hay que olvidar que, en cualquier caso, todo hecho puesto en palabras y transformado en discurso narrativo tiende a convertirse en ficción, y que toda ficción se escribe siempre desde el presente.

José Luis Muñoz en *El rastro del lobo* toma un personaje reciente de la historia de Europa, del cual se saben muy pocas cosas, y construye un relato donde están, más allá de las vicisitudes propias de la historia, algunas de las grandes cuestiones que definen la esencia del ser humano: ¿Hay algo intrínsecamente humano que, llegado el momento, nos empuja hacia mal? ¿Es capaz la mente humana de alternar el comportamiento social más exquisito con la crueldad más extrema dependiendo del momento y las circunstancias? ¿Vivimos en un mundo esencialmente perverso donde de

vez en cuando se dan comportamientos altruistas? Son preguntas a las que Muñoz tampoco da respuesta porque todas ellas exceden nuestra capacidad para resolverlas y porque eso rebasaría las pretensiones de la novela (ya que eso es precisamente ante lo que estamos: una novela). Y porque el lector inteligente, en cualquier caso, también debe jugar su papel.

Aribert Heim fue (digo fue porque se supone que debe de estar muerto, ya que a día de hoy eso es algo que todavía se desconoce) un médico alemán que experimentó con presos políticos en el famoso campo de concentración de Mauthausen. La crueldad y saña con que actuaba y los brutales experimentos a que sometía a sus víctimas lo convirtieron en uno de los criminales más buscados por los cazadores de nazis a lo largo del siglo XX. Por desgracia, nunca se pudo dar con él. Hay diversas pistas sobre su presencia en lugares dispersos del planeta, pero tampoco se tiene la seguridad de que todas ellas correspondan realmente a él. El Doctor Muerte, como se le conoce, escapó por tanto a la acción de la justicia aunque tuvo que vivir oculto la mayor parte de su vida. Sobre esa circunstancia, José Luis Muñoz, autor de más de cuarenta novelas entre las que se cuentan obras tan sobresalientes como *Pubis de vello rojo*, *El mal absoluto*, *Marea de sangre* o *Cazadores en la nieve*, construye un argumento trepidante, dinámico y preciso, propio de un autor que conoce su oficio a la perfección y sabe medir los tiempos y usar los diferentes recursos narrativos a su disposición. En este sentido, la estructura de la novela, que nos va presentando momentos alternos tanto de la supuesta vida de Heim como de las pesquisas de los investigadores que lo persiguen, es uno de los grandes aciertos del libro. *El rastro del lobo* no es propiamente ni una novela histórica ni tampoco una novela negra en estado puro: es sobre todo una aguda mirada sobre el tiempo que nos condiciona y nos limita, sobre nuestras inseguridades y nuestros miedos, sobre nuestras más inconfesables ambiciones, sobre la falta de escrúpulos, e incluso sobre el fracaso y la derrota, y es también, al igual que sucedía en otra de sus más reconocidas novelas, *El mal absoluto*, una aguda mirada a esa ideología asesina y despiadada que fue el nazismo, algunas de cuyas ramificaciones todavía pueden encontrarse anidando en diversas corrientes políticas contemporáneas, por mucho que traten de esconderse bajo el paraguas de conceptos tan inconcretos y abstractos como la nación, la religión o el pueblo.

José Luis Muñoz es un escritor prolífico y brillante, que ha dado ya numerosas muestras de su talento y su habilidad para el relato. Es, al mismo tiempo, un escritor con conciencia, que conoce el tiempo que le ha tocado vivir y al que no le da la espalda. No es tarea fácil, sin embargo, aunar ese compromiso vital con las argucias propias del narrador (que vive de la ficción, pero de una ficción que expresa la realidad con mucha mayor verosimilitud que muchas de las crónicas presuntamente verídicas que aparecen en los medios de comunicación). Y en ese terreno el autor radicado en el Valle de Arán sale siempre airoso. Esta excelente novela, *El rastro del lobo*, es la más reciente prueba de ello.

© Carlos Manzano

<http://www.carlosmanzano.net>

* * *

Si algo admiro de un autor, es que sea capaz de atraparme en su historia, sea cual sea el género. *El Rastro del Lobo*, una novela negra e histórica a la vez, te envuelve desde el principio y te traslada en el tiempo y en el espacio sin confundirte.

Los hechos relatados transcurren en Egipto, Uruguay, Alemania, España, Chile... y lo hace en diversos momentos, entre 1941 y nuestros días, y da cuenta de los crímenes del Doctor Muerte y sus constantes huidas y de la búsqueda obsesiva de un veterano policía de Stuttgart

Los bien medidos saltos temporales y espaciales del relato nos llevarán, flotando, desde la apacible vida de un burgués en Baden-Baden hasta la misérrima existencia en un cuartucho de hotel de mala muerte en El Cairo; desde el horror de Mauthausen durante el III Reich hasta el terror de la dictadura de Uruguay de los años 60 y 70 del siglo pasado; de los métodos de Odessa para proteger a sus correligionarios, a la caza de nazis fugados promovida desde Israel.

Si no fuese porque José Luis Muñoz nos saca a tiempo de determinados ambientes, y se lleva la lectura a otro lugar y a otro tiempo en el momento preciso, hay pasajes que producirían náuseas en el lector. Las escenas en las que se describen las intervenciones quirúrgicas efectuadas por el Doctor Heim, se relata la siniestra costumbre de hacer pisapapeles con las calaveras de sus víctimas (solo las que tenían una dentadura perfecta) o se cuenta el eficaz asesoramiento a los torturadores de la

dictadura uruguaya para hacer hablar a los detenidos, son dosificadas para que el lector pueda llegar hasta el final sin cerrar los ojos. Igual que el torturador regula el dolor infringido para obtener el máximo rendimiento a su tormento, Muñoz nos somete a una brutal tensión narrativa que afloja un instante antes de que nos ahogemos en nuestra propia congoja.

Por supuesto, ese dominio del ritmo y esa habilidad tienen un mérito enorme, al alcance de muy pocos y que el autor nos regala, en esta su última novela, y van más de cuarenta.

Si he de ponerle un pero al libro es que se me ha hecho demasiado corto. Y no porque sus trescientas ochenta páginas sean pocas, sino porque el personaje del Carnicero de Mauthausen es tan fascinante, que quería más.

© José María García Sánchez



LA NOCHE DE LOS ALFILERES, de Santiago Roncagliolo

Editorial Alfaguara
Colección: Hispánica
392 páginas
Fecha de publicación: 2016
ISBN 9788420420998

* * *

Años del terror en Perú, con Sendero Luminoso apagando luces por la noche. *La noche de los alfileres* es una novela con tintes autobiográficos en la que cuatro jóvenes de un colegio de jesuitas, amigos (uno de ellos gay, como marcan los cánones), envueltos en problemas familiares, residentes en una zona que llamaríamos pija, rebeldes sin demasiada convicción (como no puede ser de otra manera a esa edad, en cuerpos de hombre con mentalidad de niño, que dice el autor) toman una posición radical contra la profesora más autoritaria. Una venganza

que pronto no sabrán cómo solucionar y que se les acaba por escapar de las manos.

Al cabo de veinte años uno de ellos fuerza a los otros tres a recordar el suceso. Cuatro voces para la misma historia. Batallitas individuales sobre liderazgo y poder, sexo, familia. En los días que dura la acción vamos viendo la evolución de los personajes, su valor y sus miedos, los cambios de postura.

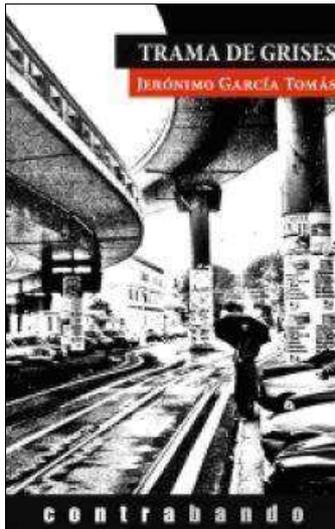
Hay algo que no me gusta: que en cada corto capítulo, sobre todo al principio, aluda constantemente a *lo que pasó, lo que hicimos, no quiero hablar de aquello* como forma de meter al lector en candelero y retrasar continuamente la acción. Un escritor como Roncagliolo tiene más recursos que eso. Sí, ya sé que esa manera de narrar fomenta la ansiedad en el lector, pendiente en cada capítulo de qué pasará. Valdría en una novela negra donde el más importante ingrediente —por no decir el único en muchas de ellas— es el misterio, pero no en una donde lo que se intenta es hacer una disección de una juventud en un momento determinado de sus vidas y en un entorno de familias desestructuradas, con el problema de la sexualidad a flor de piel, el fracaso en sus estudios, el machismo imperante... *La noche de los alfileres*. Sin ser algo excepcional —aún recuerdo su maravilloso *Abril rojo*—, pero es entretenida y remueve la conciencia aunque el texto vaya más allá de la lógica y diría, de lo posible. De lo posible en una situación normal, porque ¿qué seríamos capaces de hacer en una situación límite por muy normales que creamos que somos?

Darí un consejo al lector: lean primero las últimas treinta páginas, conocerán cómo acaba la historia y entonces comiencen por el principio. Es la mejor forma de saborear la buena historia que contiene

Roncagliolo escribe esta novela con ritmo alto, sin dejar un momento de respiro al lector, la trama perfectamente organizada y sin un cabo suelto. Capítulos breves, diálogos cortos y acerados para aumentar ese ritmo, y donde también tiene su espacio la cultura popular, las películas más taquilleras, escritores conocidos, etc.

© Antonio Tejedor García

<http://lagartosquebrada.blogspot.com.es>



TRAMA DE GRISES, de Jerónimo García Tomás

Ediciones Contrabando
Colección: Narrativa
192 páginas
Fecha de publicación: 2014
ISBN 978-84-942292-0-6

* * *

En una feliz causalidad de las que solo pasan cada tanto, hace unos días cayó en mis manos un libro de relatos de Jerónimo García Tomás titulado *Trama de Grises* (Ediciones Contrabando, Valencia, 2014), del que quedé enganchado desde la primera frase.

Se trata de una recopilación de nueve relatos, cuya nexa de unión, además de la calidad de la escritura y la precisión del lenguaje —imprescindible cuando el formato es tan breve—, es la ambigüedad de sus finales, que quedan abiertos, donde el autor deja a la imaginación del lector cuál es la conclusión de la historia.

No voy a hacer aquí un adelanto del contenido de los relatos, pero sí que me gustaría destacar entre ellos a tres, que no es que sean buenos, son extraordinarios. Todos merecen ser leídos pero los tres de los que le hablaré merecen ser saboreados:

Uno es el titulado «El favor», más novela corta que relato, que atrapa al lector hasta cortarle la respiración. Mediante una simple insinuación de los antecedentes que han llevado a sus protagonistas a la situación en la que se encuentran, y con un hábil tratamiento de la narración y el ritmo, nos sumerge en un a intrigante cadena de favores cuyo final por supuesto, queda por desvelar (o al menos no será yo quien lo haga).

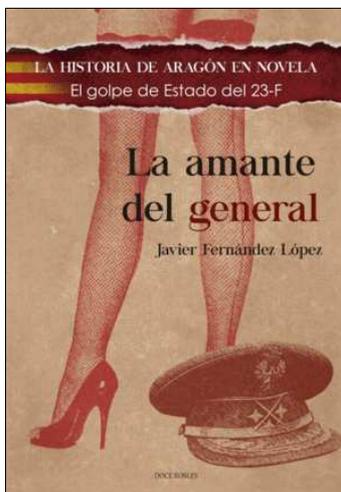
Otro es «El contrato del gas», de un humor negro genial: ¿se imaginan a un suicida con la cabeza metida en el horno que recibe la visita de un comercial de la compañía del gas? La sola idea es ya delirante, y la historia no la desmerece.

Por último, quiero destacar «Expedición nocturna», quizá la que tiene una ambientación más *lumpen* y cuya última escena no pueden perderse.

Jerónimo García Tomás evidencia que proviene del mundo de la imagen, y nos presenta unas historias escritas con lenguaje cinematográfico que bien podrían ser perfectos cortometrajes, cine negro impreso en papel.

Estén atentos a este autor. Dará que hablar, y mucho.

© José María García Sánchez



LA AMANTE DEL GENERAL, de Javier Fernández López

Editorial Doce Robles
228 páginas
Fecha de publicación: 2016
ISBN 978-84-944203-2-0

* * *

Veintitrés de febrero de 1981, un grupo de exaltados patriotas quiere una España como Dios manda, con orden, sin políticos inútiles y sin terrorismo. Ese lunes se celebra en el Congreso la segunda sesión de investidura que debe otorgar la presidencia del Gobierno a Leopoldo Calvo-Sotelo. El teniente coronel Tejero asume la responsabilidad de tomar por las armas el Congreso de los Diputados secuestrando a los miembros del Gobierno y a los diputados. El general Milans del Bosch

aspira a ejercer el control del Estado.

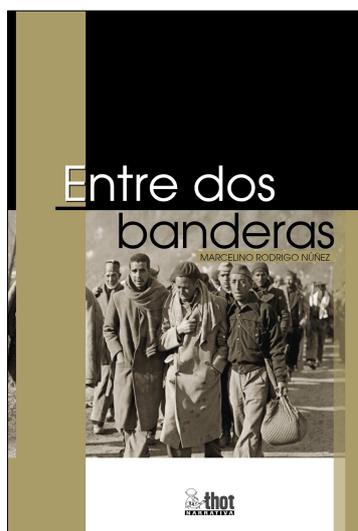
La novela de Javier Fernández López, *La amante del general*, recoge los acontecimientos acaecidos en estas fechas convulsas, los preparativos, la ejecución y el desenlace de un golpe de estado que quiso revertir la situación política en España, finiquitar la incipiente democracia y volver a una dictadura militar como la franquista.

Javier Fernández narra a modo de diario los sucesos que se desarrollaron y ofrece una mirada clara y amplia que abarca desde diversas posturas militares y políticas hasta la de estudiantes, grupos fascistas y miembros del Partido Comunista. Con este vasto panorama, el lector se adentra en una trama que engancha por su dinamismo y que provoca la inmersión directa en los hechos, en las vivencias y sentimientos de los personajes. Buena parte de estos personajes son reales, la plana mayor del Ejército, militares de la Academia General de Zaragoza, políticos... El núcleo de la acción transcurre en Zaragoza, en la Academia General Militar, en la sede del Partido Comunista, en el Instituto Goya, el cuartel de la avenida Cataluña..., aunque, lógicamente, también importa lo que ocurre en Madrid.

La amante del general es el relato apasionante de unos días decisivos en la historia de España y un alegato ecuánime a favor de la democracia como elemento reconciliador entre posturas enfrentadas.

© María Dubón

<http://dubones.blogspot.com.es>



ENTRE DOS BANDERAS, de Marcelino Rodrigo Núñez

Ònix Editor

Colección: Thot Narrativa

204 páginas

Fecha de publicación: 2017

ISBN 978-84-946760-5-5

* * *

Hay obras literarias injustamente olvidadas y muy justamente recuperadas. Es el caso de *Entre dos banderas*, de Marcelino Rodrigo Núñez, que ha aparecido en la colección Thot Narrativa de Ònix Editor. Injustamente olvidadas porque supusieron un hito en sus momentos de redacción y de primera publicación, que fueron respectivamente los años anteriores a la guerra civil y 1967, cuando tímidamente se comenzaba a romper el cerco constrictivo que atenazó a buena parte de la literatura española durante más de tres décadas.

El hijo del autor, Daniel Rodrigo Tortosa, se ha ocupado de recuperar esta obra, primera de una trilogía, y le ha hecho la justicia literaria que merece. Nacido hace más de un siglo en Tórtoles de Esgueva, provincia de Burgos, en el corazón de la España profunda, Marcelino Rodrigo se retrata a sí mismo en el protagonista de la novela, Tino, que intenta abrirse al mundo y definir su propio camino en medio de grandes dificultades familiares, laborales, ambientales y políticas.

La trama novelesca tiene mucho interés porque describe un mundo ya ido, y lo hace con el detalle de quien lo ha vivido en profundidad. A lo largo de las 200 páginas del libro, precedidas por un Prólogo de Daniel, asistimos a las vicisitudes del protagonista en los años anteriores a la guerra civil, con cuyo comienzo acaba la trama. Se describe de una manera casi fotográfica el desconcierto del momento, la perplejidad de la gente situada entre los dos bandos en conflicto, la arbitrariedad de las decisiones y la escasa capacidad de reacción del pueblo llano.

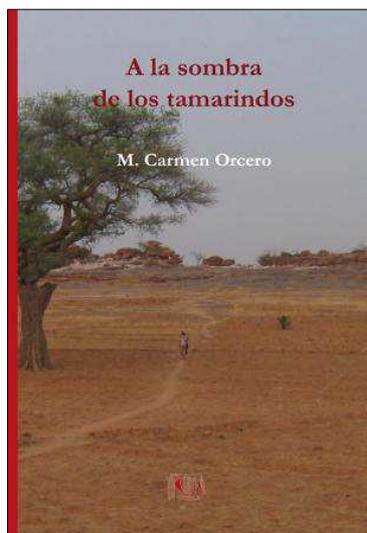
Es la parte verdaderamente dramática de la novela, aunque no la única interesante. Porque uno de los méritos de este libro es el de reflejar con una palabra precisa y un estilo propio la singularidad de las costumbres y la riqueza del vocabulario rural de comienzos del siglo XX.

Los personajes de la novela se manifiestan de forma directa, impactante a veces, sorprendente siempre, aportando a la lexicografía todo un repertorio de términos dignos de ser recuperados por-

que expresan con admirable precisión puntos de vista y estados de ánimo que retratan toda una geografía y una época.

La lectura de *Entre dos banderas* nos introduce de lleno en un mundo de sinceridad, en un realismo sin costuras maniqueas, y para los amantes del lenguaje, en un vergel de expresiones, términos y descripciones que debieran ingresar por derecho propio en la lexicografía de nuestro idioma para siempre.

© Francisco Javier Aguirre



A LA SOMBRA DE LOS TAMARINDOS, de M. Carmen Orcero

Editorial Vitela Gestión Cultural
273 páginas
Fecha de publicación: 2013
ISBN 9788493848170

* * *

M. Carmen Orcero (Cádiz, 1965) se abre paso como novelista con *A la sombra de los tamarindos*, una obra que dejará al lector la sensación de que en el mundo aún existe la esperanza, pese a que la cotidianidad informativa se empeña en lo contrario. La vocación de Orcero por el mundo de las letras arranca al menos ya en su blog «Te invito a un café», iniciado en 2011, y ha continuado en otras novelas más recientes como *El suave olor de las magnolias* (Ediciones en Huida, 2014) o *Un titular para un crimen* (Ediciones en Huida, 2016).

Como Ana Mancera Rueda señala en el prólogo de la novela, la autora ha sabido captar, y mostrar, la transformación de un ser humano consternado por su realidad personal. Orcero no solo ha sido capaz de plantear una aventura en países exóticos y con personajes alejados de la vida cotidiana, sino que nos ofrece también el viaje interior de un ser roto por el dolor, una mujer que consigue superar su situación al mismo tiempo que contribuye a paliar el sufrimiento ajeno.

Los personajes de la obra poseen una caracterización perfectamente verosímil. Sus rasgos psicológicos, muy bien perfilados, nos permiten predecir en ocasiones su comportamiento a lo largo de la novela. La protagonista de la historia es Paloma quien, bajo su aparente normalidad, esconde una gran sensibilidad. Paloma comienza narrando en primera persona la crisis en la que se encuentra a raíz del suicidio de su pareja, Andrés. Ella había asumido una vida más o menos predecible, pero el suicidio de su compañero rompe sus expectativas de futuro. Este acontecimiento hace que en su vida se produzca un giro cuando se abre a la posibilidad de conocer un mundo distinto al cotidiano, una situación impensable antes de la tragedia. En ese giro de los acontecimientos aparece Álex, un médico que trabaja como voluntario en Senegal y que plantea su vida ayudando a los demás. Paloma lo conoce en la boda de una prima y se inicia una relación amorosa entre ambos que cautivará al lector desde el comienzo.

La historia de Paloma se cruza con la de otra mujer singular, Jaineba. Esta joven senegalesa es obligada a casarse y se queda embarazada siendo todavía una niña. Las complicaciones de su embarazo la obligan a caminar durante varios días para llegar a un hospital. Allí será atendida por Álex y conoce a Paloma. Jaineba es un pilar fundamental en el desarrollo de la novela y Orcero ha sabido dibujar con acierto la evolución del personaje, pues nos permite disfrutar del proceso de maduración de una mujer luchadora y generosa a lo largo del relato.

Es, precisamente, la detallada caracterización psicológica de los personajes lo que consigue darles realismo. Así, por ejemplo, de entre los secundarios destaca de manera muy significativa Pepa, la íntima amiga de la protagonista, que, pese a tener escaso peso en la trama general de la novela, la eficacia de la construcción de su personalidad, envolvente y entrañable, desbanca en ocasiones a la propia Paloma. Sin embargo, su vitalidad y magnetismo esconde un lado negativo, que se concreta en su inseguridad para relacionarse con personas del sexo opuesto, como a ella misma le

gustaría. Con este asunto parece que Orcero pretende explorar un problema que afecta a la juventud de nuestra sociedad, prisioneros de un canon de belleza impuesto.

Tampoco podemos obviar el relevante papel que adquiere Mercedes, la madre de Paloma, cuyo carácter protector y enérgico contrasta con las necesidades vitales y morales de la protagonista, que necesita un espacio personal después de su crisis personal. Es en este enfrentamiento de caracteres donde Orcero nos hace ver, con la belleza de lo sencillo, la complejidad de las relaciones humanas, en este caso las maternofiliales, y cómo el apoyo de una madre resulta, si no fundamental, al menos necesario en la vida.

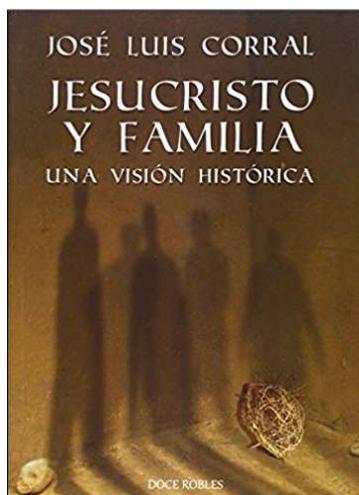
Además de la construcción psicológica de los personajes, nos interesa destacar la estructura de la novela, formada por capítulos que, de forma alternativa, van contando la historia de Paloma y Jaineba hasta que esta se entrecruza. En este ir y venir, la autora nos traslada con frecuencia de España al corazón de Senegal. La historia de la relación amorosa entre Paloma y Álex constituye el hilo conductor al que se incorporan otras tramas que se van entrelazando con agilidad: desde las vivencias de Maimouna y Jaineba, a la importancia de la labor realizada por las misioneras, y lo esencial que es un hospital para la supervivencia en los países del tercer mundo, sin olvidar el siempre difícil problema de las adopciones. Pero pese a las varias tramas secundarias, el lector no se perderá gracias a la capacidad narrativa de Orcero para mantener la intriga y presentarlas hábilmente entrelazadas.

La autora nos hace reflexionar sobre el papel de la mujer en otras partes del mundo, especialmente en África, si bien hay que señalar que muchos de los pasajes de la novela muestran una realidad más idealizada de la que verdaderamente podemos encontrar en Senegal. En este sentido llama la atención que un hombre con varias esposas permita que una de ellas viaje sola hasta un hospital de monjas misioneras para formarse y ganar dinero, circunstancia solo comprensible desde la visión de la mujer como instrumento de trabajo al servicio del hombre y cabeza de familia. También es reseñable la curiosa inclusión en la obra de un personaje tan fascinante como es la monja misionera, que había dejado de tener un papel literariamente relevante desde el siglo XVII. De forma elegante, fina, sin estridencias, la autora nos recuerda que en los países más pobres existe un grupo de mujeres que realiza una gran labor hacia los demás, sin recibir nada material a cambio, y con escaso reconocimiento social. Además, Orcero actualiza el sentido de la monja dotándola de una mentalidad moderna que consigue que el lector sea consciente de la superación del estereotipo clásico de monja misionera.

Carmen Orcero deja un final abierto a su novela. Queda en suspenso el devenir de Álex en su relación con Paloma y cómo será la nueva etapa vital que ella va a comenzar. Seguramente muchos lectores se quedarán esperando una segunda parte.

El fruto del tamarindo, muy popular en distintas partes de África y de México, tiene un sabor dulce, pero con un toque amargo, y es precisamente este el sabor que nos puede dejar la novela de M. Carmen Orcero, *A la sombra de los tamarindos*.

© Gloria Molinero Fernández



JESUCRISTO Y FAMILIA, UNA VISIÓN HISTÓRICA, de José Luis Corral

Editorial Doce Robles
125 páginas
Fecha de publicación: 2015
ISBN 978-84-941586-8-1

* * *

José Luis Corral ha escrito sobre uno de los personajes más importantes e influyentes de la humanidad, Jesús de Nazaret. Hijo de Dios para los católicos, un gran profeta para judíos y musulmanes, el hombre que cambió el concepto de la religión existente hasta entonces al predicar el amor entre hermanos, la promesa de un mundo

nuevo y la esperanza de una vida eterna.

Dios, hombre extraordinario, farsante... La figura de Cristo es controvertida y ha llenado miles de libros. No hay constancia escrita de sus enseñanzas, Jesús difunde su mensaje de forma oral, pero tras su muerte algunos discípulos empiezan a escribir textos de dudosa objetividad. Se han encontrado medio centenar de evangelios, de los cuales solo cuatro se consideran canónicos por la Iglesia; en ellos Mateo, Marcos, Lucas y Juan narran la vida del Maestro, pero cada uno incluye matices diferentes respecto a los otros.

José Luis Corral ha realizado un profuso trabajo de documentación para ofrecernos un acercamiento crítico y desligado de condicionantes sobre Jesús y aporta al lector interesado una extensa y variada bibliografía donde poder ampliar información y contrastar datos. La visión de Corral sobre Cristo abarca desde su nacimiento hasta los años posteriores a su muerte, cuando Pedro funda la primitiva Iglesia y la palabra divina empieza a extenderse por el Imperio romano.

Jesucristo y familia recoge el análisis de hechos históricos, bebe de diversas fuentes e indaga en la biografía de un hombre que ha dejado su impronta en millones de personas.

© María Dubón

<http://dubones.blogspot.com.es>



EL GRAN DESIERTO, de James Ellroy

Literatura Random House

Fecha de publicación: 2017

432 páginas

ISBN 9788439732594

Traducción: **Carlos Gardini D'Angelo**

* * *

Vuelve a hacer de las suyas el pitbull de la novela negra americana; muerde y desgarrar James Ellroy (Los Ángeles, 1948) con eficacia en estas más de quinientas páginas de *El gran desierto*, reedición por todo lo alto, a la que quizá le sobre alguna pero se le perdona. En esa radiografía urbana que se conoce como *el cuarteto de Los Ángeles* (*La Dalia Negra*, *LA Confidential*, *Jazz Blanco* y *El gran desierto*) James Ellroy indaga en los brillos de la megápolis del cine (Howard Hughes: *Howard, tú solo eres leal al dinero*, *las mujeres y*

los aviones, y en mi opinión eres tan amigo de lo americano como creo capaz a *Drácula de rechazar un empleo en un banco de sangre*) y sus sombras (el mundo de la droga, la homosexualidad encubierta y la prostitución que envuelve al séptimo arte).

Sitúa el autor de *LA Confidential* la acción de su novela en los convulsos cincuenta, los del maccarthismo, la histeria anticomunista y la mafia sindical con sus actuaciones extremadamente violentas. *Si llegaban a las manos, sin cámaras presentes, los Transportistas empuñarían los palos como arietes y atacarían, atacarían con manoplas metálicas: sangre, dientes, y cartílago nasal en la acera, tal vez unas cuantas orejas arrancadas*. Martin Goines, un saxofonista izquierdista y homosexual es brutalmente asesinado. *Una maraña de tajos profundos cruzaba la espalda y los hombros en todas direcciones. Había astillas de madera pegadas a las angostas estrías de sangre reseca*. Un asesino en serie se ceba con los homosexuales, a los que tortura y mutila para, una vez muertos, violarlos. *El homicida folla a su víctima después de la muerte; le acaricia los genitales hasta magullarlos, le hiere la espalda con una hoja de afeitar, le arranca los ojos, eyacula en las cuencas por lo menos dos veces...* Danny Upshaw, un policía que investiga crímenes de homosexuales, adopta la personalidad de Ted Krugman para servir en la caza de brujas del maccarthismo e infiltrarse en los ambientes izquierdistas al mismo tiempo que investiga esos atroces asesinatos cuyo nexos es que las víctimas presentan mordeduras de glotón. Un ex policía llamado Buzz Meeks, sediento de dinero y con escasa catadura moral, se cruza en la investigación.

James Ellroy es un maestro en construir atmosferas terroríficas, saturarlas de sangre, y hacer circular por ese escenario policías corruptos o de vuelta de todo, perdedores de una pieza. El escritor

norteamericano es ya un clásico y ninguna novela suya decepciona aunque en *El gran desierto* se dan cita tantos temas (las luchas contra las mafias de los transportistas; la homosexualidad oculta; las rencillas entre la policía de Los Ángeles y la del condado; el anticomunismo feroz de la caza de brujas) y subtramas que el lector puede perderse en la novela, pero no se preocupe, Elroy lo rescatará con una prosa eficaz, contundente, de frase corta, como disparos, y sazónada con elevadas dosis de truculencia tan gore como el brutal asesinato de su madre que marcó al autor de por vida.

La sangre como material preponderante en el lienzo de un artista *popart*. *Paredes blancas cubiertas por lineras de sangre verticales y horizontales perfectamente rectas, cortándose en ángulo recto, el asesino entrando en calor. Una bañera, los costados y el fondo embadurnados con una materia entre marrón y rosada que parecía sangre mezclada con grumos de jabón.* El asesino es muy brutal, se regodea en una liturgia de violencia sádica con fines sexuales. *El alter ego de un asesino que ansiaba morder, mutilar, violar. Comer carne con un hambre inconmensurable: sexual y emocional. Un hombre que se identificaba totalmente con un animal obscenamente rapaz, una identidad asumida para vengar viejos agravios.*

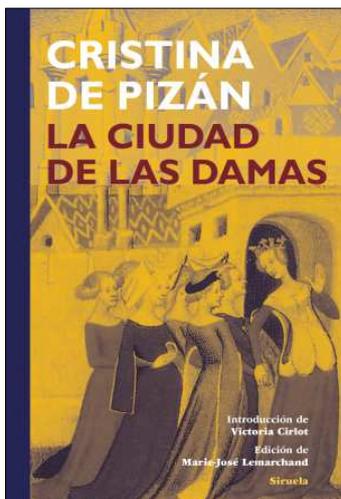
La contundencia de algunos de sus párrafos hace que olvidemos las caídas de ritmo por las frecuentes digresiones subtrámaticas (Howard Hughes, los comunistas de Hollywood...). *Pensó en el asesino, pensó que mataba porque alguien lo obligaba a ser lo que era. Levanto el cuchillo y perdonó al homicida; se llevó la hoja a la garganta y cortó de oreja a oreja, abriéndose el gaznate de un solo tajo.*

James Elroy construye una novela coral (ahí están algunos personajes secundarios de una cierta envergadura como Claire de Haven, la Zorra Roja, una perversa sexual que es comunista, y ahí se husmea el profundo anticomunismo del pitbull norteamericano que nunca ha escondido) que parece escrita por un tipo tan duro, o más, que sus protagonistas. James Elroy se solapa en esos policías brutales, golpea y dispara sin piedad y se permite, de cuando en cuando, una cierta ironía en el laconismo de su texto, tan cinematográfico, porque quizá el autor al escribir su novela ya estaba viendo una película. *La escopeta era un calibre 10 con cañón de treinta centímetros. Los cartuchos tenían perdigones de triple grado. Las cinco cargas de la recámara bastaban para transformar la tienda de Micky Cohen y a los guardaespaldas de la cumbre de la droga en comida para perros.*

Hay muchos personajes en *El desierto blanco* pero el principal sigue siendo ese Los Ángeles mítico retratado con toda su iconografía cinematográfica. ¿Novela o guión cinematográfico? Las dos cosas. Muy oportuna la reedición de Random House de un libro que ya publicó en 1988 Ediciones B. James Elroy ya es un clásico al que nadie discute.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com.es>



LA CIUDAD DE LAS DAMAS, de Cristina de Pizán

Editorial Siruela

Colección: Tiempo de Clásicos

Fecha de publicación: 2013

252 páginas

ISBN 978-84-15937-54-8

Edición de: **Marie-José Lemarchand**

* * *

Cristina de Pizán es la primera mujer a la que cabe considerar escritora profesional. Viuda a los veinticinco años y con tres hijos pequeños a su cargo, sacó adelante a su familia gracias al pago que recibió por sus escritos. Su educación en la corte de Carlos V de Valois, rey de Francia, su talento, su erudición y su capacidad de trabajo le permitieron alumbrar una extensa obra, que la hizo ser famosa y apreciada en toda Europa.

De las treinta y siete obras que se conservan de Cristina de Pizán, *La Ciudad de las damas* (1405) es el título del libro por el que más se conoce a la autora. En este trabajo, Cristina de Pizán rebate

la extendida creencia en la época de que la mujer carece de una naturaleza moral y es intrínsecamente perversa.

Al comienzo de su libro, Cristina de Pizán lamenta que no *hay texto que esté exento de misoginia* y admite haberse fiado *más del juicio ajeno que de lo que sabía y sentía en mi ser de mujer*. Sumida en estas reflexiones se encuentra cuando recibe la visita de «tres Damas coronadas de muy alto rango» cuyo resplandor ilumina toda la habitación. Estas damas son: Razón, Derechura y Justicia, que le proponen erigir una ciudad para acoger a todas las mujeres: «una Ciudad levantada y edificada para todas las mujeres de mérito, las de ayer, hoy y mañana».

Razón, Derechura y Justicia proveen a la escritora de las mejores piedras para construir la Ciudad, una *Ciudad que fundarás con nuestra ayuda nunca volverá a la nada sino que siempre permanecerá floreciente; pese a la envidia de sus enemigos, resistirá muchos asaltos, sin ser jamás tomada o vencida*. En un profundo foso se enterrarán todos los prejuicios que los hombres han divulgado sobre las mujeres y quedarán al descubierto sus insidiosas mentiras. Los cimientos, las murallas, los palacios y mansiones se construirán con esas mujeres anónimas que han llevado a cabo meritorias gestas y también con aquellas mujeres que han pasado a la historia dejando constancia de su enorme valía: Safo, Semíramis, María Magdalena, la emperatriz Nicaula... De esta forma se elabora una genealogía femenina que todavía sigue vigente en la actualidad, pues en ella encontramos a las representantes destacadas del movimiento de emancipación de la mujer.

La Ciudad erigida por Cristina de Pizán con la ayuda de las tres Damas es mucho más que un recinto que protege a las mujeres, es un espacio de relaciones sociales regidas por el derecho. Quedan aún lejos los conceptos de ciudadanía y de feminismo, pero Cristina de Pizán ya ejerce de ciudadana. Alza su voz para rebatir con argumentos la subordinación en el orden social de las mujeres y reivindica para ellas el derecho fundamental del que derivan los demás: el reconocimiento de la condición de persona, con la dignidad que implica, y con las cualidades que se atribuyen en exclusiva a los varones. También reclama como valores dignos de consideración los que se consideran propios de las mujeres y que por esta razón se denigran: la ternura, el cuidado de las personas, la ocupación en tareas menores.

La ciudad de las damas destaca por su originalidad: aporta una visión feminista e innovadora sobre en el tratamiento de los temas que afectaron a las mujeres medievales y presenta una visión contrastada de la historia de las mujeres, algo que evidencia la vasta cultura de Cristina de Pizán. La autora reivindica para las mujeres tanto el estudio como un espacio íntimo y personal donde llevar a cabo su instrucción, así como la creación literaria. Aspecto que tiempo después suscribirá Virginia Woolf en *Una habitación propia*.

© María Dubón

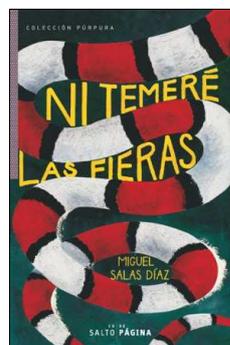
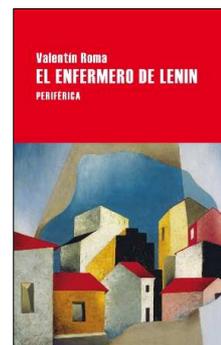
<http://dubones.blogspot.com.es>

El enfermero de Lenin

Valentín Roma

Editorial Periférica, 2017

He aquí una novela modélica para este tiempo de incertidumbres. «Modélica» por todo lo que nos revela en un tiempo sin revelaciones ya. Pero no *impositiva*, sino cordial: porque propone diálogo. La novela de un trasterrado (en cierto modo), de alguien que es tanto de un lugar como de otro. Y, no menos importante, la novela (también) de un desclasado. El joven profesor universitario y su padre obrero e hijo y nieto de agricultores. De La Mancha a Cataluña, de la estética del arado a la Estética con mayúsculas. He aquí una novela de amor filial y de amor político. Una novela sobre la lucha de clases cuando ya quedan pocas fuerzas para la lucha, cuando ésta ha sido capitalizada por algunos partidos y reducida a eslóganes. El padre está enfermo y vuelve a su lugar de origen, el hijo está «enfermo» de vida y de pasado, y también de deseo por saber y estar, como cuando era niño. Y se ríe de él mismo aún, y sigue teniendo miedo... pero ha aprendido a tenerlo. Es decir, a soportarlo. En estas páginas no se desdeña el humor ni cuando se habla de la muerte o la locura, pero se hace de manera muy seria. Por fin, un libro que nos hace sonreír en medio de la melancolía sin negar «la posibilidad de la revuelta».



Ni temeré las fieras

Miguel Salas Díaz

Editorial Salto de página, 2017

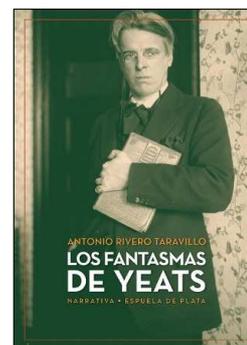
Roberto llega a Nápoles con la suerte de cara: deja atrás una vida pequeña y asfixiante para comenzar otra nueva y rica en promesas como profesor de español en la universidad. Sin embargo, la súbita y brutal violencia que se agazapa en los rincones más oscuros de la ciudad no tarda en truncarlas. Perdido e incapaz de tomar decisiones, zarandeado por sucesos que escapan a su control, Roberto se aferrará como un naufrago a un puñado de personas unidas por el horror y la gratuidad de la inesperada tragedia. En el centro de todos ellos se sitúa Michelle Bellini, viejo fascista traumatizado por una remota experiencia de guerra y cuyos secretos marcarán la existencia de Roberto transformándola para siempre.

Los fantasmas de Yeats

Antonio Rivero Taravillo

Editorial Espuela de Plata, 2017

Los fantasmas de Yeats es una novela singular que trata del viaje real pero prácticamente desconocido del Premio Nobel William Butler Yeats y su esposa a Sevilla en 1927, tres semanas antes del famoso homenaje a Góngora de la Generación del 27. Trata del ocultismo y el espiritismo, caros a los Yeats pero también a algunos poetas españoles de la época, como Fernando Villalón, y comparece también la figura, entre toda una galería de raros, de Ignacio Sánchez Mejías (el mundo de los toros está presente, pero desde el mito y con insospechados nexos con la tradición irlandesa).



La habitación alemana

Carla Maliandi

Mardulce Editora, 2017

Esta es una «novela de no-aprendizaje»: una protagonista —mujer, joven— viaja a Alemania atrapada por conflictos sentimentales y no dejan de sucederle toda clase de peripecias y accidentes, algunos trágicos, otros cómicos. En lugar de avanzar y aprender, sigue siempre a tientas, en la perplejidad, en la vacilación. Pero su vacilación se vuelve suspenso. Son breves e intensos capítulos que leemos queriendo saber qué pasará, cómo se resolverá... Carla Maliandi es dramaturga, guionista, directora de teatro y docente. Conformo el colectivo autoral *Rioplantensas* y co-dirige la publicación y el programa televisivo que lleva el mismo nombre.

Seres queridos

Vera Giaconi

Anagrama, 2017

Una chica que trabaja como camarera en Los Ángeles conoce a un concursante de un reality televisivo e inicia con él una relación que su hermana vigila por Skype desde la distancia; un abuelo se preocupa por su nieta en los tumultuosos años setenta, en los que la gente se marcha o desaparece; un hijo observa a su madre ya mayor, que ronca frente al televisor, y piensa en el futuro; un niño que ha perdido dos dedos por el ataque de unas pirañas se pelea con su hermana; dos hermanas afrontan la muerte de la tercera; una paciente establece una peculiar relación con su médico en la que los papeles acaban invirtiéndose; dos niños juegan con la sirvienta en la oscuridad; la relación de una criada con su señora cambia después de que esta última se intente suicidar; un padre viudo mantiene una complicada convivencia con su hija; una mujer se reencuentra con una pareja amiga que llevaba años buscando sin éxito tener hijos y descubre que por fin lo han conseguido, aunque de un modo muy peculiar.



En busca de Elena

Liliana Bellone

Editorial Nueva Generación, 2017

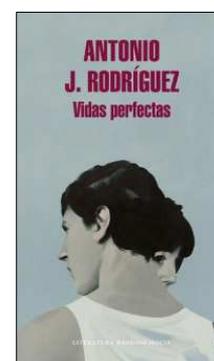
En busca de Elena es el nuevo libro de cuentos/relatos publicado por la escritora salteña Liliana Bellone a finales de febrero con la editorial porteña Nueva Generación. En total, son 14 cuentos y es el primero el que da nombre al libro. En él hay una narración que mixtura la información, la historia y la biografía con la ficción. «(...) Liliana Bellone, escritora elusiva e insondable como sus mejores personajes, poetisa y narradora capaz como pocos de articular mágicas intrigas entre Historia, Ficción y Literatura.» (Rosa María Grillo, Universidad de Salerno). «Hay en su discurso, el carácter mestizo de una escritura en el espejo, en donde lo europeo y argentino se mezclan, y donde no se registra una idea purista del arte, sino una cosmovisión universal, implantada dentro de su lugar de lectora y escritora latinoamericana.» (Liliana Massara, Universidad Nacional de Tucumán).

Vidas perfectas

Antonio J. Rodríguez

Literatura Random House, 2017

Los cuerpos de una joven pareja de turistas españoles aparecen sin vida en la sauna de un hotel en Kioto. Ambos presentan signos de violencia y ensañamiento; ella, además, estaba embarazada de su segundo hijo. Su amigo Xavier recibe la noticia con perplejidad: Vera y Gael eran el matrimonio perfecto. Con Mika, su hija adolescente, formaban una familia ejemplar. O eso es lo que mostraban en las redes sociales... Xavier y Mika rastrearán las vidas de Vera y Gael para descubrirnos una realidad alejada de sus perfiles públicos. Sin más red de protección que su voluntad de empezar de nuevo, deberán poner a prueba su capacidad de dar la espalda a toda convención para encontrar consuelo en los rincones más inesperados.



Terroristas modernos

Cristina Morales

Editorial Candaya, 2017

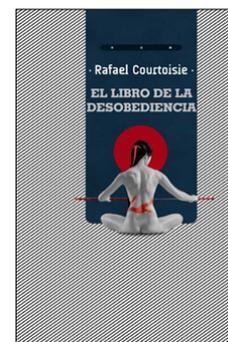
El primer acusado en la Historia de terrorista, esto es, de ser un agente o partidario del régimen del terror (según reza el diccionario de la Academia Francesa de 1798, que inaugura el término), no fue ni un anarquista, ni un comunista, ni un neonazi, ni un abertzale, ni un yihadista, sino el neonato Estado liberal francés, la primera democracia moderna de Europa. Con esto muy presente y con España hecha un barrizal tras la invasión napoleónica, en 1816 un grupo de españoles urdió un plan para convertir su Reino, aburrida cocinilla de Dios, en Estado, flamante máquina humana. Cristina Morales narra en *Terroristas modernos* el forjamiento de esas alianzas políticas inesperadas, la intrahistoria de esa subversión, y traslada los profusos conflictos de la trama al estilo literario, problematizando el lenguaje y el sustento ideológico del lector.

El libro de la desobediencia

Rafael Courtoisie

Casa Editorial Hum, 2017

El libro de la desobediencia transcurre en un Japón sangriento, mágico, imaginario y por tanto real. Este relato desobedece «la Historia» solamente para contar el fondo de su verdad. Todo sucede en un entramado de humor y singular belleza literaria. Aquí se refieren intrigas palaciegas, asesinatos y luchas por la tenencia de Tanoshi, la favorita del cruento Emperador, secuestrada y seducida por la sensei Miniki (sacerdotisa suprema del Templo de la Poesía), las andanzas de Neko Wal, artista tatuador discípulo de Hokusai, el famoso pintor japonés. Se narran las glorias y miserias del legendario Okoshi Oshura, escritor desobediente, sabio y dipsómano, verdadero autor de este libro, y se disfrutan las acrobacias de ninfas bizarras y lúbricas entregadas al delicado arte zen del erotismo. Mientras Okoshi medita, practica con el bokken sus artes físicas y espirituales, observa y refiere criaturas y eventos maravillosos, irrumpen episodios de lucha, sexo, magia negra, blanca y roja; hay explícitos o implícitos «homenajes a» o «parodias de» Ryonosuke Akutagawa, Yukio Mishima y Murakami, entre otros. El libro de la desobediencia muestra que Japón es sólo otro nombre de la aventura humana en cualquier lenguaje, en cualquier momento de la Historia, en cualquier lugar del mundo.



El hombre que se creía Vicente Rojo

Sònia Hernández

Editorial Acanalado, 2017

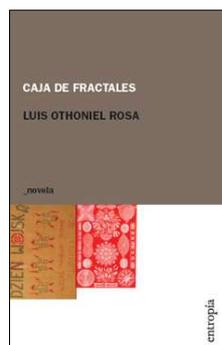
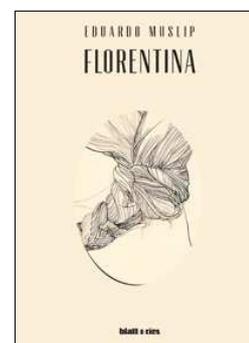
Berta cree que está predestinada a que en su vida sólo sucedan cosas desagradables, por lo que busca algo que pueda proporcionarle una visión diferente de la realidad. Su madre se esconde en una apariencia y unas decisiones que no siempre reconoce como propias. En sus vidas se cruza un hombre que se presenta como el prestigioso artista mexicano Vicente Rojo y desencadenará un sorprendente juego de identidades en el que es difícil reconocerse o diferenciar lo que está a nuestro alcance de lo que es imposible: una enigmática lección de vida. «Yo puedo decir que no sólo he alcanzado la paz, sino que he hecho una gran labor. He trabajado mucho por la cultura, ha sido lo único que me ha interesado. No conozco sensación más placentera que la de leer un buen poema, escuchar música o mirar una pintura bella. Ése es el único significado de todo, el lugar del que fuimos expulsados y que nos pasamos toda la vida buscando».

Florentina

Eduardo Muslip

Blatt & Ríos, 2017

«Aparece Florentina», así empieza esta novela de Eduardo Muslip que se concentra en el recuerdo vívido de una abuela. Florentina aparece en un cuarto, pero está en una sala de estar. Su sola presencia le impone al narrador esta novela. Retrato e hilvanado relato, *Florentina* es una muestra de la destreza con la que Muslip se entrena en el ejercicio de la narrativa: la abuela, el recuerdo de Galicia, el anticlericalismo, la alimentación, el mundo de las primeras lecturas, diez años en la vida del narrador y diez años en la vida de Florentina, la vejez, el amoroso diálogo con los muertos, le dictan al autor una novela conmovedora y extraordinaria.



Caja de fractales

Luis Othoniel Rosa

Editorial Entropía, 2017

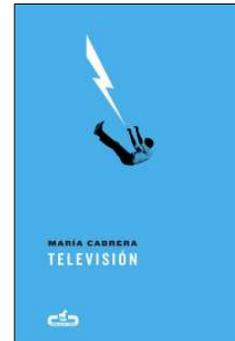
«A la pregunta del millón (¿Hay un afuera del capitalismo?), Luis Othoniel Rosa contesta que sí, que hay y que no es uno sino cinco: el futuro, el espacio, la alucinación, la muerte y la literatura. Cinco milagros laicos que protagonizan una novela colocadísima, llena de mártires románticos, éxodos y secretos ecos argentinos.» (Alan Pauls). Luis Othoniel Rosa (1985, Bayamón, Puerto Rico) es el autor de la novela *Otra vez me alejo* y del estudio *Comienzos para una estética anarquista: Borges con Macedonio* (Cuarto Propio, 2016). Tiene un doctorado en literatura por la universidad de Princeton. Dirige la revista de reseñas www.elroommate.com y enseña literatura en la Universidad de Nebraska.

Televisión

María Cabrera

Editorial Caballo de Troya, 2017

Con la prosa serena y limpia de María Cabrera, *Televisión* nos introduce en el engranaje de ese ente que habita nuestras casas, haciendo un recorrido por las vidas de los que formaron parte de ella, de los que lucharon por evitar el desmantelamiento, de los pocos que quedaron, aislados, ajenos en la nueva realidad de un edificio que fue de todos. Henar, principal personaje de este mosaico de recuerdos, mostrará sin tapujos el extrañamiento, la confusión, las contradicciones que recorren esta crónica social. María Cabrera (Madrid, 1985) ha publicado el poemario *La habitación del agua* (Baile del Sol, 2014) y el libro híbrido *Dos islas* (Séxtasis Ediciones, 2015) junto a Sesi García. Ha escrito dos obras de teatro: *Despertamos* (Caravan Project) y *La dama de las camelias*.



La mala fe

Romina Doval

Editorial Bajo la Luna, 2017

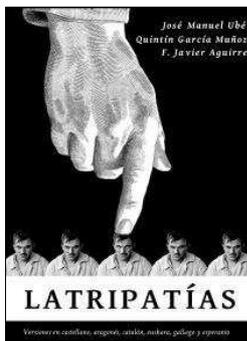
Hacia finales del año 2001, Victoria y Paulina, estudiantes de carreras humanísticas, viven bajo un mismo techo en un barrio de Buenos Aires, con lo justo para mantener la aventura de la emancipación familiar, cuando estalla la crisis económica en el país. Descartada la posibilidad de volver con sus padres, Paulina descubre en los pequeños robos una posibilidad de subsistencia pero también una atracción que, a duras penas, convive con los vestigios de su antigua fe cristiana. Luchar contra este descreimiento, que ya había alcanzado a su amiga Victoria en plena adolescencia, no es tarea sencilla al lado de un oscuro existencialista al que ellas llaman Soren. Este presente caótico abreva en diferentes momentos del pasado, como la infancia de los 80 y la adolescencia de los 90, iluminando los períodos claves de una amistad entre dos jóvenes mujeres pertenecientes a una generación marcada por el despojo y la pérdida.

Atravesé las Bardenas

Eduardo Gil Bera

Editorial Acantilado, 2017

En 1956, el señor Yaben, un ingeniero del Instituto Nacional de Colonización, idea un pueblo de colonización que construirán y habitarán presos en una inhóspita zona de las Bardenas. El proyecto no sólo servirá para que los reos rediman sus condenas, sino que además los convertirá en colonos de la región. La realización de esta utópica población, alegoría de la naturaleza de los sueños humanos, reunirá en el desierto de Navarra la condición humana en toda su desnudez, y se convertirá en una fábula de tintes bíblicos. Eduardo Gil Bera nació en Tudela en 1957. Autor de las novelas *Sobre la marcha* (1996), *Os quiero a todos* (1997), *Todo pasa* (2000) y *Torralba* (2002, Premio Alfonso X el Sabio).



Latripatías

Francisco Javier Aguirre, Quintín García Muñoz y José Manuel Ubé

Ónix Editor, 2017

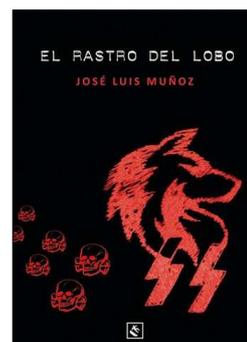
Los ritos y los mitos son vías utilizadas para atisbar la felicidad. El mito es una entidad superior, pero ficticia, y el rito reverencial, la *latría*, la forma suprema del culto, a veces vacua. La *patía* tiene también etimología griega, con el significado de enfermedad o dolencia. Las *latrías* y las *patías* suelen afectar a los humanos a lo largo de su vida. Al margen de las dolencias de carácter individual, se padecen perturbaciones colectivas cuyo tratamiento es más complicado. El arte y la literatura, lo mismo que la música y otras fuentes creativas, pueden contribuir a despejar la nebulosa mítica y patológica que a menudo nos envuelve. LATRIPATÍAS funde los collages de José Manuel Ubé, las reflexiones de Quintín García Muñoz y los relatos mínimos de Francisco Javier Aguirre intentando alcanzar la fugacidad del instante, desentrañar la densidad del momento y descubrir los bordes de la realidad... ampliando su horizonte idiomático a lo que hoy se habla en nuestros territorios (aragonés, catalán, euskara y gallego) y a lo que en un futuro contribuirá sin duda a la fraternidad universal: el esperanto.

El rastro del lobo

José Luis Muñoz

Editorial Traspies, 2017

Aribert Ferdinand Heim, conocido como el Carnicero de Mauthausen o el Doctor Muerte, fue uno de los mayores criminales de guerra nazis. Al igual que su colega el doctor Mengele, escapó de la justicia al finalizar la Segunda Guerra Mundial y durante las décadas siguientes protagonizó una interminable lucha para escapar de la acción de la justicia. Joachim Schoöck, un solitario policía de Stuttgart cuyo misterioso pasado se hunde en la tragedia alemana de la guerra, dedicará su vida a seguir el rastro de ese lobo solitario. Heim, destacado como oficial médico en los campos de exterminio, fue un hombre de una crueldad extrema, obsesionado por establecer los límites del dolor físico; un criminal que dejó falsas pistas por medio mundo, murió varias veces, y tuvo una infinidad de identidades ayudado por los miembros de Odessa. Algunas de sus víctimas continuarán presentes en su vida y la recordarán continuamente los años en que reinaba con total impunidad sobre la vida de las decenas de miles de personas encerradas en los campos de concentración.



Se vende humo

Joaquín Escobar

Narrativa Punto Aparte, 2017

Un profesor obsesionado con robar libros a sus ocasionales amantes divaga sobre filosofía y fútbol frente a sus apáticos alumnos. Un par de ladrones de camisetas urde un retorcido plan para quedarse con la polera que Manuel Rojas vistió en un mítico partido. Tres improbables revolucionarios confabulan un acto superlativo de disidencia a través del martirio de un millonario. Un solitario trabajador de un call center se sumerge en la alucinante aventura selvática de una mujer imposible. Estos son algunos de los alucinantes relatos de *Se vende humo*, libro de cuentos del escritor Joaquín Escobar que se suma al catálogo de Narrativa Punto Aparte. El volumen será presentado este

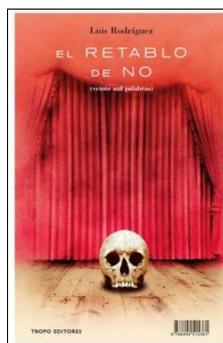
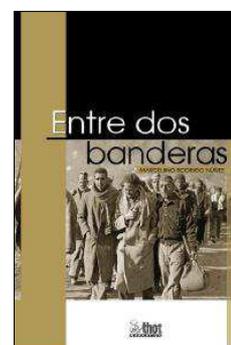
viernes 31 de marzo, a las 19.00 horas, en el Centro Comunitario Palacio Álamos, ubicado en Santo Domingo 2398, Santiago. Como presentadores, participarán el periodista Patricio Contreras y el académico de la U. de Chile, Ignacio Álvarez.

Entre dos banderas

Marcelino Rodrigo

Ónix Editor, 2017

Esta es la primera novela de una trilogía que transcurre en los tiempos previos a la contienda civil. Finalista en el Premio Urriza de Lérida y el Blasco Ibáñez de Valencia, ambos en 1967, fue publicada en el mismo año en Ediciones Marte. Alabada por la crítica y comparada con *El lazarrillo de Tormes*, describe personajes, paisajes y costumbres de una Castilla aún premoderna, con el estilo propio del castellano popular con toda su riqueza lingüística, en parte ya perdido con la evolución de los tiempos. Experiencias juveniles, el primer empleo fuera del círculo protector, el primer amor... y un final dramático en un 18 de julio de 1936. El aprendizaje de que el sendero transcurre entre el amor y la muerte, el cielo y la tierra, la rosa y la calavera, forzado el hombre a elegir entre dos banderas...



El retablo de no

Luis Rodríguez

Tropo Editores, 2017

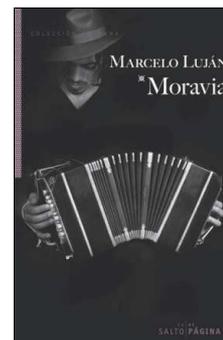
El retablo de no nos habla de actores, de la oportunidad que tienen de vivir otras vidas para así huir de sí mismos. Habla también de personas que respiran mejor en su reflejo, en su sombra. Habla, por lo tanto, de la identidad, de la herida. La trama es un pretexto para llevar a cabo una fuerte reflexión sobre el concepto de identidad y su proceso de construcción. El protagonista recrea vidas porque no le gusta la suya, recuerda cosas que no ha vivido, construye en la vida, como en el teatro. Juega con la fragilidad de la verdad y con el desinterés de la humanidad por esta. La verdad es lo que decidimos creer, aunque no es verdad. Nada es verdad, nada es real. El resultado es un rompecabezas que busca confundir, como se confunden muchas veces los límites de lo ocurrido y lo registrado, lo real y lo construido, la realidad y la memoria.

Moravia

Marcelo Luján

Editorial Salto de Página, 2017

Argentina, febrero de 1950. Juan Kosic —ahora consagrado y famoso bandoneonista— regresa a su lugar natal quince años después de haberlo abandonado. Lo acompañan su esposa y su pequeña hija. Sin desvelar su identidad, se presenta en la pensión que regenta su madre desde hace más de cuarenta años en Colonia Buen Respiro, un pueblo perdido en medio de La Pampa. Para Juan Kosic el ansiado regreso sólo tiene un propósito: demostrarle a su madre que triunfó gracias a la profesión que ella le había negado y que un día forzó la separación. Adinerado en un pueblo de campesinos con escasos recursos, elegante y ampuloso, cargado con la arrogancia que sólo puede generar el resentimiento, el bandoneonista desoye todas las advertencias de su esposa y no desiste en continuar con el plan que lleva años ideando: burlarse de quien no confió en él ni en su talento artístico. Pero un suceso irreversible y catastrófico conducirá la historia por un trágico desvío. Con el talento narrativo unánimemente elogiado por la crítica, Luján reflexiona sobre los riesgos de la impostura y la capacidad destructiva del ser humano mientras, como en las tragedias griegas, la *hybris* y la ambición empujan a los personajes hacia un dramático desenlace.



Fuzz

Félix Ruiz Gorrindo

Ónix Editor, 2017

La evolución del autor en su estilo narrativo, y en la visión de los acontecimientos que han acaecido en el mundo en las últimas décadas, pueden ser una muestra de la genial destreza de estas historias aquí recopiladas. Son treinta y un relatos escritos en los últimos veintiocho años. Abordan temas muy diferentes, para acompañarnos en momentos en que deseamos evadirnos y leer sobre la paz, el futuro o sobre algún suceso con base histórica, científica, tecnológica... Algunos son pura imaginación y otros juegan con lo absurdo, lo imposible y lo inexplicable. Una pátina de humor adereza buena parte de los relatos, ya sea de manera puntual o de manera persistente en toda la narración. Bastantes de los relatos se cimentan en parte en hechos reales, parte que está cuantificada en porcentaje al principio de cada uno de estos relatos. Unos son breves, incluso muy breves (como por ejemplo el primero), otros menos breves y otros largos.

El abismo verde

Manuel Moyano

Editorial Menoscuarto, 2017

Un joven sacerdote abrumado por dudas teológicas llega en misión al remoto pueblo selvático de Agaré, habitado por leñadores mestizos cuya aparente religiosidad encubre apenas un profundo salvajismo. Misteriosas expediciones nocturnas al corazón de la jungla, una ciudad milenaria en ruinas, la ausencia de mujeres y los rumores sobre ciertos «espíritus de la selva» son algunos de los elementos de esta obra envolvente y turbadora. Manuel Moyano navega a contracorriente para recuperar el pulso de las novelas clásicas de aventuras, con páginas memorables que evocan a autores como Wells, Kipling, Conrad o Lovecraft. *El abismo verde* ratifica este autor como uno de los narradores hispanos más dotados para crear ambientes, personajes y tramas inquietantes.



Siempre nos quedará la Antártida

Mario Ornat

Anorak Ediciones, 2017

En las habitaciones enmoquetadas de Siempre nos quedará la Antártida se bebe té pero también Guinness, suenan Wilco, Shane MacGowan y Damien Jurado e incluso vuelven a la vida los puños de Muangsurin y Perico. Este libro recoge una selección de los textos más personales que el periodista Mario Ornat destiló, cada noche, en su blog Somniloquios. Hay guiños al cine en blanco y negro, a Marilyn, al rugby, a Cortázar, a los sueños vividos y a los que vendrán, a las lecciones que solo te enseña el tiempo. Bienvenidos.

Nuestro mundo muerto

Liliana Colanzi

Editorial Eterna Cadencia, 2017

Una mujer en una misión de colonización en Marte, un joven poseído por el impulso asesino de un indio mataco, un chico que dice comunicarse con gente del espacio, una nana ayorea a la que le gusta comerse los piojos y asegura que los muertos nunca se van. En los bordes de la ciencia ficción, lo fantástico y lo pesadillesco, estos cuentos exploran, con una mirada alejada de todo exotismo, la idea de la muerte en las grietas del mestizaje, allí donde la idiosincrasia indígena y su historia de explotación chocan con la vida moderna y urbana. Liliana Colanzi nació en Santa Cruz, Bolivia, en 1981. Publicó el libro de cuentos *Vacaciones permanentes* (2010). Ha colaborado en medios como Letras Libres, El Deber, Granta y The White Review. Ganó el premio de literatura Aura Estrada, México, 2015. Reside en Ithaca, Nueva York, y enseña en la universidad de Cornell.



Lobo

Bibiana Camacho

Editorial Almadía, 2017

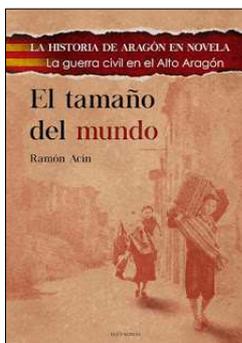
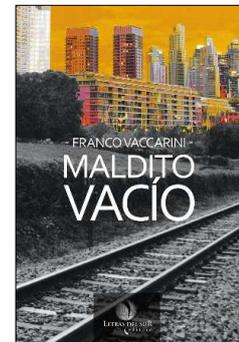
Berenice es una joven entusiasta que aspira a emprender una carrera en la academia. La necesidad de ir tras sus sueños la lleva a trabajar para Felicia, una eminente doctora. Famosa por sus investigaciones y respetada por sus colegas, lleva recluida mucho tiempo en una lejana finca, en un pueblo prácticamente anónimo. Ese lugar es El Lobo. Pareciera ser un reducto de otra época. Arraigado a costumbres antiguas, ajeno al progreso, proveerá a Berenice el aislamiento necesario para su trabajo de investigación. Pero no sólo eso: el pueblo y sus alrededores ofrecen historias extrañas, presencias intrigantes y enigmas por resolver. La gente del lugar afirma que los lobos desaparecieron hace años. Sin embargo, algunas noches Berenice alcanza a escuchar aullidos que provienen de los cerros cercanos. Hay presencias indefinidas en la noche del campo. Felicia podría no ser la serena académica que dicen. Y la investigación quizá no las lleve al reconocimiento de sus pares.

Maldito Vacío

Franco Vaccarini

Editorial Letras del Sur, 2017

Lo único que podía sacudir la existencia monótona y sin sentido de Nelson Cazip era la muerte o una de sus más siniestras formas: el dinero. De un día para el otro, con cada «Scuchuf» que escucha latir en la tierra, Cazip encuentra varios billetes a medio metro de sus zapatos, todos de curso legal, listos para ser gastados en sus más disparatados y mediocres sueños. Pero, claro, hacerse rico no es precisamente una situación sin consecuencias. Su personalidad es más vivaz, su gusto por la vida empieza a reforzarse y las sospechas de su esposa (y hasta del propio protagonista) no tardan en aparecer: ¿quién o qué transformó a este hombre vacío, insípido, en un ser activo que hasta se anima a meterse en el agua con la ropa puesta, a volverse seguro de su escuálido físico y a proponer viajes lejos de la aburrida geografía local? ¿Quiénes son los misteriosos agentes que acompañan cada aparición de dinero? ¿Por qué justo Cazip es el elegido por el destino para tener este inquietante don?



El tamaño del mundo

Ramón Acín

Editorial Doce Robles, 2017

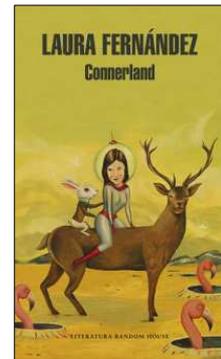
Julián es un niño maravillado por las historias de su tío Pedro, un superviviente de la guerra de Cuba que a principios del siglo XX le enseña a enfrentarse a la vida. Años más tarde Julián tendrá que enseñar a sus hijos que el tamaño del mundo no tiene relación con las dimensiones del planeta, sino con el corazón y las ilusiones de los hombres y mujeres que lo pueblan. *El tamaño del mundo*, la nueva novela del oscense Ramón Acín, trata sobre los efectos de la guerra civil, que aniquiló y dividió a familias enteras. Pero también sobre el olvido de los pueblos pequeños, el éxodo obligado de la montaña a las ciudades, los bellos recuerdos de la infancia, el amor adolescente o la admirable dignidad de hombres y mujeres a quienes les arrebataron la memoria por la fuerza de las armas. El tamaño del mundo ha sido publicada por la editorial Doce Robles dentro de su colección «La historia de Aragón en novela».

Connerland

Laura Fernández

Literatura Random House, 2017

La carrera del escritor de ciencia ficción Voss Van Conner despega el día que se electrocuta con un secador de pelo. Envuelto en una toalla de microdelfines y con el pelo hecho unos zorros, Voss abre los ojos en lo que parece la sala de espera de una nave espacial. ¿Le han abducido, por fin, los extraterrestres? ¿O está verdaderamente muerto, y estar muerto consiste en tener una representante de fantasmas que hasta ahora no era más que una azafata de vuelo adicta al *speed dating*? Sea cual sea el caso, su muerte será la excusa para que un editor muy importante quiera convertirlo en ORO, para que su mujer admita que estaba a punto de dejarlo y para que su mejor amiga pierda los papeles. El resto es un fabuloso viaje por la ex vida del primer escritor de ciencia ficción que bien podría tener un parque de atracciones en el que las atracciones serían todos esos otros mundos que creó para escapar del único que existe.



Algo en el aire

Jorge Paolantonio

Bruma Ediciones, 2017

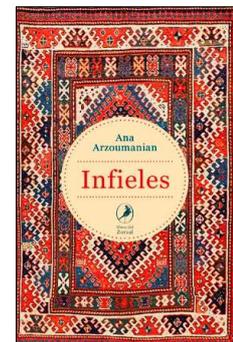
La llegada de un ingeniero en el que las solteras del pueblo ponen el ojo, termina siendo la piedra del escándalo que desnuda los entramados de una sociedad que reprime y censura hasta la asfixia. Con el conocimiento de quien se ha asomado en la compleja y sutil condición humana, Jorge Paolantonio ejerce humor y mordacidad para retratar a un pueblo y crear una historia tan real como conmovedora, riquísima en matices y atmósferas. Y aquello que flota en el aire se tensa hasta explotar en risa o mueca, con el sentido tragicómico de la vida. Novela finalista del Premio Latinoamericano Planeta en 2003.

Infieles

Ana Arzoumanian

Libros del Zorzal, 2017

Una política de separación, una conmovión territorial designa al vecino como enemigo, construye un nosotros contra ellos. La caída de un imperio. La persecución de las minorías. El trazado de fronteras fabrica miedo, diseña el terror. Podría tratarse de este siglo. Pero no; todavía. El Imperio Otomano, frente a un estado de derrumbe, traducía sus señoríos en espacios nacionales, despoblando. Las marcas sobre el territorio niegan el vientre femenino armenio, se apropian de aquello que sostiene los cimientos de la ciudad nueva. La palabra fiel, de raíz indoeuropea, hace referencia a la encina. Fiel: el resistente, el sólido que, con el paso por las lenguas germanas, lleva el término a las expediciones devastadoras, a la tropa. Fue más tarde que el sentido derivó en confianza, de manera tal de incorporar dicho vocablo al ámbito religioso, al credo. El libro *Infieles* de Ana Arzoumanian propone una escritura sobre un borramiento, sobre las estrategias de un régimen de seguridad interior estallando en los cuerpos.



Tierra de campos

David Trueba

Anagrama, 2017

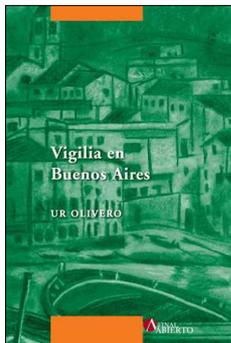
Con el objetivo de enterrar a su padre en el pueblo donde nació, Daniel emprende un viaje en un vehículo muy particular, un coche fúnebre, conducido por un chófer ecuatoriano, pintoresco y charlatán, de la mejor estirpe cómica. ¿Quién es de verdad Dani Mosca? Quizá, como sostiene él mismo, es sólo un tipo que hace canciones, sobre todo canciones de amor. Pero es también el niño que creció en un barrio humilde; que encontró la amistad más profunda de esa manera accidental en que uno encuentra las grandes cosas de la vida; que viajó y disfrutó de su oficio en la música hasta que la tríada clásica de los excesos (sexo, drogas y rock and roll) desintegró el grupo que había formado con sus amigos del alma; y cuya vida se sostuvo en un equilibrio precario pero resistente entre el deseo y la realidad.

Gente decente

Michelle Roche Rodríguez

Editorial Musa a las 9, 2017

La colección de cuentos reunidos en *Gente decente* aborda desde diferentes voces las relaciones familiares como un microcosmos donde ensayar las identidades. Dos hermanas que se enfrentan a un padrastro siniestro, un abuelo que llega desde la Alemania nazi a un carnaval, una pareja que, con muchas dificultades, intenta tener un hijo y unos padres que se enfrentan al acoso escolar son algunos de los personajes de *Gente Decente*, un libro donde «la identidad es el ideograma donde se funden las memorias familiares y las decisiones propias». Los relatos de Michelle Roche Rodríguez cuestionan la máxima aspiración del grupo de personas que representan la célula fundamental de la sociedad. Pero ¿qué pasa cuando los lazos familiares se han corrompido? El jurado del V Premio de Narrativa Francisco Ayala (correspondiente a 2016) —presidido por Marta Sanz— subrayó que este libro «es fruto de una sólida voz narradora».



Vigilia en Buenos Aires

Ur Olivero

Editorial Final Abierto, 2017

La incomodidad es la tierra que habita esta novela. Un limbo que alimenta tensiones, ¿quedarse en la isla?, ¿irse?, ¿regresar? El calor, el agua, la vegetación, toda la geografía cubana operando como fantasía de felicidad. La irrupción de la cárcel por un robo adolescente que funciona como tumba en ese paraíso perdido que es la niñez de Jorge, el protagonista. Dos paredes compactas que oprimen como una prensa la cabeza del personaje. La burocracia que anula de un lado, que censura, que revisa, que espía, que silencia la voz. Del otro, el imperialismo a pocas millas que publicita prosperidad, pero bloquea, genera hambre y Jorge, que sospecha también lo que puede traer, posibilidad de humillación y la figura del que mendiga poblando la isla. ¿Qué hacer? El exilio empujado a España, ¿derrota?, ¿distancia para poder ver? De España a Buenos Aires, ¿decepción del primer mundo? Esta novela del cubano Ur Olivero nos ofrece un peregrinaje circular del que se va y, aunque el personaje todavía ni siquiera lo intuya, comienza a volver del centro al suburbio, respirando cada vez más cerca los olores de la isla.

La vida de los clones

Miguel Espigado

Aristas Martínez Ediciones, 2017

En un mundo muy parecido al nuestro, la humanidad creó seres de fantasía para amarlos y divertirse con ellos. Esta historia comienza cuando se les concede la libertad. *La vida de los clones* parte de una única premisa fantástica que afecta a una realidad, por lo demás, idéntica al mundo de finales del siglo XX, y la usa como técnica de extrañamiento para llamar la atención sobre aspectos de nuestro presente que hemos asimilado irreflexivamente. Así, las mascotas se convierten en un personaje múltiple que aglutina la experiencia excluyente que soportan las minorías culturales. Y todo para seguir ahondando en el gran tema de la mejor ciencia ficción: la relación entre lo natural y lo artificial.



Luz

Elisabet Riera

Editorial Sexto Piso, 2017

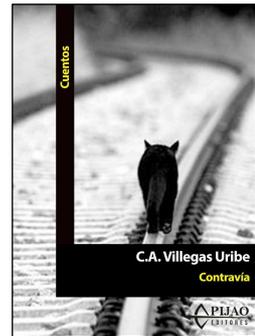
Una mujer en la madurez, huyendo de una ruptura sentimental, regresa al pueblo donde nació y creció, y que abandonó hace ya más de veinte años. Noche, su perra, la acompaña en este viaje de reencuentros con su familia, con el entorno, consigo misma. Y entonces, inesperadamente, aparece Luz. A su lado redescubre el que fuera su hogar —la taza metálica del padre, su libro de oraciones, el delantal colgado de la pared de la cocina, la fotografía de la madre ausente— y los lugares que marcaron su infancia —Can Tomitxo y su enorme tilo, la ermita de Santa Magdalena, la playa—. Y Luz lo inunda todo.

Contravía

C.A. Villegas Uribe

Pijao Editores, 2017

El volumen que nos presenta C.A. Villegas Uribe es un juego inteligente y en el otro extremo del abanico, si se quiere, absurdo con la literatura. Existen en todos sus relatos referencias literarias que sirven de reflexión sobre la literatura y que hacen relieve sobre la impostura de los seudoescritores. Sus relatos construyen una especie de metaliteratura. Es decir; la literatura es el tema, la historia, el asunto. Hay una constante reflexión con humor, en muchos casos desde la ironía, al oficio de escribir, como un intento de desacralizarla, de ponerla en el plano más humano, y no como un oficio de seres iluminados. Un taller de escritura creativa, por ejemplo, sucede en una especie de campo de entrenamiento militar que en ocasiones se deja ver también como un spa. Ya sea en el microrrelato o en el aforismo, Villegas Uribe trabaja el absurdo, el drama psicológico en espacios urbanos, donde lo erótico, lo fantástico o lo truculento tejen sus historias manchadas o iluminadas por la literatura, la historia y la fábula, siempre con un carácter intimista, que dialogan entre sí, que juegan con el lenguaje y proponen al lector un reto. En muchos casos su narrativa resulta experimental, imaginativa.



Las huellas del lobo

Francisco Javier Aguirre

Ediciones Alféizar, 2017

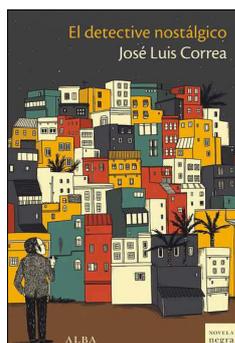
Noviembre de 1975. Acaba de morir el dictador. En la ciudad de Zaragoza, una familia lo celebra y otra lo lamenta. Las dos planean lo mismo: salir en busca de Francisco «El Lobo», un combatiente republicano que puede hallarse escondido en las sierras del Maestrazgo y que ahora tal vez reaparezca; sería uno más de los «topos» que van surgiendo esos días. Pero la intención es muy distinta en cada caso. En el primero se trata de recuperar a un padre, a quien se creía muerto, y también posiblemente a una hermana desconocida. En el segundo se planea una venganza. El invierno transcurre entre preparativos. Llegado el mes de abril del año siguiente, dos jóvenes salen de la ciudad hacia las montañas, cada uno por su lado, con pocos días de diferencia.

El eco entre la bruma

Ricardo Ramos Rodríguez

Pregunta Ediciones, 2017

El eco entre la bruma, una historia inolvidable de intriga, amor, aventura y recuerdos en una fascinante La Habana a mediados del siglo XIX. En el año 1869, la capital de Cuba se agita en una tensa contradicción: tras el lujo y la frivolidad se ocultan conspiradores y grupos paramilitares, mansiones y palacetes se alzan junto a peligrosas barriadas marginales y, entre los rescoldos de unos tiempos dorados, crece el fantasma de la guerra. Desde que hace diecinueve años lo encontraron en la calle, perdido y conmocionado, siendo todavía un niño, un extraño pintor ha vivido recluido en una humilde pensión, asomándose al mundo únicamente para plasmarlo sobre el lienzo. Sin embargo, no podrá esconderse para siempre, y pronto los tentáculos del conflicto en ciernes y de un turbio pasado todavía sin cicatrizar lo arrastrarán a una épica odisea entre sociedades secretas, tramas de espionaje, catacumbas olvidadas, traiciones, venganzas, hipocresía política y planes destinados a cambiar el propio curso de la historia.



El detective nostálgico

José Luis Correa

Alba Editorial, 2017

Estamos ante una nueva novela negra de la serie de Ricardo Blanco, pero, en este curioso caso, el protagonista es también la víctima de la historia. Efectivamente, nada más empezar, el detective es atacado y herido por un desconocido en la entrada de su casa. Ricardo Blanco ha sobrevivido pero necesita averiguar quién lo quiere muerto, a quién ha hecho tanto daño. Empieza así un misterioso viaje por la isla de Gran Canaria, que es también un viaje interior. La obra, que mantiene todos los rasgos de la literatura de Correa, es esta vez, más que una novela negra, una reflexión sobre la condición humana y un tratado íntimo sobre el miedo.

Europa

Cristina Cerrada

Editorial Seix Barral, 2017

Europa es la historia de Heda, una joven que llega a Europa junto con su familia, huyendo de un país en guerra. Su nueva vida transcurre entre su casa, un hogar humilde que sus padres se esfuerzan por construir, y la fábrica donde trabaja con su hermano y con otros refugiados. Heda observa cómo la vida avanza y, con ella, cómo sus seres queridos se adaptan a este nuevo comienzo. A medida que conocemos su historia, saldrá a la luz la herida invisible y profunda que el pasado deja tras de sí. *Europa* es una novela sencilla y conmovedora, escrita con una fuerza narrativa poco habitual, sobre el desarraigo y sobre todo aquello que silenciamos para seguir adelante. Con un estilo sólido y maduro, Cristina Cerrada ha creado una voz nada convencional, nítida y precisa, en la que el silencio es una herramienta más para sobrevivir.



El váter cósmico

Emilio Moreno

Ónix Editor, 2017

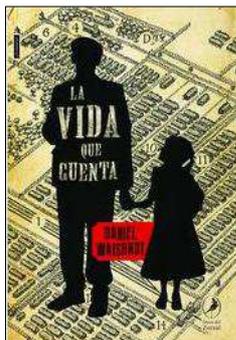
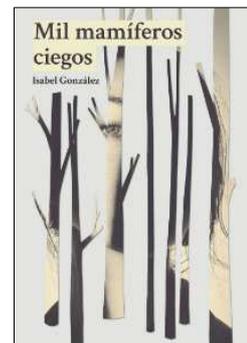
El argumento de esta historia se establece en la vida y vicisitudes de unos vendedores españoles que salen al mercado americano a vender un producto recién inventado por la empresa alemana en la que ellos trabajan. El lanzamiento del magnífico equipo higiénico que hace de una sola vez todas las funciones fisiológicas naturales, sin esfuerzo para que el usuario las disfrute con garantías. El súper invento de la higiene íntima. Sin necesidad de usar papel higiénico. Sin mancharse, sin peligros de suciedad y realizando funciones tan exigentes con garantías. Detalles que han de demostrar en vivo los propios comerciales. Desnudándose, si procede, ante el público para que ellos puedan ver la facilidad que existe a la hora de usar el gran váter cósmico y como sus brazos mecánicos entran por todos los orificios de la zona noble para ser aseados. Tres equipos de ventas son los elegidos para las demostraciones en vivo. Ángel, Manolo y Javier. El primero a Perú y alrededores de Chile. Manuel fue para Nicaragua y el último; Javier fue a Costa Rica, intentando todos ellos, abrir fronteras y promocionando la fácil utilización del invento extraordinario.

Mil mamíferos ciegos

Isabel González

Editorial Dosbigotes, 2017

Yago se ha ido de casa y vive en el bosque, donde escribe cartas de amor y talla un tronco derribado por la tormenta. En la ciudad, otra clase de tormenta sacude a Eva y a Santi, una pareja a la deriva que se debate entre el fetichismo de él y la estima herida de ella. Los destinos de Yago y Eva discurren paralelos, aunque ellos no lo sepan. Este triángulo corrosivo, este tránsito del bosque a la ciudad es la historia que narra *Mil mamíferos ciegos*. Un tránsito, también, de la pasión a la razón y de lo animal a lo humano, o a la inversa. Cazadores, idiotas y perros viajarán con los protagonistas y les mostrarán la luz que emerge del sexo y de la muerte. Isabel González propone una potente fábula sobre el amor, la soledad y el placer dotada de una gran fuerza alegórica y sustentada en un minucioso trabajo con la palabra, capaz de transmutar en mágico lo cotidiano.



La vida que cuenta

Daniel Waisbrot

Ediciones del Zorzal, 2017

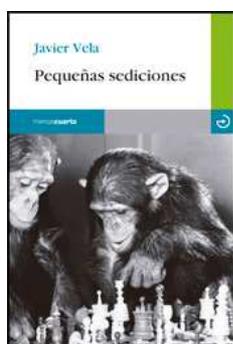
La vida que cuenta es una novela conmovedora, atrapante y poética, en la que confluyen dos historias que revelan, a un mismo tiempo, lo más terrible y lo más sublime del ser humano. Lutek, el protagonista esencial, ve destruido el cálido mundo de su infancia por la irrupción de los nazis en Polonia. Trasladado a Auschwitz y luego a Sachsenhausen, elegido por Mengele para las experiencias médicas más crueles, lo soporta todo, sobrevive y llega a la Argentina. Muchos años después, su hija Silvia padece la experiencia atroz de la dictadura y del exilio. Ambos destinos, sin embargo, están marcados por un triunfo secreto que sorprenderá al lector.

Postales coloreadas

Ana Alcolea

Editorial Contraseña, 2017

A finales del siglo XIX, Juan, un joven almeriense nacido en una acaudalada familia, decide abandonar su ciudad y su desahogada vida para entrar a trabajar en el ferrocarril. En su primer destino como jefe de estación conoce a su futura mujer, Agustina, con la que tendrá siete hijos. *Postales coloreadas* es la crónica novelada del periplo vital de Juan y de Agustina, padres de la abuela materna de la autora, y de sus hijos; una crónica que parte de Almería y llega a Zaragoza, con paradas intermedias en una pequeña aldea de la provincia de Orense, Vigo, Madrid y varios pueblos de la provincia de Teruel. A lo largo de esta narración, en la que se entrelazan pasado y presente, memoria e invención, lo que se dice y lo que se calla, certezas y suposiciones, y en la que aparecen diversos objetos con un gran poder evocador (postales coloreadas, fotografías de estudio, dos bastones con mango de plata, un azucarero, una talla de san Antonio, unos pendientes que en su origen fueron unos gemelos, entre otros), el lector será testigo de algunos de los acontecimientos que jalonan la vida de una familia cuya existencia está marcada por un padre acostumbrado a hacer su santa voluntad.



Pequeñas sediciones

Javier Vela

Editorial Menoscuarto, 2017

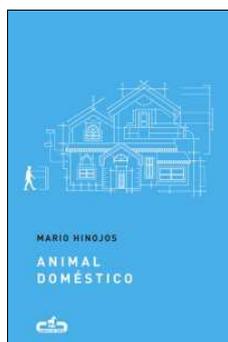
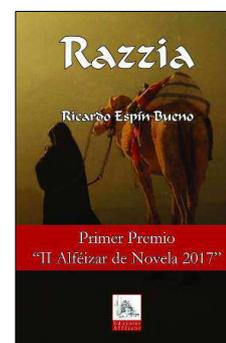
Apenas medio centenar de microrrelatos conforman este volumen, que, pese a su extensión, despliega sin embargo una inspirada pluralidad de motivos y tipos literarios. En ellos se subvierten la lectura de mitos y referencias clásicas y el fabulario de nuestra historia reciente, no exenta de adhesiones. Kafka, Borges, Cortázar, Arreola, Denevi, Sternberg o Calvino deambulan por sus páginas como una galería de silenciosos fantasmas familiares, dejando huellas cruzadas. *Pequeñas sediciones* combina el imaginario lírico del autor con una aqulitada pericia narrativa inédita hasta ahora, y en donde su mirada, por lo común distante y socarrona, se llena por momentos de una ternura cómplice hacia unos personajes a menudo incapaces de rebelarse contra su propio destino.

Razzia

Ricardo Espín Bueno

Editorial Alféizar, 2017

Un año después de que ejército español sufriera una de las mayores derrotas de su historia, conocida como «Desastre de Annual», un grupo de soldados penetra en territorio enemigo para llevar a cabo una misión secreta. El grupo está a las órdenes de un joven e inexperto alférez y de un veterano sargento chusquero, que desde el principio manifiestan su rivalidad. La mayoría de soldados eran de reemplazo y de diferentes puntos de la geografía española que arrastraban tras de sí sombrías historias. Habían sido elegidos para la misión por motivos diferentes y deseaban que el tiempo pasara deprisa. El soldado Rafael Corbalán, de la población murciana de Bullas, no compartía con sus compañeros las ganas de acabar la misión y regresar a su casa. Él había dejado en su pueblo a un amor imposible y su existencia lo atormentaba.



Animal doméstico

Mario Hinojos

Editorial Caballo de Troya, 2017

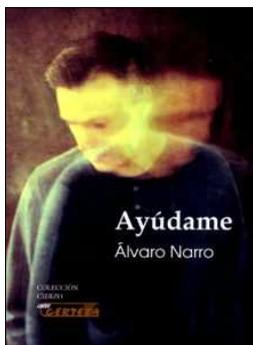
Dos hombres conversan en el laberinto complejo y desolado de una casa. Desmontan el trasunto de sus vidas, obligados al aislamiento que les impone el estallido de una guerra. Uno hace preguntas, el otro intenta responderlas. Afuera, una ciudad colonizada por la amenaza de un ejército de perros salvajes. Adentro, historias desentrañadas bajo la tutela de un terapeuta con métodos poco ortodoxos. Esta novela es una reflexión sobre la guerra, sobre sus pueblos y sus perros, y es también un examen sobre la orfandad del individuo y las civilizaciones. Para narrarla, Mario Hinojos construye un libro lleno de interrogantes: ¿qué es lo que queda de nosotros cuando aquello que creíamos nuestro hogar desaparece? ¿Hasta dónde estamos dispuestos a dejarnos domesticar para recuperar ese cobijo primigenio?

Ya no estaremos aquí

Matías Candeira

Editorial Salto de Página, 2017

Las grietas en los campos de centeno, las cosechas quemadas, los inmensos bosques que se doblan cuando nadie mira o las explanadas de hielo amarillo hace tiempo deshabitadas..., todas hablan con los niños. Les susurran una verdad oculta. Ellos recorren en fila estos paisajes desolados, mirándolo todo; y a veces cantan estribillos terribles y conjugan verbos que estremecen al profesor. Otros días eligen descender a las profundidades de una obra erizada de alambres para desenterrar un secreto que llevar a casa. Algunas tardes negras, sencillamente, recuerdan un amor que se parece al abominable hombre de las nieves. El mundo de este libro está hecho de invernales pesadillas, de poesía y de ciencia ficción en diversas proporciones. No es exactamente el nuestro, sino la frontera entre la nieve y los sueños de la infancia, pero el reflejo que nos devuelve termina por arrojar algo de luz en nuestro rostro de adultos perplejos. ¿Qué sucede cuando los que gobiernan el mundo y hacen las leyes no saben qué viene después, porque todo está a punto de derrumbarse?



Ayúdame

Álvaro Narro

Libros Certeza, 2017

Ayúdame es una colección de nueve relatos en los que se presentan diversas situaciones que, no por ser en muchos casos crudas y difíciles, dejan de ser verosímiles. Los personajes de Ayúdame nos desvelan sus miedos y obsesiones, tales como el temor a la soledad o el hastío vital. Pertenecientes a diferentes edades y condiciones sociales, todos ellos comparten una misma circunstancia: necesitan ayuda. En última instancia, estos relatos invitan al lector a plantearse la pregunta: ¿Es ésta la sociedad en la que queremos vivir? Ritmo rápido e intenso, finales sorprendentes y un epílogo en el que el lector podrá recordar a todos los personajes que lo han acom-

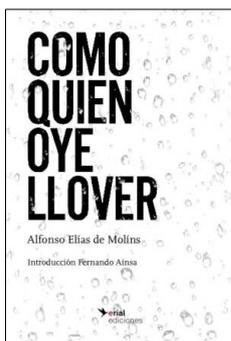
pañado en su lectura, dan forma a este recorrido por la geografía emocionante humana que todos enterramos bajo las capas de la cotidianidad. Un grito de ayuda en tiempos inciertos.

Fragmentos de un mundo acelerado

José Óscar López

Editorial Balduque, 2017

Máquinas cuya utilidad nadie conoce, aunque todos sospechan que la misma realidad depende de que sigan funcionando; niños superdotados que hacen volar como cometas las casas familiares; la verdadera historia detrás de la construcción de la torre de Babel, de la invención del diccionario o de aquel superhombre venido de un planeta lejano y moribundo; músicos que regresan de la muerte para vengarse de un público hostil; historias cómicas y trágicas, tan grotescas como reveladoras, con viajeros temporales como protagonistas, pero también con magos y científicos que desaparecen, con agorafóbicos, con individuos que se quedan sin conversación; con los insomnes vecinos de afiladores de cuchillos, con brujas que pueblan nuestras calles con sus insospechados rastros... José Óscar López reduce su exacta maquinaria narrativa al ámbito estricto del relato breve e hiperbreve para desafiar una y otra vez nuestra imaginación, para sorprendernos y maravillarnos, y también para hacernos reflexionar acerca de todo lo inesperado y maravilloso que late en el mundo que nos rodea.



Como quien oye llover

Alfonso Elías de Molíns

Editorial Ediciones, 2017

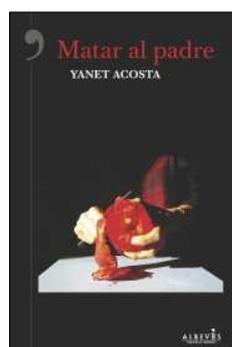
Un enfermo mental utiliza a un escribiente para narrarnos su historia. Padece una enfermedad extraña. El mismo nos dice: «He enfermado del recuerdo y cierto es que nunca había oído semejante diagnóstico; pero cada vez que se lo he preguntado al doctor Evoco, don Ignacio, me dice que voy progresando con el tratamiento: me dan unas pastillas para no recordar tanto, pero si no me las da Celia, la enfermera asignada a mi planta, es lo único que no recuerdo de tomar; creo que tengo un recuerdo cómplice porque es selectivo». Una historia extraordinaria sobre la lucha de quien se empeña en vivir una realidad cada vez más lejana.

Los días de la peste

Edmundo Paz-Soldán

Editorial Malpaso, 2017

La Casona es mucho más que una cárcel: es un microcosmos donde cada uno de los individuos que lo componen, desde el gobernador de la prisión hasta su mujer, pasando por los presos y los guardias, aceptan su suerte con resignación. La religión como salvación, el culto prohibido que todos profesan a una diosa vengativa que pretende destruir el mundo, y la peste, que matará por igual a ricos y pobres, une a estos personajes dispares de un rincón recóndito del mundo. En *Los días de la peste*, una virtuosa novela coral, el autor nos sumerge magistralmente en una prisión narrativa, rompiendo con la manera de narrar clásica y se consagra cómo una de las voces más singulares de la actual narrativa latinoamericana.



Matar al padre

Yanet Acosta

Editorial Alrevés, 2017

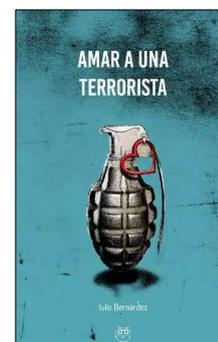
El padre de la nueva gastronomía del Perú ha desaparecido tras su incendiaria intervención en un congreso gastronómico en Lima. Sus familiares quieren saber de su paradero y viajan hasta Madrid a encargar el caso al investigador privado Ven Cabreira. La periodista gastronómica Lucy Belda ha sido testigo fortuito de la desaparición y comienza a ser víctima de una persecución que la llevará hasta al Machu Picchu. Pide ayuda al único en quien puede confiar, su amigo Ven, pero este se debate entre la vida y la muerte, entre Madrid y Lima, para resolver un nuevo caso en el que política, cocina, intereses empresariales y personales se funden en un plato que siempre sobrevive a las modas. Un ágil relato entre el Perú y España con el que regresa en una esperada segunda entrega el investigador más peculiar de la novela negra española: Ven Cabreira. Un exagente del ya desaparecido Cesid, viudo, coleccionista de *barbies*, aficionado a la fabada en lata y a los gatos y con una enfermedad que le provoca la pérdida ocasional del sentido del gusto.

Amar a una terrorista

Julio Bernárdez

Editorial Amarante, 2017

Sólo un periodista con la historia profesional de Julio Bernárdez podría escribir algo así. Estamos ante una novela compleja, de argumento no lineal. Contiene talento, conocimiento socio-político, y está documentada de forma extraordinaria. Es una trama entretejida de análisis políticos solapados, agazapados en una historia de personas con caracteres tortuosos y sus hipocresías. El relato de sus heridas y de cómo, cada uno, las sutura. Cóctel sabroso con un magnífico final que explota en el centro del paladar. Dos mujeres y un hombre nacidos en la posguerra. Unos niños de buenas familias, pero antifranquistas. Un hombre, Tomás, que se deja llevar y pasa de clandestino a poderoso hacedor, que nada quiere saber de su pasado próximo. Una mujer, la suya oficial, Carmen, que lleva su lucha contra el poder a extremos de venganza mayor. Una mujer, Valentina, la otra, que se deja hacer al antojo de Tomás. Sexo, justicia bíblica y ambición. El pasado que siempre surge.



Química y nicotina

María José Viera-Gallo y Maori Pérez

Editorial Alpha Decay, 2017

Ella es Kim Gordon y él es Nick Cave. Ella, autora de culto en su juventud, convertida ya en la cuarentena en madre divorciada de dos niños pequeños. Él, joven poeta maldito con desorden bipolar que vive todavía en casa de su madre. Se conocen en una presentación de un libro y la más inverosímil de las narraciones se hace realidad: se enamoran y dan rienda suelta a un intercambio epistolar que sirve de espejo a la historia de amor más romántica, emocionante y conmovedora de los últimos años. *Química y Nicotina* es un libro sobre la capacidad redentora del amor en un siglo en el que ya pocas personas creen en la salvación. También es un libro sobre las segundas oportunidades, no sólo en el amor, sino también en la creación y la escritura.

En el hotel cápsula

Lucía Puenzo

Editorial Mansalva, 2017

Hay una publicidad de la tele que dice «La mejor inversión es viajar». En ella se hace hincapié en que un gasto es una inversión. Sí, viajar es un gasto que algunos hacemos para conocer la Torre de Pisa o para dormir en un hotel al aire libre en el Amazonas —aunque un filósofo diga que cuando uno viaja lo hace solo para corroborar lo que supone que es el destino elegido—. Dicen que el placer es puro gasto y que en el despilfarro radica la felicidad. *En el hotel cápsula*, libro que reúne tres relatos de Lucía Puenzo, hay viaje y mucho. Hay travesías y experiencias dormidas que elegimos, al comprar el libro, con los ojos cerrados. Nos entregamos desde la primera página a lo inesperado, a lo absolutamente nuevo. Es que nos abandonamos al desconocimiento que es aventurarse en la mirada del otro. Estos relatos son un éxodo de lo que uno cree que es. Son felicidad en tanto que en el momento de la lectura no podremos hacer negocios. No podremos ni siquiera sacarnos fotos que demuestren que realmente fuimos otros. Pero por suerte la experiencia siempre es compartible y este libro nos invita a viajar por los lugares increíbles de la mente de su autora.



Par de seis

Federico G. Ferroggiaro

Baltasara Editora, 2017

Reunir en un libro un conjunto a primera vista heterogéneo de relatos es proponer un viaje a la deriva, sin mapas ni brújulas, que no siempre conduce a un puerto conocido. Sin embargo, las obsesiones, los temas y las búsquedas recurrentes fuerzan el armado de series tentativas para orientar el derrotero. Por eso, y en un afán matemático y de equilibrio, deseos por lo general inasibles, *Par de seis* acopla dos grupos de ficciones bajo los subtítulos: «Lo sólido desvanecido» y «Fragmentos del discurso amoroso», en un gesto que tiene pretensiones de homenaje. Como sea, y sin voluntad de ser exhaustivo, en los doce cuentos que siguen conviven escritores

desconcertados, mujeres polimorfas, imaginерías ucrónicas, proyecciones discursivas y un adolescente asesino. Todos pueden ser amarras de un instante placentero.

Mujer faquir

Salomé Chulvi

Editorial Talentura, 2017

Marga Bibiloni es una soñadora en crisis. Ante el derrumbe de su matrimonio, es hospitalizada por intoxicación narcótica y su salud mental se cuestiona. Recuperar a Marga, obligará a los suyos a lidiar con su voz faquir, que ve a su marido como un insecto palo, y reevalúa su vida desde la búsqueda de la belleza. Con ayuda de su psicólogo, Marga deberá reconstruirse, no sin antes enfrentar traiciones propias y ajenas. Sanar el pasado supone trascender lo que las malas lenguas han dicho desde siempre: que estaba loca, que era una puta. Nada que no hubiera oído antes cualquier otra mujer faquir. Salomé Chulvi es una escritora inquieta que aborda diversos géneros. Con la ilustradora Gracia Suñer, ha publicado el libro de poemas *Metaforario I* y el álbum ilustrado *Ecos de Mariposa* (Edición Personal). *Mujer Faquir* es su puerta de entrada al laberinto de la novela.



El puente de una sola orilla

Piluca Ruiz

Ediciones Oblicuas, 2017

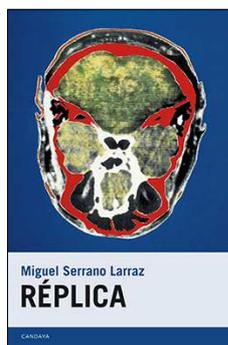
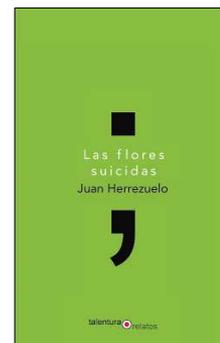
Una mujer dividida entre la lealtad, la pasión y los prejuicios de su tiempo. Un joven impetuoso dispuesto a defender sus ideales. Un adolescente enamorado sin esperanzas. Un hombre que se abre camino de forma poco ortodoxa. Una bibliotecaria que lee libros prohibidos. Todas sus vidas giran alrededor de un hecho: un telegrama interceptado antes de llegar a su destinatario y del cual solo uno de ellos conoce el contenido. Apoyada en el claroscuro de primeros años de Posguerra Civil española, *El puente de una sola orilla* nos conduce desde los años cuarenta hasta la incipiente democracia de los setenta.

Las flores suicidas

Juan Herrezuelo

Editorial Talentura, 2017

El título de este libro, que es también el del cuento más extenso de los cinco que contiene, proviene de una greguería de Ramón Gómez de la Serna: «Entre los carriles de las vías del tren crecen las flores suicidas». Ese largo relato cierra una suma de historias que parecen haberse reunido alrededor de la imagen del ser humano expuesto en toda su fragilidad a la locomotora cada vez más acelerada y descomunal del acontecer histórico, a veces de manera individual, a veces como grupo, a veces incluso como especie. Son relatos en los que la incontrolable propagación del miedo colectivo, el desengaño, la derrota, la dificultad para distinguir entre realidad y ficción, la angustia que provoca la pérdida de un empleo, la tenacidad de un padre, la magia de la radio o el estupor ante el alcance de los estragos medioambientales no se presentan al lector con los ropajes de la mera especulación narrativa, ni tampoco se limitan a formar parte de una única versión de lo real, pues hay en todos ellos esa voluntad de establecer un juego de ilusiones con el lector que es constante en la obra de Juan Herrezuelo.



Réplica

Miguel Serrano Larraz

Editorial Candaya, 2017

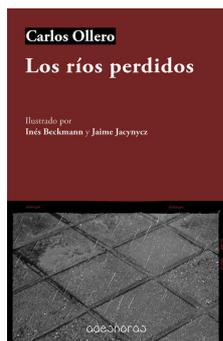
En un futuro remoto y utópico, un estudiante se enfrenta a la tarea de escribir un texto académico sobre las ficciones del pasado. Una de las condiciones del trabajo, acaso la más difícil, es que un lector de comienzos del siglo XXI sea capaz de comprenderlo. El argumento de este relato, «Logos», esconde la clave para entender *Réplica*, una indagación sobre la familia, la percepción que los demás tienen de nosotros, la infancia, la identidad sexual y la incapacidad de delimitar con palabras el misterio y la angustia de vivir. En sus páginas aparecen patos de peluche indistinguibles, un padre radiactivo, un joven cuyo parecido con Enrique Bunbury condiciona sus relaciones personales, un autor que escribe una novela cómica que todo el mundo se toma demasiado en serio y muchos otros personajes perdidos, casi absurdos, que no logran entender el mundo que habitan, un mundo luminoso y terrible al que en ocasiones sólo logramos acercarnos por medio de la ficción.

El sueño de unos pies descalzos

Guillermo Samayoa

Editorial Edición Personal, 2017

El Salvador, 2 de diciembre de 1986. El Paraíso estaba en llamas. Las bombas caían como gotas de azufre sobre el Edén abandonado por el Creador. El país se desmoronaba a trozos a causa de la guerra civil. Una nube de almas se elevaba al Cielo atravesando los techos de cartón en los que cada noche los habitados por aquellas almas soñaban con la paz. Una mujer crearía un escondite: un cuarto de hospital, donde daría a luz a su cuarto hijo, en medio del sonido enloquecedor de las balas que atravesaban el cristal de las ventanas. Un niño con sus pies descalzos aprendería que Dios le arrojó al mundo sin tan siquiera una manta para calentarse del frío que el corazón corroído de los hombres había desatado en el país. Con el tiempo aprendería que los triunfos solo nacen de los sueños; a luchar por una vida digna; y que la mujer con modales de ángel que conocería en España, el país al que emigraría en busca de un futuro para su familia y para él mismo, sería lo único que daría sentido a su vida. El sueño de unos pies descalzos se cumpliría cuando aprendiera a enamorarse mil veces, y casi todas en el mismo día, de la mujer que le acariciaba el alma tan solo con un beso.



Los ríos perdidos

Carlos Ollero

Editorial Adeshoras, 2017

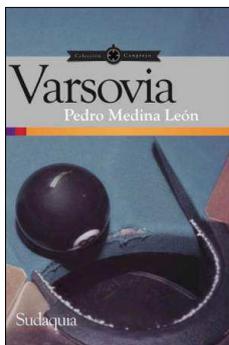
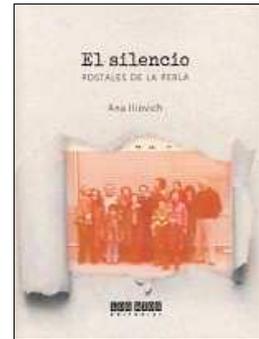
Los habitantes de *Los ríos perdidos* viven y huyen de Madrid, una ciudad repleta de ríos —reales e imaginario—; buscan entre sus calles, parques y rincones motivos para permanecer o escapar de una ciudad llena de misterios y olvidos; reciben con alegría o resignación lo que la ciudad les da y les quita... Complementan algunos de los cuentos las ilustraciones de Inés Beckmann (dibujos y edición de las ilustraciones) y Jaime Jacynycz (fotografía), dándonos una visión de Madrid a camino entre lo real y lo fantástico.

El silencio. Postales de la perla

Ana Iliovich

Los Ríos Editorial, 2017

Entre 1976 y 1978, Ana Iliovich estuvo secuestrada en el centro clandestino de detención La Perla (Córdoba, Argentina), en los inicios de la dictadura militar más sangrienta de la historia nacional. De entre las miles de personas secuestradas en ese lugar, ella y un puñado de otros han sobrevivido. Veinticinco años después, comienza a escribir breves impresiones de recuerdos; intenta hurgar en los pasillos de su memoria y reconstruirla dolorosamente para romper el silencio que retuvo aquel horror. Durante quince años, escribe. «Han pasado muchos años. Algunos en los que quedó la hoja en blanco. Otros, de pocas palabras. Hoy decido poner un punto y dar a luz tanta sombra. Hoy que mis hijos han crecido. Hoy que tengo fuerza para exponerme. A la dicencia y maledicencia, a la crítica amable o no, al amor que va y vuelve, a la incomprensión y sus opuestos. Hoy muestro, sin ninguna pretensión de universalidad, el pedacito de verdad que puedo contar del horror absoluto, de la máquina de matar que morí y sobreviví en Córdoba, en La Perla, durante esos años que no terminan nunca. Que nunca terminan de terminar».



Varsovia

Pedro Medina León

Editorial Sudaquia, 2017

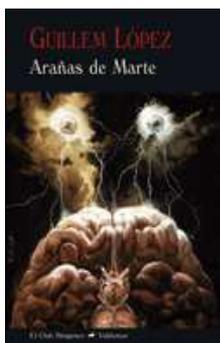
Una muchacha amanece muerta durante el fin de semana del *Memorial Weekend* en uno de los *alleyways* de Miami Beach. Mientras la policía inicia su burocrático proceso de investigación, un exinspector privado, el Comanche, quien se gana la vida en apuestas de billar, decide tomar las riendas de la justicia con sus propias manos. En *Varsovia*, Pedro Medina León desarrolla una afinada y vertiginosa trama que envuelve al lector desde la primera página y lo lleva a explorar rincones de la vida miamera, mientras de fondo retumba un *soundtrack* de Héctor Lavoe. Pornografía, barras de dudosa reputación y ron barato son los elementos con los que contará nuestro personaje, y el lector, para llegar al asesino.

La vaga ambición

Antonio Ortuño

Editorial Páginas de Espuma, 2017

La vaga ambición —título que mereció el V Premio Ribera del Duero— propone la escritura como un método de resistencia y, a la vez, como una festiva elegía; Antonio Ortuño despoja de languidez a la autoficción literaria y la hace hervir de tragedia, ironía y vitalidad. El protagonista de estos cuentos entretrejididos —un escritor cuarentón, Arturo Murray— lucha y sobrevive entre la catástrofe familiar del pasado y un presente grotesco, construido con malas reseñas, entrevistas vacías, presentaciones a medio llenar, una cuenta bancaria en números cada vez más rojos... Sin embargo, a lo largo de los seis cuentos de este libro, como un Falstaff armado con sarcasmo y honda convicción dramática, Murray invoca en su defensa un ejército de memorias heroicas, una mordacidad punzante y una profunda conmoción ante la pérdida. Y, por encima de todo, la sombra de una madre que se desvanece y su convicción kamikaze de escribir, escribir siempre y a cualquier coste.



Arañas de Marte

Guillem López

Editorial Valdemar, 2017

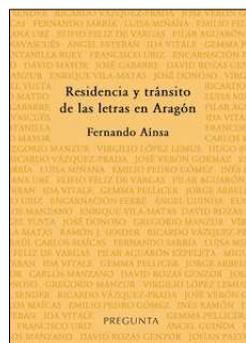
Cuando Hanne y Arnau pierden a su hijo, el mundo que habitan se viene abajo. Afectada por una profunda depresión, la realidad cotidiana de Hanne se transforma en un caleidoscopio de recuerdos, sueños y funestas premoniciones que la atrapan en una telaraña de múltiples realidades superpuestas. La extraordinaria habilidad narrativa de Guillem López conduce al lector por el laberinto mental de Hanne, a través de los procesos cuánticos de su cerebro y percepciones alteradas, hasta la sorprendente revelación final. Ambientada en Valencia en un futuro cercano, *Arañas de Marte* es un viaje desgarrador a la ficción especulativa oscura más actual, una puerta abierta al abismo de lo probable y del horror ante la revelación de que vivimos una mentira y no somos más que una sombra en el muro del tiempo.

La otra parte del mundo

Juan Trejo

Editorial Tusquets, 2017

Esta historia empieza cuando todo ha acabado. Mario es un arquitecto maduro, separado, que, a raíz de unas dolencias físicas, decide tomarse un descanso de su actividad profesional. No sabe que, en realidad, es una crisis personal más profunda. Tras pasar varios años trabajando para una multinacional en la que ha conocido el éxito y el prestigio, Mario descubre que su entorno más íntimo ha acabado devastado. Decide entonces regresar por un tiempo a Barcelona, la ciudad en la que conoció a su mujer y vivió sus mejores años, y se impone un plan para acercarse a su hijo adolescente, un perfecto desconocido que, ajeno a todos, libra su propia batalla.



Residencia y tránsito de las letras en Aragón

Fernando Ainsa

Editorial Pregunta, 2017

Residencia y tránsito de las letras en Aragón, de Fernando Ainsa, es un compendio de reseñas y artículos sobre autores aragoneses, o «residentes» en Aragón, junto a autores que pasaron por aquí, «en tránsito», para presentar alguna de sus obras. Ainsa desgrana, con su habitual perspicacia, obras de Ramón J. Sender, Ricardo Vázquez-Prada, José Verón Gormaz, Emilio Quintanilla Buey (también autor del prólogo), Francisco J. Uriz, Encarnación Ferré, Ángel Guinda, Eugenio Mateo, Raúl Carlos Maicas, Fernando Sarría, Luisa Miñana, Emilio Pedro Gómez, Inés Ramón, David Mayor, Carlos Manzano, David Rozas, Josian Pastor, José Gabarre, Estela Puyuelo,

Ana Ubé, Elifio Feliz de Vargas, Pilar Aguarón Ezpeleta, Miguel Ángel Yusta, José Donoso, Gregorio Manzur, Virgilio Lopez Lemus, Hugo Burel, Javier de Navascués, Angel Esteban, Ida Vitale, Gemma Pellicer, Jorge Arbeleche y Enrique Vila-Matas.

Alguien bajo los párpados

Cristina Sánchez-Andrade

Editorial El Cuervo, 2017

Dos ancianas, Olvido Fandiño y su criada Bruna, deciden emprender un viaje, un último viaje. Lo harán en un viejo Volkswagen escarabajo, en cuyo maletero introducen un bulto sospechoso que parece un cadáver. Conducirá doña Olvido, que para algo es la orgullosa poseedora del primer carnet de conducir expedido a una fémina en la ciudad de Santiago. Ambas mujeres (que llevan media vida juntas, se pelean todo el día pero no saben vivir la una sin la otra) forman una extraña pareja. Quedaron unidas para siempre por un hecho terrible del pasado: un hecho relacionado con el matrimonio de Olvido con un abogado con simpatías galleguistas, la excéntrica familia de éste —que incluye a un hermano coleccionista de muñecas que hace misteriosos viajes a París— y los amorfos de la criada de la casa, con el trasfondo del estallido de la guerra civil y el mundo rural gallego. En su último viaje se sucederán los percances y los encuentros variopintos: con un reportero de televisión tal vez interesado en entrevistar a doña Olvido porque supuestamente conoció a Álvaro Cunqueiro, o con una pareja de guardias civiles que las ayudarán en la búsqueda de la dentadura postiza de Bruna, que ha salido disparada por la ventanilla. Mezcla de esperpento y *road movie* senil, esta novela chiflada con toques macabros narra la fuga de dos mujeres que son una mezcla de Thelma y Louise y las entrañables y temibles ancianas de *Arsénico por compasión* en versión gallega.



Sospechosos en tránsito

VV.AA.

Editorial Demipage, 2017

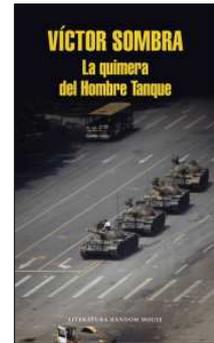
A los autores aquí reunidos, algunos de los cuales ya han emigrado de España ya sea por la crisis o por hastío, no les afilia una generación, ni una localización, ni el tema, ni la forma. Les une cómo una experiencia, la partida, repercute en su escritura. El destierro (político o económico, voluntario o no, motivado por temor o hartazgo, por instinto o racionalidad) se convierte en signo, aun cuando se pueda volver, más cuando no haya a dónde regresar. Cuando se abandona un país, la renuncia es mutua. Aunque los paisajes no cambien, quien se marcha sí lo hace aunque no mude de piel.

La quimera del Hombre Tanque

Víctor Sombra

Literatura Random House, 2017

Durry, un antihéroe de nuestros tiempos, agente y militante comunista, será el encargado de dirigir la operación, para lo que tendrá que medirse con un viejo oligarca del Caspio, un miembro del servicio secreto chino y otros inesperados adversarios. Esta acción de reescritura audiovisual del Hombre Tanque precipitará una vertiginosa sucesión de acontecimientos y pondrá de manifiesto la imposibilidad de separar cualquier evento de su contexto histórico, así como los fuertes vínculos entre el ocaso del comunismo y las tensiones políticas y económicas actuales, como el auge de la nueva China, la crisis energética, la globalización de las finanzas y el islamismo rampante.



El último viaje de Tisbea

Rafael Avendaño y Juan Gallardo

Editorial Versátil, 2017

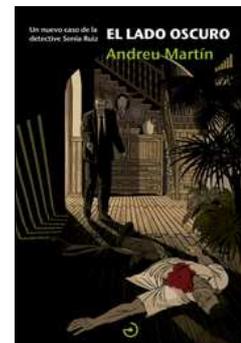
Tisbea tiene veintidós años, agarra un berrinche si no le compran un helado de pistacho, tiene que cruzar una puerta tres veces antes de pasar al otro lado, y jamás ha besado a un chico. David, introvertido y con un carácter depresivo, ha intentado suicidarse varias veces. Está ingresado en un centro psiquiátrico bajo vigilancia. David y Tisbea son amigos, por eso Tisbea se ha propuesto encontrarle a David una razón para vivir, pero fracasa una y otra vez. El problema es que el autismo de Tisbea no le permite percibir el mundo como los demás. Sin embargo, cuando consigue hacerlo gracias a un tratamiento experimental, se da cuenta de lo que esconden las palabras, las miradas y las sonrisas de todos los que la rodean. El último viaje de Tisbea es una tierna y emotiva historia de superación que nos recuerda que la respuesta a «¿para qué vivir?» está más cerca de lo que creemos.

El lado oscuro

Andreu Martín

Editorial Menoscuarto, 2017

La joven detective Sonia Ruiz es contratada por una mujer para que demuestre la infidelidad de su esposo, pero descubre que, además, está implicado en actividades ilegales. Por otra parte, Pau, amigo de la investigadora, que ahora trabaja para el servicio secreto español, se ve envuelto en una sucia trama en la que están involucrados sus propios jefes y en la que incluso ve peligrar su vida. Estas dos historias, aparentemente inconexas, confluyen de manera magistral en un final trepidante y sorprendente, lleno de humor y de equívocos, que solo Andreu Martín es capaz de urdir. *El lado oscuro* es la segunda entrega de la colección SeisDoble, escrita por uno de los grandes del género negro español que vuelve a demostrarnos aquí por qué es uno de nuestros narradores más leídos. «Esta es una de mis mejores novelas», asegura el autor, «porque la he escrito para mi placer y diversión, y me lo he pasado tan bien escribiéndola que me he olvidado del lector, cosa poco frecuente en mí».



La memoria del cuerpo

Patricia Almarcegui

Fórcola Ediciones, 2017

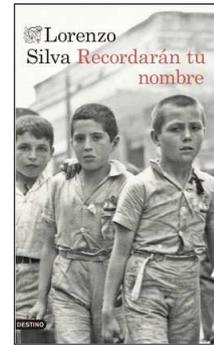
«¿Y si, en vez de continuar estudiando en Zaragoza —se preguntó Patricia Almarcegui al concebir esta novela— me hubiera marchado de adolescente a Rusia y me hubiera convertido en la primera española que entra en el Teatro Mariinski de San Petersburgo, el ballet más importante del mundo?». *La memoria del cuerpo* responde a esta pregunta, en un ejercicio que tensa la literatura para comprobar si se puede crear una determinada experiencia: la de una vida que no se llegó a vivir, pero que tuvo la consistencia real de un deseo. Estas páginas permiten vivir a su autora aquella experiencia: una vida como primera bailarina. Desde su retiro en San Petersburgo, a los cincuenta años, la bailarina protagonista de *La memoria del cuerpo* rememora su vida a través del amor, de su cuerpo y, sobre todo, de la música, a la que estas páginas rinden especial homenaje —la autora nos propone, en la lectura de cada una de las cuatro partes de la novela, una pieza concreta para escuchar de fondo—. De nuevo otro ejercicio en el que se tensa la literatura y el lenguaje.

Recordarán tu nombre

Lorenzo Silva

Editorial Destino, 2017

En esta novela, Lorenzo Silva narra en primera persona cómo descubrió uno de los momentos más heroicos y trágicos de la historia española, sorprendentemente olvidado por casi todos. Un suceso clave marcado por el antagonismo entre dos hombres. La historia de la sublevación militar en Barcelona el 19 de julio de 1936, del desafío del general Goded a la legalidad republicana y de la decisión del general Aranguren, el máximo responsable de la Guardia Civil, que optó por defender la democracia. La negativa de Aranguren a colaborar con el alzamiento y su fidelidad a la República forman parte de nuestra historia, pero de una parte muy poco contada. Y el hecho de que este sea uno de nuestros episodios más desconocidos e incómodos lo convierte en uno de los mejores relatos que puede darnos la literatura sobre la guerra civil.



Estado de excepción

David Gallego

Editorial Talentura, 2017

Estado de excepción reúne diez relatos de prosa esmerada —a veces visceral, a veces romántica— con personajes que luchan por ser fieles a sí mismos: cuatro personas secuestradas deben sacrificar una vida para salvar las otras tres, un padre cree oír la voz de su hijo muerto en un tren de cercanías, un matrimonio va distanciándose por miedo a compartir sus inseguridades, un joven marcado por un padre violento no se atreve a dar el paso de convivir con su novia, un hombre engaña a su esposa con una muñeca de plástico que le recuerda al verdadero amor de su vida, una adolescente se resiste a decirle a su padre moribundo que lo quiere, un estudiante cuya hermana sufre abusos sexuales teme descargar su rabia contra sus compañeras de instituto, un universitario se cuestiona si es lícito valerse de mentiras para seducir, un hombre duda si dar su vida a unos traficantes de órganos a cambio de la de su hijastro, un adúltero trata de recuperar a su exnovia en una estación de autocares...

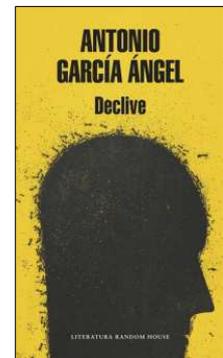
fre abusos sexuales teme descargar su rabia contra sus compañeras de instituto, un universitario se cuestiona si es lícito valerse de mentiras para seducir, un hombre duda si dar su vida a unos traficantes de órganos a cambio de la de su hijastro, un adúltero trata de recuperar a su exnovia en una estación de autocares...

Declive

Antonio García Ángel

Literatura Random House, 2017

Un día más. Son las cinco de la tarde y suena el despertador. Jorge debe apresurarse: su turno en el *call center* en el que trabaja empieza a las seis, y además de alistarse debe caminar hasta la estación de Transmilenio y tomar un bus, una empresa de duración incierta. Así que se despereza, se baña, se viste, pero cuando está terminando ocurre algo inesperado: no le entra el zapato que intenta ponerse. Prueba entonces con el otro, y tampoco. Mira los zapatos, se mira los pies, y no entiende: los zapatos son los de antes de la siesta, y los pies no parecen hinchados. Extrañado y ya de afán, va por otros pares y lo mismo: no le caben. Sus pies, aparentemente, están más grandes. Sin tiempo para otros intentos, Jorge salta a la calle con los zapatos a medio calzar y se dirige a toda carrera, incómodo y pensativo, a la estación de buses, sin imaginarse nunca que esa pequeña y misteriosa anomalía de sus pies es el primer síntoma de su declive...



De peces y de gatos

Pablo Puel

Paisanita Editora, 2017

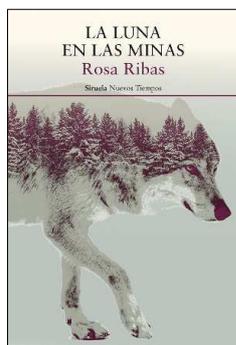
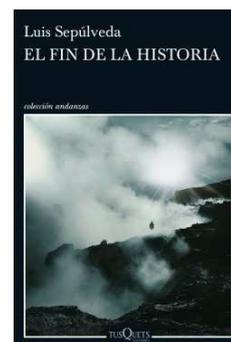
Es un libro de cuentos donde se habla de fútbol, de hermanos, de una fiesta de quince a la que van de colados, de los amigos, de parejas y ex parejas, de miedos inexplicables y de amor. La narración avanza en escenas de imágenes nítidas, con un gran manejo de los ambientes nocturnos y la tensión. Pablo Puel, es el autor platense que resultó uno de los ganadores en el Concurso de Narrativa Bernardo Kordon, y viene, con este libro, a sumarse a las voces de los nuevos narradores rioplatenses, con un universo callejero, en apariencia, áspero, donde los protagonistas se juegan en un dudoso límite, de la mano de una escritura luminosa de ritmo apasionante. *De peces y de gatos* es su primer libro de cuentos.

El fin de la historia

Luis Sepúlveda

Editorial Tusquets, 2017

Juan Belmonte vive en el sur de Chile, frente al mar, llevando una vida sencilla y casi anónima, acompañado de algún amigo insobornable y de sus recuerdos de viejo guerrillero que ha trabajado también como agente y ha aceptado encargos de algunos de sus viejos mandos. Después de dar con las monedas de oro que evadieron unos nazis de la prisión de Spandau, Juan Belmonte recibe una llamada: debe localizar a los que quieren rescatar a un preso en el Chile de Bachelet. Se trata de un famoso torturador, descendiente de cosacos, que sabe mucho sobre quienes apoyaron la dictadura de Pinochet y lo protegieron durante este periodo. Pese a sus contactos, Juan Belmonte nunca se ha jugado tanto la piel. *El fin de la Historia* revalida a Luis Sepúlveda como un gran narrador, experto y ágil, capaz no sólo de trazar una peripecia pegada a la actualidad, sino de desplegar ante el lector sus conexiones históricas con la Revolución rusa y con el ejército de cosacos, que juraron un odio anticomunista feroz.



La luna en las minas

Rosa Ribas

Editorial Siruela, 2017

En el Maestrazgo, entre peñas, bosques y barrancos, un hombre camina a las afueras de un pueblo antes del alba. Aprieta un bulto contra su pecho. Cuenta la leyenda que ha nacido un niño, Joaquín, sobre quien pende un terrible destino. Pero sin embargo, su padre desea salvarle la vida y se lo entrega a su abuela para que vele por él. El pequeño vivirá, sí, pero maldito para siempre. Cuando, siendo ya joven y consciente de la carga que pesa sobre él, pierde a las únicas personas que lo anclan a su tierra, decide abandonar Vistabella: demasiadas vidas corren peligro, la suya propia y las de aquellos a los que quiere. Intenta entonces buscar refugio en un lugar donde jamás

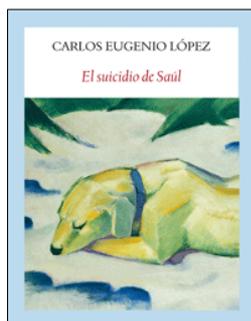
podrá llegar la luz que cada plenilunio le convierte en algo que no desea ser. Por eso, como tantos jóvenes que en los años sesenta huyeron del hambre buscando un futuro mejor, se marcha a Alemania a trabajar en las minas de carbón. Pero a pesar del amor y de la amistad que allí encuentra, la bestia no está vencida. Y si para evitar que vuelva a hacer daño tiene que condenarla a yacer para siempre bajo tierra, arrastrará con ella a Joaquín, la parte del binomio a la que las leyendas no suelen prestar atención...

La hija del bandido

Refugio Barragán de Toscano

Ediciones Arlequín, 2017

¿Quién es María?, ¿por qué su padre Vicente Colombo la mantiene encerrada en el interior del Nevado?, ¿quién fue su madre?, ¿le guardará fidelidad su criado y hermano del alma, el apuesto Martín? Las preguntas y la intriga abundan en *La hija del bandido*: Refugio Barragán de Toscano despliega una gama de complejos personajes que van desde el villano traicionero y empeñado en poseer a la virginal María, Andrés Patiño; hasta Cecilia, núbil hija del infortunado secuestrado Diego Miranda, hombre que languidece durante dos años en la infausta prisión de los subterráneos del Nevado. Destacan también los jóvenes idealistas Rafael Ordóñez y Adolfo Diéguez, enamorados absolutos del par de doncellas; el repulsivo y mitómano vizconde de Tuneranda; el abuelo Pablo, la fiel Juana, criada de María... Personajes y misterios.



El suicidio de Saúl

Carlos Eugenio López

Editorial Funambulista, 2017

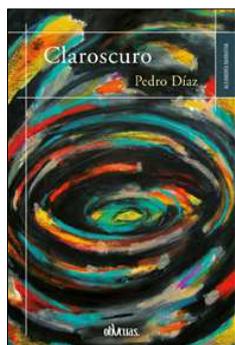
El Schopenhauer que narra esta historia no es el taciturno filósofo alemán, sino un extraño perro, bautizado de modo tan estafalario por su aún más estafalario amo, quien está encarcelado a la espera de sentencia como autor de un homicidio múltiple. ¿Fueron el odio y la envidia de la felicidad ajena los que llevaron al homicida a hacerse con un fusil de mira telescópica, subir a una terraza y abatir a sus víctimas? Las cosas tal vez no sean tan sencillas: la respuesta en la hallaremos en la amarga reflexión del perro narrador acerca de la asimetría del amor, los siete años de convivencia con su dueño y las razones que pudieron llevar a este a cometer el acto irreparable.

Código Swinger

Jordi Clotas

Nova Casa Editorial, 2017

El intercambio de parejas: ¿paraíso o infierno? *Código Swinger* transporta este dilema a través de una obra llena de claroscuros, de éxtasis y fracasos, de aciertos y errores. Narra el itinerario de la pareja formada por Irene y Candi desde que los tienta la idea de descubrir el ambiente *swinger* hasta que se hallan en una encrucijada emocional en la que deberán tomar una difícil decisión para enfrentarse a una realidad que los acaba de desbordar. Una voz en *off* los acompaña en todo este largo peregrinaje de búsqueda de una nueva manera de entender su sexualidad y su concepto de pareja. Será precisamente este narrador invisible quien les irá advirtiendo de las distintas trampas en su complicado viaje y quien, a su vez, irá descubriendo al lector los secretos del intercambio de parejas, todas aquellas cosas que nunca nos atrevimos a preguntar sobre esta práctica cada vez más extendida en las sociedades más sofisticadas.



Claroscuro

Pedro Díaz

Ediciones Oblicuas, 2017

Claroscuro reúne seis relatos que tocan temas místicos, antropológicos, metafísicos y filosóficos con una narrativa proveniente de la ficción, la literatura fantástica y el suspenso. Sus páginas nos llevan de lo más blanco hasta la obscuridad, con tramas y personajes que incluyen a un misterioso hechicero que descubre cómo hacer magia con las matemáticas, llamadas telefónicas globales de potestades alternativas, una mujer capaz de ponerse en la piel de entes tanto animados como inanimados para sentir lo que ellos sienten, un lisiado que mantiene nuestra realidad coherente, un personaje diluido en un sinfín de personalidades y, finalmente, con la inquietante posibilidad de que el mal se filtre por los ángulos de las puertas que dejamos mal cerradas.

La memoria del árbol

Tina Vallès

Anagrama, 2017

«¿Puedo ponerme contento?» Sin saber por qué, Jan intuye que no es tan buena noticia que ahora sean cinco en casa. Los abuelos Joan y Caterina han dejado Vilaverd y se han instalado con ellos en su piso del barrio de Sant Antoni, en Barcelona. Y este cambio alterará el día a día en casa, donde las palabras y los silencios adquirirán nuevos matices. Pero Jan y Joan tienen su mundo, lleno de paseos, árboles y letras con más significado de lo que parece. Mientras los adultos hacen lo posible para que todo vaya como siempre, Jan se fija en los detalles de su alrededor y los va uniendo para entender qué pasa. Las conversaciones entre abuelo y nieto, con preguntas sin respuesta y respuestas sin pregunta, construyen un mosaico de escenas por donde avanza la relación entre los dos, cuyo hilo conductor será la historia de un sauce llorón. *La memoria del árbol* es una novela que logra colocar al lector en la piel de un niño, y que habla de la transmisión de los recuerdos, de cómo se fabrican y cómo pueden perderse.



La canción pop

Raúl Portero

Editorial Dos Bigotes, 2017

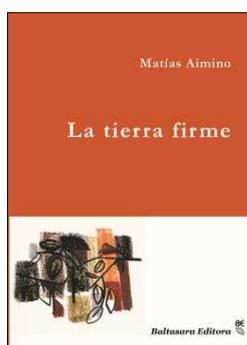
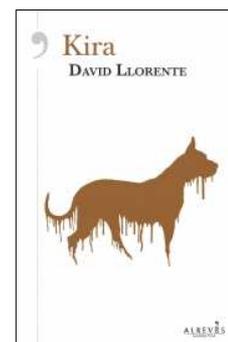
Simón tiene que viajar de Londres a Barcelona para asistir al funeral de Carlos, uno de sus mejores amigos. La noche después del entierro, todos se dan cita en el piso que sirvió de punto de encuentro en su juventud y la reunión termina fuera de control. Las desilusiones, el rencor, las esperanzas, el desencanto, el choque con la realidad, el amor, las drogas y el sexo entran y salen de la mano de unos personajes desorientados y en permanente estado de duda. Utilizando referentes que van desde Sigur Rós a Radiohead, de Rafa Spunky a Marilyn Manson o de la *nouvelle vague* al cine de Xavier Dolan, *La canción pop* es una novela sobre el paso del tiempo y la inocencia perdida.

Kira

David Llorente

Editorial Alrevés, 2017

Nadie, ni siquiera una mujer que ejerce de maga y es capaz de leer el porvenir en los poros de la lengua, puede descifrar cuál es la inevitable tragedia que anuncia Kira, una perra famélica que todas las noches aúlla sobre un montón de arena. El amor está al alcance de la mano hasta que un día nos quedamos solos, masticando el salobre y agotado rayo que el sol desprende antes de hundirse en el horizonte. Entonces sabemos que somos humanos y que nadie cambiará el transcurso del mundo. David Llorente, armado de una tinta mágica y una maestría artesanal, ha trazado una novela por donde circulan la inteligencia descuadrada de Boris Vian, la crónica social de García Márquez y la brutal ternura de un escritor checo que se suicidó al querer atrapar una paloma que se había posado en su ventana.



La tierra firme

Matías Aimino

Baltasara Editora, 2017

En esta novela ambientada en el siglo XVI, con tramos de intenso lirismo que sin embargo no le restan efectividad al devenir de los hechos, donde puede rastrearse la tradición literaria de Libertad Demitrópulos y Antonio Di Benedetto, los personajes de Juanfuegos Uztáriz, su hijo Hernando de la Sierra, escribano y poeta, y finalmente su nieto de sangre india: Kebayaikin, van sosteniendo sucesivamente una trama tensa, con economía de recursos, en la que se destaca una cuidadosa reconstrucción de época. Sin embargo, por la revalorización de vocablos, modismos y arcaicos usos gramaticales, el registro de tres idiomas diferentes: latín, español y abi-

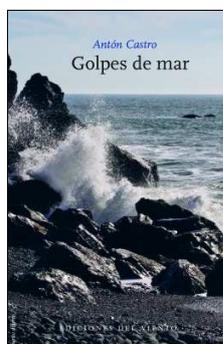
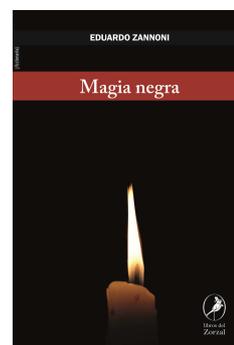
pón, quizá no sería desacertado afirmar que es el lenguaje el hilo fundamental de la historia donde el valor de la palabra sella con peso propio una cultura que apenas trazó sus primeras marcas sobre la naturaleza.

Magia negra

Eduardo Zannoni

Libros del Zorzal, 2017

El azar, las sospechosas coincidencias y los caprichos del destino; la rutina, la libertad y los hechos que de un golpe parecen desestabilizar todo un universo; la ética, la burocracia y los prejuicios que entorpecen el entendimiento; el amor, la enfermedad y la muerte. Esos son algunos de los temas que aborda este conjunto de relatos que no dejan respiro, que mantienen una tensión asfixiante, porque muestran que la aparente planicie de lo real muchas veces esconde vicisitudes desbordantes. Las tramas se combinan para generar una red de sentidos intensa, no exenta además de las posibles variantes que ofrecen el amor y la tragedia, la compañía ineludible de los que quieren de verdad a alguien y la soledad que implanta lo irremediable. Con *Magia negra*, Eduardo Zannoni demuestra una vez más la versatilidad de una escritura llena de recursos, plena de talento y decidida a retener al lector.



Golpes de mar

Antón Castro

Ediciones del Viento, 2017

Es un libro de fotografías, de pintores de ponientes y oleajes, de capitanes, de aparecidos, de ballenas que encallan en la playa, de ciudades sumergidas y de islas a la deriva, o de niños, un tanto alucinados, que mandan sus cartas al más allá, en el interior de una botella, en forma de poema. Todos ellos parecen estar fuera del tiempo, en un territorio donde se cuentan y se escuchan historias hasta el último naufragio. Algunos de los cuentos que contiene este volumen vieron por primera vez la luz en lengua gallega en un volumen editado por Espiral Maior en 1997 con el título de *Vida e morte das baleas*. Luego, en 2006, ya con el de *Golpes de mar*, Destino reunió siete de

aquellos junto con otros nueve en una edición que se agotó rápidamente y nunca fue reimpresa. Ahora, más de una década después, Ediciones del Viento presenta la edición definitiva de este libro de culto a la que el autor ha incorporado una nueva versión de uno de los primeros cuentos y cuatro nuevas historias que mantienen el asombroso imaginario de la Costa de la Muerte.